

EL FUTURO DE LA CLASE
EN LA HISTORIA
¿QUÉ QUEDA DE LO SOCIAL?

Geoff Eley
Keith Nield

*Traducción de
Mónica Burguera*

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

CODIFICADO

PIFI 2011/10340

BIBLIOTECA CENTRAL MEXICALI	
ADQ. POR COMPRA	31 MAY 2012
ID ITEM	109151
CLASIF	HT 607 E5418 2007
EJEMPLAR	1

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *The Future of Class in History: What's left of the Social?*

© University of Michigan, 2007

© De esta edición: Publicacions de la Universitat de València, 2010

© De la traducción: Mónica Burguera, 2010

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Ilustración de la cubierta: Plaza de Tian'anmen, Beijing

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Fotocomposición, maquetación y corrección: Communico, C.B.

ISBN: 978-84-370-7823-6

Depósito legal: V-4743-2010

Impresión: Publidisa

ÍNDICE

PREFACIO	9
1. INTRODUCCIÓN: IMAGINAR LA CLASE.....	15
Las críticas feministas.....	19
Los historiadores y la muerte de la clase	22
El perfil del libro	30
2. LA HISTORIA SOCIAL Y EL GIRO DISCURSIVO.....	35
Introducción.....	35
El anglo-marxismo y la «vieja» historia social.....	44
La llegada de la historia social.....	53
Dispersión y rendición.....	63
Hacer historia después del giro lingüístico.....	73
3. ¿UN TIPO DE MODERNISMO?.....	81
La llegada de «lo posmoderno».....	81
Historias posmodernas.....	86
¿Qué es lo que cambia con el posmodernismo?	94
Historia y epistemología.....	103
4. LA RENUNCIA AL MATERIALISMO:	
¿DE LO SOCIAL A LO CULTURAL?	111
Introducción.....	111
Cuatro trabajos emblemáticos.....	116
Historias del language, historias de clase	129
Joan Scott: de la experiencia a la subjetividad	136
Gareth Stedman Jones: fijar el determinismo	149
El distanciamiento de lo social	164
5. ¿CUÁL ES LA VIGENCIA DE LA CLASE AHORA?	167
Lo «político» y lo «social»	167
¿Qué sucede cuando Gramsci se encuentra con Foucault?.....	172

Lo local y lo central	177
Retomar la clase.....	185
Escribir la historia de la clase obrera ahora	191
Por lo tanto, ¿qué nos permite la clase?.....	197
Otra vez la política.....	201
6. CONCLUSIONES	207
La «clase» y la crítica a la historia social	207
El Marx de la historia social	212
La importancia de no ignorar las estructuras	219
Más de un registro	225
ÍNDICE ONOMÁSTICO	233

PREFACIO

Este libro tiene una larga prehistoria. En pleno auge de la gran historia social de los años setenta del siglo XX, en vísperas de los primeros signos de lo que ahora llamamos el «giro cultural», publicamos un artículo en *Social History* titulado «¿Por qué la historia social ignora la política?».¹ En ese texto mostramos nuestra preocupación por cómo la ambición contextualizadora de los historiadores sociales tendía a minimizar el espacio destinado al análisis de la política. Dentro del engrandecimiento general de la explicación social asociada al marxismo y a otras sociologías materialistas del momento, también podíamos detectar lo que Richard Johnson había denominado recientemente un nuevo «culturalismo».² Inspirado en la influencia de Edward Thompson, en Raymond Williams y su forma de enlazar la cultura con las «estructuras de sentimiento» y con una «forma de vida completa» de la sociedad, en las primeras contribuciones de los estudios culturales, y en las antropologías culturales relacionadas especialmente con Clifford Geertz, los historiadores sociales se estaban acercando progresivamente a una especie de «materialismo cultural». Aunque resultaba vital para enriquecer nuestra comprensión de las bases de la solidaridad y la diferencia social, la nueva atención que se prestaba a la cultura tuvo como efecto la reducción, incluso mayor, del espacio concedido al análisis político per se. Al escribir nuestro artículo en 1980, queríamos llamar la atención sobre ese problema. Sin desautorizar las importantes contribuciones de la historia social y su insistencia en que la política fuera contextualizada socialmente, ni querer sugerir que las formas anteriores de hacer historia política se podían reestablecer, queríamos ampliar el espacio desde el que poder pensar sobre la política de forma creativa. La estrategia que preferimos para

¹ Geoff Eley y Keith Nield, «Why Does Social History Ignore Politics?», *Social History* 5, 1980, pp. 249-272.

² Véase Richard Johnson, «Thompson, Genovese, and Social-Humanist History», *History Workshop Journal* 6, otoño de 1978, pp. 79-100.

hacerlo suponía trabajar con las ideas de Antonio Gramsci, cuya recepción se había convertido en un poderoso motor de discusión en la izquierda británica en aquel momento.

Aunque nuestra intervención pareció molestar a mucha gente, que la citó ocasionalmente en sus pies de página, ésta no obtuvo una gran respuesta impresa.³ Lo que sucedió fue que nuestras propuestas concretas para pensar lo «social», lo «cultural» y lo «político» de forma conjunta y productiva se vieron rápidamente superadas por quienes insistían radicalmente en la autonomía de la política, e incluso acabaron por desvincular a ésta del análisis social. A mediados de los años ochenta, estos mismos autores, que habían llevado sus críticas tan lejos, se acercaron cada vez más al análisis lingüístico y a las teorías del discurso, ya fuera en una dirección explícitamente foucaultiana, prefiriendo enfoques literario-teóricos o formalmente «deconstructivistas», o buscando la construcción de los significados en la vida cotidiana. De forma interesante, los más fervientes e influyentes defensores de estas nuevas direcciones encontraban que éstas estaban en serio conflicto con los objetivos previos de la historia social, y pedían que estos últimos se dejaran de lado completamente sin sentimentalismos. El nuevo enfoque «lingüístico» o «discursivo» de la historia surgió en contraposición a esa historiografía social anterior, a la que, desde entonces, se le aplicó indistintamente el término *marxista*.

A principios de los años noventa, el paisaje de las discusiones entre los historiadores de izquierdas había cambiado decisivamente. Por supuesto, todo esto estaba también sucediendo en medio de profundas transformaciones políticas y sociales contemporáneas —desde la desindustrialización y la transición posfordista, pasando por la reestructuración capitalista y la recomposición de clase, hasta la crisis de la democracia social y el colapso del comunismo—, y las nuevas perspectivas culturalistas en diálogo con estos cambios políticos no eran menos de lo que las primeras historias sociales habían sido en su propio tiempo. Se podrían sacar muchas y diversas conclusiones políticas de un amplio abanico de elecciones centristas o radicales. Pero una consecuencia especialmente destacada de estos procesos, política e intelectualmente, tanto dentro de la disciplina de la historia como de las ciencias humanas en general, parecía

³ Por otra parte, también hubo gente que sí *había* pensado el texto. Catorce años después, Ira Katznelson lo interpretó de forma bastante acertada en un artículo programático que marcaba su retirada como editor del *International Labor and Working-Class History*. Su artículo estimuló una tabla redonda especial a la que se denominó «What Next for Labor and Working-Class History?», con respuestas de cada uno de los miembros del consejo editor de la revista. Véase Ira Katznelson, «The “Bougeois” Dimension: A Provocation about Institutions, Politics, and the Future of Labor History» (con respuestas por parte de Elizabeth Cohen, Geoffrey Field, Helmut Gruber, Michael Hanagan, Bruce Levine, David Montgomery, Mary Nolan, Anson Rabinbach, Judith Stein, Louise A. Tilly y Sean Wilentz), *International Labor and Working-Class History* 46, otoño de 1994, pp. 7-32, 33-92. Nosotros respondemos al texto de Katznelson en el capítulo cinco de este libro.

ser un nuevo escepticismo, incertidumbre o falta de confianza en el concepto de *clase*.

Ya fuese en su dimensión política o historiográfica, intelectualmente más amplia, éste fue un proceso trascendental. A lo largo de aproximadamente un siglo, desde finales del siglo XIX hasta finales del XX, la centralidad de la clase en el análisis social y en la comprensión política había sido axiomática para la mayoría de la izquierda. De la misma manera, para aquellos miembros de nuestra propia generación de historiadores inspirados en la ola de historia social de los años sesenta y setenta, la «clase» había sido poco menos que una categoría maestra. Por lo tanto, cuando se nos invitó a un congreso recopilatorio organizado por Robbie Gray en la Universidad de Portsmouth, en septiembre de 1993, decidimos hablar directamente sobre esta nueva crisis del análisis y la interpretación basada en la clase.⁴ Además, aunque habíamos pensado muchas veces en volver a nuestro artículo de 1980, precisamente por el silencio que le había rodeado, el clima del debate no podía haber cambiado más. En vez de versiones de «lo social» que envolvían sutilmente el espacio y la eficacia de «lo político», tal y como habíamos argumentado en 1980, lo social se entendía o como un *efecto* complejo de la espera política, ahora entendida en términos foucaultianos de gubernamentalidad, o como una dimensión separable a la que se podía apelar, se dirigía, se imaginaba y se construía de formas diversas por actores políticos, pero en la que éstos, desde luego, ya no explicaban o determinaban sus acciones tal y como los historiadores habían querido suponer. En nuestra conferencia de Portsmouth, mal titulada «Las clases como sujetos históricos», nos propusimos recuperar algunos de los cimientos de la investigación y de la discusión sociohistórica anterior. No lo quisimos hacer por nostalgia o por creer que las historiografías pasadas podían salvarse y dejarse intactas como fuente de iluminación directa. Tampoco nos arrepentíamos del giro cultural, ni nos oponíamos a las nuevas formas de interpretación que éste permitía. No estábamos intentando retrasar el reloj, ni «regresar al futuro», como uno de nuestros críticos bromeó más tarde. Nosotros pensábamos que los retos políticos y teóricos de los años ochenta y noventa eran completamente inevitables, como, de la misma manera, lo era la importancia de los cambios en los mundos del capitalismo que realmente existían.

Lo que nosotros queríamos era ver si se podían renovar las bases sobre las que mantener conversaciones que ayudaran a acercar las diferencias tan polarizadas entre los historiadores sociales y los culturales. Tras un largo período en el que el concepto de *clase* había estado sujeto a una crítica largamente destructiva, queríamos ofrecer una reflexión sobre cómo ésta podía utilizarse todavía solidamente hoy en día —historiográfica, teórica y políticamente—. Al elegir este terreno argumental, también pretendíamos intervenir en los más amplios debates entre historiadores sociales e historiadores culturales acerca de cuál es

⁴ Véase el informe sobre el congreso de Kelly Boyd y Rohan McWilliam en *Social History* 20, enero de 1995, pp. 93-100.

la mejor manera de practicar la historia. Esperamos que nuestro libro profundice no sólo en los debates más inmediatos sobre la clase *per se*, sino también en debates mucho más amplios dentro de la disciplina. Éste se retrotrae a la conferencia que dimos en el congreso de 1993, que ya reflejaba la colaboración mucho más larga que hemos descrito, centrada en nuestra experiencia común en *Social History*. Mientras tanto, hemos producido, de forma separada y conjunta, varios textos que desarrollan nuestras ideas en mayor profundidad.⁵ En concreto, este libro se debería considerar un volumen complementario al de Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad* (Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008), que desarrolla argumentos similares desde un punto de vista historiográfico más general.

Nos gustaría dar las gracias a todas las audiencias a las que hemos presentado partes de nuestros argumentos durante estos años. Las ideas del texto de 1993 para el congreso de Portsmouth de Robbie Gray ya las habíamos anticipado en diversos comentarios en un par de congresos anteriores, en 1990, uno organizado por James Retallack en la Universidad de Toronto en abril, titulado «Elecciones, política de masas y cambio social en Alemania, 1890-1945», y el otro organizado por Lewis Siegelbaum y Ronald Grigor Suny en la Universidad Michigan State en noviembre y titulado «La formación de la clase obrera soviética». Profundizamos en estos argumentos más tarde, en una mesa redonda en el encuentro de la Asociación de Estudios Alemanes (*German Studies Association*) en Washington D.C., en noviembre de 1993; en una conferencia en SUNY—en Stony Brook, en abril de 1994; en una charla en el décimo sexto congreso norteamericano de historia del trabajo en la Universidad de Wayne State, en octubre de 1994, y, desde entonces, en diversos contextos diferentes—. El más memorable de todos, casi al final del proceso, en febrero del 2005, fue en el que presentamos los argumentos del libro en un maravilloso seminario de profesores y estudiantes de doctorado del recién creado Institute of Historical Studies de la Universidad de Michigan. Ambos mantenemos una deuda con la

⁵ Geoff Eley y Keith Nield, «Starting Over: The Present, Post-Modern, and the Moment of Social History», *Social History* 20, 1995, pp. 355-364; Eley y Nield, «Farewell to the Working Class?» y «Reply: Class and the Politics of History», *International Labor and Working-Class History* 57, primavera de 2000, pp. 1-30, 76-87; Geoff Eley, «Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later», en Terence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in Human Sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, pp. 193-243; Eley, «Problems with Culture: German History after the Linguistic Turn», *Central European History* 31, 1998, pp. 197-227; Eley, «Between Social History and Cultural Studies: Interdisciplinarity and the Practice of the Historian at the End of the Twentieth Century», en Joep Leerssen y Ann Rigney (eds.), *Historians and Social Values*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2000, pp. 93-109; Keith Nield, «A British Debate. Under the Sign of the Social: Bringing Politics Back In?», *Tijdschrift voor Sociale Geschiedenis* 23, 1997, pp. 182-196; Nield, «Under the Sign of Liberalism: The End of History and the New World Order», en Simon Groenveld y Michael Wintle (eds.), *Under the Sign of Liberalism: Varieties of Liberalism in Past and Present*, Zutphen, Walburg Pers, 1997, pp. 133-145.

extraordinaria comunidad intelectual que proporciona la Universidad de Michigan, tanto en el propio Departamento de Historia como en la más amplia cultura de colaboración interdisciplinar de la universidad.

Le debemos demasiado al consejo y la inspiración intelectual de demasiados amigos para poder recoger todas esas deudas de forma completa. Pero, por lecturas críticas y discusiones a lo largo de los años, y por la brillantez y agudeza de su propio pensamiento sobre el sujeto clase, nos gustaría agradecer especialmente a los siguientes: Talal Asad, Lauren Berlant, Janet Blackman, Mónica Burguera, Kathleen Canning, Jane Caplan, Dipesh Chakrabarty, Dennis Dworkin, Kali Israel, Robin Kelly, Alf Lüdtke, Gina Morantz-Sanchez, Sophie Nield, Sherry Ortner, Sonya Rose, Bill Rosenberg, Roger Rouse, John Seed, Bill Sewell, Lewis Siegelbaum, Peggy Somers, Carolyn Steedman, George Steinmetz, Ron Suny y Dennis Swewney. En sus últimas fases, el manuscrito lo leyeron Andrew August, Jessica Dubow, James Epstein y Sonya Rose, a quienes queremos dar cuenta de cuánto se lo agradecemos. Pete Soppelsa nos ayudó a preparar el manuscrito final para su publicación. Jim Reische mostró, una vez más, que él es el mejor de los editores posibles.

Aunque en la actualidad las dificultades se mitigan a través del correo electrónico y el fax, las condiciones para escribir conjuntamente las hemos logrado tener en muy contadas ocasiones. Normalmente, nos las arreglábamos para reunirnos una o dos veces al año, aunque sólo fuera en una estación de tren o en la habitación de un hotel. Pero las oportunidades las teníamos que ir improvisando, robándolas a las otras partes de la vida profesional o personal, a menudo con escasa antelación, necesitando mucho apoyo, tolerancia y comprensión por parte de aquellos que comparten nuestras vidas. Por tanto, para nuestras parejas respectivas, Gina Morantz-Sanchez y Ortrud Nield, van nuestros agradecimientos finales, más sinceros y profundos.

1. INTRODUCCIÓN: IMAGINAR LA CLASE

Empecemos con dos fotografías que ilustran dos volúmenes con dos programas historiográficos diferentes. El primero es el libro *Bringing Class Back in: Contemporary and Historical Perspectives*, editado por Scott McNall, Rhonda Levine y Rick Fantasia (Boulder: Westview Press, 1991); el segundo es la obra *Class*, editada por Patrick Joyce dentro de la colección *Oxford Readers* (Oxford: Oxford University Press, 1995). Las imágenes del primero renuevan un clásico conjunto de significados en una época en la que la «clase» ya estaba cuestionándose, no sólo entre los historiadores, sino también en la más amplia esfera pública, ya que los cambios en el mundo social de la producción parecían estar debilitando la eficacia de las interpretaciones de clase. Muestran una multitud de trabajadores en un mitin masivo, probablemente relacionado con una huelga o algún otro evento sindical. Aparecen animados militantes proletarios y trabajadores manuales. Son todos hombres. La segunda fotografía muestra una vieja dama agria y arrogante mirando a través de la ventana de un vagón de primera en un tren británico. Se trata de una mujer de clase alta, privilegiada, que se dirige posiblemente a Ascot, a la fiesta de los jardines del palacio de Buckingham, o a una boda de la alta sociedad. La primera imagen despliega la fuerza colectiva de la clase obrera, un manifiesto visual de acción política y de clase, la conciencia de clase en plena acción, una celebración de las masas. La segunda muestra una idea muy diferente. En lugar del poder colectivo de una fuerza social organizada, en ésta aparece la arrogancia individualizada del poder en la espléndida soledad de la riqueza. Las representaciones no podrían ser más opuestas. ¿Qué está sucediendo?

En una época en la que el «mundo real» de la clase estaba sufriendo cambios estructurales decisivos, en la que las certezas anteriores comenzaban a venirse abajo (entre mediados de los años setenta y finales de los ochenta), ciertos iconoclastas comenzaron a señalar la menor utilidad, incluso la obsolescencia, de los enfoques analíticos de la clase a la hora de comprender el mundo social. Los debates también afectaron al tradicional interés socialista por la clase, que,

durante los años ochenta, se encaminaba hacia su larga crisis contemporánea. El tono fue a menudo apocalíptico. «El socialismo está muerto», declaraba el sociólogo francés Alain Touraine. «Adiós a la clase obrera», se hacía eco el teórico radical de la sociedad André Gorz.¹ Tambaleándose por las decepciones de los años setenta y los desastres electorales de 1979 y 1983, los socialistas británicos se embarcaron en una revisión completa del pensamiento político de la clase, desde el modelo establecido dentro del partido hasta la asunción automática «del papel de liderazgo de la clase obrera».² Al reflexionar sobre la desindustrialización británica, el radicalismo del ataque de Thatcher al equilibrio de fuerzas de la posguerra, y la cambiante sociología de la clase trabajadora, llegaron a la conclusión de que «el mundo había cambiado, no sólo cuantitativamente sino, sobre todo, cualitativamente», y de que con la reestructuración del momento se estaba perfilando un nuevo tipo de orden social —un nuevo orden «caracterizado por la diversidad, la diferenciación y la fragmentación, más que por la homogeneidad, la estandarización y las economías y organizaciones a gran escala que caracterizaban a la sociedad de masas moderna».³

Nos vamos acercando a lo que podría haber producido las imágenes de nuestros dos libros. El poder de la acción colectiva de los trabajadores de la primera fotografía, que declara el activismo de un sujeto colectivo cuyo objetivo es el cambio, el futuro heredero de una sociedad mejor, queda reemplazado por la pura imagen individualizada de la clase como estatus en los espacios físicos protegidos de gran riqueza y privilegio. Los significados de estas dos fotografías también tienen una lectura de género. La absoluta ausencia de mujeres en la primera representación de la acción de la clase obrera se sustituye por

¹ Alain Touraine, *L'après socialisme*, París, Grasset, 1983; André Gorz, *Farewell to the Working Class*, Londres: Pluto Press, 1982. Para el debate en Alemania Occidental en esta misma época, Rolf Ebbighausen y Friedrich Tiemann (eds.), *Das Ende der Arbeiterbewegung in Deutschland? Ein Diskussionsband zum sechzigsten Geburtstag von Theo Pirker*, Opladen: Westdeutscher Verlag, 1984. El equivalente británico empezó, de hecho, antes de la elección de Thatcher en 1979, en la conferencia en homenaje a Marx de Eric Hobsbawm de 1978. Véase, Eric Hobsbawm et al., *The Forward March of Labour Halted?*, Londres: Verso, 1981. Para el contexto general en el que se desarrollaron estos debates, véase Michael Schneider, «In Search of a "New" Historical Subject: The End of Working-Class Culture, the Labor Movement, and the Proletariat», *International Labor and Working-Class History* 32, Otoño 1987, pp. 46-58.

² El debate en Gran Bretaña empezó dentro de la recién establecida (y muy breve) revista de discusión del Partido Laborista *New Socialism* (desde 1981 hasta que se censuró su independencia, de hecho, a mediados de los ochenta) y retomada por la revista teórica del Partido Comunista de Gran Bretaña, *Marxism Today*, que acuñó el eslogan «Nuevos Tiempos» y lideró de forma pionera el revisionismo de la Nueva Izquierda hasta que dejó de editarse en 1991. Véase James Curran, ed., *The Future of the Left*, Cambridge: Polity, 1984; Stuart Hall y Martin Jacques (eds.), *New Times: The Changing Faces of Politics in the 1990s*, Londres: Lawrence and Wishart, 1991; Eric Hobsbawm, *Politics for a Rational Left: Political Writing, 1977-1988*, Londres: Verso, 1989; Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal*, Londres: Verso, 1988.

³ Stuart Hall y Martin Jacques, «Introduction», en Hall y Jacques (eds.), *New Times*, II.

la arrogancia de la presencia femenina de la segunda, en la que la vieja dama lanza miradas de preocupación, posiblemente dirigidas al tipo de manifestaciones que aparecen en *Bringing Class Back*. La clase es masculina cuando los trabajadores ejercen la acción colectiva, femenina cuando significa privilegio, parasitismo y poder del dinero. Por lo tanto, la acción colectiva se opone al individualismo ensimismado de la nobleza y aristocracia de una forma que nos resulta muy familiar.

La imagen de la dama anciana se abstrae de la política y de la acción. Ofrece una imagen de pasividad privilegiada. Al representar así la nueva vigencia de la clase, Joyce (o el diseñador de la Oxford University Press) se aleja completamente del imaginario colectivo, rechazando arquetipos y otras representaciones de las masas o de la mayoría ordinaria de los trabajadores. Este volumen también distancia a la clase claramente de la economía y de la producción. No está interesado en una clase que actúa como fuerza política. De hecho, en la selección de lecturas de Joyce apenas queda rastro de los trabajadores como movimiento colectivo. Los trabajadores, organizándose en el lugar de producción, proclamándose en huelga, movilizándose en sus barrios, apuntándose al partido socialista, enfrentándose a los empresarios o desafiando al estado están completamente ausentes en el libro. Por el contrario, la «clase» funciona de forma abstracta e impersonal como tradición analítica, como estructura discursiva y como término lingüístico. Después de tres secciones dedicadas a la utilización de la clase por parte de teóricos e historiadores sociales, Joyce opta exclusivamente por este enfoque, y acaba encontrando la clase en las estructuras dominantes de significado más que en la acción y el control popular, con secciones tituladas «La historia de lo social», «La hermenéutica de lo social» y «El lenguaje de clase». Aquí no existe ninguna huella de trabajadores exigiendo sus derechos.

Esta forma de enmarcar la clase es, además, sorprendentemente etnocéntrica y omite, al mismo tiempo, cuestiones relacionadas con la diferencia nacional, el imperio, la raza o la inmigración. No deja de ser sorprendente, puesto que el posmodernismo defendido por Joyce rechaza otros tipos de análisis anteriores centrados en la clase, ya que piensa que la identidad se construye de otra manera. Por lo tanto, parece extraño no encontrar ni la raza, ni más amplias políticas de reconocimiento entre los textos que selecciona. Porque no es sólo el desafío de la *teoría* el que desestabiliza viejas nociones de clase (la historia que enfatiza Joyce), sino también un importante conjunto de historias sociales contemporáneas, incluyendo la irrupción de la «raza» en el centro mismo de la política. En una época en la que no sólo los mercados de trabajo europeos se están *feminizando*, sino que también la presencia de la *raza* y la *etnia* es cada vez más evidente, la iconografía del trabajador —varón, blanco y cualificado— se convierte tanto en la repetición de viejas exclusiones como en una seria distorsión sobre el modo en que la clase trabajadora se está formando actualmente. Sin embargo, Stuart Hall y Paul Gilroy, entre otros, han insistido en que la identidad británica —y la «inglesa» que se encuentra en el corazón

de ésta— se ha ido estructurando en torno a una fuerte defensa de la diferencia racial, debido en parte al pasado imperial y en parte a las tensiones postimpe- riales asociadas al declive de Gran Bretaña. Esta defensa hace girar la identidad nacional en torno a una noción implícita de ser «blanco», que margina tanto la presencia de los negros como la de otra gente de color.⁴ La obra de David Roediger, entre otras, ha ido cambiando los parámetros de la historia de la clase trabajadora en Estados Unidos en un sentido similar.⁵ Y, poco a poco, también están empezando a aparecer monografías en otras partes de Europa que van en esta misma dirección.⁶

Introduzcamos ahora la cubierta de un tercer libro, esta vez la del volumen editado por John R. Hall titulado *Reworking Class* (Ithaca: Cornell University Press, 1997). En este caso, el diseño se compone de dos litografías superpuestas. La más pequeña de las dos, «Trabajadores domésticos», de Claire Mahl Moore (1936), muestra la pesadez del trabajo que se le presupone a la buena vida burguesa. Mientras dos trabajadoras domésticas barren el suelo de una cocina después de una cena social, una tercera persona, presumiblemente la dama de la casa, les mira insensiblemente. La otra, mucho más grande, «La

⁴ Las posibles referencias aquí son enormes. Para una indicación, véase, Stuart Hall, «Ethnicity: Identity and Difference», y Paul Gilroy, «One Nation under a Groove: The Cultural Politics of "Race" and Racism in Britain», ambos en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny, (eds.), *Becoming National: A Reader*, Nueva York: Oxford University Press, 1996, pp. 337-49, 250-69.

⁵ Véase David Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Londres: Verso, 1991; *Towards the Abolition of Whiteness: Essays on Race, Politics, and Working-Class History*, Londres: Verso, 1994; y «Race and the Working-Class Past in the United States: Multiple Identities and the Future of Labor History», *International Review of Social History* 38 (1993), Suplemento: 127-143. Véase también el libro de Alexander Saxton, *The Rise and Fall of the White Republic: Class Politics and Mass Culture in the Nineteenth-Century America*, Londres: Verso, 1990, que apareció justo antes que el de Roediger; el de la antropóloga Ruth Frankenberg, *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993, y el largo artículo de Toni Morrison, *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*, Cambridge: Harvard University Press, 1992. Algunas monografías posteriores son las de Noel Ignatiev, *How the Irish Became White*, Nueva York: Routledge, 1995; Neil Foley, *The White Source: Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley: University of California Press, 1997; Matthew Frye Jacobson, *Whiteness of a Different Color: European Immigrants and the Alchemy of Race*, Cambridge: Harvard University Press, 1998; Matt Wray y Annalee Newitz (eds.), *White Trash: Race and Class in America*, Nueva York: Routledge, 1997.

⁶ Para Gran Bretaña, véase especialmente Laura Tabili, «We Ask for British Justice»: *Workers and Radical Differences in Late Imperial Britain*, Ithaca: Cornell University Press, 1994; y sobre la más amplia cuestión de la ciudadanía, Dathleen Paul, *Whitewashing Britain: Race and Citizenship in the Postwar Era*, Ithaca: Cornell University Press, 1997. Para una revisión de Tabili, que dibuja el contexto historiográfico general, véase Laura Lee Downs, *Social History* 22, n.º 2, mayo 1997, pp. 202-207. Para Francia, véase Gérard Noiriel, *The Franch Melting Pot: Immigration, Citizenship, and National Identity*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.

cadena de producción del frente nacional» de Jolán Gross-Bettelheim (1940), en la que aparecen trabajadoras de una planta típicamente fordista fabricando probablemente municiones, presenta al trabajador masivo de las más celebradas versiones de los «tiempos modernos», ejemplificados por los murales de Diego de Rivera en el Institute of Arts de Detroit: musculosos, concentrados, empleados en la maquinaria pesada, marchando en formación, envueltos por la monotonía de una planta gris. Esta yuxtaposición es interesante. Por una parte, contiene ciertas convenciones progresistas al hacer referencia a las masas y al «trabajo», pero, por otra, en cierta forma también las distorsiona, ya que en ambos casos todos los trabajadores son mujeres.

LAS CRÍTICAS FEMINISTAS

Estas tres imágenes aportan todas algo sobre los problemas de la clase. Durante los últimos diez años, el feminismo ha criticado con dureza las convenciones en torno al género que caracterizaban el análisis de clase. Tras las primeras críticas de los años setenta, el desafío de la historia de las mujeres se hizo especialmente efectivo al afirmar que el género era una categoría analítica necesaria. Los planteamientos feministas crecieron enormemente en áreas diferentes dentro del conjunto de la profesión, no tanto cuantitativamente como, sobre todo, desde el punto de vista de la fuerza de las intervenciones clave. Estamos pensando en la historia del pensamiento político, en la importante bibliografía sobre las clases medias británicas y norteamericanas del siglo XIX, en el trabajo sobre la cultura *popular* del tardío siglo XX y en las historias de la política social.

En la historia del trabajo, por otra parte, las viejas convenciones parecían más resistentes. Durante mucho tiempo, el creciente número de historias de mujeres las había dejado en gran medida intactas. Incluso malentendidas desde un punto de vista preteórico o poco definido, como si abarcaran todo lo que estuviera relacionado con mujeres trabajadoras, la división sexual del trabajo, la masculinidad, las relaciones familiares, las sexualidades, etc. El interés por el género tan sólo se vio reflejado en la revista líder de historia del trabajo, *International Labor and Working-Class History*, en una intervención encargada a Joan Scott en 1987, «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera». Desde entonces, los enfoques de género en la revista se limitaron o bien a un reconocimiento testimonial, o bien a un tratamiento empírico ocasional, considerándolo como un aspecto más de un tema cualquiera.⁷ Otro

⁷ Joan W. Scott, «On Language, Gender, and Working-Class History», *International Labor and Working-Class History* 31, Primavera 1987, pp. 1-13, con respuestas por parte de Bryan D. Palmer (pp. 14-23), Christine Stansell (pp. 24-29) y Anson Rabinbach (pp. 30-36). La respuesta de Scott, «Replay to Criticism», se publicó en *International Labor and Working-Class History* 32, Otoño 1987, pp. 39-45.

ejemplo emblemático es el del pionero volumen editado por Ira Katznelson y Aristide Zolberg en 1986, *Working-Class Formation*, en el que el género estaba completamente ausente, aunque algunos de los autores (Michelle Perrot, Alain Cottureau y Mary Nolan) prestaran ocasionalmente atención a las mujeres trabajadoras.⁸

Alrededor de los años noventa, por otro lado, en un volumen llamado a ser emblemático dentro de la historia del trabajo en Estados Unidos, editado por J. Carroll Moody y Alice Kessler-Harris, dos de los ocho artículos trataban el género, el de Mari Jo Buhle, «Gender and Labor History» y el de Kessler-Harris, «A New Agenda for American Labor History: a Gendered Analysis and the Question of Class».⁹ Varios de los volúmenes que aparecieron en los años noventa se convirtieron en verdaderas referencias, ya fuese estableciendo colectivamente la centralidad del género a la hora de estudiar el trabajo y la clase trabajadora —el editado por Ava Baron, *Work Engendered* (1991) y *Gender and Class in Modern Europe* (1996), editado por Laura Frader y Sonya Rose— o integrando perspectivas de género dentro de su marco analítico, como en el caso de Leonard Berlanstein en *Rethinking Labor History* (1993), que tuvo un impacto importante dentro de los estudios sobre Francia.¹⁰ También en los años noventa el desafío de Joan Scott se fue generalizando e inspirando respuestas teóricas más profundas, basadas en los primeros trabajos dedicados enteramente a la cuestión, y entre los que *Languages of Class and Gender* de Kathleen Canning ocupó un lugar prominente.¹¹ En la introducción a su compilación *Class*, Joyce reconoce la fuerza de estos procesos:

⁸ Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg (eds.), *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton: Princeton University Press, 1986. El arrepentimiento del editor por la exclusión se expresa en la nota 2.

⁹ J. Carroll Moody y Alice Kessler-Harris (eds.), *Perspectives on American Labor History: The Problems of Synthesis*, De Kalb: Northern Illinois University Press, 1990, pp. 55-79, 217-234. Pero sólo trece de los sesenta y siete participantes en el congreso original (Northern Illinois University, Octubre 1984) eran mujeres.

¹⁰ Ava Baron (ed.), *Work Engendered: Toward a New History of American Labor*, Ithaca: Cornell University Press, 1991; Laura L. Frader y Sonya O. Rose (eds.), *Gender and Class in Modern Europe*, Ithaca: Cornell University Press, 1996; Leonard R. Berlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essay on Discourse and Class Analysis*, Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1993. Véase también, Patrick Joyce (ed.), *The Historical Meanings of Work*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989; y Sonya O. Rose, «Gender and Labor History: The Nineteenth-Century Legacy», *International Review of Social History* 38, 1993, Suplemento, pp. 145-162.

¹¹ Kathleen Canning, *Languages of Labor and Gender: Female Factory Work in Germany, 1850-1914*, Ithaca: Cornell University Press, 1996; reeditado en Ann Arbor: University of Michigan Press, 2002; «Gender and the Politics of Class Formation: Rethinking German Labor History», en Geoff Eley (ed.), *Society, Culture, and the State in Germany, 1870-1930*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996, pp. 105-141; «Feminist Theory after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience», *Signs* 19, 1994, pp. 368-404. El desafío de Joan Scott surgió inicialmente en 1986 en la *American Historical Review* con

El feminismo ha lanzado el mayor desafío a la soberanía de clase en la teoría social, sociología e historia. La teoría feminista —y la práctica política feminista— ha proporcionado, a través del género, un nuevo sujeto que analizar y nuevas concepciones de identidad que comprender.¹²

Sin embargo, por otra parte, tan sólo seis de las cuarenta y siete lecturas seleccionadas por Joyce en su antología están escritas por mujeres, y de ellas sólo cuatro mantienen una perspectiva feminista. Como se puede apreciar, la imagen en la portada de *Class* representa lo opuesto a una mujer trabajadora, y el curioso sesgo abstracto de esta ilustración en concreto sugiere las dificultades que todavía existen a la hora de reconocer cuáles han sido las profundas aportaciones de la crítica feminista a la problemática general. Como Lewis Siegelbaum y Ronald Suny han destacado al enmarcar su pionero volumen sobre la formación de la clase obrera soviética publicado en 1994, la investigación empírica podría incluso, en ocasiones, resultar un lastre para las aspiraciones de cualquier disciplina histórica. Los especialistas soviéticos podían comenzar sus propios debates beneficiándose de los resultados obtenidos ya en otros campos. Pero, en la práctica, los análisis de estas once excelentes contribuciones del libro apenas mostraban un superficial análisis de género. Los artículos exploraban aspectos de identidades de clase en diferentes circunstancias entre los años setenta del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial.¹³ En este caso, la conciencia teórica avanzaba más rápido que la capacidad real inmediata de la disciplina para ponerla en práctica.¹⁴

«Gender: A Useful Category of Historical Analysis», reeditado después en *Gender and the Politics of History*, Nueva York: Columbia University Press, 1988, pp. 28-50.

¹² Joyce, «Introduction», en *Class*, Oxford: Oxford University Press, 1995, p. 5.

¹³ Véase Lewis H. Siegelbaum y Ronald Grigor Suny (eds.), *Making Workers Soviet: Power, Class, and Identity*, Ithaca: Cornell University Press, 1994. La mayoría de los artículos parten de categorías concretas de trabajadores (Heather Hogan, de los trabajadores del metal de San Petersburgo; Hiroaki Kuromiya, de los mineros de Donbas; Diane Koenker, de los impresores; Chris Ward, de los trabajadores del algodón; Daniel Orlovsky, de los trabajadores de cuello blanco) o de localidades concretas (S. A. Smith, de San Petersburgo, 1905-1917; Stephen Kotkin, de Magnitogorsk en la década de los años treinta). Algunos exploran el más amplio discurso sobre la identidad de clase en épocas concretas (Mark Steinberg, «Vanguard Workers and the Morality of Class», antes de la Revolución; Gabor Rittersporn, sobre las cambiantes categorías del discurso social bolchevique, y Sheila Firzpatrick sobre las relaciones entre el trabajo y la organización, ambos durante los años treinta). El décimo segundo artículo, «The Iconography of the Worker in Soviet Political Art», de Victoria E. Bonnell, se aleja del terreno de la historia social que comparten el resto de los autores del volumen, pero apenas presta atención a las dimensiones de género de lo material; aunque la misma autora sí había tratado de forma similar a las mujeres en otra publicación: «The Representation of Women in Early Soviet Political Art», *Russian Review* 50, 1991, pp. 267-288.

¹⁴ El volumen surgió de un congreso en la Michigan State University, en noviembre de 1990, que estaba deliberadamente concebido para responder a las discusiones que tenían lugar en otros campos, entre las que se incluían especialmente el *Working-Class formation* de Katznelson y Zolberg y las propuestas generales de Joan Scott. Los comentaristas de

El volumen recopilatorio *Class* no podía utilizar la misma excusa, porque historiadoras como Baron, Canning, Rose y Scott habían cambiado los términos del debate –tanto en el debate teórico como en la práctica investigadora– a lo largo de la última década. Esto nos lleva de nuevo al carácter muy abstracto de las obras elegidas por Joyce, en las que la clase reside en un repertorio de teoría social más que en la etnografía o en la extraordinariamente rica bibliografía socio-histórica sobre una u otra clase obrera en concreto. Joyce se acerca a la clase a través de los clásicos de la teoría sociológica (desde Marx y Weber hasta Bauman, Tourain, Bourdieu o Giddens), a través de Baudrillard y Castoriadis, de la gubernamentalidad de Foucault, pasando por la «hermenéutica de lo social» y por Thompson, entre otros historiadores generales, hasta los recientes debates sobre los «lenguajes de clase». Dentro de este marco teórico, las feministas, con la excepción de la propia Joan Scott, Donna Haraway y Denise Riley, están básicamente ausentes.¹⁵ Y también lo estaban los muchos estudios sobre casos concretos de grupos de trabajadores reales o de innumerables historias sociales que podríamos describir o evocar, como los excelentes estudios del paternalismo fabril del propio Joyce, que llevó a cabo hace mucho tiempo.¹⁶

LOS HISTORIADORES Y LA MUERTE DE LA CLASE

Joyce, de hecho, está mucho menos interesado en cómo cambia el género el análisis de clase sobre el terreno que en llevarnos a un lugar en el que las historias sociales al viejo estilo ya no importen. La «clase» se transforma de este modo en un «discurso» o «principio narrativo», una forma de organizar «historias del pasado y del presente». Es más, se considera que esas historias no nos llevan en la dirección adecuada. Para Joyce, la clase es una construcción habitual de «origen relativamente reciente», que se proyecta retrospectivamente sobre épocas anteriores («imágenes reconocidas en el pasado») «distorsionándolas» y oscureciendo los planteamientos interpretativos efectivamente operativos, a través, por ejemplo, de las categorías «ciudadanos» o «pueblo»

fuera de la disciplina, entre quienes se encontraban Michael Burawoy, Kathleen Canning, Geoff Eley, David Montgomery, Sonya Rose y William Sewell, Jr., mantuvieron esta idea en mente al enmarcar las discusiones del congreso. En el propio congreso se alcanzó un nivel de discusión extraordinariamente estimulante, tratándose tanto cuestiones de nacionalidad y religión como de género.

¹⁵ Un salto parecido, entre la teoría y el análisis detallado concreto, se puede encontrar en otro libro que publicó Joyce por esas mismas fechas, en el que, aunque Scott y Riley, entre otros autores, se citan generosamente en la introducción, la lectura detenida de las dos vidas en torno a las que se organiza el libro (Edwin Waugh y John Bright) carece sorprendentemente de ninguna perspectiva de género.

¹⁶ Véase Patrick Joyce, *Work, Society, and Politics: The Culture of the Factory in Later Victorian England*, Brighton: Harvester, 1980.

que Joyce utilizó en sus propios estudios sobre la Gran Bretaña victoriana. De acuerdo con Joyce, la atención de los historiadores debería concentrarse en la construcción de estas «visiones de clase» retroactivas. Deberían mirar más allá de los lenguajes dominantes para encontrar «nuevos actores y nuevos relatos» que reemplacen a las viejas interpretaciones de clase, desacreditadas ahora por el cambio social actual (la «condición posmoderna»), la política (el final del comunismo) y el progreso epistemológico (la teoría posmoderna).¹⁷ A Joyce le gustaría que teorizáramos los términos de la identidad y no tanto que intentemos complicar la cotidianidad de las relaciones de clase a través de las historias sociales de los lugares de trabajo, de los barrios o de los hogares. Se trata de una ironía que resulta familiar a las feministas. Las mujeres trabajadoras por fin llegan a las páginas de los historiadores sociales y resulta que la teorización de la clase pronto emigra a otro lugar.

Los términos con los que Joyce elige enmarcar el sujeto de clase en su volumen compilatorio plantean nuestro problema con suficiente claridad. Por tanto, a un lado quedan las historias de clase generadas con gran profusión entre los años sesenta y ochenta del siglo XX, muy influenciadas por el marxismo, pero en todos los casos en deuda con un tipo u otro de sociología materialista y que Joyce resume como «la tradición clásica». Aunque las raíces de estas historias hay que buscarlas en el funcionamiento básico de la economía y sus relaciones sociales, y en las experiencias de explotación de las clases trabajadoras relacionadas con éstas, Joyce revela que estas interpretaciones de la clase son meras representaciones, formaciones discursivas elaboradas, que pueden haber resul-

¹⁷ Estas citas se han tomado desde la página 10 hasta la 16 de la introducción a Joyce, ed., *Class*. Es justo citar uno de estos pasajes completos (10 y ss.): «Tanto en la historiografía liberal como en la de derechas, la clase sigue siendo todavía un término central. Cuando se cuestiona su enfoque marxista, sin embargo, no llega a cuestionarse nunca como parte del sentido común de la profesión. De hecho, cuanto más se cuestiona la noción de clase, ésta parece arraigarse todavía más en este sentido común. Se siguen escribiendo muchos libros de texto y muchas monografías en las que las clases todavía ejercen de actores sociales, pese a no desempeñar papeles históricos. Como adjetivo, la “clase” envía a millones de estos actores a marchar arriba y abajo por las páginas de la historia, completándola con los valores de clase “obrero”, con la política de clase “media”, etc. Como principio narrativo reparte a estos actores diferentes papeles en las historias del pasado y del presente. ¿Quizá ha llegado la hora de buscar nuevos actores y nuevos relatos?». El primer trabajo de Joyce sobre el paternalismo fabril fue el de *Work, Society, and Politics*. Para su posterior tesis sobre el estatus superior de las nociones populistas de «pueblo», «ciudadano» y «nación», véase *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1840-1914*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, y *Democratic Subjects*; y para una declaración general, «A People and a Class: Industrial Workers and the Social Order in Nineteenth-Century England», en M. L. Bush (ed.), *Social Orders and Social Classes in Europe since 1500: Studies in Social Stratification*, Londres: Longman, 1992, pp. 199-217. Nuestro comentario no debería considerarse hostil a las teorías de la narratividad en sí mismas. El propio Joyce ha utilizado éstas con resultados interesantes, pero, en este sentido, véase especialmente el artículo de Margaret Somers, «Narrativity, Narrative Identity and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation», *Social Science History* 26, 1992, pp. 591-630.

tado políticamente convincentes hasta fechas recientes, pero que ahora pueden desenmascarse para mostrar lo que realmente eran. Desde nuestro más escéptico punto de vista, «la formación de la clase» o «el surgimiento de la clase trabajadora» se considera, de esta forma, una de esas grandes construcciones que los posmodernistas se han aficionado tanto a desgajar y descomponer.

A lo largo de este proceso, la clase trabajadora de la historia se convierte en un tipo concreto de relato sobre el pasado, una mera proyección, el ordenamiento narrativo del tiempo pasado para validar un tipo concreto de identidad colectiva. Las historias sociales de la clase trabajadora pudieron intentar que se las cimentara en pruebas basadas en intensa investigación de archivo, que capturasen la principal verdad del desarrollo de las sociedades capitalistas, y que definieran las prioridades de la política progresista desde finales del siglo XIX y la mayor parte del siglo XX, pero siguieron siendo parciales, interesadas y excluyentes. Como todas las historias fuertemente centradas, sus propias pretensiones necesitaban silenciar y marginar otras, y desestimar o desplazar a todos los actores e historias que no fueran fáciles de asimilar en los términos fundamentales de ese relato. Gracias a las críticas al conocimiento asociadas al «giro lingüístico» desde los años ochenta, que Joyce entre otros críticos ahora promulga, podemos descubrir el resto de los relatos que habían quedado velados por estas historias sociales.

Al otro lado, consecuentemente, quedan las nuevas historias culturales a las que ha dado lugar el giro lingüístico y el «planteamiento discursivo de la historia».¹⁸ Estos estudios se enfrentan a los significados básicos de la clase, no a través de los métodos de la historia social, aunque éstos sigan formando parte del conjunto más amplio de herramientas disponibles, sino a través de los lenguajes, imágenes y representaciones que identifican y dan forma a la clase históricamente, ya que éstos últimos pueden por sí mismos (se argumenta ahora) permitirnos el acceso a ella. Sin duda, dentro de esta bibliografía más reciente, la clase aparece fundamentalmente como objeto de crítica —como algo que debe deconstruirse, como una identidad o lugar posible de investigación entre muchos. La clase es sólo un nexo de relaciones, prácticas y significados relevantes entre un conjunto mayor y más disperso de lugares y conexiones

¹⁸ «The discursive approach to history» es la descripción utilizada por Gareth Stedman Jones en su importante artículo retrospectivo «Anglo-Marxism, Neo-Marxism and the Discursive Approach to History», en Alf Lüdtke (ed.), *Was Bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Göttingen: Wallstein Verlag, 1997, pp. 149-209, también publicado en una versión más reducida como «The Determinist Fix: Some Obstacles to the Further Development of the Linguistic Approach to History in the 1990s», *History Workshop Journal* 42, otoño 1996, pp. 19-35. La historiografía revisionista sobre la clase surgió a principios de los años ochenta, y desembocó en abierta controversia a finales de esa década. La llama la prendió por primera vez Gareth Stedman Jones en «Rethinking Chartism», *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983, pp. 90-178, un artículo cuya versiones previas eran de 1977.

que definen el lugar de un individuo en el mundo. Centrar nuestra atención fundamentalmente en una interpretación tradicional de la «clase» per se, desde esta perspectiva, violenta las bases fragmentadas y concretas sobre las que la gente intenta, de hecho, negociar algún tipo de coherencia posible para sus vidas sociales y culturales.

A otro nivel, por supuesto, la clase también forma parte de la retórica de la vida política, pero no como una expresión directa de intereses objetivos subyacentes. Por el contrario, aparece de nuevo como un término más entre muchos dentro del juego móvil y contingente de las simpatías y las afiliaciones políticas. En otras palabras, la clase deja de proporcionar el punto de partida del historiador social a partir del cual todas las demás cuestiones se pueden evaluar. Como mucho, su lugar dentro de la red general de las relaciones de una persona o de una comunidad se puede plantear desde el punto de vista de la etnografía, a través de los lenguajes de la subjetividad, o a través de alguna otra forma de investigación microhistórica.

El choque entre planteamientos rivales —la clase como sociología materialista o historia social frente a la clase como consecuencia del discurso— preocupó a los historiadores de izquierdas desde principios de los años ochenta hasta mitad de los noventa. Entre los historiadores sociales británicos, por ejemplo, los debates a los que esto dio lugar se iniciaron en respuesta a un artículo de Gareth Stedman Jones sobre los lenguajes de clase del cartismo. Pronto se les asociaron polémicas entre los marxistas británicos y otros teóricos sociales sobre cómo teorizar mejor la relación entre la construcción de alianzas en la política y los fundamentos del interés y de la identidad en la sociedad. Estas polémicas, a su vez, se encontraban en el primer plano de la actualidad a causa de los conflictos existentes dentro del partido laborista, dramatizados de forma especialmente espectacular y agria a través de la gran huelga de mineros de los años 1984 y 1985. A finales de los ochenta, los desacuerdos concretos sobre la clase dieron paso a generalizados debates políticos y teóricos sobre la agenda de los «Nuevos Tiempos» que giraba alrededor de la revista *Marxism Today*. Esa crítica a la política de clase recibió entonces un impulso adicional gracias a los cambios políticos globales asociados a las revoluciones del este de Europa en 1989, a la disolución de la Unión Soviética en 1991 y al final del comunismo. La falta de confianza en toda una tradición de historia social vinculada al análisis de clase estaba sin duda relacionada con esta crisis más amplia de las tradiciones políticas del socialismo, para las cuales la clase siempre había supuesto el referente fijo y primario.

Los ritmos y la extensión de estos debates sobre la clase variaban de un país a otro. Entre los historiadores de Estados Unidos, por ejemplo, dependiendo del país sobre el que se escribiese la historia, el llamado giro cultural se había ganado un extenso apoyo a finales de los años noventa, lo que forzó a los historiadores del trabajo de estilo más anticuado a ponerse a la defensiva, mientras que en Gran Bretaña el equilibrio de fuerzas era el inverso. Evidentemente, la práctica de la historia del trabajo sobre la base de un análisis de clase a la

antigua, que siempre evocaba la influencia de Edward Thompson, pero que se anclaba a sí misma firmemente en la acumulación de éxitos historiográficos de los años sesenta y setenta, no cesó. Pero, aparte de esa generación de practicantes mayores, algunos de los puntos de partida previamente comunes eran ya difíciles de encontrar. Los historiadores de la clase trabajadora se volvieron mucho más reticentes a conectar sus historias sociales concretas con los más amplios modelos de historia política nacional o con cuestiones de estabilidad y cambio social a mayor escala. Se distanciaron de la que había sido una ambición incuestionable, la de reescribir la historia nacional o componer relatos sobre el desarrollo de la sociedad entera, una ambición que había sido la fuerza motriz de la popularidad de la historia social veinte años antes. **Junto con las nuevas dudas sobre la «clase» también disminuyó el interés por otros términos generalizadores, que anteriormente se habían considerado vitales a la hora de buscar un relato conjunto del desarrollo social y político, incluyendo conceptos como capitalismo, crisis, Estado, formas de dominación y modelos asociados de cambio estructural y determinación.**

El compromiso de los historiadores sociales de conectar estructuralmente diferentes niveles o esferas del desarrollo de una sociedad también retrocedió significativamente. **La «explicación social» en ese sentido estructuralista cayó en desuso, e incluso en verdadero descrédito. Después de que varias generaciones hubiesen insistido de forma tan agresiva durante los años sesenta y setenta en la primacía del contexto social para comprender todo lo demás, incluyendo los contornos del paisaje político de la sociedad y de sus trayectorias de desarrollo global, ahora se escuchaban voces fuertes que argumentaban a favor, no sólo de la autonomía de la historia política y su independencia de las formas de explicación social, sino también, de hecho —a través de teorías del lenguaje y del discurso—, a favor de la idea de que ésta estaba por encima de la historia social, debido a su poder de regular, mediar y construir nuestro propio acceso a cualquier comprensión de lo social.** Si los historiadores sociales de los años setenta a menudo desestimaron y menospreciaron la eficacia de las acciones políticas «desde arriba», llamando la atención, por el contrario, sobre la ascendencia explicativa de la acción popular «desde abajo», los defensores del «planteamiento discursivo de la historia» ahora revertían los signos. A lo largo de este proceso se restableció, sorprendentemente, la antigua desconexión entre «política» y «sociedad».¹⁹

¹⁹ Es fácil que la complejidad de este proceso y los matices del pensamiento al que se refiere, por no mencionar la naturaleza extraordinariamente ramificada de los debates que lo acompañaron, se puedan llegar a simplificar demasiado en cualquier resumen que se haga de éstos. Para encontrar ejemplos de la historiografía revisionista sobre el contexto de finales del siglo XIX, cuyos autores eran o estudiantes o colegas de Stedman Jones, véase Eugenio F. Biagini y Alastair J. Reid (eds.), *Currents of Radicalism: Popular Radicalism, Organized Labour, and Party Politics in Britain, 1850-1914*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991; Eugenio F. Biagini, *Liberty, Retrenchment, and Reform: Popular Liberalism in the Age of Gladstone, 1860-1880*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992; Alastair J.

Los debates sobre la clase conectaban de este modo con una agitación mucho mayor en los estudios históricos a partir de los años ochenta; en concreto, el desplazamiento de la historia social hacia la historia cultural, lo que en sí mismo formaba parte de una crisis más general de la explicación social que estaba teniendo lugar en todas las disciplinas de las ciencias humanas. Desde una perspectiva más amplia, este giro fue fundamental. Nuestras propias vidas como intelectuales —como historiadores— han estado modeladas por dos grandes movimientos de innovación entre los años sesenta y el presente. Si el primero de ellos incluía el descubrimiento de la historia social, el segundo produjo la «nueva historia cultural», y ambos compartieron una relación compleja e íntima con los contextos políticos de sus respectivas épocas. Pese a la contrariedad radical de éstos y a las agrias discusiones que a menudo provocaron, ambos reflejaron su deseo de que la historia, como disciplina y como profesión, ampliara su capacidad de incluir democráticamente historias previamente silenciadas y grupos previamente marginados. Si los historiadores sociales habían puesto el énfasis en la vida material, la clase y la historia de la sociedad, sus sucesores culturalistas hacían hincapié en el significado y en las formas de percepción e interpretación que la gente construye y despliega, pero ambos contribuyeron a ampliar radicalmente la agenda aceptada por los historiadores. A lo largo de este período de treinta o cuarenta años, por tanto, las prácticas y objetos de estudios de la historia como disciplina se pluralizaron enormemente.

Sin embargo, este desplazamiento desde la historia social hacia la historia cultural no fue una progresión carente de complicaciones. Se produjeron tanto pérdidas como logros necesarios e incuestionables; y el giro tuvo lugar a través de desacuerdos amargos, cuyo resultado destructivo hizo que los objetivos comunes fuesen mucho más difíciles de ver. Durante un tiempo, los historiadores de izquierdas amenazaron con separarse en dos bandos claramente definidos: mientras unos elegían seguir la lógica de la nueva historia cultural adhiriéndose al giro lingüístico, otros defendían el terreno que tanto había costado conseguir de un análisis social abiertamente materialista o estructuralista. En el punto álgido del desencuentro, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, la generosidad y el pluralismo parecían escasear. Entre algunos de los participantes que lideraban los debates, el grado de civismo cayó hasta límites difíciles de creer.

Por tanto, la voz de la defensa posmodernista a veces adoptó una actitud perentoria y de acoso verbal, en tono desafiante y de absoluta certeza: los historiadores *deben* hacer esto, *no pueden ignorar* aquello; ésta había descifrado mejor

Reid, *Social Classes and Social Relations in Britain, 1850-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992; Miles Taylor, *The Decline of English Radicalism, 1847-1860*, Oxford: Oxford University Press, 1995; *Speaking for the People: Party, Language, and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge, Cambridge University Press 2002. Para una corriente de investigación algo diferente, pero relacionada con ésta, que hace hincapié en las «historias de lo social», véase Patrick Joyce (ed.), *The Social Question: New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres: Routledge, 2002.

el futuro y avanzaba al ritmo de los tiempos. Se presentaba a sí misma como la nueva, obviamente persuasiva y todopoderosa, lógica de la contemporaneidad, la imparable dirección de la investigación actual. Se trataba de una verdad a la que no se podía oponer nadie, que de alguna manera superaba todo lo demás, todo lo que había venido antes. Quizá no resulte sorprendente que algunos defensores de la práctica historiográfica establecida respondieran legítimamente de la misma manera, a partir de una cerrazón mental y arrogancia impresionantes. Al ritmo de las preocupaciones provocadas por las «guerras culturales» de la época, un número de voces prestigiosas lanzaron los primeros gritos de advertencia que pretendían demonizar críticas tan exóticas, llamando a la profesión a las armas para defender su integridad contra la influencia corrosiva del relativismo, el posmodernismo, el postestructuralismo y otras ideas extrañas.²⁰

Sin duda, estaban en juego cuestiones difíciles y desestabilizadoras que tenían que ver con aspectos esenciales, no sólo de la práctica del historiador, sino también del más amplio universo de supuestos sobre el mundo social y político al que ésta se asociaba y de sus reglas de inteligibilidad. Cuestionando las epistemologías de la historia social, así como algunos procedimientos teleológicos, pero implícitamente aceptados, que relacionaban el análisis social con la política y con los problemas de la conciencia y la subjetividad, las nuevas críticas desbloquearon un conjunto de interpretaciones que funcionaban de manera bastante sólida. Es decir, los debates generados durante la década de los ochenta abrieron un espacio muy necesario para la discusión que antes no había sido fácil crear. Todo lo que ahora resumimos bajo la rúbrica del «giro lingüístico» o del «giro cultural» ayudó a liberar la historia social del impasse que ella misma había creado al sugerir estrategias que no estaban disponibles para los historiadores sociales dentro de los términos establecidos. En ese sentido, el llamado giro cultural era completamente productivo e inevitable.

Sin embargo, la apariencia y atractivo de una ruptura limpia y decisiva puede, en ocasiones, resultar engañosa. Ya existía un discurso historiográfico autorreflexivo y teorizado antes del advenimiento de los diferentes postestructuralismos y posmodernismos que ahora pretendían barrer progresivamente todo lo que les había precedido. Nosotros queremos argumentar que ese preexistente pluralismo de prácticas y debates no puede desvanecerse con sólo promulgar las verdades del nuevo. Porque los edictos de ese tipo dan por hecho un final; no dejan ningún espacio; prohíben el intercambio intelectual continuado entre un pasado y un presente complejos; niegan conversaciones creativas. Perpetúan los efectos de un campo discursivo marcado por confrontaciones previas. Esos efectos incluyen ansiedades, ira, decepciones, nostalgias, resistencias, falta de generosidad intelectual y rechazo a correr el riesgo de comprometerse. Como dijimos al comentar esta cuestión en otro lugar, un desprecio teórico da lugar a un reducto de conservadurismo metodológico y éste último reclama desafiante-

²⁰ Véase especialmente, Lawrence Stone, «History and Post-Modernism», *Past and Present* 131, mayo 1991, pp. 217-218.

mente al pasado. Pero entre estos dos sólo se encuentra el silencio, una barrera que no puede cruzarse ya.²¹

Al escribir este libro esperamos quebrar ese silencio. Queremos ofrecer los medios con los que, si no sintetizar, sí poder mantener una conversación productiva y permanente. Habrá algunos que consideren que este esfuerzo es una búsqueda errática de un «punto medio», y lo descalificarán antes de empezar por evitar diferencias necesarias. También se nos acusará, sin duda, de querer comernos nuestro propio pastel. Otros verán en nuestro esfuerzo simplemente una nostalgia, un deseo fútil de resucitar algo que se ha ido y esta zanjado para siempre. Estamos seguros de que se nos echarán encima por querer revisitar los fundamentos de la historiografía social anterior, por pensar que ciertos aspectos de sus problemáticas más emblemáticas, algunas de las cuestiones que se preguntaba de las direcciones analíticas que perseguía —ciertos marxismos y postestructuralismos, quizá— podrían todavía tener algo que decirnos sobre el carácter del capitalismo y sus relaciones sociales en el emergente presente posmodernista y posmaterialista. Sabemos, por supuesto, que «las cuestiones que tenemos que preguntar ahora son necesariamente diferentes a las que nos preguntamos en los años setenta del siglo XX». Como debería quedar claro en este libro, compartimos el compromiso de las críticas postestructuralistas a la historia social a la hora de buscar la mejor forma de plantear esas preguntas. Pero todavía queda espacio, pensamos, para el intercambio constructivo —tráfico fructífero, como lo llamaremos— con el anterior y más estructuralista registro analítico de la historia social. Esta pretensión es algo más que un mero sentimentalismo. No responde simplemente al deseo de asirse al pasado, ni al anhelo de «preservar los mundos (de la historia social, de los movimientos obreros y del análisis de clase) que hemos perdido».²²

Nuestro libro es una invitación a pensar un poco más allá. Invita a sus lectores a desmarcarse de supuestos desacuerdos. Pero lo último que pretendemos es minimizar las dificultades con la pretensión de que, en realidad, los problemas no existen. Más bien lo que queremos es encontrar un espacio de colaboración en el que las dificultades se puedan discutir, trabajar y hacer más manejables con honestidad. Para algunos, el poder de la crítica postestructuralista parece haber desahuciado toda la historia social precedente, desarticulando cualquier pregunta anterior e invalidando sus términos completamente; el deseo de preservarlas, por tanto, sólo puede ser fruto de la nostalgia, el deseo de aferrarse o mantener vivo algo que sería mejor dejar morir. Pero, como cualquier mirada constante a la historia intelectual debería recordarnos, dar por absolutamente finalizada cualquier cosa de ese tipo raras veces asegura reivindicaciones duraderas. En la vida intelectual de una disciplina o campo de estudio, encontrar

²¹ Geoff Eley and Keith Nield, «Starting Over: The Present, the Postmodern, and the Moment of Social History», *Social History* 20, 1995, pp. 356.

²² Joan W. Scott, «The "Class" We Have Lost», *International Labor and Working-Class History* 52, primavera 2000, pp. 73.

las formas de continuar una conversación es, normalmente, mejor que intentar ponerle fin. Si las historias de las últimas dos décadas nos indican que ya no es posible *retroceder*, algunas de las antiguas formas de conocimiento pueden todavía ayudarnos en el proyecto de *avanzar*. Por lo tanto, a la luz de las críticas postestructuralistas, estamos de acuerdo, no puede haber un retorno directo hacia el tipo de historia social que se practicaba antes, porque, pese a sus aciertos y entusiasmo, ese momento anterior ha dejado de estar disponible para la reocupación. Pero eso no significa que absolutamente nada de ello sea recuperable, que no quede nada que aprender.

EL PERFIL DEL LIBRO

Este libro surgió de una conferencia titulada «Las clases como sujetos sociales» escrita para el congreso «Perspectivas históricas sobre la clase y la cultura», organizado en la Universidad de Portsmouth en Septiembre de 1993 por Robbie Gray.²³ Cerca de un año más tarde, fundamentalmente en respuesta al interés de nuestros colegas a ambos lados del Atlántico, en lo que parecía ser un momento propicio en el fluir y refluir de las luchas entre historiadores sociales y culturales, ya habíamos decidido ampliar el argumento y convertir la ponencia en un pequeño libro. Nuestra intención era la de conciliar, no porque dudáramos de la importancia o productividad de los desacuerdos sustanciales, ni porque nosotros careciéramos de temperamentos combativos, sino porque veíamos fundamentos de colaboración fructífera en las diferencias, lo que podía permitirnos maximizar las fortalezas de ambas partes. Por complicadas razones personales, tanto de uno como de otro, se retrasó el término del proyecto, aunque, entretanto, aireamos sus argumentos en dos artículos y les dimos diversas salidas en seminarios y conferencias a lo largo de los años.²⁴ También nos las arreglamos para sentarnos juntos frente al ordenador al menos una vez al año para ir adelantando la escritura, aunque fuese en la muy poco ideal habitación de un hotel. Por lo demás, confiábamos en los nuevos medios electrónicos de comunicación. La ponencia inicial había cristalizado a partir de intensos intercambios de mensajes electrónicos y faxes, y el correo electrónico continuó siendo esencial en las siguientes fases del proceso de escritura.

Para comenzar a explorar el complejo campo de significados —historiográficos, teóricos, políticos— asociados al concepto de clase, necesitábamos investigar la historia intelectual reciente de éste, prestando atención al modo en que los historiadores sociales tendían a formular sus preguntas. Esto conllevaba

²³ Véase el informe del congreso de Kelly Boyd y Rohan McWilliam, *Social History* 20, 1995, pp. 93-100.

²⁴ Véase Eley and Nield, «Starting Over», y «Farewell to the Working Class?» *International Labor and Working-Class History* 57, primavera 2000, pp. 1-30, junto con nuestra respuesta «Reply: Class and the Politics of History», pp. 76-87.

una revisión, por elíptica y resumida que fuese, de las circunstancias en las que se generó el auge de la historia social a lo largo de la década de los sesenta y setenta, de sus principales prioridades intelectuales y de los fundamentos de su significativa popularidad. Por tanto, el siguiente capítulo («La historia social y el giro discursivo») explora los contextos intelectuales de los respectivos movimientos de la historia social y cultural durante los últimos cincuenta años dentro del esquema más amplio, centrando nuestra atención, en gran medida, en la influencia de los historiadores marxistas británicos y en las críticas a sus trabajos. Somos conscientes de los riesgos que asumimos al hacer esto y los inconvenientes de una revisión tan apresurada y parcial. Tratándolo con brevedad es imposible hacer justicia al relato completo, a las ricas, abigarradas y multicolores historias desde las que esta reciente tradición se produjo en toda su diversidad y amplitud transnacional, subdisciplinar y específica de cada campo. Somos los primeros en admitir que nuestro punto de vista es inevitablemente limitado por múltiples motivos, sobre todo por los propios límites prácticos de nuestra familiaridad historiográfica.

Después de presentar el escenario historiográfico en el capítulo 2, en el siguiente («¿Un tipo de modernismo?») profundizamos en los amplios debates sobre la teoría social y cultural que tuvieron lugar a lo largo de la década de los ochenta, normalmente englobados bajo la rúbrica del posmodernismo. Las críticas posmodernistas al marxismo y a otras sociologías materialistas procedieron inicialmente de disciplinas con las que los historiadores no estaban necesariamente familiarizados. Éstas tuvieron su mayor impacto sobre las artes y la estética, la intelectualidad literaria y los contextos interdisciplinarios emergentes de los estudios culturales. A finales de los años ochenta, sin embargo, coincidiendo con la influencia de la teoría postestructuralista, concretamente mediante la cada vez más rápida difusión del pensamiento de Michel Foucault y sobre todo entre las feministas, los historiadores finalmente comenzaron a prestarles atención. A principios de los años noventa, la articulación de un importante volumen de críticas, ya fuesen estrictamente posmodernistas o fuertemente impregnadas de las ideas posmodernistas, se estaba produciendo entre los mismos historiadores, cambiando de forma decisiva los principales focos de atención de las discusiones históricas. Se había formado una pequeña pero vociferante vanguardia de historiadores explícitamente posmodernistas, pero el alcance del llamado giro lingüístico y de la «nueva historia cultural» se extendía de forma mucho más general entre todas las disciplinas. En el capítulo 3 hacemos balance de las consecuencias de estas historias intelectuales, haciendo un seguimiento del impacto de las críticas posmodernistas del conocimiento sobre el pensamiento de los historiadores, y analizando las diferencias más duraderas a las que han dado lugar. A través de esta discusión, también buscamos clarificar el carácter de lo precedente, ya que los posmodernistas dirigieron gran parte de sus ataques hacia el marxismo dentro del más amplio consenso historiográfico. En otras palabras, buscamos identificar el modernismo que las críticas posmodernistas tendieron a dar por supuesto.

En el capítulo 4, «La renuncia al materialismo: ¿De lo social a lo cultural?»), pasamos a discutir en detalle ciertas obras de historia social y de historia cultural, intentando analizar la utilidad de la nueva crítica epistemológica para los historiadores. Más que realizar una revisión sistemática o comprehensiva de la bibliografía pertinente, hemos elegido centrarnos en los textos de unos cuantos historiadores emblemáticos: Patrick Joyce, William Sewell y, especialmente, Joan Scott y Gareth Stedman Jones. Nos decantamos por éstos en concreto porque sus trabajos han sido especialmente influyentes durante el período de tiempo que abarca este libro, sobre todo en el desarrollo a largo plazo de nuestro propio pensamiento. Formaron parte de la mejor historia social de los años setenta y ejemplifican las nuevas direcciones de las décadas siguientes en sus formas más profundas y coherentes. Debería quedar claro por los términos de este capítulo —desde luego, así lo esperamos— que nuestras críticas están hechas con el máximo respeto. Como nuestros colegas y estudiantes de la disciplina en el sentido más amplio, nos consideramos en deuda con la claridad que cada uno de estos autores ha proyectado sobre los dilemas que han atormentado a los estudios históricos durante las últimas décadas. Pero en el momento álgido de las controversias en torno al giro cultural de finales de los años ochenta y principios de los noventa, el desafío también se polarizó extraordinariamente. Desde nuestro punto de vista, las discusiones en este momento han llegado al punto en el que podemos dejar atrás esas polémicas y comenzar a movernos hacia delante de forma diferente.

El capítulo 5 («¿Cuál es la vigencia de la clase ahora?») pretende extraer consecuencias de las críticas culturalistas a la historia social con el propósito de comprender la relación de la clase con la política. ¿Qué supone para nuestra comprensión de la «clase» per se el aceptar la fuerza de esas críticas y adoptar «el planteamiento discursivo de la historia»? A la luz de nuestros propios argumentos sobre la importancia de un registro analítico estructuralista, ¿cómo podría reincorporarse un concepto viable de clase? En la cúspide de los primeros debates que llevaron al llamado giro cultural, nosotros mismos habíamos publicado un artículo, en 1980, en el que nos preocupábamos por las dificultades que estaban experimentando los historiadores sociales a la hora de tratar con la autonomía de lo político: tendían, o bien a dejar de lado los procesos políticos considerándolos un área de la historia institucional de la que se ocupaban otros historiadores que trabajaban en otra cosa, o bien subsumían el análisis de la política dentro de la mayor importancia de las fuerzas sociales y de la determinación social. Pero, en los años noventa, irónicamente, justo como resultado de la lógica antirreduccionista del giro cultural, la autonomía de la política se había reinstaurado con tanto éxito como para distanciarse completamente de la explicación social. En este capítulo final, por lo tanto, utilizando las ideas de Antonio Gramsci y Michel Foucault, intentamos sugerir cómo podría repensarse ahora la relación entre lo político y lo social, entre la política y la formación de la clase.

Cuando, hace algunos años, lanzamos los argumentos de este libro en un artículo para un foro de discusión llamado «¿Adiós a la clase trabajadora?», en la revista *International Labor and Working-Class History*, las respuestas que se obtuvieron fueron decepcionantemente defensivas. Quisimos restarle carga polémica a un campo importante de diferencias entre los historiadores renovando el espacio para debates más constructivos, pero con ello las divisiones entre una y otra posición tan sólo parecieron confirmarse. Un grupo nos acusó de obviar los temas del capitalismo y la globalización. Preguntaban «¿Dónde está lo más importante?» y nos remitían al terreno de la materialidad real y de las «estructuras que verdaderamente se podían experimentar», a la clase tal y como algunos siempre quisieron que se entendiera. Y, sin embargo, el otro grupo se mofaba de nosotros por echar todavía de menos el cuerpo sin vida del marxismo y del estructuralismo, aferrándonos emocionalmente a viejas formas de política histórica que simplemente ya no funcionaban. Con alguna que otra excepción, desgraciadamente, los encargados de responder a nuestro texto eligieron no referirse a sus argumentos centrales, más bien los obviaron, reiterando las posiciones mutuamente enfrentadas que ya mantenían de antemano. Pero dentro de ese espacio imaginado de oposición polémica, sospechamos, un reducido número de historiadores sí que prestó verdadera atención. Por nuestra parte, continuaremos intentando formular las preguntas. Persistimos en nuestra creencia en que tanto la formación política de subjetividades como las consecuencias estructurales de la desigualdad capitalista pueden recogerse dentro de un mismo análisis. Deberían existir formas de combinar la crítica postestructuralista del conocimiento con ciertos registros de cauto argumento estructuralista. Ambos son claramente posibles. *No tenemos que elegir.*

2. LA HISTORIA SOCIAL Y EL GIRO DISCURSIVO

INTRODUCCIÓN

Durante los emocionantes años sesenta, en los que muchos de nosotros nos formamos, la historia social supuso un gran ímpetu polémico que abarcaba muchas cosas. Prometía la apertura de nuevas áreas empíricas y el uso de los métodos de la ciencia social, pero, por encima de todo, expresaba una fuerte reacción en contra de la supremacía de la historia política tal y como entonces se entendía —es decir, una tradición investigadora cuyas estrechas miras se centraban en la política exterior, la diplomacia, las constituciones, la alta política, la administración y el comportamiento del Gobierno. En ese sentido, la historia social suponía un giro fundamental del campo de intereses de la disciplina desde el «Estado» hacia la «sociedad». Ya fuese bajo el eslogan «historia del pueblo» o «historia desde abajo», con su populismo implícito y su concentración en la experiencia de grupos sociales subordinados, o a través de influencias marxistas más explícitas o de la idealización que las ciencias sociales habían hecho del «análisis estructural», se hacía continuamente hincapié en la importancia de la explicación social —de la prioridad analítica del contexto social— a la hora de interpretar los procesos políticos. A principios de los setenta, esta ambición proyectaba casi siempre, al menos sin duda entre los historiadores radicales, un materialismo clásico o fundacional, ya fuese de inspiración marxista o no, en el que triunfaban firmes nociones de causalidad social, determinación social y totalidad social.¹

Durante mucho tiempo, la firmeza de esas convicciones fue más práctica que teórica; es decir, se trataba más bien de presupuestos faltos de refinamiento.

¹ Una revisión bibliográfica escrita por estas fechas en Geoff Eley, «Some Recent Tendencies of Social History», en George Iggers y Harold Parker, *International Handbook of Historiography: contemporary Research and Theory*, Westport, Conn: Greenwood, 1980, pp. 55-70.

to y no tanto del resultado de una larga tarea conceptual. Sin embargo, sobre tales convicciones se cimentaba la seguridad de que la historia social tenía sus propios objetivos como disciplina, en ellas se enraizaba su creencia en que las cuestiones de poder, las relaciones sociales y la desigualdad podían ser inteligibles a través de una ambiciosa contextualización analítica. Era crucial que esas cuestiones se entendieran a partir de la clase; una concepción de la clase mediatizada por la cultura y la conciencia. El concepto de clase servía de categoría maestra, nada más y nada menos. Era parte integral del propio proceso de la historia social. Resultaba difícil diferenciar cuáles eran los objetivos y los efectos de una y otra. Es más, dentro del actual clima de escepticismo en torno a la utilidad de la clase como categoría, resulta extraordinariamente difícil diferenciar entre la pérdida de centralidad del concepto de clase en la historia social y el sentido de crisis del que está impregnada la disciplina entera. La pérdida es compleja y nuestro objetivo en este caso es, en gran medida, el de examinar sus significados y efectos, someterla a un detallado escrutinio y explorar algunas de sus implicaciones respecto a cómo puede hacerse historia social ahora.

Antes de empezar debemos hacer algunas advertencias. Primero, a lo largo del libro, los referentes principales serán las sociedades capitalistas de la Europa Occidental y de Norteamérica desde y durante la industrialización. Donde nuestros modestos conocimientos lo permitan, también mencionaremos otras historiografías. Pero tendremos que obviar algunas áreas centrales fundamentales para la historia social en su conjunto, como la Europa medieval y moderna, los campesinos y la Europa campesina, muchos de los aspectos de la historia de las mujeres y del género, y la historia de la familia y la demografía, entre otras muchas. No podremos incluir estudios históricos sobre y desde grandes e importantes partes del mundo. En otras palabras, no pretendemos ofrecer una relación completa de las trayectorias de la historia social a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Nuestra discusión no se centra tanto en la historia social como subdisciplina, como en aquellos aspectos de ésta para los que la comprensión de la clase social es clave.

Segundo, el auge de la historia social a finales del siglo XX siguió caminos muy distintos dependiendo de los países. En Gran Bretaña, por ejemplo, después de algunos estudios pioneros previos sobre los efectos sociales de la industrialización, sus principales fuentes fueron la historia económica, el interés en política y la administración social en la línea de Beatrice y Sydney Webb; una fuerte tradición interesada en la educación de los trabajadores y la historia popular identificada con el movimiento obrero. El proceso de institucionalización después de 1945 —departamentos de historia económica en varias universidades, un fuerte centro metropolitano en la *London School of Economics* (LSE), y la *Society for the Study of Labour History* fundada en 1960— proporcionó algunos pilares excelentes sobre los que construir el auge de la historia social a lo largo de los años sesenta, animada tanto por la gran expansión universitaria como por el radicalismo cultural de aquellos años. En Alemania, por otra parte, comienzos similares a principios del siglo XX, como la escuela histórica de economía,

los estudios sociológicos de Max Weber, entre otros, y las pioneras historias del movimiento obrero del partido del Partido Socialdemócrata Alemán y, más tarde, el Partido Comunista Alemán, habían sido trágicamente interrumpidos por el nazismo y la posterior división del país en 1945. De forma que cuando los historiadores sociales de la Alemania Occidental comenzaron a presionar para conseguir un cambio en la disciplina, también en la década de los sesenta, dirigieron sus miradas fundamentalmente hacia las ciencias sociales de Estados Unidos. Por el contrario, Francia fue un caso único de institucionalización precoz que se remontaba hasta la influencia de Lucien Febvre y Marc Bloch, y el lanzamiento de la revista *Annales d'histoire économique et sociale* en 1929.² Después de 1945, la creación de una nueva sexta sección para las ciencias sociales bajo la presidencia de Febvre en la *École Pratique des Hautes Études* dotó a la historia social de una fuerza interdisciplinar excepcional en el corazón mismo de las ciencias sociales. De modo que, mientras los historiadores sociales en Gran Bretaña y Alemania Occidental todavía estaban haciéndose un hueco durante los años sesenta, en Francia se encontraban recogiendo ya los beneficios de varias décadas de crecimiento y prestigio institucional.

Cada una de estas diversas trayectorias estableció bases diferentes sobre las que interpretar la clase durante el *boom* de los años sesenta y setenta. Los historiadores sociales británicos veían la clase principalmente a partir del lugar del trabajo y de las circunstancias residenciales de la clase obrera, rompiendo con los marcos institucionales restrictivos de la historia del trabajo anterior (sindicatos y partidos), al tiempo que llevaban su interés materialista hasta los más mínimos detalles de la vida de la clase obrera (salarios, condiciones de trabajo y normas laborales, cualificación y descualificación, aprendizajes y jerarquías laborales, alojamiento y transporte, protestas y huelgas).³ Comparativamente, sus colegas de Alemania Occidental no tenían, para poder basarse en ellos, ni el materialismo pragmático de la tradición de la historia económica británica ni su impactante versión marxista. En su lugar, desde los años sesenta confiaron

² La precursora de *Annales* fue la *Revue de synthèse historique*, fundada en 1900 por el filósofo de la historia Henri Berr (1863-1954) para abrir un diálogo entre la historia y las ciencias sociales. Febvre (1878-1956) y Bloch (1866-1944) se incorporaron a la *Revue* en 1907 y 1912, respectivamente, publicando sus primeras obras de importancia y colaborando en Estrasburgo antes de lanzar la nueva revista y mudarse a París. En 1946, la revista cambió su nombre por el de *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Buenas introducciones en Meter Burke, *The French Historical Revolutions. The «Annales» School, 1919-1989*, Cambridge: Polity, 1999; François Dosse, *New History in France: The Triumph of Annales*, Urbana: University of Illinois Press, 1984; Troian Stoianovich, *French Historical Method: The «Annales» School: Critical Assessments*, 4 vols., Londres: Routledge, 1999; Carole Fink, *Marc Bloch: A Life in History*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989; Matthias Middell, «The Annales», en Stefan Berger, Heiko Feldner y Kevin Passmore (eds.), *Writing History: Theory and Practice*, Londres: Arnold, 2003, pp. 104-117.

³ Los dos ejemplos emblemáticos son los de E. H. Hunt, *British Labour History, 1815-1914*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1981 y Eric Hobsbawm, *Labouring Men: Studies in the History of Labour*, Londres: Weidenfeld and Nicolson.

en un significativamente consistente weberianismo para articular sus planteamientos interpretativos sobre la clase obrera, que se complementaba con una igualmente centrada interpretación política del período comprendido entre los años setenta del siglo XIX y los cuarenta del XX, y que hacía hincapié en la recurrente exclusión del movimiento obrero de la sociedad legítima.

En Francia, las cuestiones eran más complejas. Mientras la tradición de *Annales* fomentó un estructuralismo inexorable basado en la primacía de la demografía, las fluctuaciones de los precios, los mercados laborales, los cambios económicos y la estabilidad de la vida social a largo plazo, una segunda tradición francesa, que surgía del estudio de la Revolución Francesa y de sus diversos legados, se decantaba por mantener una perspectiva marxista de la clase. El peso del marxismo en la historia social francesa también aumentó gracias a la influencia de un Partido Comunista fuerte. Por todos estos motivos, el marxismo tenía mayor presencia entre los historiadores sociales de la clase trabajadora en Francia que en Alemania Occidental o en Gran Bretaña.⁴

Tercero, hasta cierto punto, de forma significativa, el ímpetu pionero de la historia social, desde los períodos fundacionales a principios del siglo XX hasta su gran auge de los años sesenta y setenta de ese mismo siglo, siempre ha venido desde fuera de la profesión histórica propiamente dicha. Éste fue un rasgo muy característico del caso británico, donde las primeras contribuciones clave abarcaban desde los grandes volúmenes de estudios de los Webb sobre el sindicalismo de oficio, la democracia industrial y el gobierno local, y los numerosos trabajos del teórico de Oxford G. D. H. Cole sobre la historia del socialismo y los movimientos obreros, hasta una trilogía de libros de los periodistas radicales John y Barbara Hammond sobre la experiencia del trabajador pobre en la Revolución Industrial. Incluso el impacto de R. H. Tawney en la LSE se debió

⁴ Diferentes versiones del análisis que hace hincapié en las diversas situaciones institucionales de la historia social, las distintas relaciones entre disciplinas y las conexiones concretas (las que la hacen posible y las que no) con la cultura política del entorno, especialmente los apoyos disponibles por parte de los movimientos obreros nacionales, funcionan también para otras historiografías nacionales. Por lo tanto, la fuerza del Partido Comunista de Italia desde 1945 dotó a los planteamientos marxistas de la historia social de un dominio comparable al que tenían en Francia. En Escandinavia, tras medio siglo de casi continuo gobierno socialdemócrata desde la década de los treinta, las culturas públicas progresistas proporcionaron un terreno especialmente consistente para el surgimiento de la historia social de los años sesenta. Por un lado, a través de investigaciones reformistas pioneras especializadas en lo social, que ya habían comenzado anteriormente durante ese mismo siglo y, por otro, a través de las historias institucionales populares del movimiento obrero. En la mayoría de países de Europa, el surgimiento de las democracias después de 1918 (independientemente de lo breve que éste fuera) creó los puntos de partida necesarios, tales como nuevas universidades, nuevas cátedras de historia, nuevas revistas y una reformulación general de la vida intelectual. El potencial de la historia social cristalizó con éxito en las iniciativas conjuntas de investigadores sociales reformistas y en los propios cronistas y archiveros del movimiento obrero, que normalmente mantenían una relación tenue con los departamentos académicos de historia, en los que las visiones tradicionales centradas en torno al estado mantenían su supremacía.

tanto a sus trabajos de carácter general como a *The Acquisitive Society* (1921) y *Equality* (1931), así como a su defensa de la Workers' Educational Association (WEA) y a su investigación académica sobre la economía de los Tudor-Estuardo. El mismo síndrome reapareció después de la Segunda Guerra Mundial, cuando algunos de los progenitores de la historia social carecían de plaza en los departamentos de historia de las universidades y tenían que trabajar o bien en colegios (George Rudé), o bien en la educación para adultos (siendo los casos más llamativos los de Edward Thompson y Raymond Williams, pero entre los que también se encontraba el africanista Thomas Hodgkin y una figura menos conocida como Henry Collins), o simplemente en otra disciplina distinta, como el economista de Cambridge Maurice Dobb. A lo largo de los años setenta, las pioneras historiadoras de las mujeres en Gran Bretaña también produjeron sus obras sin dar clases en ningún departamento universitario de historia. Así lo refleja la experiencia de precursoras de principios del siglo XX como Alice Clark, Ivy Pinchbeck, Dorothy George y Barbara Hammond, quienes prácticamente desaparecieron de los anales historiográficos al profesionalizarse la historia académica.⁵

Para estos pioneros, el impulso principal hacia la historia social surgía del interés propio de la izquierda por las consecuencias sociales de la industrialización, así como de una fuerte identificación con la gente común, enlazado con el activismo político a través del fabianismo, el sufragismo feminista anterior a 1914, el nacimiento del Partido Laborista y, posteriormente, la disidencia más radical del Partido Comunista.⁶ En Alemania, esta relación con el progresismo político fue incluso más clara, favorecida por los lazos institucionales que existían entre el movimiento obrero y el florecimiento de la sociología alemana durante la República de Weimar. En 1933, el desastre del Tercer Reich acabó de cuajo con ese potencial y forzó a sus protagonistas a disgregarse por el mundo académico angloamericano, del que sólo se les pudo recuperar décadas más tarde, como resultado del alcance internacional de la historia social posterior a los años sesenta. Más avanzado el siglo XX, la historia social alemana también iba a recibir su propia inyección de energía y creatividad por parte de otra fuente externa, a saber, el movimiento del taller de historia y la historia pública multiforme que estaban surgiendo desde finales de los años setenta. El interés

⁵ Un breve resumen de estos antecedentes en Geoff Eley, «The Generations of Social History», en Peter N. Stearns (ed.), *Encyclopedia of European Social History: From 1350 to 2000*, vol. 1, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 2001, pp. 3-12, y *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005, pp. 63-65. [Hay traducción al castellano, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008. Véase también Maxine Berg, *A Woman in History: Eileen Power, 1889-1940*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

⁶ Véase, por ejemplo, dos de las primeras muestras de la historia social británica «desde abajo»: G. D. H. Cole y Raymond Postgate, *The Common People, 1746-1938*, Londres: Methuen, 1938, y Arthur Leslie Morton, *A People's History of England*, Londres: Lawrence and Wishart, 1938. El primero de ellos mantuvo su estatus hasta los años sesenta.

por la historia de las mujeres en Alemania Occidental también llegó desde fuera de los muros universitarios, forzados a formar parte de la agenda histórica a causa del nuevo movimiento feminista posterior a 1968.

Estos comentarios pretenden llamar la atención sobre una dimensión vital de la forma en que los historiadores sociales tratan la clase: siempre ha tenido connotaciones políticas vitales, a veces implícita y tangencialmente, pero, a menudo, directamente a través de proyectos políticos de un tipo u otro que se han expresado conscientemente. Esta dimensión política forma parte, en realidad, de nuestro objetivo a la hora de escribir este libro. Por una parte, esperamos extraer las implicaciones políticas de los diferentes trabajos que hemos elegido discutir. Pero, por otra, también nos guía una sensación de urgencia política, un deseo de conseguir que los debates entre los historiadores estén a la altura de las exigencias políticas que reclama el nuevo contexto actual del siglo XXI que comienza.

Por último, existe la tendencia en los debates recientes a generalizar demasiado los argumentos, a exagerar la influencia o preeminencia de los modelos y los supuestos de los que se trata, y a polarizar las alternativas de tal manera que se fuerza a los lectores a tomar partido. Con la elección de las obras en las que nos vamos a centrar, sin embargo, no pretendemos dar a entender que esto es todo lo que hay, que sus características principales se pueden utilizar directamente para describir el campo de la historia social en general y que no puede encontrarse otro amplio surtido de perspectivas coherentes y sofisticadas. De hecho, son este tipo de simplificaciones y supuestos polémicos los que queremos evitar.

Por ejemplo, al centrarnos en los historiadores marxistas británicos no pretendemos minimizar la importancia similar de otras escuelas, corrientes de trabajo, individuos notables u orientaciones metodológicas y teóricas. Es evidente que cualquier repaso completo del desarrollo de la historia social británica debería destacar la influencia tanto de J. H. Plumb como de Asa Briggs, cuyos primeros trabajos sobre Birmingham, obras más generales como *Victorian Cities* (1963), o investigaciones locales pioneras editadas en *Chartist Studies* (1959) y *Essays in Labour History* (1960) fueron fundamentales a la hora de formular las primeras interpretaciones del siglo XIX desde el punto de vista de la historia social. A lo largo de los años cincuenta, la prehistoria de la emergencia de la historia social en Gran Bretaña también podía definirse como un extenso archipiélago en torno a George Kitson Clark y Henry Pelling en Cambridge, A. E. Musson y Harold Pekin en Manchester, A. J. Taylor en Briggs en Leeds, F. M. L. Thompson en Londres y los historiadores económicos H. J. Habbakuk, Max Hartwell y Peter Matthias en Oxford.⁷ Por ejemplo, Perkin ocupó la primera plaza universitaria en historia social en Manchester en 1951, la primera cátedra

⁷ Pero véase aquí Miles Taylor, «The Beginnings of Modern British Social History?» *History Workshop Journal* 43, primavera 1997, pp. 155-176, que exagera de forma perversa la influencia de los historiadores de Cambridge entre otras figuras conservadoras de la prehistoria de la historia social.

en historia social en Lancaster en 1967 y publicó su fundamental historia general *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*, en 1969.⁸

Todo elaboradísimo trabajo intelectual asociado a estos nombres comparte su interés por la clase, pero en ellos ésta no puede, ni remotamente, reducirse a un conjunto común o consensuado de significados claros. En los casos en que estos historiadores hicieron explícitos sus supuestos conceptuales sobre el papel —lo que no fue una práctica muy común— desarrollaron puntos de vista bastante divergentes. La «clase» a menudo se utilizó pragmáticamente o descriptivamente y en muy raras ocasiones se hizo ninguna referencia directa a los diferentes marcos interpretativos disponibles dentro de la teoría social. Desde un punto de vista teórico más preciso, en los primeros textos de historia social de los años cincuenta, la «clase» no era un factor significativo especialmente transparente, ni siquiera universalmente aceptado como el concepto en torno al cual organizar el análisis de la estructura y las relaciones sociales bajo el capitalismo. En este sentido, por lo tanto, la famosa definición de la clase de Edward Thompson en el prefacio a *The Making of the English Working Class* en 1963⁹ se convirtió en el punto de partida fundamental: destacó de entre sus colegas historiadores por su fuerza y la claridad de sus pretensiones explícitas. Sin duda, provocó un período de debate intenso en un tono muy elevado que adquirió mayor importancia gracias al radicalismo político que se vivía en las universidades a finales de esa década.¹⁰

Por lo que nosotros sabemos, sólo el relativamente breve período de tiempo entre la publicación del libro de Thompson, *The Making*, y, digamos, la aparición de la *Lucha de Clases en la Revolución Industrial* de John Foster en 1974, junto con todos los debates resultantes, marcaron el verdadero nacimiento del análisis de clase entre los historiadores sociales británicos.¹¹ Ésa fue, probablemente, la época en la que existió mayor consenso sobre los significados con los que se utilizaba el término. Los supuestos operativos, aunque no se solían hacer explícitos, ya que la clase se consideraba más bien una armadura práctica para ordenar una rica e imaginativa investigación empírica, se podrían describir así: la clase no era una condición o una «cosa» sino una relación, definida tanto por solidaridades horizontales (por ejemplo, con otros trabajadores) como por antagonismos verticales (en contra de la burguesía); la pertenencia a la clase surgía fundamentalmente del lugar que cada uno ocupaba en la producción; si no de una estricta noción marxista sobre la fuerza de trabajo y la plusvalía, sí de la relación que existía entre uno y su trabajo; la clase era una experiencia a la que daba forma la conciencia de unas historias comunes reconocibles a través

⁸ Harold Perkin, *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1969.

⁹ Nota del traductor. Hay traducción al castellano: *La formación de la clase obrera inglesa*, Barcelona, Crítica, 1989.

¹⁰ Véase Edward P. Thompson, *The Making of the English Working-Class*, Londres: Gollancz, 1963.

¹¹ John Foster, *Class Struggle in the Industrial Revolution*, Londres: Methuen, 1974.

de una cultura común; la conciencia de clase era dinámica, producida a través de la experiencia de la explotación y de la opresión política; y, lo más importante de todo, la clase era un punto de partida necesario para comprender lo que le estaba sucediendo a la sociedad decimonónica en su conjunto.¹²

Esta interpretación común de la clase, desde luego, también recibió críticas. Una serie de trabajos generales publicados por historiadores de primera fila como Harold Perkin, Geoffrey Best, Arthur Marwick y John Vincent, que ejercieron mucho mayor poder institucional en la profesión en Gran Bretaña que cualquier otro marxista de la época, cuestionaron directamente el enfoque marxista que proponían Thompson y Foster.¹³ Pero hasta cierto punto, de manera significativa, esa idea compartida de lo que era la clase fue la que dio forma a los lenguajes disponibles para los jóvenes que querían ser historiadores. Incluso constituía el sentido común del análisis social, dotando a los años sesenta en Gran Bretaña de una sensibilidad y de un estilo propio y muy diferenciado. Vivió su momento álgido desde el impacto del libro de Thompson, que apareció en la edición de bolsillo de Pelican en 1968, reaccionando contundentemente contra las críticas al final del texto. Ese mismo momento también estuvo enmarcado por la publicación de los libros masivamente influyentes de Eric Hobsbawm —primero *The Age of Revolution*¹⁴ en 1962, luego *Labouring*

¹² Esta es la famosa explicación del prefacio de Thompson: «Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una “estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas... Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura... La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real... Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultados de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos de (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria... La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge *exactamente* de la misma forma». *Making*, pp. 9-10.

¹³ Además de Perkin en *Origins*, véanse los siguientes: Geoffrey Best, *Mid-Victorian Britain, 1851-1870*, Londres: Fontana, 1971; Arthur Marwick, *The Deluge: British Society and the First World War*, Boston: Little, Brown, 1965 y *The Nature of History*, Londres: MacMillan, 1970; John Vincent, *Formation of the Liberal Party, 1857-1868*, Nueva York: Scriber, 1967.

¹⁴ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 2007.

*Men*¹⁵ en 1964 (también reeditado en 1968) y, por último, *Industry and Empire* en 1968—, que ofrecían un marco global desde el que comprender el surgimiento de la sociedad de clases bajo el capitalismo, cuyo epicentro era la historia de la gente trabajadora.¹⁶

Sobre esa base, el «análisis de clase» guió a las amplias generaciones de estudiantes que entraban a formar parte de la profesión durante la expansión sin precedentes de la que disfrutó durante los años sesenta y principios de los setenta, muchos de los cuales se inspiraron en los radicalismos políticos y culturales de la época y eligieron siempre trabajar sobre aspectos de la formación de la clase obrera durante el siglo XIX. Éstas fueron las generaciones que terminaron sus tesis y consiguieron su primeras plazas como profesores durante los años setenta, publicaron sus libros a finales de esa década y proporcionaron la energía de la que surgió la Social History Society y revistas nuevas como *Social History* y *History Workshop Journal*, todo ello puesto en marcha en 1976. También alcanzaron la madurez durante los ochenta, cuando los axiomas de la joven historia social ya empezaban a cuestionarse.¹⁷

Los ritmos de estas historias intelectuales locales —nuestra principal ilustración es obviamente británica, pero también se pueden contar historias similares sobre otros lugares— son cruciales para la dinámica de los debates que conforman el punto de partida de nuestro libro. Al reflexionar sobre la historia del surgimiento de la historia social es fácil pasar por alto lo breves y transitorios que han sido en realidad los períodos de innovación más intensa. Como ya hemos destacado, desde la aparición del gran libro de Thompson hasta los debates en torno al *Class Struggle and the Industrial Revolution* de Foster y los primeros esfuerzos críticos de los nuevos órganos, *Social History* y *History Workshop Journal*, había transcurrido poco más de una década. Las primeras fisuras del consenso funcional histórico en torno a la «clase» cristalizaron gracias al impacto de *The Making of the English Working Class*, a partir del que se abrieron dos debates sintomáticos: uno sobre la utilidad del concepto «aristocracia obrera», que ayudaba a problematizar las conexiones que los historiado-

¹⁵ N. del T.: Hay traducción al castellano: *Trabajadores*, Barcelona, Crítica, 1979.

¹⁶ Véanse estos trabajos de Hobsbawm: *Labouring Men; Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Manchester: Manchester University Press, 1959 (con George Rudé); *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, Londres: Lawrence and Wishart, 1968; *Bandits*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1962; *Industry and Empire: From 1750 to the Present Day*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1968.

¹⁷ Para captar el tono de las discusiones justo antes de que apareciera el llamado giro lingüístico y de que el materialismo axiomático de la historia social empezara a entrar el declive, véanse los trabajos de R. S. Neale, que abrieron una peculiar pero inteligente ventana a los diversos planteamientos analíticos de clase disponibles durante la década de los setenta. Véase, R. S. Neale, *Class in English History, 1680-1850*, Oxford, Blackwell, 1981; *History and Class: Essential Readings in Theory and Interpretation*, Oxford: Blackwell, 1983; *Writing Marxist History: British Society, Economy, and Culture since 1700*, Oxford: Blackwell, 1985.

res sociales esperaban establecer entre los cambios en la relaciones de clase y los cambios en la política, y otro sobre los supuestos teóricos implícitos sobre los que descansaba el análisis de Thompson en *The Making*.¹⁸ Aunque con el tiempo resultaron estériles a causa de la intransigente polarización de ambas posturas, estas discusiones fueron cruciales para despejar el camino. E incluso más importante, a largo plazo, fue el cuestionamiento radical por parte de las historiadoras feministas de los supuestos dominantes de las nuevas historias sobre la clase obrera.

Pero los cambios historiográficos nunca se suceden de forma directa y lineal. En el trabajo histórico no existe un progreso unidireccional que evidencie una comprensión progresivamente mejor de los procesos, al tiempo que se revisan problemáticas previas a través de debates encadenados y claramente diferenciados de los que surgen nuevas interpretaciones que purgan la oscuridad y el error de sus predecesoras. Por el contrario, proyectos y problemáticas tienen la tendencia a persistir y a solaparse, interpenetrando y obstaculizándose unas a otras, pugnando y hablando al mismo tiempo, dando lugar a una simultaneidad de prácticas y conversaciones de significados más confusos —pero también satisfactorios— de lo que permiten los defensores de la consistencia. Las aportaciones de historiadores cuyas sensibilidades se hayan formado en un momento dado a lo largo del desarrollo de la disciplina —incluyendo su forma de entender la pedagogía, sus hábitos metodológicos, sus compromisos historiográficos implícitos y su noción de lo que es un proyecto relevante— pueden continuar formando parte del amplio conjunto de obras fundamentadas sólidamente y ejecutadas de forma creativa mucho tiempo después de haber sido sometidas a sucesivos episodios críticos que hayan cuestionado sus supuestos originales, y pese a que los objetivos generales de la disciplina hayan avanzado, especialmente si el momento de formación en cuestión fue tan dramático e inspirador como lo fueron los sesenta. Lo que nosotros queremos explorar son, precisamente, las complejidades a las que dieron lugar estos años.

EL ANGLO-MARXISMO Y LA «VIEJA» HISTORIA SOCIAL

La influencia conjunta del marxismo británico y del grupo de historiadores del Partido Comunista entre la Segunda Guerra Mundial y la crisis de 1956 tuvo una importancia especial a la hora de entender los parámetros de la historia social de los años sesenta y setenta. Aparte de Edward Thompson y Eric Hobsbawm, entre estos marxistas también se encontraban Christopher Hill,

¹⁸ Sobre la «tesis de la aristocracia obrera», véase Robert Gray, *The Aristocracy of Labour in Nineteenth-Century Britain, c1850-1900*, Londres: Macmillan, 1981; y para una crítica de la obra de Thompson lanzada desde el Birmingham Center for the Contemporary Cultural Studies, véase, entre otros textos, el de Richard Johnson, «Thompson, Genovese, and the Socialist-Humanist History», *History Workshop Journal* 6, otoño 1978, pp. 96-119.

Rodney Hilton, George Rudé, Victor Kiernan, John Saville y Dorothy Thompson, incluyendo a un precoz colegial comunista llamado Raphael Samuel.¹⁹ Aunque sus intereses bebían de fuentes diversas, éstos formaron un grupo definido entre los años cuarenta y los sesenta, y crearon una corriente clave para la historia social cuyo principal interés era «el pueblo», sobre todo, la clase obrera, sus experiencias y su cultura. Sus obras, que nunca fueron ni remotamente hegemónicas dentro de la profesión en Gran Bretaña, sentaron, sin embargo, las bases de los nuevos debates históricos y supusieron un reto para otros. Establecieron un marco complejo de supuestos conjugando elementos de la economía política marxista con un planteamiento empírico de las experiencias y culturas de las clases populares. Es decir, dieron forma a un discurso histórico diferente cuya agenda se centraba en la clase, en la conciencia, en la acción humana, en la experiencia y en la cultura. Nunca se trató de un colectivo organizado en torno a un manifiesto, ni siquiera en torno a un proyecto político claramente compartido (más allá del punto de inflexión que supuso el año 1956). Pero durante los años sesenta, sin embargo, su trabajo proporcionó un nuevo y coherente repertorio para la historia social —no siempre consistente ni ortodoxo, sino, más bien, una constelación de intereses, un conjunto de objetivos hasta cierto punto reconocibles, aunque difíciles de definir de forma clara e integrada— desde el que partir.

Este grupo formaba parte de una red más amplia de intelectuales británicos que llegaron al Partido Comunista (CPGB) durante los años treinta con las urgencias creadas en torno al antifascismo. Algunos dejaron el partido a principios de la guerra fría, pero lo que puso fin a la vida del grupo como tal fue la hemorragia de deserciones que tuvo lugar durante la crisis del comunismo de 1956. Eran muy pocos los miembros del grupo que ocupaban plaza como profesores o investigadores en el corazón de la vida académica de Oxbridge o Londres.²⁰ Los departamentos universitarios de historia apenas les apoyaron.

¹⁹ Véanse las siguientes: Eric Hobsbawm, «The Historians' Group of the Communist Party», en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres: Lawrence and Wishart, 1979, pp. 21-47; Bill Schwarz, «“The People” in History: The Communist Party Historians' Group, 1946-56», en Richard Johnson, Gregor McLennan, Bill Schwarz y David Sutton (eds.), *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*, Londres: Hutchinson, 1982, pp. 44-95; Dennis Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain: History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies*, Durham: Duke University Press, 1997, pp. 10-44; David Parker, «The Communist Party and Its Historians, 1946-89», *Socialist History* 12, 1997, pp. 33-58; Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians: An Introductory Analysis*, Oxford: Polity, 1984. Entre otros miembros del grupo (que no siempre estuvieron afiliados al Marxismo) se encontraban Vere Gordon Childe, los clasicistas George Thomson y Benjamin Farrington, los historiadores de la antigüedad John Morris y E. P. Thompson, los medievalistas Edward Miller y Gordon Leff, los modernistas Eric Kerridge y M. E. James, el historiador económico John Habbakuk y el historiador del trabajo Henry Collins.

²⁰ N. del T.: Oxbridge es una contracción entre Oxford y Cambridge que hace referencia a los dos centros universitarios más importantes de Gran Bretaña.

George Rudé y Edward Thompson ni siquiera fueron capaces de asegurarse una plaza académica hasta los años sesenta, y Rudé sólo lo consiguió viajando a Australia. Algunos de ellos realizaron su investigación traspasando los márgenes de su disciplina, como el mayor de ellos, Maurice Dobb, un economista de Cambridge cuyo libro publicado en 1964, *Studies in the Development of Capitalism* fue uno de los primeros focos de debate del grupo.²¹ Otros trabajaron en la educación de adultos. La razón de ser colectiva del grupo era política: la creencia apasionada en la relevancia de la historia para el presente, el deseo de llegar a una audiencia popular, un compromiso más amplio con los valores democráticos. La mucho mayor Dona Torr, una intelectual del Partido Comunista de Gran Bretaña especialista en Marx, que no pertenecía al mundo académico, pero que publicó *Tom Mann and His Times* en 1956, fue una mentora importante. El grupo le dedicó *Democracy and the Labour Movement*, editado por John Saville y publicado en 1954.²²

Originalmente, el grupo se había imaginado escribiendo una historia social de Gran Bretaña que fuera capaz de cuestionar las versiones oficiales o institucionalizadas del pasado británico. Con este objetivo, tomaron como ejemplo el libro de A. L. Morton, *A People's History of England*, que había aparecido en el momento más álgido de la campaña antifascista en favor de Frente Popular de 1938. Aunque el proyecto como tal nunca llegó a cristalizar, las obras que varios de sus miembros escribieron a lo largo de sus carreras en realidad sí lograron su objetivo: por ejemplo, el trabajo de Rodney Hilton sobre el campesinado inglés, de Christopher Hill sobre la revolución inglesa del siglo XVII, el de John Saville sobre historia del trabajo, el de Dorothy Thompson sobre el cartismo o el de Edward Thompson y Eric Hobsbawm sobre muchos de los aspectos de la historia popular desde el siglo XVIII hasta el XX. Estos logros extraordinarios entraron a formar parte del contrarrelato democrático popular de la historia británica que los jóvenes comunistas de los años cuarenta habían aspirado a crear.

Algunos miembros del grupo alcanzaron un enorme reconocimiento internacional. Los intereses de Hobsbawm comprendían tanto la historia del trabajo británica, los movimientos populares europeos y los campesinados latinoamericanos, como la historia del jazz y otras artes populares, las cambiantes for-

²¹ Véase Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1946; ed. rev., 1963, junto a la antología del debate al que dio lugar, editada por Rodney Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres: New Left Books, 1976. Dobb nació en 1900, Hill y Rudé en 1910, Kiernan en 1913, Saville y Hilton en 1916, Hobsbawm en 1917, Dorothy Thompson en 1923 y Edward Thompson en 1924. Raphael Samuel, el pequeño del grupo, nació en 1938.

²² Sobre Dona Torr, véase su *Tom Mann and His Times*, Londres: Lawrence and Wishart, 1956; John Saville (ed.), *Democracy and the Labour Movement: Essays in Honor of Dona Torr*, Londres: Lawrence and Wishart, 1954; David Renton, *Dissident Marxism: Past Voices for Present Times*, Londres: Zed Books, 2004, pp. 104-121, y «Opening the Books: The Personal Papers of Dona Torr», *History Workshop Journal* 52, otoño 2001, pp. 236-245.

mas de protesta social y la plenitud de la tradición marxista. Además de estos campos de interés, Hobsbawm recurrió consistentemente al estudio del nacionalismo. Nadie conocía mejor que él la diversidad de enfoques internacionales que existían sobre el estudio del pasado. Este amplio conocimiento le ayudó a intentar arrojar luz sobre las diferentes formas de vida social asociadas a la industrialización capitalista, las cambiantes posibilidades de la acción política y las sucesivas transformaciones del capitalismo en un sistema global. Fue capaz de engarzar todas estas cuestiones en una secuencia sin precedentes de historias mundiales que fueron apareciendo cada diez años, aproximadamente entre 1962 y 1994.²³

Victor Kiernan fue otro especialista en historia general cuyas obras englobaban una amplia variedad de grandes cuestiones y contextos, desde aspectos del imperialismo, de la dinámica de la formación del Estado moderno y de la historia del duelo aristocrático, hasta monografías más especializadas sobre las relaciones de Gran Bretaña con China o la revolución de 1854 en España.²⁴ Contemporáneo de Albert Soboul o Richard Cobb, George Rudé fue pionero en el análisis de las grandes actuaciones de las multitudes de la Revolución Francesa. Desde un punto de vista más amplio, a través de *The Crowd in the French Revolution* (1959), *The Crowd in History* (1964)²⁵ y de su colaboración con Hobsbawm, *Captain Swing* (1969), ayudó a reinventar la historia social de la protesta popular.²⁶ Otros dos miembros del Grupo de Historiadores trabajaron fundamentalmente sobre historia británica, pero inspiraron a histo-

²³ Véase *Age of Revolution*, al que le siguió *The Age of Capital, 1848-1875*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1975; *The Age of Empire, 1875-1914*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1987; *The Age of Extremes, 1914-1991: A History of the World*, Londres: Michael Joseph, 1994.

²⁴ Entre las obras de Kiernan se encuentran *British Diplomacy in China, 1880 a 1885*, Cambridge: Cambridge University Press, 1939; *The Revolution of 1854 in Spanish History*, Oxford: Clarendon, 1966; *The Lords of Human Kind: European Attitudes Towards the Outside World in the Imperial Age*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1974; *America, the New Imperialism: From White Settlement to World Hegemony*, Londres: Zed press, 1978; *State and Society in Europe, 1550-1650*, Oxford: Blackwell, 1980; *The Duel in History: Honour and the Reign of Aristocracy*, Oxford: Oxford University Press, 1988; *Tobacco: A History*, Londres: Radius, 1991. Véase Harvey J. Kaye, «V.G. Kiernan, Seeing Things Historically», en Kaye, *The Education of Desire: Marxists and the Writing of History*, Nueva York: Routledge, 1992, pp. 65-97.

²⁵ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

²⁶ Las grandes obras de Rudé son *The Crowd in the French Revolution*, Oxford: Oxford University Press, 1959; *Wilkes and Liberty: A Social Study of 1763 to 1774*, Oxford: Oxford University Press, 1962; *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York: Wiley, 1964; (con Eric Hobsbawm), *Captain Swing: Protest and Punishment: The Story of Social and Political Protesters Transported to Australia, 1788-1868*, Oxford: Oxford University Press, 1978. También véase Harvey J. Kaye, «George Rudé, All History Must Be Studied Afresh», en Kaye, *The Education of Desire*, pp. 31-64.

riadores de todas partes del planeta; de Europa, de las Américas y del mundo no occidental con sus ejemplos: Raphael Samuel como el genio detrás del movimiento del History Workshop y su revista y Edward Thompson a través de sus fabulosas obras *The Making of the English Working Class* (1963), *Whigs and Hunters: The Origins of the Black Acts* (1975) y *Customs in Common* (1991)^{27, 28}.

Por lo tanto, la historiografía anglo-marxista que se estaba consolidando a lo largo de los años sesenta nos deja una imagen bastante ambigua. Por una parte, ésta estaba sólidamente establecida sobre un conjunto de preocupaciones propiamente británicas. Algunas de sus voces pioneras –Hill, Hilton, Saville y los Thompson– hablaron exclusivamente el lenguaje de la historia inglesa, ni siquiera de la británica. Su perspectiva más amplia estaba claramente centrada en cuestiones nacionales, como el famoso artículo de Thompson de 1965 «The Peculiarities of the English» y su primer libro, *William Morris: Romantic to Revolutionary*, que se publicó en vísperas de la crisis del Partido Comunista de 1955, o los trabajos de Raymond Williams, que no era historiador, pero cuyos libros, *Culture and Society* (1958) y *The Long Revolution* (1961), tenían tanto en común con los de Thompson que se puede decir que delimitaron un campo de intereses intelectuales similar.²⁹ Las preocupaciones de los británicos eran mayores en dos áreas. Una era la historia del trabajo, cuyo crecimiento durante los años sesenta estuvo influenciado de forma decisiva por los alumnos del Grupo de Historiadores del Partido Comunista, especialmente a través de la *Society for the Study of Labour History*, los artículos fundacionales de Hobsbawm en *Labouring Men*, y la influencia de Saville, pronto institucionalizada en la colección de volúmenes *Dictionary of Labour Biography*, que comenzó a ver la luz en 1972.

²⁷ N. del T. Hay traducción al castellano: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000.

²⁸ Sobre los primeros trabajos de Raphael Samuel, véase Samuel (ed.), *Village Life and Labour*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1975; (ed.), *Miners, Quarrymen, and Salt Workers*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1977; «History Workshop, 1966-80», en Samuel (ed.), *History Workshop: A Collectanea, 1967-1991. Documents, Memoirs, Critique, and Cumulative Index to History Workshop Journal*, Oxford: History Workshop, 1991. Sobre Edward Thompson, *Making of the English Working Class*; con Eileen Yeo (eds.), *The Unknown Mayhew: Selections from the Morning Chronicle, 1849-1850*, Londres: Merlin, 1971; *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*, Londres: Allen Lanes, 1975; con Douglas Hay, Peter Linebaugh, John G. Rute, E. P. Thompson y Cal Winslow, *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Londres: Allen Lanes, 1975; *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Londres: Merlin, 1991.

²⁹ Edward P. Thompson, «The Peculiarities of the English», en E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres: Merlin, 1978, pp. 35-91, y *William Morris: From Romantic to Revolutionary*, Nueva York: Pantheon, 1976, edición original de 1955; Raymond Williams, *Culture and Society, 1780-1950*, Londres: Hogarth, 1958, y *The Long Revolution*, Harmondsworth: Penguin Books, 1961.

La otra área era la historia de la industrialización capitalista en Gran Bretaña, sobre todo a través de la controversia en torno al nivel de vida, entre Hobsbawm y Max Hartwell desde 1957 hasta 1963. En este sentido, el libro de Saville, *Rural Depopulation in England and Wales, 1851-1951* (1957) también proporcionó un contrapunto crítico a las interpretaciones mayoritarias de G. Mingay y F. M. L. Thompson en «English Landed Society».³⁰ Algunos de los últimos clásicos estaban relacionados con esta cuestión más amplia, como *The Making* de Thompson, *Captain Swing* de Rudé y Hobsbawm, o la historia económica general de éste último, *Industry and Empire*.³¹

Pero había también otras dimensiones en las que estos historiadores marxistas no eran nada provincianos. Rudé estuvo estrechamente relacionado con Georges Lefebvre y Albert Soboul en Francia; Kiernan proporcionaba una versión ecléctica de lo que era la historia global; Hobsbawm mantenía amplias conexiones internacionales, especialmente con Alemania, Francia e Italia, pero también con la Europa del Este y Latinoamérica. Otras dos figuras, Thomas Hodgkin y Basil Davidson, uno de los cuales pertenecía al Partido Comunista Británico, tuvieron gran influencia sobre la historia africana, de nuevo desde posiciones externas al mundo académico relacionadas con la educación de adultos y el periodismo.³² Hobsbawm estuvo en contacto con Fernand Braudel y el resto de *Annalistes*, así como con Ernst Labrousse, Lefebvre y Soboul. Tanto Hobsbawm como Rudé ayudaron a transformar el estudio comparativo de la protesta social en las sociedades preindustriales desde el punto de vista internacional más amplio posible.

Rudé dismanteló los viejos estereotipos sobre la irracionalidad destructora de la «multitud», utilizando los levantamientos de la Revolución francesa y los motines urbanos del siglo XVIII en Inglaterra y Francia para analizar el patrón y los motivos que articulaban la acción colectiva, sustituyendo las descripciones escabrosas y poco precisas de una muchedumbre indefinida por una cuidadosa

³⁰ G. Mingay, *English Landed Society in the Eighteenth Century*, Londres: Routledge, 1963; F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres: Routledge, 1963. John Saville fue uno de los promotores de la *Society for the Study of Labour History* fundada en 1960. Con Asa Briggs coeditó los siguientes volúmenes del *Essays in Labour History*, Londres: Macmillan, 1960 y 1971; Croom Helm, 1977, y entre los años cincuenta y noventa publicó de forma prolífica sobre la historia del trabajo. Al retirarse como editor del *Dictionary of Labour Biography*, el proyecto había llegado ya a su décimo volumen (Londres: Macmillan, 2000).

³¹ N. del T.: Hay traducción al castellano: *Industria e imperio*, Barcelona, Ariel, 1999.

³² Sobre Thomas Hodgkin véase Anne Summers, «Thomas Hodgkin (1910-1982)», *History Workshop Journal* 14, otoño 1982, pp. 180-182. Sus obras más importantes fueron *Nationalism in Colonial Africa*, Londres: F. Muller, 1956; *Nigerian Perspectives: An Historical Anthology*, Oxford: Oxford University Press, 1960; *Vietnam: The Revolutionary Path*, Londres: Macmillan, 1981. Véase también su artículo «The Revolutionary Tradition in Islam», *History Workshop Journal* 10, otoño 1980, pp. 138-150. Sobre Basil Davidson, véase Christopher Fyfe (ed.), *African Studies since 1945: A Tribute to Basil Davidson*, Londres: Longman, 1976.

sociología de las «caras de la multitud». Hobsbawm estudió las transformaciones de la conciencia popular que acompañaron a la industrialización capitalista a lo largo de una amplia variedad de escenarios, comenzando con los artículos recogidos más tarde en *Labouring Men*. Este interés recorría tanto sus estudios sobre el judismo y el resto de formas de protesta laboral que precedieron al sindicalismo, como sus conferencias clásicas sobre formas «arcaicas» de protesta en las sociedades agrarias, por ejemplo, el bandolerismo social, el milenarismo y la mafia, publicados como libro en *Primitive Rebels*³³ (1959) y posteriormente en *Bandits*³⁴ (1969); o en su obra sobre el campesinado y los movimientos campesinos en Latinoamérica. La influencia de Hobsbawm resultó vital al comienzo del diálogo entre historiadores y antropólogos. Inspiró a los historiadores a la hora de repensar cómo los significados y las formas de acción política se podían encontrar en las sociedades preindustriales, lo que de forma más concreta hacía referencia a esas sociedades sin un sistema parlamentario desarrollado, sin una sociedad civil ni un sistema legislativo emergente, o sin una constitución democrática.

Donde la influencia y las ambiciones de los historiadores marxistas británicos quedaron expuestas de forma más efectiva fue en una nueva revista, *Past and Present*, lanzada en 1952 con el subtítulo *Journal of Scientific History* (un apéndice que resultaba obvio a la luz del clima ideológico reinante). Concebida con el objetivo de mantener un diálogo abierto entre historiadores marxistas y no marxistas en una época en la que la tensión entre los contendientes en la guerra fría parecía aumentar, al principio esta iniciativa recibió el apoyo de la disciplina. Al primer editor y principal artífice, el anciano historiador medievalista John Morris, se le sumaron, como parte del consejo editor, Hobsbawm, Hill, Hilton, Dobb y el arqueólogo Gordon Childe, todos ellos marxistas, junto al contingente de distinguidos no marxistas que incluía al anciano historiador Hugo Jones, al historiador checo R. R. Betts, al historiador de los Tudor-Estuardo D. B. Quinn y al especialista en historia general Geoffrey Barraclough. Seis años más tarde, intentando de nuevo alimentar el pluralismo, el consejo se amplió para disminuir la apariencia marxista, añadiendo a los modernistas Lawrence Stone y John Elliot, al medievalista Trevor Aston, al arqueólogo S. S. Frere y a los sociólogos Norman Birnbaum y Peter Worsley. A estas alturas, la revista también cambió de subtítulo, que se quedó simplemente con *Journal of Historical Studies*. No fue ninguna coincidencia que estos cambios sucedieran tras la crisis política del estalinismo de 1956-1957, cuando un largo contingente de intelectuales, entre los que se encontraba la mayoría de los historiadores, a excepción de Hobsbawm, dejaron el Partido Comunista de Gran Bretaña.³⁵

³³ N. del T.: Existe traducción al castellano: *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001.

³⁴ N. del T.: Existe traducción al castellano: *Bandidos*, Barcelona, Crítica, 2001.

³⁵ Véase Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm, «Past and Present: Origins and Early Years», *Past and Present* 100, agosto 1983, pp. 3-14.

Durante sus dos primeras décadas, *Past and Present* supuso una contribución fundamental a las primeras etapas de formación de la historia social, en las que ésta creció más rápidamente. En primer lugar, su internacionalismo fue, sin duda, vital, ya que atrajo obras europeas al mundo de habla inglesa, ayudado por las redes políticas de sus editores y por intercambios directos con Francia y la nueva *Social History Section* del International Historical Congress, inaugurado en el encuentro de París de finales de los años cincuenta, que permitió establecer nuevos contactos con una generación más joven de *Annales*. En segundo lugar, como *Annales* al otro lado del Canal, en Francia, favoreció el estudio comparativo de sociedades dentro de un marco general de argumentos sobre el cambio histórico a nivel europeo o global. Este compromiso, que cristalizó a partir de la agenda del grupo de historiadores del Partido Comunista y de la formación marxista de los editores, quedó patente en los recurrentes temas de la revista, un compromiso al que también hicieron referencia en sus congresos anuales, que comenzaron en 1957. Entre estos temas se encontraban las revoluciones de la época moderna y la crisis general del siglo XVII, los orígenes de la industrialización, la guerra y la sociedad desde 1300 hasta 1600, la ciencia y la religión, el colonialismo y el nacionalismo, etc. En tercer lugar, la revista dio lugar a conversaciones internacionales con sociólogos y antropólogos, de nuevo estimuladas por la creencia implícita del marxismo en la indivisibilidad del conocimiento y, de nuevo, en paralelo con la pionera cultura intelectual de *Annales*. En cuarto lugar, la historia social se percibía en esos momentos en conjunto con la economía, ya fuese a través del paradigma de *Annales*, cuya categoría maestra eran las estructuras, o a través del marxismo y su concepción materialista de la historia. Dentro de la vida académica británica, a medida que la historia social se fue gradualmente disociando del estudio de los «hábitos y costumbres» (y de los proyectos sobre la «historia del pueblo» del Partido Comunista británico), se fue identificando con la historia económica, como quedó institucionalizado con la creación en algunas universidades de los primeros departamentos independientes de economía e historia social durante los años sesenta.

En otras palabras, como mostraban las páginas de *Past and Present* la propia «historia social» se estaba convirtiendo en un compromiso por comprender la dinámica del cambio y la estabilidad del conjunto de las sociedades. Seguía intentando conectar los acontecimientos políticos con las fuerzas sociales sobre las que éstos descansaban. Entre 1947 y 1950, el grupo de historiadores del PC dedicó una serie de congresos a la transición del feudalismo al capitalismo, que giraban en torno a una controversia entre Maurice Dobb y el economista marxista estadounidense Paul Sweezy, y a otra serie de cuestiones vinculadas que tenían relación con el surgimiento del absolutismo, el carácter de las revoluciones burguesas, las bases agrarias del desarrollo capitalista y los significados sociales de la reforma. Un ambicioso artículo que constaba de dos partes, «The Crisis of the Seventeenth Century», publicado por Hobsbawm en *Past and Present* en 1954, inició la discusión que definió la primera década de la

revista, y las contribuciones a las que dio lugar se recogieron más tarde en la edición de Trevor Aston de *Crisis in Europe, 1560-1660*. Ese debate estimuló a historiadores de Francia, España, Suecia, Alemania, Bohemia, Rusia, Irlanda y la Europa moderna en general, así como a los de Gran Bretaña. A través de este debate, se exploró la relación entre los levantamientos políticos del siglo XVII y las crisis económicas que podían encontrarse en la Europa Occidental, en lo que Hobsbawm denominó la fase final de la transición del feudalismo hacia las formas de economía capitalista.³⁶ Se demostró la importancia del estudio de la dimensión social de los aspectos religiosos de la crisis. Se enfrentó la difícil tarea de conceptualizar las historias de las sociedades en su conjunto, lo que marcó sus futuras historiografías, como el artículo de Elliot «The Decline of Spain» puso tan claramente de manifiesto. De nuevo se evidenció la convergencia entre *Past and Present* y *Annales*, ya que la tesis inicial de Hobsbawm no podría haberse desarrollado sin la obra estimulada por Fernand Braudel.³⁷ El debate, sobre todo, pregonaba el valor del «método comparativo».

Esta obra pionera multiforme, agrupada en torno a *Past and Present*, cimentó un cúmulo de bases sobre las que surgió explícitamente, a gran escala, la historia social durante los años sesenta. La influencia de la revista a más largo plazo siguió siendo enorme, aunque durante muchos años se enfocara hacia la historia medieval y moderna. Su consejo editor consiguió incluir algunos artículos de otros campos, como historias del sur de Asia entre otras no occidentales. Pero la historiografía que más nos interesa aquí, los estudios sobre la clase obrera del siglo XIX y XX, tuvo una representación mucho menor.³⁸ No obstante, cuando en 1971 Hobsbawm publicó el estado de la cuestión «From Social History to the History of Society», la historia social despegó hacia una mucho más amplia variedad de contextos. Dentro de la disciplina en general, los siguientes diez años fueron testigos de una extraordinaria expansión y diversificación de la actividad —con congresos regulares, redes internacionales, nuevas revistas y nuevas sociedades subdisciplinares como la *British Social History Society* creada en 1976.

³⁶ Trevor Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1965.

³⁷ Un artículo clave de uno de los historiadores que lideraban *Annales*, Pierre Vilar, «The Age of Don Quixote», *New Left Review* 68, julio-agosto 1971, pp. 59-71, no se tradujo hasta mucho después. Sobre el curso posterior del debate general, véase Geoffrey Parker y Lesly M. Smith (eds.), *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978.

³⁸ En 1987, sólo cinco de los treinta y tres títulos de la serie de *Past and Present Publications*, publicada por Cambridge University Press, habían llegado a la época de la Revolución Francesa, y el acento no se desplazó hacia la era moderna hasta los años ochenta. Sobre las épocas desde finales de la Edad Media a la Revolución Francesa, por el contrario, *Past and Present* se convirtió en la principal revista en inglés de historia social a lo largo de sus años de mayor auge, durante las décadas de los sesenta y setenta.

LA LLEGADA DE LA HISTORIA SOCIAL

Los diferentes intereses y tendencias que hemos ido describiendo —«los historiadores marxistas británicos», o «la historiografía anglo-marxista», expresión más aceptada— fueron el hilo conductor de la historia social durante los años de surgimiento. En cualquier caso, hacia finales de los años sesenta, la disciplina estaba suficientemente unificada para convertirse en objeto de ataque frecuente, incluso desde dentro de la propia izquierda, y suficientemente consciente de sí misma para lanzar autojustificaciones feroces en respuesta.³⁹ Pero, aunque la influencia de este conjunto de intereses e iniciativas era palpable, su posible presencia programática se seguía silenciando. Los principales exponentes de esta historia social hacían una historia que parecía moverse exclusivamente dentro de la dimensión empírica, en la que la teoría y sus supuestos parecían preceder, de alguna manera, al propio estudio histórico y a su escritura misma, sin necesidad de expresarlos abiertamente. Como consecuencia, el hecho de explicitar una perspectiva o compromiso teórico se consideró marginal, se mencionaba de forma incidental o poco académica y polémica, incluso a través de las entrevistas ocasionales que les realizaron sus colegas historiadores más jóvenes a lo largo de los años setenta y ochenta, de manera que los rasgos distintivos de los principios colectivos eran a veces difíciles de recuperar. Durante las siguientes dos décadas, por otro lado, la sistematización del legado del grupo se convirtió en una pequeña industria historiográfica en sí misma.⁴⁰

³⁹ El primer caso fue el denominado debate Anderson-Nairn de mediados de los años sesenta. Véase Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis», *New Left Review* 23, enero-febrero 1964, pp. 26-53; Tom Nairn, «The English Working Class», *New Left Review* 24, marzo-abril 1964, pp. 43-57. La respuesta de Edward Thompson fue famosa, «The Peculiarities of the English», *Socialist Register 1965*, Londres: Merlin, 1965, pp. 311-362. La respuesta de Anderson se publicó como «Socialism and the Pseudo-Empiricism: The Myths of Edward Thompson», *New Left Review* 35, enero-febrero 1968, pp. 2-42. Thompson revivió y amplió esta polémica en *The Poverty of Theory and Other Essays*. Anderson respondió en su *Arguments within English Marxism*, Londres: Verso, 1980. Un comentario en Keith Nield, «A Symptomatic Dispute? Notes on the relation between Marxian Theory and Historical Practice in Britain», *Social Research* 47, 1980, pp. 479-506. Sobre el contexto general, véase Dworkin, *Cultural Marxism* (pp. 125-182); Paul Corner, «Marxism and The British Historiographical Tradition», en Zygmunt G. Baranski y John R. Short (eds.), *Developing Contemporary Marxism*, Londres: Macmillan, 1985, pp. 89-111.

⁴⁰ Véanse, por ejemplo, los diversos trabajos de Harvey J. Kaye, empezando por *British Marxist Historians* y siguiendo con sus diferentes ediciones de los textos de Victor Kiernan, entre otros. Véase Harvey J. Kaye (eds.), *History, Class, and Nation-States: Selected Writings of V. G. Kiernan*, Oxford: Polity, 1988; Victor G. Kiernan, *Poets, Politics, and the People*, en Kaye (ed.), Londres: Verso, 1990; Kiernan, *Imperialism and Its Contradictions*, en Kaye (ed.), Nueva York: Routledge, 1995; George Rudé, *The Face of the Crowd: Studies in Revolution, Ideology, and Popular Protest*, en Kaye (ed.), Nueva York: Wheatsheaf, 1988; Kaye and Keith McClelland (eds.), *E.P. Thompson: Critical Perspectives*, Oxford: Polity, 1990; Kaye, *The Education of Desire: Marxists and the Writing of History*, Nueva York: Routledge, 1992.

El ejemplo más claro y famoso continúa siendo *The Making of the English Working Class*.⁴¹ El libro era un enorme relato épico sobre cómo la clase trabajadora se hizo a sí misma, escrito apasionadamente sobre una amplia base documental de archivo, y cuyo énfasis en las culturas, las experiencias y las formas de resistencia política de la clase trabajadora, en los aproximadamente cincuenta años anteriores a 1832, provenía declaradamente de Marx. Sin embargo, el texto apenas ofrecía algo parecido a un argumento teórico formal, aparte de un sólido y polémico asalto a los axiomas de la historia económica de la época, lo que entonces ya resultaba suficientemente llamativo. El enfoque de Thompson se organizaba, en gran medida, en torno a nociones de «experiencia» y «explotación», cuya definición era incompleta. Al centrarse en la clase, en su conciencia y cultura, junto con la supuesta infalibilidad teórica de las relaciones del «ser» con la «conciencia», nos dejó una potente, pero sutilmente simplificada idea de la constitución social de las políticas de clase.

La obra de Thompson también adelantaba ya un contrarrelato elocuente a las versiones gradualistas de la historia británica, que la presentaban como una marcha triunfante de la evolución parlamentaria de la que los levantamientos populares, la coerción gubernamental y la lucha civil —todas las ricas y turbulentas historias de la movilización democrática en esferas de actuación extraparlamentarias— se habían desvanecido hacía mucho tiempo. En lugar de este poco altisonante y muy complaciente relato de un éxito, Thompson intentó refundar la historia de los logros democráticos mediante una narración épica de resistencia en contra de la violencia, la desigualdad y la explotación. Son famosas las palabras con las que él mismo lo explicó: «Pretendo rescatar de la enorme displicencia de la posteridad a la pobre costurera de medias, a los cosechadores luditas, a la «obsoleta» hilandera de telares manuales, al artesano «utópico» e, incluso, al engañado seguidor de Joanna Southcott».⁴² Su libro también constituyó un apasionado manifiesto antirreduccionista, que atacaba la estrechez de los presupuestos de la historia económica, el marxismo determinista y las teorías estáticas sobre la clase. Para Thompson, la clase era un acontecimiento histórico-dinámico, una relación y un proceso, una conciencia común de la explotación capitalista y de la represión del Estado, a todo lo cual se llegaba a través de la cultura. Con el ejemplo de *The Making*, la transición del estudio institucional del trabajo hacia las historias sociales de la gente trabajadora se aceleró muchísimo, y rápidamente abarcó todos los aspectos de la vida que los historiadores de los partidos políticos y del sindicalismo rara vez habían considerado relevantes, más allá de utilizarlos como adornos y curiosidades del pasado —no sólo los lugares de trabajo, sus prácticas y costumbres, sino también las viviendas, la nutrición, el ocio y el deporte, la bebida, el

⁴¹ Véase Thompson, *Making*. La bibliografía sobre la obra de Thompson y su influencia es enorme, pero véase, en especial, Kaye and McClelland (eds.), *E.P. Thompson*; Bryan D. Palmer, *E.P. Thompson: Objections and Oppositions*, Londres: Verso, 1994.

⁴² Thompson, *Making*, p. 12.

crimen, la religión, la magia y la superstición, la educación, las canciones, la literatura, la niñez, los noviazgos o la sexualidad, entre otros.

Thompson escribió *The Making of the English Working Class* fuera del mundo académico, mientras trabajaba en la educación para adultos en Leeds. Fue activista comunista hasta 1956 y, desde entonces, una de las voces más destacadas de la Nueva Izquierda. Se convirtió en una figura tremendamente carismática y convincente gracias a su incansable energía, su encanto como polemista y su talento como orador público. Continuó comprometiéndose con diversas causas progresistas durante el resto de su vida, sobre todo durante el surgimiento del movimiento pacifista a principio de los años ochenta. Creó el Center for the Study of Social History en la Universidad de Warwick, en 1965, la primera y única vez que ocupó un puesto universitario como director del centro hasta su retiro, en 1971. Desde entonces, llevó una vida independiente y dedicó la mayor parte de los últimos años setenta y primeros ochenta a sus actividades políticas públicas. De vez en cuando aceptaba invitaciones como profesor visitante en Norteamérica y algún otro sitio. A finales de los años ochenta retornó a sus inacabadas obras históricas. Murió en 1993.

Esta combinación de principios políticos, marginalidad profesional y radicalismo disciplinar fue esencial para el aura que acompañó a Thompson. Era indisciplinado e inasimilable. Más allá de las redes de historia del trabajo y de *Past and Present*, su fabuloso libro sobre la formación de la clase obrera se desestimó con agresividad por aquellos historiadores bien establecidos, responsables de construir el optimista relato de la Revolución Industrial como un proceso de ruptura hacia la riqueza y el bienestar, hacia la prosperidad universal y el progreso. Hasta principios de los años sesenta, esa perspectiva consensuada, agradable y evolucionista había caracterizado a la mayoría de la historiografía, e incluso llegó hasta los colegios y el público en general. En comparación, *The Making*, de Thompson, parecía una intrusión impertinente e inapropiada. A su autor se le despreció como a un extraño que carecía de credenciales, que no tenía ni la capacidad ni el decoro de la profesión. Pero su ejemplo llenó de energía a las generaciones más jóvenes. También fue una fuente de inspiración a la hora de revivir el marxismo, central para el desarrollo de la posterior ola de historia social.

Desde los márgenes de la profesión histórica británica, el impacto de Thompson impulsó la formación de dos nuevas iniciativas. Una de ellas fue la creación del *Social History Group* en Oxford, entre 1965 y 1974. A pesar de estar situada dentro de la vida intelectual del triángulo metropolitano entre Londres y Oxbridge, esta iniciativa no recibió ningún apoyo por parte del profesorado de historia de Oxford ni de sus acreditados representantes. Entre sus jóvenes convocantes se encontraban el autor marxista de *Outcast London*, publicado en 1971, Gareth Stedman Jones; un especialista en el anarquismo español, Joaquín Romero Maura; un historiador alemán que trabajaba sobre la experiencia de la clase trabajadora bajo el nazismo, Tim Mason; y, especialmente, Raphael Samuel, quien, después de dejar el Partido Comunista en 1956, mantuvo su ac-

tivismo en el centro mismo de la Nueva Izquierda británica mientras estudiaba en Oxford, antes de aceptar una plaza como tutor en Ruskin, la escuela sindical no universitaria con base en Oxford, en 1961.

Samuel era el mayor de un grupo especialmente joven —Mason y Romero Maura nacieron en 1940 y Stedman Jones en 1942—. Él aportó la energía de la que surgieron los Ruskin History Workshops, que comenzaron, en parte, como reto a la historiografía convencional y, en parte, como un fórum más amplio para que sus propios estudiantes de Ruskin presentaran sus trabajos. Esos estudiantes eran «historiadores obreros», con becas concedidas por los sindicatos para ir al programa de Ruskin de dos años de duración y con residencia en el propio centro. Samuel les animaba a utilizar fuentes primarias en sus proyectos de investigación, que siempre versaban sobre aspectos de sus propios orígenes obreros. Los congresos anuales se convirtieron en el motor vital de la nueva historia social en Gran Bretaña, comenzando de forma modesta, pero convirtiéndose pronto en acontecimientos de escala internacional. Se convirtieron en festivales de nuevos tipos de trabajo histórico y se denominaron a sí mismos «la historia del pueblo», tanto por el tema de sus trabajos como por su propia identificación con dicha denominación, refiriéndose, de ese modo, al radicalismo de las emergentes generaciones y su impulso conscientemente insurgente. Los trece primeros History Workshops tuvieron lugar en el propio Ruskin entre 1967 y 1979, antes de que la relación se rompiera y los siguientes talleres emigraran. También inspiraron un conjunto de panfletos (doce en total, entre 1970 y 1974) y una tirada de hasta trece libros desde 1975 hasta 1990, otros talleres locales similares, alguna participación significativa en polémicas públicas, entre las que destaca el debate sobre el currículum nacional durante los años ochenta, y, por último, pero no menos importante, el lanzamiento de la *History Workshop Journal* en 1976.⁴³

El de la historia de las mujeres fue el segundo de los nuevos movimientos que tanto se inspiró en Edward Thompson. Aunque las pioneras historiadoras de las mujeres estuvieron estimuladas, fundamentalmente, por el dinamismo cultural y político más amplio de los sesenta, cuando la mayoría de sus figuras clave todavía no había cumplido los treinta años, se apoyaron enormemente tanto en las primeras generaciones marxistas como en el emergente espacio

⁴³ La vieja generación anglo-marxista apoyó mucho los talleres: Christopher Hill y su compañera del consejo asesor de *Past and Present*, Joan Thirsk, presidieron sesiones del History Workshop 3 (noviembre 1968), como la titulada «The English Country-side in the Nineteenth-Century», en la que Thompson dio la conferencia de apertura; en el History Workshop 4 (noviembre 1969), «The Nineteenth-Century Working Class» Eric Hobsbawm también dio una charla famosa, «The New Working-Class World, 1880-1914». El primer taller de historia, «A Day with the Chartists» (marzo 1967), contó con más de cincuenta participantes; al tercero de los talleres acudieron en torno a ciento cincuenta; al cuarto taller de historia, seiscientos; al sexto, sobre «Childhood in History: Children's Liberation» (Mayo 1972), en torno a dos mil. Sobre estos y otros detalles, véase Samuel (ed.), *History Workshop, 1967-1991*, pp. 92-107.

del History Workshop: figuras como Anna Davin, Sally Alexander, Catherine Hall o Sheila Rowbotham formaron sus intereses históricos en conversación directa con éste, a veces como adversarias, pero casi siempre en colaboración. Por ejemplo, los Thompson fueron tutores directos de Rowbotham. Es más, lo que subyace en cualquier breve repaso a la emergencia de la historia de las mujeres es, una vez más, su deuda con la política —es decir, la reciprocidad evidente entre el estímulo para cambiar la disciplina y el compromiso con el radicalismo en la esfera política. De modo que el primer National Women's Liberation Conference también se organizó en la escuela de Ruskin en marzo de 1970, después de que varias historiadoras —Rowbotham, Alexander y Davin entre otras— pudieran responder amargamente a la marginación de las cuestiones relacionadas con las mujeres en el Forth History Workshop del mes de noviembre anterior. También, en parte, como consecuencia de esto mismo, el Seventh History Workshop, celebrado en mayo de 1973, se tituló más tarde «Mujeres en la historia». De la misma manera que el antifascismo había influido decisivamente en el grupo de historiadores del Partido Comunista, los contextos políticos de los años sesenta y setenta modelaron directamente las condiciones de la emergencia de la historia social.

A lo largo de los años sesenta, la propia obra de Edward Thompson había ido retrocediendo en el tiempo. Su historia social de los delitos contra la propiedad y la ley relacionados con las formas de orden político de principios del siglo XVIII, *Whigs and Hunters* y la de sus estudiantes de Warwick, recogida en *Albion's Fatal Tree* (ambas publicadas más tarde, en 1975), exploraban las transformaciones de la cultura tradicional que habían tenido lugar a raíz de la embestida capitalista y de su rápida comercialización. Dos artículos, «Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism» y «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», aparecieron en *Past and Present*, a cuyo consejo se había sumado Thompson en 1969; un tercero, «Rough Music» apareció en *Annales*. Otros dos siguieron en el *Journal of Social History and Social History*, además de una conferencia legendaria, «The Sale of Wives», que no se publicó. Finalmente, se recogieron en *Customs in Common* en 1993. Esta obra ayudó a transformar las percepciones de la transición al capitalismo industrial, desmontando en profundidad muchos de los supuestos en torno a las causas de la Revolución Industrial. Además, *Albion's Fatal Tree* argumentaba que el crimen y el castigo se debían considerar «centrales para acceder a los significados de la historia social del setecientos», y una gran cantidad de nuevas investigaciones, así como publicaciones interesantísimas de los setenta y ochenta, rápidamente le dieron la razón.⁴⁴

⁴⁴ *Albion's Fatal Tree* 13. Sobre la amplia investigación, véanse las siguientes colecciones de artículos: J. S. Cockburn (ed.), *Crime in England*, Londres: Methuen, 1977; V. A. C. Gatrell, Bruce Lenman y Geoffrey Parker (eds.), *Crime and the Law: The Social History of Crime in Western Europe since 1500*, Londres: Europa, 1980; John Brewer y John Styles (eds.), *An Ungovernable People: The English and Their Law in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres: Hutchinson, 1980.

La influencia de Thompson también se hizo rápidamente internacional, ofreciendo la principal fuente alternativa de inspiración a aquellos que no se sentían atraídos por la metodología y perspectivas de la ciencia social que durante mucho tiempo habían dominado el surgimiento de la historia social en Estados Unidos. *The Making* conformó tanto las agendas norteamericanas, africanas y de Asia del Sur, como los estudios sobre la formación de la clase en Gran Bretaña y Europa, mientras que los posteriores artículos de Thompson ejercieron una influencia similar, especialmente «The Moral Economy», que se convirtió en el objeto de un congreso retrospectivo internacional en Birmingham en 1992. En un ámbito más general, los procesos de difusión transnacional y la colaboración que tuvo lugar a lo largo de los años setenta internacionalizaron de forma impresionante la historia social por medio de congresos, revistas y traducciones. Como ejemplo especialmente significativo, Thompson y Hobsbawm, entre otros miembros de su misma generación, formaron parte de una serie de mesas redondas sobre la historia social organizadas por la Maison des Sciences de l'Homme y el Max Planck Institute of History en Göttingen, que reunió a un grupo de intelectuales algo más jóvenes del mundo de habla inglesa, de Francia, Italia y Alemania Occidental, entre otros países, desde 1978. Los sucesivos volúmenes de artículos que surgieron de esos encuentros, junto con los libros monográficos y otro tipo de publicaciones de más amplio alcance relacionadas con ellos, dejaron una fascinante estela de las trayectorias seguidas por la innovación historiográfica desde los años sesenta hasta hoy.⁴⁵

Hasta el momento hemos estado contando una historia fundamentalmente británica. El homólogo de Edward Thompson en Estados Unidos y principal interlocutor en las mesas redondas a las que acabamos de referirnos fue el sociólogo, formado en Harvard, Charles Tilly, quien impartió durante muchos años clases de sociología e historia en la Universidad de Michigan antes de trasladarse a la New School for Social Research en 1984 y, en 1990, a la Universidad de Columbia. Su primer libro, *The Vendée*, publicado en 1964, fue

⁴⁵ En la década de los ochenta se invitó a un mayor número de participantes internacionales. Del núcleo de participantes con los que contó a más largo plazo formaban parte David William Cohen, Alf Lüdtke, Hans Medick y Gerald Sider. De la inicial mesa redonda de Göttingen, «Work Processes», en 1978, salió un volumen editado por Robert Berdahl et al., *Klassen und Kultur: Sozialanthropologische Perspektiven in der Geschichtsschreibung*, Frankfurt am Main: Syndikat, 1982; la segunda se reunió en París en 1980 y dio lugar a Hans Medick y David Sabean (eds.), *Interest and Emotion: Essays on the Study of Family and Kinship*, Cambridge: Cambridge University Press, 1984; el tercer y cuarto encuentro de Bad Homburg en 1982 y 1983, respectivamente, «Domination/Herrschaft», culminó en el libro de Alf Lüdtke (ed.), *Herrschaft als soziale Praxis: Historische und sozial-anthropologische Studien*, Göttingen: Vandenhoeck und Reprecht, 1991; la quinta y sexta mesas redondas tuvieron lugar en 1985 y 1989 y, posteriormente, dieron lugar a Gerald Sider y Gavin Smith (eds.), *Between History and Histories: The Making of Silences and Commemorations*, Toronto: University of Toronto Press, 1997. Véase David William Cohen, *The coming of History*, Chicago: University of Chicago Press, 1994, pp. 1-23.

un estimulante modelo de sociología histórica basado en el trabajo de archivo, que exploraba la compleja interrelación entre afiliaciones políticas locales y patrones regionales de desarrollo socioeconómico durante la Revolución Francesa. Una parte de su trabajo posterior se centró después en las reciprocidades dinámicas entre el capitalismo y la formación del Estado, desde un volumen editado, *The Formation of the National States in Western Europe* (1975), hasta su gran obra de revisión y síntesis, *Coercion, Capital, and European States, A. D. 990-1990* (1990), mientras que la otra gran parte de su trabajo trataba de las dimensiones demográficas de la proletarianización. Pero Tilly era, sobre todo, conocido por su sociología de la acción colectiva, y durante los años sesenta y setenta se erigió en el máximo exponente de ese campo. Utilizando los conceptos «contentious gatherings» y «repertoires of contention» para teorizar y ubicar las cambiantes bases de la movilización popular y los movimientos sociales entre la época moderna y el presente, estudió con éxito varios siglos de la historia francesa y la era de la Revolución Industrial en Gran Bretaña, publicando en cada caso innumerables artículos y un libro imprescindible. Además, llevar a cabo esos proyectos suponía realizar gran cantidad de estudios que abarcaran períodos de tiempo larguísimo y colaboración investigadora a gran escala, y requería muchos medios, grandes equipos y enormes maquinarias de producción cuantitativa.⁴⁶

En el contexto de Estados Unidos la influencia de Tilly demostró ser casi tan estimulante como la de Thompson en Gran Bretaña y estuvo reforzada, de forma similar, por un movimiento intelectual más amplio; en este caso, una tradición de historia de la ciencia social cuyos recursos y prestigio sobrepasaban los que los historiadores marxistas pudieran haber reunido en la orilla europea de Atlántico. Como William Sewell ha indicado, el surgimiento de la historia

⁴⁶ Después de *Strikes in France, 1830-1968*, con Edward Shorter, Cambridge: Harvard University Press, 1974, y *The Rebellious Century, 1830-1930*, con Louise Tilly y Richard Tilly, Cambridge: Harvard University Press, 1975, Charles Tilly produjo, de forma sucesiva, *The Contentious French*, Cambridge: Harvard University Press, 1986, y *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge: Harvard University Press, 1995. Se trataba de historias cuantitativas de «repertorios de debate» y del surgimiento de la política de masas moderna, cuyo argumento se encontraba sucintamente en muchos artículos concretos. Véanse, por ejemplo, «How Protest Modernizes in France, 1844-55», en William O. Aydelotte, Allan G. Bogue y Robert William Fogel (eds.), *The Dimensions of Quantitative Research in History*, Princeton: Princeton University Press, 1972, pp. 210-224; «Britain Creates the social Movement», en James Cronin y Jonathan Schneer (eds.), *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*, New Brunswick: Rutgers University Press, 1982, pp. 21-51; «Contentious Repertoires in Britain, 1754-1834», *Social Science History* 17 (1993), pp. 253-280. El corpus de Tilly también incluye un libro de texto programático, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass.: McGraw-Hill, 1978, y el macroanalítico *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford: Blackwell, 1993, realizando un llamamiento a la acción colectiva frente al capitalismo y la formación del Estado. Más recientemente, véase, Tilly, *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000*, Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

social bajo estos auspicios «produjo una transformación profunda en el campo de la historia —en relación con el objeto de estudio, los métodos y el estilo intelectual», dando lugar a «un enorme aumento del alcance del estudio histórico en un doble sentido».⁴⁷ Cuando Sewell rememora el entusiasmo de esos momentos, nos recuerda el encanto que hemos atribuido a los anglo-marxistas de Gran Bretaña.

Por un lado, la historia social estudiaba categorías de gente que había sido anteriormente ignorada por la historia académica. En lugar de líderes políticos y grandes intelectuales, que habían sido los principales objetos de estudio hasta entonces, los historiadores sociales tendían a trabajar sobre lo oscuro y los oprimidos: sirvientes, trabajadores, criminales, mujeres, esclavos, tenderos, campesinos o niños. Y, por otro, en vez de concentrarse en la política, la historia social intentaba capturar la más completa experiencia vital de la gente corriente: el trabajo, la crianza de los niños, la enfermedad, el ocio, los comportamientos anormales, el parentesco, la sociabilidad, la procreación o la religión popular.

Seguir esta agenda requería nuevas preguntas, nuevos tipos de fuentes y nuevos métodos analíticos si los historiadores sociales querían acercarse a las «estructuras sociales, a las instituciones y a las experiencias de vida de multitud de gente corriente». Gran parte del esfuerzo —y de la inventiva— de la nueva historia social en Estados Unidos se orientó, de este modo, hacia el «uso sistemático de métodos cuantitativos», que verdaderamente fueron posibles gracias tanto a la privilegiada infraestructura financiera a gran escala de las universidades estadounidenses (y, deberíamos recordar, de ningún otro sitio), como a las promesas objetivistas del descubrimiento científico riguroso, del mismo modo se hizo inseparable de la visión radical de una generación emergente. Se sabe que la mayoría anónima de la población deja muy pocos documentos tras de sí, y mucho menos, relatos escritos detallados de sus vidas. Pero, en la medida en que éstos fueron capturados en redes de vigilancia pública, a través del registro del ciclo vital, de los impuestos y los alistamientos, de los censos y, cada vez más, de la policía y de las reguladoras intrusiones de los cuerpos de investigación, los nuevos historiadores sociales argumentaban, a menudo con celo evangélico, que la gente corriente podía hacerse realmente visible. Tan sólo «agregando la escasa y estereotipada información que contiene la documentación de tales encuentros entre la gente corriente y el Estado», insistían, podían los historiadores sociales esperar «reconstruir los patrones de sus vidas».

Esta ambición descansaba sobre una «epistemología objetivista», que consideraba que la importancia explicativa de la «estructura social» era imprescindible. La estructura social funcionaba como fuente legítima y acreditada de la teoría de las ciencias sociales que los historiadores sociales ahora pedían

⁴⁷ William H. Sewell, Jr., «Whatever Happened to the "Social" in Social History?», en Joan W. Scott y Debra Keates (eds.), *Schools of Thought: Twenty-Five Years of Interpretive Social Science*, Princeton: Princeton University Press, 2001, p. 210.

prestada, de la misma manera que los supuestos de los que partía el materialismo de la historiografía anglo-marxista también predecían los resultados de la investigación. La vigencia de lo «social», en este caso, suponía un tipo fuerte de contextualismo, es decir, «suponía que las estructuras sociales eran analíticamente anteriores a la acción social», y que la sociedad era algo que se podía llegar a conocer, que era susceptible de análisis «objetivo» y accesible como un todo.⁴⁸ Entendiendo así las cosas, como lo explica Sewell, «las estructuras sociales» abarcaban todo lo que trascendía la experiencia inmediata de un individuo corriente —es decir, «las distribuciones ocupacionales, las estructuras económicas, los modelos demográficos, los sistemas hereditarios, los modelos de asentamiento urbano, los sistemas de tenencia de tierras y ese tipo de cosas». Estas estructuras actuaban como «patrones o fuerzas objetivas y transpersonales de las que los actores no eran completamente conscientes, constriñendo firmemente sus acciones y su pensamiento». Eran también «esencialmente independientes de la historia política o intelectual», y constituían, al menos, «las condiciones sobre las que éstas se desarrollaban», unas condiciones, a menudo, incluso «determinantes». En estos términos, concluye Sewell, «el surgimiento de la historia social supuso tanto una redefinición del propio objeto de conocimiento histórico, que pasaba de ser la política y las ideas a las estructuras sociales anónimas, como un descubrimiento de nuevos medios para conocer este objeto».⁴⁹

Lo que Sewell no tiene en cuenta en su relato, sin embargo, es la voluntad de comprender macrohistóricamente a sociedades completas que cambian a lo largo del tiempo, una comprensión, guiada por la confianza en los modelos desarrollistas sacados de las ciencias sociales, que fue vital para la elaboración de los objetivos de los historiadores durante esos años. Y, de nuevo en esta ocasión, el trabajo de Charles Tilly fue clave. Su impresionante facilidad para analizar las transformaciones a largo plazo y a gran escala resultaba tan atractiva como sus profundos estudios sobre la acción colectiva. Sin duda, fue precisamente la combinación de estas facultades la que resultó tan estimulante —no sólo la perspectiva de acercarse a las experiencias de la gente corriente, sino también la capacidad de situar éstas en marcos de trabajo globales sobre el cambio social—. Además, la excesiva simplificación de las referencias de algunos historiadores a esos marcos tan amplios no debería suponer la descalificación automática de sus estudios más concretos. Aunque a veces se redujeran a nociones conservadoras unidireccionales de la industrialización, el crecimiento económico, la construcción de la nación o la formación del Estado, la evocación de estos marcos de trabajo no impedía que los historiadores produjeran estudios matizados y sofisticados situados en lugares y momentos concretos,

⁴⁸ Sewell, «Whatever Happened», p. 213.

⁴⁹ Sewell, «Whatever Happened», p. 211.

independientemente de lo mecanicista y superficial que su lenguaje general de cambio social pudiera resultar.⁵⁰

De nuevo, el *boom* de autoconfianza de esta nueva historia social en Estados Unidos no fue infinita —aproximadamente desde mediados de los años sesenta, cuando las generaciones más jóvenes comenzaron la investigación de sus tesis en medio de la generosidad de la expansión universitaria y de su financiación, inspirada por los ejemplos de Tilly, entre otros, hasta finales de los setenta, cuando empezaron a aparecer una serie de críticas con cierta resonancia—. A lo largo de esos años existió poca tensión real entre lo que podría describirse como la doble genealogía de la historia social: por una parte, identificarse con la gente; por otra, aprender de la ciencia social. Si en Francia, por ejemplo, este equilibrio se decantaba por el legítimo ideal de una interdisciplinariedad basada en la ciencia social, y en Gran Bretaña el acento se ponía en la historia de la gente que giraba en torno a la concepción de clase que adoptaron los anglo-marxistas, en Estados Unidos estos elementos aparecían más como una combinación sin fisuras.⁵¹

Lo más memorable de esta época no fue sólo el estímulo intelectual de transformar una disciplina entera, ni descubrir la importancia política de la historia, sino también la enorme confianza de la historia social en sí misma y su ambición. Ningún área o tipo de historia parecían inmunes a los principios

⁵⁰ La crítica tremenda del uso simplista y poco teorizado de la «teoría de la modernización» por parte de los historiadores sociales, que focalizó sus iras, sobre todo, hacia los especialistas estadounidenses en Francia (entre los que se encontraban Charles Tilly, Peter Stearns, Louise Tilly y Joan Scott entre otros), no reconocía la diferencia entre los marcos metaanalíticos que los historiadores utilizaban a la hora de situar sus estudios concretos, que a menudo se explicaban sin mucho interés o ni siquiera se explicaban, y la riqueza de los contenidos de cada uno de los estudios en concreto. Véase Tony Judt, «A Clown in Regal Puple: Social History and the Historians», *History Workshop Journal* 7, primavera 1979, pp. 66-94.

⁵¹ En el contexto de Estados Unidos, durante los años sesenta, por ejemplo, entre las influencias clave sobre los historiadores sociales de la formación de clase se encontraban David Montgomery, Herbert Gutman y Stephan Thernstrom. Véase David Montgomery, *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans 1862-1867*, Nueva York: Knopf, 1967; Montgomery, *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*, Cambridge: Cambridge University Press, 1979; Herbert G. Gurman, *Work, Culture, and Society in Industrializing America: Essays in Working-Class and Social History*, Nueva York: Knopf, 1976; Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Century City*, Cambridge: Harvard University Press, 1964; Thernstrom, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in American Metropolis, 1880-1970*, Cambridge: Harvard University Press, 1973. Un volumen emblemático y clave fue el de Stephan Thernstrom y Richard Sennett (eds.), *Nineteenth-Century Cities: Essays in the New Urban History*, New Haven: Yale University Press, 1969. Las historias de la esclavitud siguieron su propio ritmo, aunque el surgimiento de la historia Negra a lo largo de los sesenta y los setenta complicó enormemente esta historia. Sobre su amplia resonancia intelectual entre historiadores sociales en la línea de Thompson, el trabajo de Eugene G. Genovese merece una mención especial, en concreto, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York: Vintage, 1972.

transformadores o reconstructivos de la historia social. La clave de esos principios, como ya hemos sugerido, fue la lógica universalizante del «contexto social», que actuaba como causa del resto de las dimensiones de experiencia, siguiendo al materialismo clásico. Cierta noción de determinación social, conceptualizada sobre la base de la vida material, ya fuera en relación principalmente con la demografía, ya con la economía política, el proceso laboral, las relaciones de clase o las formas culturales, le concedía a la historia social un tejido de supuestos consensuados. Por lo tanto, se pretendían comprender *todos* los aspectos de la existencia humana a partir de sus determinaciones sociales —para «estar preocupado tanto por cuestiones de cultura y conciencia como por cuestiones de estructura y de condiciones materiales de vida», como decía el editorial fundacional de la nueva revista *Social History*—.⁵² Normalmente, también se asumía cierta noción de totalidad social. La confianza en esa posibilidad —en la importancia de llegar a entender la sociedad como un todo teorizando sus principios subyacentes de coherencia y luego demostrando su eficacia por medio de un proyecto concreto— era esencial para el vigor de la historia social.

DISPERSIÓN Y RENDICIÓN

¿Cómo es posible que, a finales de los años noventa, se pudiera hablar de la historia social como «proyecto intelectual en crisis»?⁵³ A finales de los años setenta, sin duda alguna, existían ya claros problemas dentro del grupo. Algunas de sus voces más representativas comenzaron a mostrar su descontento con la forma en la que se realizaba la historia social. A menudo se trató de un ejercicio de autoevaluación —por ejemplo, Elizabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese, Gareth Stedman Jones (ambos en 1976), Lawrence Stone (1977) y Tony Judt

⁵² *Social History* I (1976).

⁵³ Sewell, «Whatever Happened», p. 209: «Tras alcanzar una posición hegemónica dentro de la profesión histórica tanto en Estados Unidos como en la mayoría de los demás países a finales de la década de los setenta, la historia social ha sido desplazada desde entonces de la vanguardia de la producción histórica académica por la historia cultural. Quizá lo más importante es que los estudiantes de doctorado actuales no muestran mucho interés por la historia social». Aunque describe correctamente este aspecto del entorno actual, Sewell quizá exagera un tanto en este caso. La historia social dominó de forma general a finales de los años setenta en Francia y Estados Unidos. En Gran Bretaña, la mayoría de los departamentos de historia siguieron mucho más firmemente ligados a las viejas distinciones dentro de la disciplina; en Alemania Occidental, las diversas tendencias asociadas a la historia social se siguieron combatiendo hasta bien entrada la década de los noventa; y otras historias similares de avance desigual y parcial podrían contarse también, sin duda, de otros países. Además, en Estados Unidos, la historia social no se abandonó completamente durante los años noventa, sino que, más bien, se reconfiguró y dio lugar a combinaciones híbridas con la historia cultural.

(1979).⁵⁴ Pero éstos todavía eran retos planteados desde *dentro* del proyecto, que pedían a los historiadores que sacaran lo mejor de sí mismos —para ser más ambiciosos y consistentes al contextualizar sus investigaciones, para depender menos de las ciencias sociales, para ser más valientes a la hora de desarrollar teorías propias—. Más aún, la eclosión del proceso de institucionalización de la historia social todavía era evidente —por ejemplo, en la multiplicación de nuevas revistas, en el florecimiento de asociaciones subdisciplinarias, en la intensificación de las redes internacionales, en la reelaboración de los currículos, en la creación de nuevas plazas docentes o en la rápida acumulación de tesis doctorales. A la luz de esta expansión, los debates sobre teorías y métodos parecían ser los signos normales de un proceso de diversificación y crecimiento, parecían evidenciar vitalidad más que problemas de salud. Sería necesario tener una visión muy limitada o sectaria del tema para no estar de acuerdo.⁵⁵

Pero el proceso de reflexión ya estaba en marcha. En 1980, el estudio de William Sewell sobre los lenguajes del trabajo en la Francia del siglo XIX desarrolló un inesperado enfoque cultural, teniendo en cuenta que su autor había sido uno de los más destacados representantes de la nueva historia social. Vinculado a Charles Tilly en los años sesenta gracias a una beca de formación del SSRC, Sewell ejemplificaba la unión entre la historia y la sociología. Pero, tras una estancia de cinco años en la School of Social Science del Institute of Advanced Study de Princeton, se liberó de anteriores fidelidades intelectuales, empezando, entre 1975 y 1976, con intensos debates entre un grupo de antropólogos simbólicos e historiadores a los que había reunido Clifford Geertz. Retrospectivamente, *Work and Revolution in France* no parece suponer una ruptura tan radical como a menudo se da por hecho, ya que no contiene ninguna de las defensas exclusivistas del análisis lingüístico que tanto ha caracterizado

⁵⁴ Elizabeth Fox-Genoveres y Eugene Genovese, «The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective», *Journal of Social History* 10, 1976, pp. 205-220; Gareth Stedman Jones, «From Historical Sociology to Theoretical History», *British Journal of Sociology* 27, 1976, pp. 35-69; Lawrence Stone, «History and the Social Sciences in the Twentieth Century», en Charles F. Delzell (ed.), *The Future of History*, Nashville: Vanderbilt University Press, 1977, pp. 3-42; Judt, «Clown i Regal Purple».

⁵⁵ El debate más extenso, y que más ha dividido a los historiadores sociales en Gran Bretaña a lo largo de los últimos años de la década de los setenta, se produjo en torno a Richard Johnson, «Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History», pero incluía también desacuerdos *dentro* de un paradigma explícitamente marxista. Ese debate alcanzó un clímax desagradable en Oxford, en el History Workshop, el 13 de noviembre de 1979, en el que Edward Thompson desató una polémica feroz en contra del Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies en una sesión plenaria con Johnson y Stuart Hall. Lo que, retrospectivamente, resulta más sorprendente del caso y que concentró la atención, no sólo de los historiadores sociales en Gran Bretaña, sino también de toda la izquierda intelectual, es que apenas presagió los igualmente desagradables desacuerdos de la década siguiente, a través de los cuales la validez de las mismas perspectivas materialistas de clase se cuestionaron de forma radical. Este debate de Oxford se publicó en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres: Routledge, 1981, pp. 376-408.

debates posteriores. Su interés en el «ethos artesano» mantenía un hilo de continuidad con el anterior trabajo fundamentalmente sociológico de Sewell sobre la clase trabajadora de Marsella, solo que ahora argumentaba con moderación la necesidad de extender el interés del historiador social al análisis del «discurso del trabajador», para introducirse así en el «universo mental de los hombres y las mujeres corrientes del pasado». ⁵⁶ Pero el enfoque de Sewell, desde luego, apuntaba ya hacia una transición disciplinar clave: de centrarse en el trabajo, la emigración, el matrimonio o el alojamiento, entre otros aspectos cuantificables de las vidas materiales de los trabajadores, ahora hacía hincapié en la importancia de las «estructuras o sistemas de significado». Para Sewell, su giro hacia la antropología prometía el acceso a cuestiones sobre la acción humana a las que la rigidez objetivista de la estructura social no permitía aproximarse: «los métodos interpretativos... podían devolverle a la historia la dimensión del significado de las acciones humanas que había quedado marginada dentro de la historia social». ⁵⁷

A lo largo de los años ochenta, es justo decir que la historia social cedió su primacía como reconocida fuente de innovación dentro de la disciplina en favor de la que se denominó «nueva historia cultural». Se trataba de un análisis cultural ecléctico y con tintes antropológicos que ahora se inspiraba en Clifford Geertz, en los pioneros ejemplos de Natalie Zemon Davies, entre otros modernistas, en diversos inconformistas como Carlo Ginzburg y en una particular lectura de Edward Thompson. ⁵⁸ Otro conjunto de influencias provino de un marxismo británico antirreduccionista ejemplificado por Raymond Williams, el Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies y Stuart Hall. Se extendió aún más con la recepción de las ideas de Michel Foucault, cuyos

⁵⁶ Véase William H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980, pp. 8-10.

⁵⁷ Sewell, «Whatever Happened», p. 213.

⁵⁸ Aquí la colección emblemática fue la de Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley: University of California Press, 1989, especialmente la introducción de la propia Hunt, «Introduction: History, Culture, and Text», pp. 1-22, y los artículos de Suzanne Desan, «Crowds, Community, and Ritual in the Work of E. P. Thompson and Natalie Davis», pp. 47-71, y Aletta Biersack, «Local Knowledge, Local History: Geertz and Beyond», pp. 72-96. Aparte del *Making* de Thompson, otras influencias clave fueron las de Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford: Stanford University Press, 1975; Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1980; Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York: Basic Books, 1973. El volumen de Hunt esta dedicado «a Natalie Zemon Davis, inspiración para todos nosotros»; Davis también había participado como «comentarista en profundidad» del propio congreso, «French History: Texts and Culture», organizado en Berkeley, el 11 de abril de 1987, durante la visita de Roger Chartier al departamento de Historia de dicha universidad. Véase Roger Chartier, *Cultural History: Between Practices and Representations*, Ithaca: Cornell University Press, 1988, y su «Text, Printing, Readings», en Hunt (ed.), *New Cultural History*, pp. 154-175. Era palpable que este giro cultural entre historiadores norteamericanos tenía un fuerte tinte francés.

trabajos filosóficos *The Order of Things* y *The Archaeology of Knowledge*,⁵⁹ así como sus extraordinariamente originales planteamientos sobre los manicmios, los hospitales y las prisiones, se tradujeron sistemáticamente a lo largo de los setenta, seguidos de los tres volúmenes de su *History of Sexuality*⁶⁰ y otras varias colecciones de artículos y entrevistas.⁶¹ Por último, mientras que la primera ola de historiografía sobre las mujeres había sido compartimentalizada e incluso acorralada más fácilmente, los historiadores sociales de los ochenta no pudieron ignorar ya los desafíos de la teoría feminista, y el nuevo giro cultural también se hizo cargo de éstos.

Los cambios a los que dio lugar se pueden rastrear de muchas formas.⁶² Entre sus primeros artículos polémicos de finales de los años sesenta y la serie de influyentes intervenciones teóricas de los setenta, por ejemplo, Gareth Stedman Jones se había llegado a convertir en el símbolo de una historia «no-empirista» y «teóricamente informada», que se reconocía marxista y materialista en los términos de la historia social de la época. Su *Outcast London*, publicado en 1971, le situó firmemente a la altura de Hobsbawm, Thompson o Saville entre otros historiadores anglo-marxistas de la clase obrera.⁶³ Muchos lo consideraron el portador de la antorcha de la siguiente generación. Y entonces, en 1983, aparentemente de la nada, publica *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, proponiendo un planteamiento

⁵⁹ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1979.

⁶⁰ N. del T.: Hay traducción al castellano: *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

⁶¹ Véase especialmente Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford: Oxford University Press, 1977; Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, Media, Language*, Londres: Hutchinson, 1980. La primera obra de Foucault se tradujo en 1965, *Madness and Civilization*, además de *The Order of Things* en 1970 y *Archaeology of Knowledge* en 1972. A finales de los años setenta, todos ellos estaban disponibles, excepto los volúmenes 2 y 3 de *The History of Sexuality*, que todavía no se habían publicado en Francia: véase, *The History of Sexuality*. Vol. 1: *An Introduction*, Nueva York, Pantheon, 1978.

⁶² La velocidad del cambio de lo social a lo cultural puede ser fácilmente exagerada. Por ejemplo, un fórum, que pretendía abarcar el conjunto de las disciplinas históricas y tratar del estado de éstas, promovido por la revista británica *History Today* entre 1984-1985, y que incluía breves comentarios de especialistas sobre trece títulos que empezaban por «¿Qué es...?» y hacían luego referencia a diferentes tipos de historias, no le dedicó una sección especial a la historia cultural. Ésta última encajaba más o menos entre los «¿Qué es la historia del arte?», «¿Qué es la historia intelectual?» y «¿Qué es la historia de la cultura popular?». Véase Juliet Gardner, *What Is History Today...?*, Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press International, 1988.

⁶³ Gareth Stedman Jones, *Outcast London: A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Harmondsworth: Peregrine Books, 1976. Véase también Stedman Jones, «History in the One Dimension», *New Left Review* 46, noviembre-diciembre 1967, pp. 29-43, reimpresso como «Historia: The Poverty of Empiricism», en Robin Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, Londres: Fontana, 1972, pp. 96-115; y «From Historical Sociology to Theoretical History».

lingüístico que dejaba atrás, de forma desconcertante, el terreno familiar de la historia social.⁶⁴ A éste le siguió, en 1986, el artículo de Joan Scott en la *American Historical Review*, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», reeditado dos años más tarde en su extraordinariamente influyente libro *Gender and the Politics of History*, que presentaba propuestas postestructuralistas más elaboradas y de mayor alcance.⁶⁵ Al cuestionar los supuestos en torno a los que el análisis de la historia social se había organizado, reforzados por la invasión más generalizada de la «teoría discursiva» foucaultiana, éstas y otras obras desestabilizaron radicalmente la reciente confianza en sí misma que la historia social había adquirido. La historia social formaba ahora parte de un mayor estado de agitación e incerteza epistemológica en las humanidades y, en menor medida, en las ciencias sociales. De forma inesperada, importantes voces estaban cuestionando el materialismo sobre el que se sostenía la historia social, y se llegó incluso a cuestionar la coherencia fundamental de la categoría misma de «lo social».⁶⁶

El feminismo se encontraba en el centro de toda esta agitación. La historia de las mujeres no había jugado ningún papel en la anterior defensa de la historia social. Cuando aparecieron los primeros trabajos pioneros en historia de las mujeres, éstos también se consideraron en la práctica como un subcampo concreto nuevo, conceptualizado a través de «las esferas separadas» o subsumido dentro de la historia de la familia, un patrón roto tan sólo por síntesis como la del libro de Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work, and Family*, que apareció en 1978. Realmente, fue el giro hacia el género, entendido como la construcción compleja, inestable e históricamente variable de la diferencia sexual, el que hizo que tanto las críticas feministas como el cada vez mayor conjunto de obras de historia de las mujeres resultasen mucho más difíciles de ignorar. Mu-

⁶⁴ Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

⁶⁵ Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York: Columbia University Press, 1988.

⁶⁶ En la época moderna de la historia europea, por ejemplo, Peter Burke y Bob Scribner ejemplificaron especialmente bien el movimiento desde la historia social a la historia cultural: las primeras obras de Burke estaban conscientemente en deuda con planteamientos próximos a la sociología, mientras que las últimas seguían, con la misma claridad, modelos sacados de las disciplinas culturales; Scribner comenzó su carrera como el principal historiador social de la Reforma urbana alemana para luego desplazarse hacia una exploración innovadora del campo de significados de ésta. Sobre Burke, se pueden comparar su *Tradition and Innovation in Renaissance Italy: A Sociological Approach*, Londres: Fontana, 1974, y *Sociology and History*, Londres: Allen and Unwin, 1980 con la reciente *What is Cultural History?*, Cambridge: Polity, 2004, y *Varieties of Cultural History*, Ithaca: Cornell University Press, 1997. Puede también compararse el pionero libro de Robert W. Scribner «Civic Unity and The Reformation in Erfurt», *Past and Present* 66, 1975, pp. 29-60, con su ligeramente posterior «Reformation, Carnival, and the World Turned Upside-Down», *Social History* 3, 1978, pp. 281-329; también *For the Sake of Simple Folk: Popular Propaganda for the German Reformation*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981, y *Popular Culture and Popular Movement in Reformation Germany*, Londres: Hambledon Press, 2003.

chos historiadores sociales continuaban sin darse cuenta, por supuesto. Pero los estudios sobre el género y el trabajo que poco a poco se iban acumulando, junto con las críticas igualmente ricas a la política social y al Estado del bienestar, cada una de las cuales llevó a los historiadores a campos interdisciplinarios muy poblados, dieron lugar a audiencias altamente receptivas a las intervenciones teóricas de Joan Scott. A principios de los años noventa, los historiadores sociales, en un sentido más amplio, estaban empezando a reflexionar sobre sus prejuicios de género. Lo más importante de todo fue que libros que definieron todo un campo de estudios, como los de Sonya Rose, Anna Clark y Kathleen Canning, persiguieron esos prejuicios implícitos con valentía desde el interior de la historia social y de su campo estrella, que era el mundo del trabajo y de la formación de la clase obrera. Estas obras hicieron que fuese ya imposible trabajar sobre esas áreas de forma creíble desde cualquier punto de vista previo que no fuera sensible al género.⁶⁷

El destino del marxismo durante este proceso fue especialmente complejo. Mientras que sí ocupó un lugar relativamente seguro y legítimo, incluso prestigioso, en las universidades de Italia y Francia, en gran parte heredado del legado antifascista de la Segunda Guerra Mundial y de la presencia de un gran Partido Comunista, el marxismo, en líneas generales, tuvo una presencia débil y amenazada durante los años de la guerra fría en el resto de Europa y del mundo de habla inglesa. Pero esta presencia cambió claramente tras las explosiones estudiantiles y la radicalización de las universidades a finales de los años sesenta. El trabajo intelectual marxista se afianzó por primera vez en las universidades de Gran Bretaña y Norteamérica. La difusión a la que dio lugar favoreció diferentes versiones clásicas de la teoría marxista, como la diferenciación «antihumanista» entre el Marx maduro y el joven de Louis Althusser, el énfasis estructuralista más generalizado en el modo de producción y sobre un concepto de clase centrado en la economía, el renacimiento de la economía marxista, los estudios sobre el proceso de trabajo inspirados en la obra de Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, o el debate feminista sobre el trabajo doméstico.⁶⁸ Entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, una

⁶⁷ El trabajo de Clark recuperaba conscientemente el análisis de Thompson en *The Making* utilizando un nuevo lenguaje de la historia del género. Véase Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class*, Berkeley: University of California Press, 1995; Sonya Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, Berkeley: University of California Press, 1992, y Kathleen Canning, *Languages of Labor and Gender: Female Factory Work in Germany, 1850-1914*, Ithaca: Cornell University Press, 1996; reimpreso en Ann Arbor: University of Michigan Press, 2002.

⁶⁸ Véase Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York: Monthly Review Press, 1974; Annette Kuhn, «Structures of Patriarchy and Capital in the Family», y Veronica Beechey, «Women and Production: A Critical Analysis of Some Sociological Theories of Women's Work», en Annette Kuhn y Ann Marie Wolpe (eds.), *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978, pp. 42-67, 155-197, y Michèle Barret, *Women's Oppression Today: The Marxist/Feminist Encounter*,

nueva generación de estudiantes y jóvenes profesores pasaron a formar parte de la tradición marxista, y su proceso de descubrimiento de la misma convirtió de nuevo a *El Capital* en la referencia principal de los grupos de lectura de las clases universitarias.

Al mismo tiempo, y pese a su proximidad al marxismo clásico, estas discusiones se consideraron a sí mismas como puntos de *partida*, como avances críticos respecto de una herencia ortodoxa anterior y de sus formas «económicas» de teoría. Se comenzó a atacar especialmente al modelo de determinación social basado en la dicotomía «base y superestructura» y a la prioridad lógica que éste asignaba a la economía y a sus relaciones sociales. A medida que trabajaban con los escritos de Louis Althusser y Nicos Poulantzas a lo largo de los años setenta, los marxistas británicos abrieron agujeros cada vez mayores en estas ortodoxias, a través de los cuales un ejército de influencias, fundamentalmente francesas, pudieron desde entonces marchar —el psicoanálisis de Lacan, la lingüística de Saussure, la filosofía de la ciencia de Gaston Bachelard y Georges Canguilhem, la estética de Pierre Macherey, la semiótica y las teorías sobre el cine, etc.—.⁶⁹ La liberación de la política y la ideología para analizarlas de forma «relativamente autónoma», aunque siguieran ancladas a la economía a través de la «causalidad estructural» y la «determinación» en última instancia, abrió la dimensión entera de lo «no económico» a la perspectiva marxista —la estética, la literatura, el arte, las teorías del conocimiento y de las diferentes disciplinas, la vida intelectual, la cultura popular, la sexualidad—; en una palabra, de «la cultura», tal y como parte del marxismo británico crítico empezaba a entenderla.⁷⁰

El entusiasmo de aquellos días, la sensación de participar en una dramática revisión continua y desestabilizadora, merece recordarse. En el contexto británico, se podría decir que éste fue un logro generacional que internacionalizó (o, al menos, europeizó) una cultura intelectualmente provinciana, a la que atrapó explotando hacia intercambios abiertamente teorizados, y que, al mismo tiempo, problematizaba los términos en que se realizaban estos intercambios. También había algo de maniático y derrotista en la rapidez con la que se progresaba de un conjunto de posiciones intelectuales a las siguientes, como si las sendas abiertas a lo largo de un territorio difícil y peligroso dejaran de existir

edición revisada, Londres: Verso, 1988, pp. 152-186. Sobre el impacto de Althusser, véase E. Ann Kaplan y Michael Sprinker (eds.), *The Althusserian Legacy*, Londres: Verso, 1993, y Gregory Elliot, *Althusser: The Detour of Theory*, Londres: Verso, 1987.

⁶⁹ No existe una historia intelectual satisfactoria sobre el impacto de las ideas marxistas en la vida intelectual británica a lo largo de los años setenta. Un valioso estado de la cuestión aparece en Stuart Hall, «Cultural Studies and the Centre: Some Problematics and Problems», en Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, Media, Language: Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Londres: Hutchinson, 1980, pp. 15-47, y en Perry Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres: Verso, 1983.

⁷⁰ Véase Dworkin, *Cultural Materialism*; Williams, *Marxism and Literature*; Hall et al. (eds.), *Culture, Media, Language*.

inmediatamente después de ser surcadas, de forma que no había más elección que la de seguir avanzando. A este proceso se le puede dar fácilmente mayor unidad, coherencia y continuidad lógica de la que mostró en su día (o de la que haya tenido nunca) si se reduce cada avance a la consecuencia racional lógica del anterior, inscrito causalmente en las contradicciones e insuficiencias de este último. Pero las historias intelectuales muy pocas veces se desarrollan de forma tan racional; el proceso de revisión creó más divergencias que armonía, y se organizó a través, tanto de conflictos y rupturas, como de su propio impulso. Aquí está, por ejemplo, el relato de Terry Lovell sobre la trayectoria del feminismo británico durante este período.

El viaje comienza con escritos (de historia, ciencia social y estudios culturales) marxistas —o socialistas— que pretenden descubrir las condiciones materiales de la opresión de las mujeres bajo el capitalismo; avanza con el reconocimiento de que ciertos aspectos de dicha opresión no responden directamente a categorías marxistas y que se necesita una explicación más adecuada de la subjetividad femenina para entender cómo se vive esa opresión, lo que se podía llegar a comprender mejor a través del psicoanálisis que del marxismo. Entonces, por medio de Lacan y de las teorías modernas del lenguaje, el viaje continúa a través del «postestructuralismo» y del «deconstruccionismo», entre cuyos adalides se encuentran Foucault, Derrida y Kristeva. Algunas viajeras continúan más allá del propio feminismo para adentrarse en el «posfeminismo» y el «posmodernismo», que consideran que, tanto el psicoanálisis de Lacan como el marxismo, han sido dos paradas de repostaje más a lo largo del camino.⁷¹

A más largo plazo, estos debates acabaron con las formas de marxismo recibidas y, en general, con la interpretación materialista que había sido tan vital para la nueva historia social durante sus comienzos. Para muchos, la lógica de este giro antirreduccionista parecía convertirse en todopoderosa, y llevaba a un destino «posmarxista» inesperado y a las más predecibles contrarreacciones y recriminaciones de aquellos que no se sentían cómodos con lo que aparentaba ser una «retirada de la clase».⁷² Pero lo que para algunos ha sido la temida caja de Pandora de las heterodoxias incontrolables, para otros ha supuesto un pozo sin fondo de recursos que contenía, no sólo las promesas antirreduccionistas mencionadas anteriormente, sino también las opciones más atrevidas del posmodernismo y del giro lingüístico. A finales de los ochenta,

⁷¹ Terry Lovell (ed.), *British Feminist Thought*, Oxford: Blackwell, 1990, pp. 21-22.

⁷² Véase Ellen Meiksins Wook, *The Retreat from Class: A New «True» Socialism*, Londres: Verso, 1986; Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Philadelphia: Temple University Press, 1990, pp. 120-144; Neville Kirk, «In Defense of Class: A Critique of Recent Revisionist Writing upon the Nineteenth-Century English Working Class», *International Review of Social History* 32, 1987, pp. 2-47. Véase también Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (eds.), *In Defense of History: Marxism and the Postmodern Agenda*, Nueva York: Mothly Review Press, 1997.

este constante poner a prueba los límites no parecía que llegara a su fin. Las falsas asunciones habían ido cayendo una tras otra. La persecución continua de la lógica antirreduccionista, a través de lecturas cada vez más sofisticadas de la cultura y la ideología, por medio de Gramsci, Foucault, Voloshinov y Bakhtin, del postestructuralismo francés, de los estudios culturales en Gran Bretaña y de los campos de la teoría feminista, que seguían diversificándose a ambos lados del Atlántico, habían dejado muy atrás el clima intelectual anterior de los años sesenta, hasta el punto de cuestionar profundamente el materialismo original en el que éste tanto se había inspirado.⁷³

El peso de la economía se fue debilitando progresivamente, y con él, el poder determinante de la estructura social y de sus prioridades causales; por lo tanto, el margen imaginativo y epistemológico hacia otros tipos de análisis también creció. Si duda, para muchos de los que tomaron este camino, esa conexión materialista se rompió de pronto y para siempre. La «sociedad» como objeto unitario —el supuesto objeto de la historia social— no podía ya sostenerse. La coherencia estructural no podía ya derivarse de forma tan directa de la economía, de las necesidades funcionales del sistema social y de sus valores fundamentales, ni de ningún otro principio global del orden social. Desde luego, era posible continuar situando fenómenos concretos —un acontecimiento, una política, una institución, una ideología, un texto— en contextos sociales concretos, en el sentido de condiciones, relaciones, prácticas y lugares. Pero esa sensación previa de que existía una estructura subyacente previa, ahora se había perdido. La confianza axiomática de la historia social, ya fuera marxista o no, fue la mayor víctima de este duradero flujo intelectual.

Ese ideal de llegar a concebir la sociedad en su conjunto, de escribir la historia de «sociedades enteras», en palabras fundacionales de Hobsbawm en 1971, sobre la base de los principios subyacentes de unidad de la sociedad —un compromiso que en los noventa se consideraba convencionalmente parte del proyecto específicamente «moderno» o de la Ilustración—, se encontraba extremadamente resquebrajado. Para los marxistas, entre otros dentro de la izquierda, esto estaba conectado a un conjunto de experiencias políticas, entre las que se encontraba el declive cuantitativo a largo plazo de la clase trabajadora y de sus tradiciones, las crisis del keynesianismo, el Estado del bienestar y las concepciones estáticas del socialismo, de la bancarrota moral de los sistemas comunistas, la catástrofe medioambiental y el viejo ideal de que la ciencia era capaz de dominar la naturaleza, y la cada vez menor capacidad de cualquier forma de movilización política relacionada directamente con la clase. Esas transformaciones corroyeron la creencia en el avance de la historia y privaron al pasado de su supuesto orden narrativo. Por utilizar el resumen, frecuentemente citado, sobre las consecuencias de todo esto de Jean-François Lyotard, la era posmoderna había llegado, mostrando orgullosa su «incredulidad hacia

⁷³ Véase Eley, *Crooked Line*, pp. 90-148.

los relatos maestros». ⁷⁴ Los grandes ideales que permitían que la historia se leyera en una dirección concreta como un relato acerca de un progreso pleno de logros, desde la Revolución Industrial hasta la emancipación de la clase obrera, la victoria del socialismo o la igualdad de las mujeres, parecían haber perdido su capacidad de persuasión. Todo esto había acabado: «No existe una sola forma correcta de leer la historia. Sin ninguna duda, la historia se ha convertido en un relato sin una lógica teleológica», un relato que carece de final. ⁷⁵

Por lo tanto, el período comprendido entre los años setenta y los noventa fue testigo de una historia intelectual mareante. Nos movimos entre una época en la que la historia y el análisis social parecían estar acaparando las bases fundamentales de una disciplina para la que la fuerza de la determinación social era axiomática, y una nueva coyuntura en la que «lo social» parecía mucho menos determinante, dejando atrás pretensiones previas. El camino recorrido desde la «relativa autonomía» y la «causalidad estructural», que parecía ser la gran adquisición de los años setenta, hasta «el carácter discursivo de todas las prácticas», que se convirtió en el nuevo principio del postestructuralismo de los años ochenta, se hizo de forma rápida y un tanto desconcertante. La persuasión de la lógica antirreduccionista fue irresistible, como escaleras mecánicas que suben para ya no bajar.

Pero, al disolverse la «sociedad» como categoría totalizadora, ¿se disolvía también el papel que jugaba la explicación social como tal? Esta cuestión ha quedado casi siempre sin respuesta. En gran parte de la historiografía, a la recepción de Foucault y de otros postestructuralismos se le ha permitido simplemente colapsar la distinción entre «lo social» y «lo cultural» de un plumazo, haciendo que la segunda de las categorías funcione como una especie de descripción resumida de la dimensión discursiva en su totalidad. Durante la agonía antirreduccionista de los años setenta, siguiendo la senda abierta por Althusser, el concepto de «formación social» fue reemplazando progresivamente a la anterior conceptualización marxista de «sociedad», precisamente para concederle un espacio mayor a la indeterminación. Este concepto de «formación social» hacía hincapié en las complejas articulaciones necesarias entre las diferentes formas de economía, entre los diferentes tipos de relaciones sociales, entre las diferentes bases institucionales políticas o entre las diferentes prácticas culturales, al intentar asegurar o comprender la cohesión de sociedades concretas en lugares y épocas precisas. Pero, ahora, ese compromiso con un modelo complejo de totalidad en gran medida se ha desvanecido. La «formación social», y con ella las bases de esta interconexión, se ha redefinido agnósticamente como una proyección teórica abstracta y curiosamente no garantizada, protegida y matizada por severas precauciones epistemológicas —como el añadido

⁷⁴ Véase Jean-Francois Lyotard, «The Postmodern Condition», Manchester: Manchester University Press, 1984, XXIV.

⁷⁵ Kate Ellis, «Stories Without Endings: Deconstructive Theory and Political Practice», *Socialist Review* 19, 1989, p. 38.

de «prácticas discursivas», como «el equivalente de la totalidad no unificada de estas prácticas» y como «un nexo complejo, excesivamente determinado y contradictorio de las prácticas discursivas». ⁷⁶

Incluso más; como observa Sewell, la forma en que el postestructuralismo, influenciado por Derrida, entiende la textualidad ahora hace que «el realismo irreflexivo que subyace de las prácticas y las fuentes con las que la historia social ha demostrado sus argumentos parezca completamente ingenuo», porque «todos los textos y materiales análogos que utilizamos como pruebas deben estar sujetos a una lectura crítica ajustada y... mucho de lo que antes pasaba como prueba directa de las «realidades» pasadas debería considerarse, sin embargo, como una referencia textual, como otro nivel de textualidad más». Como resultado, los historiadores culturales evitan «referirse a las estructuras sociales, a las fuerzas sociales, a los modos de producción o a las relaciones de clase como actos que se encuentran fuera de la lógica textual». Cuando de lo que se trata es de lidiar con muchas de las cuestiones clásicas que estimularon a los historiadores sociales en su apogeo —por ejemplo, «la distribución de la riqueza, la dinámica del desarrollo industrial, los modelos cambiantes de tenencia de tierras o del empleo, las estructuras demográficas o modelos de concentración y dispersión geográfica»—, este nuevo y castigado nivel interpretativo queda prácticamente invalidado. ⁷⁷ Una vez que los historiadores sociales entendieron que a la «realidad» sólo podía accederse lingüísticamente, su base materialista dejó de ser estable y segura. Porque, si sólo podemos entrar e interpretar el mundo social a través del lenguaje —en términos teóricos constitutivos, así como en los descriptivos del sentido común mayoritariamente aceptados— y «lo social» se construye siempre sólo a través del discurso, entonces, ¿queda algún espacio para la determinación específicamente social?

HACER HISTORIA DESPUÉS DEL GIRO LINGÜÍSTICO

De modo que, hacia la década de los noventa, un número cada vez mayor de historiadores comenzaba a hablar el idioma del «construccionismo cultural». Mientras que el interés por la antropología había mediado durante los primeros avances en esta dirección, cada vez más reforzado por el impacto progresivamente ramificado de Foucault, la teoría literaria deconstructiva y los estudios culturales británicos también habían entrado a formar parte de esta amalgama y, todo ello, a su vez, fue de nuevo procesado a través del feminismo. En la medida en que la «raza» permeó en las preocupaciones sociales y en los intercambios políticos, ésta también se unió al género como categoría central de análisis histórico, muy reforzada por la popularidad de los estudios poscoloniales. La

⁷⁶ Stuart Hall, «Some Problems with the Ideology/Subject Couplet», *Ideology and Consciousness* 3, 1978, p. 120.

⁷⁷ Sewell, «Whatever Happened», p. 216.

importancia del imperio también regresó a la historia doméstica de las sociedades metropolitanas, inicialmente de nuevo a través de la antropología, de la crítica literaria y de los estudios culturales, ejemplificados en los ampliamente influyentes textos de Ann Atoler, Ann McClintock y Paul Gilroy.⁷⁸ Los historiadores respondieron gradualmente en especie, sobre todo por medio del género. La obra de Catherine Hall fue especialmente destacable, desplazándose desde la historia social clásica de *Family Fortunes*⁷⁹, publicada en 1987, a lo largo de una serie de artículos sobre la «racialización» del imperio, hasta la publicación de *Civilizing Subjects* en el año 2002, en el que se situaban imágenes y formas de entender el imperio a partir de un núcleo argumental sobre las lógicas emergentes de la cohesión en la sociedad victoriana inglesa. Desde entonces, la importancia de ese trabajo no ha hecho más que aumentar.⁸⁰

No todas estas obras estaban explícitamente inspiradas en el giro lingüístico, ni rechazaban el análisis social. A menudo, de hecho, la historia social mejoró gracias a la atención prestada al lenguaje y a las historias culturales de la representación. El resultado podía ser un «culturalismo» movible que no era indiferente al análisis o la contextualización social, pero sí mucho más cercano a la dimensión del significado que antes. Esto también facilitó un reencuentro con la historia intelectual. Empujó a la historia hacia la teoría literaria, el análisis lingüístico, la historia del arte, los estudios sobre el cine y otros medios audiovisuales, la antropología reflexiva y las teorías de la representación cultural, abriendo de este modo la puerta a posibles historias. En 1989, Lynn Hunt editó un importante volumen con artículos programáticos, *The New Cultural History*, pero la actividad más importante ya se había manifestado en el contenido de otros libros escritos por un único autor. La propia Hunt estaba emigrando de la historia social, dejando atrás una identidad anterior como historiadora urbana de la Revolución Francesa, en la línea de Tilly, hacia el totalmente culturalista *Family Romance of the French Revolution* de 1992. Se trataba de un patrón cada vez más familiar que contraponía el *Gender and the Politics of History* (1988), de Scott, con su *Glassworkers of Carmaux* (1974); y el *Work and Revolution in France* (1980), de Sewell, con la problemática sociológica

⁷⁸ Véase Ann Laura Stoler, *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*, Berkeley: University of California Press, 2002, y *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham: Duke University Press, 1995; Anne McClintock, *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Conquest*, Nueva York: Routledge, 1995; Paul Gilroy, *There Ain't No Black in the Union Jack: The Cultural Politics of Race and Nation*, Londres: Hutchinson, 1987, y *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge: Harvard University Press, 1993.

⁷⁹ N. del T.: Hay traducción al castellano: *Fortunas familiares*, Madrid, Cátedra, 1994.

⁸⁰ Se puede comparar el libro de Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Londres: Hutchinson, 1987, con el de Catherine Hall, *White, Male, and Middle-Class: Explorations in Feminism and History*, Cambridge: Polity, 1992, y *Civilising Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination, 1830-1867*, Cambridge: Polity, 2002.

de su *Structure and Mobility: The Men and Women of Marseilles, 1820-1870*, que apareció sólo en 1985, pero que se había originado mucho antes, a principios de los setenta. Del mismo modo, las historias sociales contadas por Judith Walkowitz en *Prostitution and Victorian Society* (1980), que tomaron forma en el ambiente del *History Workshop*, ahora se revisitaban en su *City of Dreadful Delight*⁸¹ (1992), que mantenía una fuerte deuda con el análisis posfoucaultiano y postestructuralista.⁸²

Este patrón se repitió muchas veces. Pocas veces lo hizo exento de controversia, sobre todo, dentro de la historia del trabajo, que se había ido ramificando desde hacía tiempo en una historiografía social de la clase trabajadora extraordinariamente rica. Dentro de la historia alemana, el trabajo de Kathleen Canning, que combinaba la teoría del género con un enfoque postestructuralista crítico, marcó el ritmo, llegando incluso a estimular la forma de pensar de los propios historiadores alemanes. Respecto al campo de estudios sobre Francia, Sewell y Scott tendieron a dar forma a la discusión, que quedó contextualizada en una valiosa antología editada por Leonard Berlanstein, *Rethinking Labor History*, publicada en 1993. La recepción del libro de Jacques Rancière, *The Nights of Labor: The Worker's Dream in Nineteenth-Century France*, publicado originalmente en 1981 y luego traducido en 1989, aunque se viniera discutiendo desde los primeros años ochenta, supuso un significativo impulso al análisis discursivo entre los historiadores de Francia en Estados Unidos. En relación con la historia británica, los debates fueron especialmente fieros, a medida que importantes representantes del auge de la historia social previa ahora se alejaban totalmente y de forma polémica de la historia social. Patrick Joyce se desplazó desde su primer trabajo sobre los contextos sociales de las culturas de fábrica del Lancashire victoriano, publicado en 1980, pasando por el culturalismo ampliado de *Visions of the Pople*, un estudio importantísimo sobre los valores políticos y sociales populares del siglo XIX, publicado en 1991, hasta la historia intelectual teóricamente racionalizada de *Democratic Subjects: The Self and the Social in Nineteenth-Century England* en 1994. La misma trayectoria que siguió Gareth Stedman Jones.⁸³

⁸¹ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995.

⁸² Véase Lynn Hunt, *Revolution and Urban Politics in Provincial France: Troyes and Reims, 1786-1790*, Stanford: Stanford University Press, 1978, y *Family Romance of the French Revolution*, Berkeley: University of California Press, 1992; Joan W. Scott, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Cambridge: Harvard University Press, 1974, y *Gender and the Politics of History*; William H. Sewell, Jr., *Structure and Mobility: The Men and Women of Marseille, 1820-1870*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985, y *Work and Revolution in France*; Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980, y *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London*, Chicago: University of Chicago Press, 1992.

⁸³ Canning, *Languages of Gender and Labor*; Lenard R. Berlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essays on Discourse and Class Analysis*, Urbana: University of Illinois

Otros trabajos nuevos dentro del campo de los estudios británicos, como los de Robbie Gray, Anna Clark o Sonya Rose, negociaron las tensiones entre los enfoques clásicos y discursivos de forma más creativa.⁸⁴ A estas alturas, se había recorrido ya un largo camino a partir del contexto generado por la aparición de *The Making of the English Working Class*, y obras como éstas condensaban de forma impresionante la riqueza del conocimiento, la perspicacia y las críticas que intervenían a la hora sentar unas bases sobre las que trabajar para profundizar en las cuestiones de Thompson. Le cogieron la medida a toda la discusión teórica acumulada, sin por ello repudiar los compromisos básicos que Thompson había puesto sobre la mesa de forma tan elocuente –sobre todo, el de comprender la relación entre «explotación» y «conciencia». Por supuesto, *The Making* no tenía la culpa de todo el escepticismo, nerviosismo, o repudio absoluto del análisis de clase que ahora prevalecía dentro de la disciplina, aunque quizá existieron signos hacia el final de la vida de Thompson de que éste empezaba a reconocerlo así.⁸⁵ Por encima de todo, Thompson había centrado de forma impactante la clase dentro de la dicotomía marxista clásica entre el «ser» y la «conciencia», lo que había dado lugar a una interpretación extremadamente problemática de la relación entre la historia social y la política. Es a esa dificultad central a la que regresamos ahora.

La simplificación se encontraba en el supuesto inherente de que existía una política de clase basada en la vida material y las ontologías brutales de la explotación capitalista; una política manejada y mediada de forma compleja por las culturas que se definían fundamentalmente a partir de la clase. Por lo demás, Thompson era perfectamente capaz de conceder a la política la autonomía que fuese necesaria, incluso de entender que ésta dependía de la dinámica de cambio social de un contexto de más larga duración, cuyas consecuencias podían, o bien favorecerla, o bien constreñirla. Su trabajo contenía una potente acusación contra las historias existentes que identificaban la política con el terreno parlamentario de Westminster y las acciones del gobierno, mientras ignoraban tanto la más amplia esfera pública como el «contrateatro de la amenaza y la sedición» popular de la multitud y de las calles. Incluso más, a finales del siglo XVIII se vivió un refortalecimiento de los poderes coercitivos del estado a

expensas de anteriores formas de autoridad pública organizada fundamentalmente a nivel local, lo que también estimuló como respuesta nuevas iniciativas de asociacionismo político popular, cuyo mejor ejemplo era la London Corresponding Society. El surgimiento de una clase trabajadora consciente entre 1789 y 1830, como ha observado acertadamente David Mayfield, «se predicó tanto en esta recién formada esfera pública –en la que la política popular tomó la forma novel de *representación*– como en cualquier otra experiencia de relaciones de producción transformadas». En este sentido, el análisis de Thompson era lo opuesto de «economicista», y «sólo la lectura más ingenua de *The Making* podría tratarlo como un simple relato de una clase trabajadora que forja una conciencia adecuada de sus propias circunstancias económicas objetivas».⁸⁶

Pero, desgraciadamente, Mayfield continúa señalando que «los primeros análisis de Thompson en *The Making* se tambaleaban justo donde éstos eran más innovadores; es decir, en su descripción de la representación política de la clase trabajadora». Su insistencia en que la «formación» se completaba a la altura de los años treinta del siglo XIX daba por hecho todas esas modalidades prácticas de representación, cuya construcción se necesitaría para atar el radicalismo fundamentalmente artesanal de los años veinte a la todavía emergente y mucho más heterogénea colectividad de la clase trabajadora en su conjunto. Las solidaridades potenciales de esa mayor colectividad de clase trabajadora –la clase social «sociológica» ya distinguible por su relación con la producción y la distribución– continuaba estando muy fragmentada por las diferencias de cualificación, de género, de región o de religión, entre otras. «Al no ser capaz de mostrar cómo se negociaban estas diferencias seccionales», argumenta Mayfield, «Thompson parece reintroducir la dialéctica culturalmente mediada entre la conciencia de los trabajadores y su condición “objetiva” como asalariados como modelo de formación de clase exactamente en el mismo punto en el que parecía haberse deshecho de él». En común con otros críticos, Mayfield sugiere «que la incapacidad de Thompson para erradicar esta dialéctica marxista bastante ortodoxa entre el ser social y la conciencia va unida al vocabulario conceptual de “experiencia” que atraviesa todo su trabajo».⁸⁷

La propia respuesta de Thompson a este problema fue su muy idiosincrásica, elocuentemente explicada, pero, en muchos sentidos profundamente convencional, defensa del oficio de historiador. Para él, las cuestiones históricas relacionadas con el poder y las relaciones sociales, así como con la constitución social e histórica de la política y su inflexión de clase, podían abordarse adecuadamente a través del trabajo empírico, de un «lenguaje» empírico que no requería ensayos extensos sobre la teoría como tal. Ese trabajo indudablemente

⁸⁶ David Mayfield, «Language and Social History», *Social History* 16, 1991, p. 355.

⁸⁷ Mayfield, «Language and Social History», p. 355. Véase también William H. Sewell, Jr., «How Classes are Made: Critical Reflections on E. P. Thompson's Theory of Working-Class Formation», y Robert Gray, «History, Marxism, Theory», en Kaye and MacClelland (eds.), *E. P. Thompson*, pp. 50-77, 153-182.

Press, 1993; Jacques Rancière, *The Nights of Labor: The Workers' Dream in Nineteenth-Century France*, Philadelphia: Temple University Press, 1989; Donald Reid, «The Night of the Proletarians: Deconstruction and Social History», *Radical History Review* 28-30, 1984, pp. 445-463; Patrick Joyce, *Work, Society, and Politics: The Culture of the Factory in Victorian England*, Brighton: Harvester, 1980, *Visions of the People: Industrial England and the question of Class, 1840-1914*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, y *Democratic Subjects: The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

⁸⁴ Robert Gray, *The Factory Question and Industrial England, 1830-1860*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996; Clark, *Struggle for the Breeches*; Rose, *Limited Livelihoods*. Véase también Patrick Joyce (ed.), *The Historical Meanings of Work*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

⁸⁵ Palmer, *E. P. Thompson*, pp. 159 y 194, n. 5.

alimentaba las lecturas históricas y las reconstrucciones de los mejores ejemplares de historia escrita sobre el final del siglo XX. Las visiones del pasado que se basaban en esos mismos supuestos y procedimientos también sostuvieron una historiografía enormemente valiosa y compleja, que lideró la innovación dentro de la disciplina a lo largo de una generación o más, más allá de la década inmediatamente posterior a la publicación del libro de Thompson. Pero, al mismo tiempo, tal y como hemos descrito, esas visiones también fueron la fuente de los conceptos y las prácticas que, después de un breve ascenso, se abandonaron de forma sorprendentemente rápida por parte de los historiadores en los años ochenta, algunas veces con frialdad, otras acompañadas de algún brote polémico. Lo que queremos argumentar es que precisamente en ese vacío, entre las preguntas que enunció Thompson en su libro y los fundamentos preferidos por los críticos de sus últimos días, queda mucho espacio todavía para el pensamiento productivo.

En este libro queremos plantear la posibilidad de recuperar una relación viable entre la política y la clase; una recuperación que ni reduzca la una a la otra, ni desligue totalmente la clase del campo de la determinación. No queremos ni el tipo de reducción que restablece las formas de causalidad economicistas justamente descartadas, ni el que considera que la clase es puramente una construcción discursiva que no se localiza en las estructuras sociales de alguna forma no discursiva o prediscursiva, pero sí analíticamente útil. Nuestra discusión va dirigida, en forma de crítica contenida pero firme, hacia una interpretación ampliamente aceptada, a los términos en los que están tendiendo en la actualidad a enmarcarse formalmente las discusiones de clase y cultura. Si antes esos términos a menudo dejaban de lado casi por completo la política o la esfera pública como tales, en la actualidad, cada vez más, nos encontramos con el extremo opuesto, es decir, con una tendencia a hacer hincapié en el discurso político y excluir cualquier tipo de contextualización explicativa al estudiar la sociedad.

Por lo tanto, nuestra pregunta en realidad es ésta: ¿cómo se organizan los significados de clase, o cómo se hacen asequibles dentro de una cultura política y de un sistema político, tanto a nivel nacional como social y en los contextos locales? Al tratar de dar respuesta a esta pregunta tan difícil sobre la relación entre la política y la clase, lo que nos interesa es explorar la efectividad, ya sea posibilitadora o limitadora, de las desigualdades socialmente organizadas de la vida económica (¿nos atrevemos a decir *estructuras sociales*?) en la esfera de la acción política. Queremos evaluar la importancia que tiene la clase para la política, y la importancia de entender la política como un *espacio* de posibilidades, ya sea demarcado por los «hechos» de la clase en algún sentido estructural y estructurante, u organizado en torno a categorías e interpretaciones basadas en la clase. Sin embargo, es importante aclarar que, al intentar devolverle a la clase su importancia política de esta forma cuidadosamente enunciada, no queremos decir que la «clase» pueda proporcionar el único ni el más importante campo de determinación. No buscamos revivir la clase como categoría

«maestra». Tampoco estamos sugiriendo que los campos políticos giren exclusivamente, o sobre todo, en torno a categorías o interpretaciones y discursos de clase. Más bien, estamos poniendo una pregunta sobre la mesa, en concreto, ¿cuál es la *vigencia* de la clase?, ¿qué significa o significaría estudiar la clase históricamente *hoy en día*?

Un par de comentarios más podrían completar estas observaciones introductorias. En primer lugar, esta discusión representa nuestro intento por volver a algunas cuestiones que planteamos en un artículo hace más de dos décadas y, tomando prestados algunos de los términos polémicos de aquella intervención, queremos preguntar: ¿por qué, después de todo este tiempo, es todavía tan difícil pensar sobre la relación de la historia social y cultural con la política?⁸⁸ En segundo lugar, existe un problema de lenguaje. Algunos de los circunloquios bastante tortuosos y de las cualificaciones elaboradas que nos hemos encontrado al utilizar este libro dan testimonio del poder de la crítica antirreduccionista al marxismo y a otros enfoques materialistas. Sugieren perfectamente las dificultades que surgen de plantear cuestiones de determinación de clase desde *dentro* de una posición de simpatía hacia el llamado giro lingüístico o el discurso del «posmodernismo».⁸⁹ Aquí, la pretensión de algunos planteamientos

⁸⁸ Véase Geoff Eley y Keith Nield, «Why Does Social History Ignore Politics?», *Social History* 5, 1980, pp. 249-272).

⁸⁹ Al intentar esto en el momento álgido de la polémica en torno a las implicaciones que el giro lingüístico tenía para los historiadores David Mayfield y Susan Thorne, en «Social History and its Discontents: Gareth Stedman Jones and the Politics of Language», *Social History* 17, 1992, pp. 165-288), se las arreglaron para provocar un pequeña tormenta de controversias feroces. Aunque después los objetivos y el valor de este debate dejaron de tener importancia para los historiadores menos interesados en la teoría misma, al menos intentó lidiar con los dilemas —analíticos, epistemológicos, políticos y éticos— a los que ahora se enfrentaba el primer proyecto de una ambiciosa historia social. Un ejemplo de esa desconsideración, cuya falta de rigor al describirlas es claramente tendenciosa y dice mucho de las intenciones del autor, que no son en absoluto ingenuas, es el de Richard J. Evans, *In Defense of History*, Londres: Granta, 1997, pp. 297-301. El conjunto de intervenciones provocadas por el artículo de Mayfield y Thorne es el formado por: Jon Lawrence y Miles Taylor, «The Poverty of Protest: Gareth Stedman Jones and the Politics of Language —A Reply», *Social History* 18, 1993, pp. 1-15; Patrick Joyce, «The Imaginary Discontents of Social History —A Note of Response», *Social History* 18, 1993, pp. 81-85; Mayfield y Thorne, «Reply», *Social History* 18, 1993, pp. 219-233; Anthony Easthope, «Romancing the Stone: History-Writing and Rhetoric», *Social History* 18, 1993, pp. 235-249; James Vernon, «Who's Afraid of the Linguistic Turn? The Politics of Social History and Its Discontents», *Social History* 19, 1994, pp. 81-97; Neville Kirk, «History, Language, Ideas, and Postmodernism: A Materialist View», *Social History* 19, 1994, pp. 221-240; Joyce, «The End of Social History?», *Social History* 20, 1995, pp. 73-91; Kelly Boyd y Rohan McWilliam, «Historical Perspectives on Class and Culture», *Social History* 20, 1995, pp. 93-100; Geoff Eley y Keith Nield, «Starting Over: The Present, the Postmodern, and the Moment of Social History», *Social History* 20, 1995, pp. 355-364; Joyce, «The End of Social History? A Brief Reply to Eley and Nield», *Social History* 21, 1996, pp. 96-98; Marc W. Steinberg, «Culturally Speaking: Finding a Commons between Poststructuralism and the Thompsonian Perspective», *Social History* 21, 1996, pp. 193-214.

«posmodernos» de estar superando algo anterior e insatisfactorio no ayuda en nada, y estimula puyas polémicas y barricadas intelectuales en defensa de un materialismo histórico del estilo de un Bryan Palmer o una Ellen Wood.⁹⁰ El campo de la historia social en Gran Bretaña ha estado marcado, incluso desfigurado, por polémicas de ese tipo durante los últimos diez o quince años. No es nuestra intención revivir un estilo de argumentación polémica tan anticuado.

3. ¿UN TIPO DE MODERNISMO?

LA LLEGADA DE «LO POSMODERNO»

Durante los años noventa, el término *posmodernismo* se utilizaba para referirse a todas esas nuevas transformaciones complejas y diversas que afectaban a la historia como disciplina, y estaba polémicamente al servicio tanto de los enemigos como de los defensores del término. Es difícil precisar exactamente cuándo empezó a ser así. Por ejemplo, en 1986 todavía era posible que la completa e informada *Explanation in Social History* de Christopher Lloyd empleara 375 páginas en explicar los procedimientos utilizados por los historiadores sociales sin tener que mencionar el término. El *postestructuralismo* sí aparecía, pero sólo brevemente y de forma casi anecdótica.¹ Es decir, para un trabajo general de estas características, concebido y escrito a principios de los años ochenta, los referentes todavía podían ser fundamentalmente materialistas, ya fuera en sus variantes relacionadas con las ciencias sociales o con el marxismo, y estar debidamente refrendados por escritos filosóficos en consonancia. Tres años más tarde, *That Noble Dream*, el exhaustivo libro de Peter Novick sobre la «cuestión de la objetividad» entre los historiadores en Estados Unidos, tampoco hacía ninguna referencia al posmodernismo, incluso aunque éste terminaba con un detallado resumen de las controversias que rodeaban al nuevo relativismo que había ido surgiendo desde los años setenta. A lo largo de la explosión típicamente nostálgica que acompañó a una de esas controversias, por citar un ejemplo más, Lawrence Stone, agresivo defensor durante mucho tiempo de las grandes ambiciones de la historia social, no vio la necesidad de añadir el posmodernismo a su larga lista de quejas.

⁹⁰ Véase Palmer, *Descent into Discourse*; Wood, *Retreat from Class*; Wood y Foster (eds.), *In Defense*.

¹ Véase Christopher Lloyd, *Explanation in Social History*, Blackwell, Oxford, 1986, pp. 260-262.

Hoy, necesitamos permanecer hombro con hombro en contra del creciente ejército de enemigos de la razón. Me refiero a los seguidores del culto al relativismo absoluto, que tan de moda está, y que surge tanto de la filosofía, como de la lingüística, la semiótica y el deconstruccionismo. Éstos están «denigrando el poder de la razón» de verdad, ya que tienden a negar la mera posibilidad de comunicarse de forma precisa por medio del lenguaje, la fuerza de la deducción lógica y la existencia misma de la verdad y la falsedad.²

Pero en otros espacios del paisaje intelectual ya se estaba hablando de *lo posmoderno*. Comenzó en las artes, donde los críticos iban haciendo progresivamente diferentes innovaciones formales y creando marcos estéticos desde los que poder describir un movimiento coherente y contemporáneo, sobre todo, dentro de la ficción, la poesía, la pintura y la arquitectura, que luego, a principios de los años ochenta, se hizo extensible al cine, la fotografía, la televisión y el conjunto de las artes populares. De manera igualmente significativa tuvo lugar un debate emblemático en torno a la publicación, en 1979, del libro del filósofo francés Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition*³, que movió a Jürgen Habermas a realizar una importante redefinición de los principios de la Ilustración y de la vigencia de sus pretensiones.⁴ Más allá de sus contenidos específicamente filosóficos, el libro de Lyotard incluso estableció lo que se convirtió en una de las señas de identidad de quienes se confesaban defensores del posmodernismo —es decir, una declaración grandiosa sobre la ruptura de la lógica histórica predominante desde la Ilustración y la Revolución Francesa, contraponiendo la nueva condición del presente a la ahora superada «Modernidad». Los significados de esta ruptura se universalizaron a lo largo y ancho de las diferentes dimensiones de las esferas vitales.

Durante esta primera fase de interés por el posmodernismo y por las transiciones que parecía suponer, por lo tanto, hubo quizá dos ejes de discusión: uno estético y artístico, centrado en Norteamérica pero que fue poco a poco llegando a Gran Bretaña al otro lado del Atlántico; y otro filosófico, un terreno de conflicto fundamentalmente franco-alemán en torno a la validez o no del proyecto de la Ilustración, pero que igualmente llegó a Gran Bretaña

² Véase Peter Novick, *That Noble Dream: The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, p. 610. La declaración de Stone llegó en una carta a *Harper's* en abril de 1984, que respondía a una poco informada circular de Gertrude Himmelfarb en contra de las consecuencias relativistas de cualquier clase de nueva historia social. Véase Gertrude Himmelfarb, «Denigrating the Rule of Reason: The «New History» Goes Bottom Up», *Harper's* 268, abril 1984, p. 88. La carta de Stone le siguió en el número de junio, 4-5.

³ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1989.

⁴ Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1984; Jürgen Habermas, «Modernity-An Incomplete Project», en Hal Foster (ed.), *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*, Bay Press, Port Townsend, Wash., 1983, pp. 3-15.

enseguida.⁵ Entonces, un artículo clave de Frederic Jameson historizó con valentía estos discursos al situar ambos dentro del contexto social común del presente y encontrar en ellos «la lógica cultural del capitalismo tardío».⁶ Esto cambió los fundamentos de la discusión. Desde entonces se desplazaron hacia el terreno de lo que, de forma un poco ambigua, podría llamarse la izquierda culturalista, que se entrelazaba con el marxismo y con otros relatos sobre la reestructuración capitalista contemporánea. El interés se intensificó a lo largo de los últimos años ochenta en torno a tres áreas fundamentales. Una tenía que ver con el análisis global del cambio socioeconómico contemporáneo, normalmente asociado a argumentos relacionados con una «transición posfordista», con nuevos regímenes de «acumulación flexible», con el «final del capitalismo organizado», o el paso a la era «postindustrial».⁷ Otra segunda acompañó a la

⁵ Cualquier explicación completa de la difusión del pensamiento sobre el posmodernismo requeriría mucho más detalle del que podemos dedicarle aquí. Un estudio general magistral en Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Verso, Londres, 1998, que rastrea el acuñamiento inicial del término entre los intelectuales literarios de habla hispana y luso-brasileña durante los años treinta del siglo XX, a través de su uso aislado durante los cuarenta y cincuenta, hasta la actual explosión del interés por éste. Hans Bertens, *The Idea of the Postmodern: A History*, Routledge, Londres, 1995, explora etimologías más detalladas en los textos del crítico literario Ihab Hassan durante los años sesenta y setenta y de los críticos de arquitectura Robert Venturi, Charles Jencks y Robert Stern a finales de los setenta. Andreas Huyssen, «Mapping the Postmodern», *New German Critique* (33), otoño 1984, pp. 5-52, es uno de los primeros artículos clave. Véase también Margaret A. Rose, *The Post-Modern and the Post-Industrial: A Critical Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 3-20. Buenas explicaciones generales que incluyen las artes, la cultura popular y el comentario cultural pueden encontrarse en Linda Hutcheon, *The Politics of Postmodernism*, Routledge, Londres, 1989, y Steven Connor, *Postmodernist Culture: An Introduction to Theories of the Contemporary Art*, Nueva York, asociado con David R. Godine, 1984, y Russer Ferguson, Marthe Gever, Trinh T. Minh-ha, y Cornel West (eds.), *Discourses: Conversations in Postmodern Art and Culture*, New Museum of Contemporary Art, Nueva York, y MIT Press, Cambridge, Mass., 1990. Algunos de los primeros debates clave tuvieron lugar en un congreso en el London Institute of Contemporary Art en mayo de 1985, cuando Lyotard presentó sus ideas. Véase Lisa Appignanesi (ed.), *Postmodernism. ICA Documents*, Free Association Books, Londres, 1989; también Lisa Appignanesi (ed.), *Ideas from France: The Legacy of French Theory. ICA Documents*, Free Association Books, Londres, 1989, basados en seminarios y un congreso en el ICA entre noviembre y diciembre de 1984.

⁶ Véase Fredric Jameson, «Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review* 146, julio-agosto 1984, pp. 59-92. Éste se convirtió en el primer capítulo de un libro posterior que también incorporaba otros artículos de los años ochenta: *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham, 1991.

⁷ Véase especialmente David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Blackwell, Oxford, 1989; Scott Lash y John Urry, *The End of Organized Capitalism*, University of Wisconsin Press, Madison, 1987; Alan Lipietz, *Mirages and Miracles: The Crisis of Global Fordism*, Verso, Londres, 1987; Ash Amin (ed.), *Post-Fordism: A Reader*, Blackwell, Oxford, 1994; Rose, *The Post-Modern and the Post-Industrial*, pp. 21-39. Véase también la visión mucho más temprana de Daniel Bell, *The Cultural Contradiction of Capitalism*, Harper Collins, Londres, 1976.

primera consolidación de los estudios culturales dentro de un nuevo campo interdisciplinar en Gran Bretaña y Estados Unidos.⁸ Y la tercera dio lugar a una serie de críticas específicamente feministas.⁹

Cada una de estas discusiones fue brillante pero breve. Por supuesto, muchas de sus consecuencias han perdurado. Las transformaciones contemporáneas en la organización del capitalismo veladas durante los años noventa bajo la rúbrica de la desregulación, de la reforma del mercado y de la globalización se teorizaron primero de forma extensa en las obras de finales de los años ochenta antes mencionadas; y muchas de sus ideas siguen estando vigentes. De la misma manera que continúa vigente la censura a la confianza intelectual en los valores occidentales clásicos de la Ilustración, la razón y el progreso asociados a la recepción de la crítica de Lyotard, que desembocó en diferentes formas de escepticismo, renuncia y daño irrevocable. Desde el punto de vista estético y cultural, las convenciones propias del posmodernismo —que acentúan la ironía, el pastiche, la falta de profundidad, la fragmentación, el anacronismo, las formas híbridas, la desaparición de las diferencias entre «alta» y «baja», el juego y la actuación, etc.— ahora se han diseminado dentro de una sensibilidad general, llegando a convertirse en parte del sentido común cultural actual. De todas estas formas, la fascinación por todos los aspectos de «lo posmoderno» de los años ochenta dejó su huella en un conjunto de retóricas duraderas que habían permeado en «varios vocabularios distintos» de manera extraordinariamente rápida, «extendiéndose desde el territorio de la historia del arte hacia la teoría política y las páginas de las revistas de la cultura juvenil, las carátulas de los discos y las páginas de moda del *Vogue*».¹⁰

A más largo plazo, el interés por los argumentos en torno al posmodernismo también llegó a los sectores académicos que se habían mostrado más resistentes hasta entonces, incluyendo sorprendentemente a la sociología dominante en Estados Unidos, donde algunos intelectuales comenzaban ahora a explorar lo

⁸ Aquí véase especialmente Foster (ed.), *Anti-Aesthetic*; Andrew Ross (ed.), *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988; E. Ann Kaplan (ed.), *Postmodernism and Its Discontents: Theories, Practices*, Verso, Londres, 1988; Dick Hebdige, «After the Masses», en Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry B. Ortner (eds.), *Culture/Power/History: A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pp. 222-235; Jim Collins, *Uncommon Cultures: Popular Culture and Post-Modernism*, Routledge, Nueva York, 1989.

⁹ Véase especialmente Angel McRobbie, «Postmodernism and Popular Culture», en Appagnanesi (ed.), *Postmodernism*, pp. 165-79; Lorraine Bammon y Margaret Marshment (eds.), *The Female Gaze: Women as Viewers of Popular Culture*, Women's Press, Londres, 1988; Linda J. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Routledge, Nueva York, 1990; Judith Butler, «Contingent Foundations: Feminism and the Question of «Postmodernism»», en Judith Butler y Joan W. Scott (eds.), *Feminists Theorize the Political*, Routledge, Londres, 1991, pp. 3-21; Imelda Whelehan, *Modern Feminist Thought: From the Second Wave to «Post-Feminism»*, Nueva York University Press, Nueva York, 1995, pp. 194-215.

¹⁰ McRobbie, «Postmodernism and Popular Culture», p. 168.

que podría significar un *posmodernismo social*.¹¹ Sin embargo, en el importante terreno de los estudios culturales, la discusión ya había dado un paso hacia delante. Los compromisos anteriores por distinguir una *era* específicamente posmoderna, que centró gran parte del interés inicial, parecían haberse disipado, dejados de lado por la nueva categoría organizativa de la globalización y quizá por una pérdida de confianza por parte de la izquierda intelectual en la posibilidad de dar forma a la lógica política de la discusión sobre el posmodernismo *per se*. Muchísimos trabajos todavía llevaban el sello de las discusiones de los años ochenta, sobre todo, sobre cine, televisión y sobre todas las áreas de la cultura visual, sobre los géneros de lectura popular, sobre la moda, el estilo y el gusto, sobre los museos, los monumentos y la memoria, sobre el turismo y los viajes, sobre las culturas de baile y de actuación, etc. Importantes especializaciones nuevas han nacido bajo los auspicios de estos estudios culturales —la raza y las nuevas etnias, la blancura, las sexualidades, las masculinidades, la homosexualidad, las diásporas, las discapacidades, entre otras.

Pero, como término que aspira a englobar todo esto, el posmodernismo ha retrocedido de forma clara, disfrutando de mucha menos resonancia a finales de los años noventa que, por ejemplo, el *poscolonialismo* y lo *poscolonial*.¹² Aquí, las voluminosas actas de dos congresos internacionales celebrados en Urbana-Champaign en 1983 y 1990 muestran un contraste significativo: mientras el primero, *Marxismo y la interpretación de la cultura*, captaba el «estímulo posmoderno» cuando éste estaba surgiendo, con una sección importante llamada «La política de la modernidad y la posmodernidad»; en el segundo, *Estudios culturales*, se borró totalmente esa categoría y no se le encontró hueco entre los dieciséis epígrafes temáticos bajo los que se agruparon las cuarenta in-

¹¹ Véase especialmente Linda Nicholson y Steven Seidman (eds.), *Social Postmodernism: Beyond Identity Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, donde, sin embargo, sólo cuatro de los catorce participantes daban clase realmente como sociólogos, dos de ellos (R. W. Connell y Ali Rattansi) se habían formado sobre todo fuera de Estados Unidos. Véase también *Theory, Culture, and Society* 2-3, 5, junio 1988: *Special Issue on Postmodernism*; Craig Calhoun (ed.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Blackwell, Oxford, 1994; Pauline Marie Rosenau, *Post-Modernism and the Social Sciences: Insights, Inroads, and Intrusions*, Princeton University Press, Princeton, 1992. Entre los sociólogos británicos existía mucha menos resistencia hacia las ideas de lo posmoderno: por ejemplo, los muchos trabajos de Zygmunt Baumann, entre los que se encuentra *Legislation and Interpreters: On Modernity, Postmodernity, and Intellectuals*, Polity, Cambridge, 1987 e *Intimations of Postmodernity*, Routledge, Londres, 1992 y *Postmodernity*, Routledge, Londres, 1992; Scott Lash, *Sociology of Postmodernism*, Routledge, Londres, 1990; Bryan Turner (ed.), *Theories of Modernity and Postmodernity*, Sage, Londres, 1990; Roy Boyne y Ali Rattansi (eds.), *Postmodernism and Society*, Macmillan, Londres, 1990.

¹² De entre una bibliografía enorme véase especialmente Iain Chambers y Lidia Curti (eds.), *The Post-Colonial Question: Common Skies, Divided Horizons*, Routledge, Londres, 1996.

tervenciones, incluso aun cuando la nueva sensibilidad posmodernista estuvo presente a lo largo de todo el congreso.¹³

HISTORIAS POSMODERNAS

Sin embargo, paradójicamente, mientras esta reflexión más amplia sobre el posmodernismo comenzaba a retroceder, los historiadores descubrieron el término. Esto podía verse primero, quizá, en la extendida y a menudo mal informada aversión en contra de la expansión del postestructuralismo francés y de su peculiar retórica teórica, de forma que a finales de los ochenta pocos seminarios o congresos podían terminar sin alguna alusión sarcástica en contra del «discurso». De forma similar, aunque algunos verdaderamente se lo estaban tomando en serio, pocos nombres podían poner de acuerdo una habitación llena de historiadores tan rápidamente como el de Michel Foucault.¹⁴ En medio de esta beligerancia unificadora, el término *posmodernismo* se utilizó para mostrar cualquier tipo de desaprobación. En el encuentro anual de la *American Historical Association* de 1994, en una ponencia titulada «Bismarck in a Postmodern World», por ejemplo, Kenneth Barkin comparaba las tensiones dentro del crimen organizado de Los Ángeles a causa de las enemistades entre la banda de los Crips y la de los Bloods con las palabras académicas de moda (*discurso, construido*) que se utilizaban para referirse al color de la piel. Luego, continuaba parodiando el oscurantismo e impenetrable lenguaje que atribuía al posmodernismo, al tiempo que le acusaba de relativismo absoluto, nihilismo, hostilidad hacia las prácticas históricas relacionadas con la utilización de prue-

¹³ Si apareció como adjetivo en la última y residual categoría, «Global Culture in a Postmodern Age». Se recogía sólo en dos de los cuarenta títulos de los artículos, de nuevo como signo descriptor no teorizado: el de Cornel West, «The Postmodern Crisis of the Black Intellectuals», y el de Homi K. Bhabha, «Postcolonial Authority and Postmodern Guilt». Véase Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, University of Illinois Press, Urbana, 1988; Lawrence Grossberg, Cary Nelson, y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Routledge, Nueva York, 1992.

¹⁴ Ejemplos de reflexiones críticas en torno a las ideas de Foucault en Jeffrey Weeks, «Foucault for Historians», *History Workshop Journal* 14, otoño 1982, pp. 106-119; Patricia O'Brien, «Michael Foucault's History of Culture», en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, University of California Press, Berkeley, 1989, pp. 25-46; Rachel Harrison y Frank Mort, «Patriarchal Aspects of Nineteenth-Century State Formation: Property Relations, Marriage and Divorce, and Sexuality», en Philip Corrigan (ed.), *Capitalism, State Formation, and Marxist Theory*, Routledge, Londres, 1980, pp. 79-109; Laura Engelstein, «Combined Underdevelopment: Discipline and the Law in Imperial and Soviet Russia», *American Historical Review* 98, 2, 1993, pp. 354-363; Jan Goldstein, «Forming Discipline with Law: Problems and Promises of the Liberal State», *American Historical Review* (98), 2, 1993, pp. 376-381; Jan Goldstein (ed.), *Foucault and the Writing of History*, Harvard University Press, Cambridge, 1994.

bas y fuentes e «hipersubjetivismo», por no mencionar sus orígenes dentro del pensamiento fascista.

Se rechaza el concepto de lo universal; la verdad varía según las culturas. La ley natural y los derechos naturales se van por el desagüe. La Ilustración, nos dicen, convirtió la emancipación humana en opresión universal. Porque la historia carece de referentes, el conocimiento es imposible (...) Se desafían todas las nociones de verdad, justicia y ética (...) La razón, nos enseñan, desembocó en Auschwitz, en la polución medioambiental y en la desigualdad y el racismo. El concepto de objetividad es un invento de los poderosos para evitar que los desposeídos alcancen ese poder.¹⁵

Para los historiadores como Barkin, el posmodernismo claramente era sinónimo de problemas, una fuente de peligro. Parecían estar diciendo que la disciplina se encontraba acorralada por ideas perjudiciales para la disciplina histórica.¹⁶ La historiadora británica Gertrude Himmelfarb se mostraba especialmente enfadada, denunciando la epistemología posmoderna como una politización cínica de la historia motivada por «la negación de que el pasado es fijo, de la realidad del pasado independientemente de lo que el historiador elige hacer de él». Los posmodernistas, decía, rechazaban cualquier noción «de verdad objetiva sobre el pasado».¹⁷ Pero estos usos hostiles del término *posmodernismo* siempre eran ambiguos. Aglutinaban al mismo tiempo todo tipo de perspectivas dispares, englobando no sólo la filosofía de Lyotard y las ideas de Foucault, sino también un postestructuralismo falsamente homogeneizado y un conjunto de tendencias contemporáneas dentro de las humanidades a las que historiadores como Himmelfarb se oponían, incluyéndolas a todas, desde el feminismo, pasando por el multiculturalismo, hasta tipos de iconoclasia y jocosidad, algunos de cuyos participantes podían haberse suscrito a perspectivas posmodernistas reconocibles, pero muchos de los cuales no lo hicieron.

¹⁵ Kenneth Barkin, «Bismarck in a Postmodern World», *German Studies Review* 18, 1995, p. 246.

¹⁶ Al mismo tiempo, la escala de esta «amenaza» se infló enormemente. Como ha señalado recientemente el editor de la revista *Central European History*, la más significativa entre los historiadores norteamericanos de Alemania, Barkin reconoció que de los más de cien artículos recibidos durante los dos años anteriores apenas cinco de ellos tenían «un tamiz posmoderno». «Bismarck in a Postmodern World», p. 243. El de Barkin y su respuesta, Michael Geyer y Konrad H. Jaraush, «Great Men and Postmodern Ruptures: Overcoming the "Belatedness" of German Historiography», *German Studies Review* 18, 1995, pp. 253-274, también provocó una discusión en internet iniciada por Diethelm Prowe, que duró desde agosto hasta octubre de 1995. Véase <<http://www2.h-net.msu.edu/~german/discuss/pomo/>>.

¹⁷ Gertrude Himmelfarb, *On Looking into the Abyss: Untimely Thoughts on Culture and Society*, Vintage, Nueva York, 1994, pp. 131 y ss. Un volumen anterior con artículos de Himmelfarb, *The New History and the Old: Critical Essays and Reappraisals*, Harvard University Press, Cambridge, 1987, había salido de su artículo en *Harper's* de abril de 1984, «Denigrating the Rule of Reason», el que había sido uno de los primeros balazos de esta peculiar guerra de la cultura. Véase nota 2.

El líder de estos simplificadores hostiles fue Lawrence Stone. Incorregiblemente seguro de sí mismo en sus malentendidos, siempre parecía tener preparada una *declaración* altiva en defensa de la integridad de la historia. Stone publicó una «Nota» de una ingenuidad pasmosa en *Past and Present* con el título «History and Postmodernism», en cuyo texto se las arregló para no mencionar tan ofensivo término. En su lugar, llamó a los historiadores a las barricadas en contra de tres enemigos concretos que presumiblemente componían la amenazante falange posmodernista: primero, la lingüística y, especialmente, las teorías de la deconstrucción de Jacques Derrida; luego, la antropología cultural y simbólica y, finalmente, el nuevo historicismo dentro de los estudios literarios. Stone nos avisaba de que los historiadores necesitaban estar atentos porque como resultado de «estos rumores desde disciplinas adyacentes», la historia estaba «en vías de convertirse rápidamente en una especie amenazada».¹⁸

Para aclarar las confusiones creadas por estas intervenciones excesivamente acaloradas hay que desgranarlas. De hecho, la mayoría de las ideas vilipendiadas por críticos como Stone o Barkin debían ser más bien postestructuralistas, aunque desde su punto de vista también podían ser fácilmente ampliados a una entidad unificada artificialmente. Más que ningún otro texto, probablemente, el de Joan Scott, escrito en 1986, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», fue el responsable de abrir a los historiadores hacia los posibles usos de Foucault y de otros postestructuralistas, aunque el interés por éstos se estaba ya generalizando rápidamente durante esos años.¹⁹ Scott se centraba en la re-

¹⁸ Lawrence Stone, «History and Post-Modernism», *Past and Present* 131, mayo 1991, pp. 217-218. La revista en la que se publicó, a la que Stone por supuesto tenía acceso privilegiado, le dio a esta chispa ignorante e incendiaria una resonancia significativa.

¹⁹ Por lo tanto, en 1987 aparecieron valoraciones importantes por parte de John Toews en la *American Historical Review* y de Donald Kelley y Alan Megill en la *Journal of the History of Ideas*. En 1989 un número de la *American Historical Review* se dedicó a lo que el editor denominó «los problemas que la teoría crítica ha planteado a la hora de legitimar las afirmaciones históricas como verdaderas», e incluía un intercambio entre David Harlan y David Hollinger sobre teoría literaria y filosofía del lenguaje, un artículo de Alan Megill sobre el estatus de la «explicación» en la escritura de la historia y un foro, «The Old History and the New», que había surgido de la sesión inaugural del encuentro anual de la American Historical Association en diciembre de 1988. También aparecieron debates en la *Journal of Modern History* y en *History and Theory*, centrándose esta última en los textos de F. R. Ankersmit. La importancia de Hayden White también creció en esta época, y Hunt (ed.), *New Cultural History* vio la luz en 1989. Véase John E. Toews, «Intellectual History after the Linguistic Turn: The Meaning and the Irreducibility of Experience», *American Historical Review* 92, 1987, pp. 879-907; Donald R. Kelley, «Horizons of Intellectual History: Retrospect, Circumspect, Prospect», *Journal of the History of Ideas* 48, 1987, pp. 143-169; Alan Megill, «The Reception of Foucault by Historians», *Journal of the History of Ideas* 48, 1987, pp. 117-140; David Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», *American Historical Review* 94, 3, 1989, pp. 610-621; Harlan, «Reply to David Hollinger», *American Historical Review* 94, 13, 1989, pp. 622-626; Alan Megill, «Recounting the Past: Description, Explanation, and Narrative in Historiography», *American Historical Review* 94, 3, 1989, pp. 627-653; Theodore S. Hamerow, Gertrude Himmelfarb, Lawrence W. Levine,

lación entre el conocimiento y el poder, en la labor constitutiva del poder para las relaciones sociales, en las críticas a las formas de actuar racionales del sujeto (masculino) de la Ilustración, en la construcción y descentramiento de las identidades, en las inestabilidades del significado más que en las estabildades, en la formación del significado a través de exclusiones y en el necesariamente incompleto deseo de coherencia, todo ello por el bien de una teoría putativa del género. Esto también suponía un pronunciado *distanciamiento* de los estructuralismos previos, en lo que Jane Caplan llamó «el rechazo de la totalización y el binarismo, la afirmación del descentramiento y la multiplicidad».²⁰ Para Scott, esto suponía una revisión fundamental del estatus epistemológico de la historia.

Este enfoque reflexivo y auto-crítico ponía en evidencia el peculiar estatus de cualquier conocimiento histórico y del papel activo del historiador como productor del significado. Debilitaba la pretensión de legitimidad basada en explicaciones totalizadoras, en categorías supuestamente esenciales, (ya sea la naturaleza humana, la raza, la clase, el sexo o «el oprimido»), o relatos sintéticos que dan por hecho la unidad inherente del pasado.²¹

Este cuestionamiento fundacional de la práctica de la historia —o más exactamente, de la relación de la historia con el pasado— era el que lucía ahora la

Joan W. Scott y John E. Toews, «AHR Forum: The Old History and the New», *American Historical Review* 94, 3, 1989, pp. 654-698; Robert Darnton, «The Symbolic Element in History», *Journal of Modern History* 58, 1986, pp. 218-234; Dominick LaCapra, «Chartier, Darnton, and the Great Symbol Massacre», *Journal of Modern History* 60, 1988, pp. 95-112; James Fernandez, «Historians Tell Tales: Of Cartesian Cats and Gallic Cockfights», *Journal of Modern History* 60, 1988, pp. 113-127; F. R. Ankersmit, «Historical Representation», *History and Theory* 27, 1988, pp. 205-228, e «Historiography and Postmodernism», *History and Theory* 28, 1989, pp. 137-153. El libro *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973, seguido de *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978, de Hayden White habían aparecido hacía ya tiempo, pero sus ideas no se habían retomado con profundidad por parte de los historiadores hasta mediados de los años ochenta. Su nueva influencia quedó patente con su *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1987. Véase también Thomas L. Haskell, «The Curious Persistence of Rights Talk in the «Age of Interpretation»», *Journal of American History* 74, 1987, pp. 984-1.012; y Robert F. Berkhofer, Jr., «The Challenge of Poetics to (Normal) Historical Practice», *Poetics Today* 9, 1988, pp. 435-452.

²⁰ Jane Caplan, «Postmodernism, Poststructuralism, and Deconstruction: Notes for Historians», *Central European History* 22, 3-4, 1989, p. 266. El análisis sobrio y cuidadoso de estos tres términos por parte de Caplan puso de manifiesto las distinciones necesarias entre ellos, mientras que otros historiadores seguían ocupándose de enredarlos.

²¹ Joan W. Scott, «Introduction», *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, 1988, pp. 7-8. El artículo de Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», se publicó originalmente en *American Historical Review* 91, 4, 1986, pp. 1.053-1.075, y luego se reeditó en *Gender and the Politics of History*, 28-50.

etiqueta de «posmodernista», más que las propuestas más específicas de Scott para estudiar el género, el poder y la formación de las subjetividades. El posmodernismo mismo no figuró, ni en el artículo original de 1986 ni el su siguiente libro, como una categoría operativa. Se convirtió en categoría con el choque entre la estridencia de las críticas tradicionalistas y la defensa emergente de un pequeño número de auto-denominados partisanos que comenzaban, cada uno de ellos por separado, a considerarse a sí mismos como aspirantes a la vanguardia.²² Las voces más representativas de entre estos últimos eran las del filósofo holandés Frank Ankersmit; el historiador intelectual convertido en filósofo del lenguaje Hans Kellner; el historiador británico del siglo XIX Patrick Joyce; el historiador intelectual de Estados Unidos Robert Berkhofer; y dos especialistas en historiografía británicos, Alun Munslow y Keith Jenkins.²³ A finales de los años noventa ya se había acumulado una enorme cantidad

²² Además de los ataques de Himmelfarb y Stone, véase la respuesta a Ankersmit de Perez Zagorin, «Historiography and Postmodernism: Reconsiderations», *History and Theory* 29, 1990, pp. 263-274, junto con su réplica correspondiente, F. R. Ankersmit, «Reply to Professor Zagorin», pp. 275-296. El polémico libro de Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Temple University Press, Philadelphia, 1990, se publicó justo antes de que el término *posmodernismo* se convirtiera en central dentro de los debates historiográficos. Aunque aprobaba los debates de los años ochenta, Palmer negaba su utilidad a la hora de caracterizar al capitalismo actual: «Entiendo que el postestructuralismo es la ideología del posmodernismo y en las siguientes páginas me referiré al impacto de su implosión en la escritura de la historia social». Véase VII, 219, n.º 5. Otra crítica temprana a la influencia postestructuralista puede encontrarse en Michael Ermarth, «Mindful Matters: The Empire's New Codes and the Plight of Modern European Intellectual History», *Journal of Modern History* 57, 1985, pp. 506-527.

²³ Sobre Ankersmit, véase *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*, M. Nijhoff, La Haya, 1983; «Historiography and Postmodernism» y «Reply to Professor Zagorin», *History and Theory*; *The Rise and Fall of Metaphor*, University of California Press, Berkeley, 1994. Sobre Kellner, *Language and Historical Representation: Getting the Story Crooked*, University of Wisconsin Press, Madison, 1989; «Narrativity and History: Post-Structuralism and Since», *History and Theory* 26, 1987, pp. 1-29. Véase también el libro editado por ambos, Ankersmit y Keller, *A New Philosophy of History*, University of Chicago Press, Chicago, 1995. Patrick Joyce fue desde la historia social de *Work, Society, and Politics: The Culture of the Factory in Later Victorian England*, Harvester, Brighton, 1980, pasando por el culturalismo ampliado de *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1848-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, hasta la historia intelectual teóricamente racionalizada de *Democratic Subjects: The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994. Véanse también los libros editados, *Class*, Oxford University Press, Oxford, 1995, y el volumen *The Social in Question: New Bearings in History and the Social Sciences*, Routledge, Londres, 2002. No está claro si Berkhofer se llamaría posmodernista a sí mismo, pero su *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse*, Harvard University Press, Cambridge, 1995 es por ahora una de las mejores exposiciones sobre los puntos de vista pertinentes. Sobre Alun Munslow, véase *Deconstructing History*, Routledge, Londres, 1997, y el volumen editado por él, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Routledge, Londres, 2000; y sobre Keith Jenkins, *Rethinking History*, Routledge, Londres, 1991 y *On «What Is History?»: From Carr and Elton to Rorty and White*, Routledge, Londres, 1995. Munslow coedita la

de trabajos, incluyendo una notable serie de intercambios en las revistas *Past and Present*, *Social History*, *History and Theory* y *Journal of Contemporary History*, junto a varias antologías y guías generales. Compensadas más tarde, en 1997, por dos iniciativas contrarias que pusieron de nuevo la controversia sobre la mesa: un nuevo órgano de prensa, *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice*, se lanzó captando el estímulo crítico; y Richard J. Evans publicó su polémico libro en el que defendía la historia de «la embestida de la teoría posmoderna».²⁴

¿A dónde nos han llevado estos debates historiográficos? Claramente, ya se podría manejar un conjunto abaricable de publicaciones afines al posmodernismo. Pero el número real de partidarios completamente convencidos de una epistemología posmodernista continúa siendo muy pequeño. Muy pocos historiadores se han entusiasmado hasta el punto que lo ha hecho la defensa purista de un Ankersmit o un Jenkins, el arrogante escepticismo de un Berkhofer, o los incautos descuidos de Joyce. La gran abstracción de los términos en los que se defiende la posmodernidad tampoco ha estimulado la receptividad de los historiadores. Es más, la mayoría de las discusiones relevantes se han llevado a cabo por especialistas en historiografía, teóricos o, incluso, intelectuales que no pertenecen a la disciplina histórica.²⁵ Aunque los editores de *Rethinking History* entre otras revistas —entre las que se encuentra la más representativa de la profesión en Estados Unidos, *American Historical Review*— han potenciado gran cantidad de textos experimentales en respuesta a las exhortaciones historiográficas posmodernas, en la práctica, las manifestaciones más importantes siguen

nueva revista *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice*, y Jenkins editó *The Postmodern History Reader*, Routledge, Londres, 1997.

²⁴ Véase Richard J. Evans, *In Defence of History*, Granta, Londres, 1997. The London Institute of Historical Research organizó una serie de debates en torno a estos temas en el número de otoño del 2001 de su revista de Internet *History in Focus*. Véase Patrick K. O'Brien, «An Engagement with Postmodern Foes, Literary Theorists, and Friends on the Borders of History», junto a la respuesta de Alun Munslow. Véase también la página web relacionada con esto *Continuous Discourse: History and Its Postmodern Critics*, en la que Evans responde a una serie de comentarios críticos. Se puede acceder a la página web en <<http://ihr.sas.ac.uk/ihr/Focus/>>. Sobre el debate en *Social History*, véase el detallado pie de página 76 del capítulo 2 de este libro.

²⁵ Sólo seis de los treinta y dos libros que componían la lista de Jenkins de recomendaciones para profundizar en el tema estaban escritos por historiadores de profesión, mientras que los demás eran obra de filósofos, teóricos literarios y sociólogos. Aunque de entre los artículos recomendados sí hay más escritos por historiadores (contamos dieciséis de veintisiete), ello también sugiere la escasez de libros que pueden servir de ejemplo y las dificultades de traducir las prescripciones posmodernistas en monografías al uso. Véase Jenkins (ed.), *Postmodern History Reader*, pp. 436-438. Gran parte de las primeras discusiones sobre las implicaciones del postestructuralismo para la historia se llevó a cabo por intelectuales que no eran historiadores, desde Derek Attridge, Geoff Bennington y Robert Young (eds.), *Post-Structuralism and the Question of History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, hasta el influyente libro de Elizabeth Deeds Ermarth, *Sequel to History: Postmodernism and the Crisis of Time*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

siendo las de los historiadores intelectuales y los especialistas en historiografía. Éstas no se han materializado en muchos libros o ejemplos monográficos que muestren lo que podría ser una historia posmoderna.²⁶

Pero nosotros pensamos que, si hemos de extraer los significados del reto posmodernista, la defensa actual de sus contenidos filosóficos más drásticos (que pueden resumirse rápidamente en el relativismo absoluto, el nihilismo y la hipersubjetividad alegada por Barkin y Stone) necesita encajar dentro de propuestas más manejables que contengan conexiones claras con lo que la mayoría de los historiadores de buena fe hacen en realidad. Porque cuando los maximalistas posmodernos declaran que la historia tal y como se hace ahora está obsoleta, o hablan de la «imposibilidad» de la historia empírica, están evidenciando una gran falta de rigurosidad a la hora de describir las circunstancias actuales en las que se continúa produciendo y leyendo gran cantidad de historia académica satisfactoria y a veces sugerente. Al decir esto no queremos menospreciar o minimizar la importancia de cuestionar los fundamentos de éste o cualquier otro ejercicio intelectual sobre el que nos han llamado la atención las críticas de especialistas en historiografía como Berkhofer y Munslow. Pero existe algo que no acaba de encajar —y que es en definitiva ineficaz— en una crítica que parece sólo aprobar una nueva versión de la historia de las ideas y que hasta el momento parece que sólo ha acumulado obtusas censuras historiográficas en contra de lo que los historiadores *no* deberían poder hacer.

Por lo tanto, parece insatisfactorio y evasivo —incluso de una falsa pomposidad— que Keith Jenkins mantenga que las características de las «historias posmodernas» no pueden describirse antes de que se produzcan de hecho: «Porque si las historias posmodernas son “historias del futuro”, son historias “que todavía no han llegado a ser”, entonces éstas realmente no existen todavía».²⁷ El movimiento se demuestra andando, podríamos replicar. Nosotros creemos que las críticas posmodernistas no sólo suponen, sino que deben suponer un cambio, tanto respecto al modo en el que los historiadores profesionales funcionan, como respecto a la manera en que sus trabajos se dan a conocer a un público

²⁶ A falta de cualquier confesión explícita por parte de los propios autores, somos un tanto reticentes a la hora de citar las siguientes obras como ejemplos de la nueva sensibilidad posmoderna, pero éstas son las que nos vienen a la mente: Matt K. Masuda, *The Memory of the Modern*, Oxford University Press, Nueva York, 1996; Susan A. Crane, *Collecting Historical Consciousness in Early Nineteenth-Century Germany*, Cornell University Press, Ithaca, 2000; Peter Fritzsche, *Stranded in the Present: Modern Time and the Melancholy of History*, Harvard University Press, Cambridge, 2004. Pese a su impresionante creatividad y ambición, sin embargo, los textos de cada uno de estos autores siguen siendo artículos. Además, esta escasez de libros o monográficos de cierta longitud de signo posmodernista contrasta con los más amplios contextos de la interdisciplinariedad actual que, a estas alturas, ha inspirado un conjunto extraordinariamente rico y extenso de literatura monográfica, en concreto relacionada con los estudios culturales, un abanico entero de disciplinas de humanidades y la antropología histórica. En particular, la vieja distinción entre historia «social» y «cultural» ha ido perdiendo sentido.

²⁷ Keith Jenkins, «Introduction», en Jenkins (ed.), *Postmodern History Reader* 28.

más amplio. Pero, a menos que los críticos puedan ejemplificar estas consecuencias concretando problemas propios del pasado, que son los que justifican comúnmente la existencia profesional del historiador, la mayoría de éstos seguirán funcionando igual que antes. Más concretamente, la enorme mayoría de ciudadanos que no son historiadores no encontrarán ninguna razón convincente para pararse a leerlos o escucharlos, o para dejar de verlos como la legítima voz de esa profesión que está fundamentalmente dedicada a la labor de transmitir el pasado por motivos sociales y políticos actuales. Si los especialistas en historiografía posmodernos quieren llevar a cabo su ambición —si quieren *cambiar* de hecho la cultura de la profesión—, entonces necesitan prestar atención a estos dos frentes: no sólo a las prácticas actuales de los historiadores en activo, sino también a su aceptación por parte de la mayor parte del público que pueda estar interesado.

La historia, después de todo, no debe estar sólo presente en el ámbito institucional como disciplina misma, sino también en el ámbito pedagógico y en su difusión social a través de los colegios, las universidades, los medios de comunicación, los partidos políticos y el gobierno entre otras formas de actuación pública, y en la sutil, directa, descarada y distinguida articulación entre el conocimiento que los historiadores producen y los diferentes contextos de la vida cotidiana local y nacional. Teniendo en cuenta todas estas manifestaciones de la presencia ya constituida de la historia como formación discursiva, es simplemente ingenuo esperar que muchos de los historiadores en activo estén de acuerdo con las drásticas consecuencias epistemológicas de la crítica posmodernista en toda su magnitud, cuyos términos, en cualquier caso, continúan siendo rebatidos de forma legítima y, en algunos casos, siguen siendo genuinamente problemáticos. A la luz de esta diversidad real dentro de la práctica histórica, en medio de la cual los verdaderos posmodernistas siguen siendo una de las minorías más pequeñas, nosotros pensamos que hay buenos fundamentos para intentar comenzar una conversación que apele a las problemáticas que plantea el pensamiento de los historiadores más inteligentes y eficaces —incluyendo a los más autorreflexivos y teóricamente sofisticados—. Sin llegar a echar a los oponentes de los seminarios, ni a prohibir sus libros, en cualquier caso, siempre existirán profundas diferencias epistemológicas, teóricas y temperamentales; y, ya sea por razones prácticas y «estratégicas» o por principio, algún tipo de reconocimiento pluralista y respetuoso de esas diferencias, aunque sólo desde una «pragmática buena fe», como la hemos denominado ya en alguna ocasión, tiene eminentemente mucho sentido.²⁸

²⁸ Utilizamos esta frase en un esfuerzo previo (y no de mucho éxito) por estimular ese diálogo. Véase Geoff Eley y Keith Nield, «Farewell to the Working Class?», *International and Working-Class History* 57, primavera 2000, p. 18; Eley y Nield, «Reply: Class and the Politics of History», *International and Working-Class History* 57, primavera 2000, p. 83.

¿QUÉ ES LO QUE CAMBIA CON EL POSMODERNISMO?

En consecuencia, por el bien de esa conversación, a continuación presentamos las que consideramos consecuencias útiles de la crítica posmoderna.

Primero y más importante, esa crítica problematiza acertadamente la relación de la historia con el pasado, tanto con los pasados concretos que investiga cualquier historiador, como con el pasado genérico asociado a la existencia de un tiempo anterior. Del mismo modo, también problematiza el propio pasado de la disciplina. Al oponerse a los viejos ideales de la objetividad, los posmodernistas también rechazan los supuestos operativos que atribuyen a otros historiadores a partir de los que estos últimos creen que pueden acceder supuestamente al pasado de forma precisa, verdadera, legítima y rotunda. También cuestionan la creencia, relacionada con la anterior, de que la acumulación de conocimiento nos acerca progresivamente a la «verdadera visión» del pasado. Además, en este mismo sentido, esta crítica parece también dudar de la eficacia del uso aceptado de las fuentes y las pruebas por parte del historiador, en concreto, del análisis y evaluación de las fuentes, de comprobar, de corroborar y falsificar los hechos, la construcción de las interpretaciones a través de la inferencia y el argumento, así como del proceso de contextualización de todo ello en relación con el resto de las disciplinas. Aunque todas estas prácticas sean necesarias desde el punto de vista del procedimiento del oficio de historiador, se las supone finalmente viciadas por su incapacidad de aceptar la contingencia y la parcialidad de las fuentes y los hechos con los que se trata, los cuales no son tanto huellas fenomenológicas de un «pasado real» que espera ser revelado o reconstruido, como artefactos diseñados por el propio historiador.

El desarrollo de este argumento, desgraciadamente, ha dado lugar a malentendidos realmente creativos, ya que ni los posmodernistas ni sus enemigos muestran ninguna reticencia a la hora de caricaturizarse mutuamente. De esta forma, a los posmodernistas les encanta atacar cualquier creencia ingenua en la que la investigación histórica pueda reproducir o corresponderse con el mundo real del pasado. Insisten en que el archivo no proporciona un acceso directo al pasado, que los documentos no transmiten directamente los significados, ni la coherencia original de esos significados, que no es recuperable por parte de los historiadores, por mucha experiencia o talento que tengan. Comprensiblemente irritados, esos historiadores «ingenuos» se defienden golpeando también. Acusan a sus críticos de abandonar cualquier noción de que el pasado realmente existió, de equiparar la historia a la ficción y de desdibujar la capacidad de distinguir entre interpretaciones fundamentadas e inventadas.

Sin duda, puede encontrarse gente que defienda alguna de estas versiones extremas. Pero la práctica real de los historiadores revela una multiplicidad mucho más compleja de posiciones de lo que permite tal polaridad. Por ejemplo, la utilidad y probidad del análisis de fuentes y pruebas, su necesidad de hecho si lo que se quiere es escribir historias convincentes y fundamentadas, no son tan profundamente cuestionadas por quienes defienden la lógica de la críti-

ca posmodernistas como lo es la naturaleza de las promesas que esas prácticas se supone que proporcionan. Porque, más que permitir que los historiadores reconstruyan el pasado de alguna forma objetivamente verdadera, reflejando directamente sus significados, como dirían esos posmodernistas, esas prácticas sólo pueden realizar su función de ensamblaje por medio de un proceso activo de construcción. Sólo a través de ese proceso —es decir, a través de las intervenciones de los historiadores— pueden las materias primas del pasado convertirse en pruebas. Con su trabajo de selección, adjudicación, descarte e inferencia, los historiadores traducen las fuentes en «hechos». En términos generales, ordenan la totalidad de las desordenadas huellas del pasado. Antes de que el historiador comience a producir esa coherencia, el pasado carece de orden —a menos que derive de la presencia de un historiador anterior, es decir, de los anteriores procesos de construcción que empezaron por llevar esos materiales al archivo.²⁹

La buena historia *siempre* ha supuesto en mayor o menor medida que esto era de alguna manera así, tal y como han señalado rápidamente los oponentes del posmodernismo. Sin embargo, no admitir que le debemos una conciencia mucho más abierta, cuidadosa y autocrítica del problema al posmodernismo sería vulgar y engañoso.³⁰ De forma que entre el *pasado* como objeto de estudio del que los historiadores intentan apropiarse en forma de conocimiento, y la *historia* (entendida como los relatos, análisis y representaciones producidas sobre el pasado) se interponen dos barreras necesarias e inevitables: por un lado, el «archivo», o lo que sea que puede convertirse en un «hecho» y las «fuentes»;

²⁹ Esta misma tesis se puede aplicar al carácter y composición del propio «archivo»: cómo algunos materiales acaban en un archivo real y otros no, cómo se organizan y se hacen accesibles esos materiales, cómo se consigue que legitimen ciertos tipos de conocimiento y no otros, todos estos pequeños aspectos juegan un papel dentro del proceso de construcción tan importante como el de la propia escritura de la historia. Conforme el archivo se asocia a lo contingente y a lo parcial más que a lo legítimo y a lo fijo, además, los historiadores se liberan a la hora de encontrar sus fuentes más allá de los precintos de los repositorios físicos y de las instituciones oficiales que normalmente consideramos que son los «archivos». Esta flexibilización de la relación del historiador con los tipos y ubicaciones posibles de las fuentes consideradas legítimas a lo largo de las dos últimas décadas ha resultado ser enormemente liberador. Tiene muchas fuentes complejas, pero intelectualmente esto se lo debemos sobre todo a la lenta recepción y reflexión en torno al archivo de Michel Foucault. Véase especialmente su artículo «Nietzsche, Genealogy, History», en Michel Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, D. F. Bouchard (ed.), Blackwell, Oxford, 1977, pp. 139-164. Reflexiones brillantes en Carolyn Steedman, *Dust: The Archive and Cultural History*, Rutgers University Press, New Brunswick, 2002, especialmente el capítulo 4, «The Space of Memory: In an Archive», pp. 66-88. También véase Thomas Richards, *The Imperial Archive: Knowledge and the Fantasy of Empire*, Verso, Londres, 1993.

³⁰ Véase, por ejemplo, la pretensión de O'Brien de que en la prácticas los «buenos» historiadores siempre han entendido la importancia de lo que los posmodernistas están diciendo ahora: «Engagement with Postmodern Foes», II, en <<http://ihr.sas.ac.uk/ihr/Focus/Whatishtistory/obrien.html>>. Esta aclaración retórica familiar no es nada ingenua en Evans, *In Defence of History*.

y, por otro lado, las intervenciones del historiador, quien le dota a todo ello de una forma interpretativa convirtiéndolo en un relato coherente. Es decir, el pasado se puede hacer conocible sólo a través de un proceso activo de construcción que da forma no sólo a las interpretaciones resultantes, sino también incluso a las fuentes y a la documentación en las que estas últimas deben basarse. Esta acción mediadora y constructiva del historiador se gestiona por medio del lenguaje, a través de las categorías analíticas operativas y a través de todo el aparato cognitivo que los historiadores aportan a su estudio. El «verdadero pasado» no es un producto de nuestra imaginación, aunque los posmodernistas más extremistas sugieran que, aunque lo fuera, nada cambiaría. Pero *ese* pasado simplemente no es accesible ni se hace evidente por sí mismo. En palabras de Munslow: «El pasado sí existió, pero carece de significado hasta que el historiador lo escribe y lo convierte en historia». Más aún, teniendo en cuenta «la ausencia de una correspondencia directa con la realidad del pasado, la forma en la que interpretamos la historia y la contamos como relato es importantísima para la adquisición y el carácter de nuestro conocimiento histórico».³¹

De manera que los historiadores posmodernistas aciertan al insistir en la diferencia entre las huellas de un tiempo pasado (el pasado-como-historia) y el trabajo de reconstrucción que dota a esas huellas de significado (historia-como-conocimiento). Uno nunca puede alcanzarse *sin* la mediación del otro y, en consecuencia, el conocimiento que proporciona la historia sólo puede ser siempre parcial, provisional y profundamente prefigurado por las complejas peculiaridades de la visión de cada historiador. Estas últimas no sólo derivan de la perspectiva profesional, la capacidad técnica y la formación del historiador, ni de una multitud de factores historiográficos y disciplinarios, sino también de la situación política e intelectual, de las elecciones éticas y de otras formas de subjetividad. Por lo tanto, esto nos lleva de manera inmediata hacia una segunda consecuencia de la crítica posmodernista que está interrelacionada con la primera: las serias reservas respecto a la pretensión del historiador de ser un observador «objetivo» o desinteresado.

Esto es, en parte, un problema relacionado con los medios a través de los cuales los historiadores ordenan el pasado. Estos medios siempre están modelados por elecciones conscientes e inconscientes, así como por protocolos, prácticas y marcos disciplinarios que se repiten independientemente de los deseos individuales de cada historiador. En consonancia, según Munslow, es necesario prestar mucha más atención a «todas las consecuencias de cómo prefiguramos la historia a través del tropo y la trama (por no mencionar las preferencias etnoculturales, argumentales, ideológicas o de género)». Eso supone hacer frente «a las consecuencias del hecho de que la historia se genera a través de la imposición sobre el pasado de una forma narrativa elegida personalmente por los

³¹ Alun Munslow, «Postmodern in History: A Response to Professor O'Brien», *History in Focus* 4, otoño 2001, en <<http://ihr.sas.ac.uk/ihr/Focus/Whatishistory/munslowI.html>>; Munslow, *Deconstructing History*, p. 163.

historiadores».³² Munslow también señala que reconocer esto recorta, en gran medida, una de las expectativas clásicas de la historia, que siempre ha pretendido establecer una «distancia necesaria entre el que conoce y lo que es conocido al escribir el pasado-como-historia». Más aún, supone un «reto filosófico a la noción modernista de que la interpretación emana de un centro —el sujeto centrado en el conocimiento que llamamos fuentes, autor u Hombre».³³ Podemos afirmar que este desafío apenas debilita al autor y si le concede mucho más margen a la hora de situarse a sí mismo dentro del texto y, por ende, dotarse de una centralidad nueva y visible. Pero compromete o, al menos, complica la pretensión del autor de aparecer como experto desinteresado y objetivo. Y, lo que es más importante, abre la puerta a múltiples puntos de vista. Como el pasado no puede reclamarse o reconstruirse de forma definitiva y su totalidad es irrecuperable, nuestro acceso a su comprensión necesariamente seguirá siendo «parcial, provisional y “hasta cierto punto idiosincrásica”».³⁴

Si relacionamos estas dos primeras ideas —la noción de que el pasado es remoto e irrecuperable (su necesaria no identificación con la historia) y la de que es el historiador el que lo convierte en una historia coherente (escribir «el pasado» como «historia» dando forma a un relato)— tendremos la tercera consecuencia de las críticas posmodernistas, es decir, el progresivo interés por las cualidades específicamente literarias de la investigación histórica. La primera influencia clave aquí, por supuesto, es la de Hayden White, cuya *Metahistory*³⁵ argumentaba que todos los trabajos de historia, incluso cuando se atienen resueltamente a las reglas de las fuentes y las pruebas, a los estándares de la objetividad y al método «científico», están contruidos en torno a formas narrativas predecibles, que parten de un número finito de formas de articulación discursiva, tipos de argumentos, marcos ideológicos y tropos retóricos. Si White enfrentó así la historiografía objetivista con los principios morales y estéticos que organizaban implícitamente su producción, los deconstruccionistas literarios asociados a Jacques Derrida y Paul de Man radicalizaron luego este desafío, desligando aún más los textos de las intenciones de los autores, al

³² Munslow, «Postmodernity in History», 3, 4. Podríamos objetar perfectamente aquí al lenguaje concreto de Munslow. Después de todo, los historiadores no se supone que «imponen» los marcos analíticos o interpretaciones que eligen (lo que Munslow llama «una forma narrativa elegida personalmente») a sus materiales. La mejor manera de proceder por parte de un historiador conlleva un proceso de reflexión y negociación mucho más complejo y cuidadoso. Munslow hace ver implícitamente que existe cierta coerción en la relación de los historiadores con sus materiales que los protocolos específicos de su disciplina necesitan que eviten. Sutiles descripciones equivocadas como ésta, así como la sospecha resultante de que los historiadores posmodernistas no están suficientemente interesados en proceder de la mejor forma posible son precisamente las que debilitan la voluntad de muchos historiadores de tomarse las críticas posmodernistas con seriedad.

³³ Munslow, «Postmodern in History», 5, 4 y ss.

³⁴ Munslow, *Deconstructing History*, p. 83.

³⁵ N. del T.: Hay traducción al castellano: *La Metahistoria. La imaginación histórica en la historia del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

tiempo que los abrían a múltiples posibles lecturas. La deconstrucción llevó a la indeterminación de los significados tan lejos como era posible, es decir, hasta el punto de lo «indecible».

Durante los años noventa, bajo la influencia de Joan Scott, muchos historiadores adoptaron versiones eclécticas y modestas del deconstruccionismo. Ciertas nociones de «textualidad» estimularon planteamientos interpretativos dentro de los estudios históricos que se aplicaron de forma cada vez más generalizada. Se hizo cada vez más normal entender la historia como un corpus de textos sobre el pasado construido por los historiadores, algo similar a lo que sucedió con el propio pasado —como un «archivo» que podía «leerse» con el mismo tipo de técnicas—. Y aquí es donde la más amplia panoplia de influencias relacionadas con la deconstrucción y el textualismo —el «nuevo historicismo», entre otras formas de teoría literaria; el análisis lingüístico de diferentes tipos, desde la semiótica hasta Bakhtin, la teoría psicoanalítica, la teoría del cine, el renacimiento de una historia intelectual basada en la textualidad y liderada por Dominick LaCapra entre otros, y el floreciente campo de los estudios culturales— también encontraron su espacio. La ya antigua influencia de Clifford Geertz, cuyo artículo de 1973, «Ideology as a Cultural System», había desplazado a Edward Thompson de los pies de página de los historiadores sociales que buscaban un análisis cultural que no fuera reduccionista, también convergía en este espacio común. Y las nuevas colaboraciones entre la historia y la antropología se sumaron a esta mezcla, a medida que la antropología estadounidense negoció su propio giro lingüístico a lo largo de los años ochenta, para terminar adoptando aspectos de la «etnografía posmoderna» e inclinándose, de forma cada vez más flexible, hacia el ordenamiento narrativo de la experiencia del mundo.

A lo largo de este proceso a través del cual se reimaginó la disciplina, la «sociedad» dejó de ser central. Verdaderamente, para muchos cuyo pensamiento se vio influenciado por este fermento, la historia se resituó en torno a los «textos». Más aún, esto ocurrió justo cuando todo lo que formaba parte del proceso interpretativo se comenzó a cuestionar radicalmente. La transformación de los estudios literarios durante los años ochenta bajo el impacto de la deconstrucción, problematizó tanto la propia categoría del texto como las viejas prácticas de lectura y escritura. Alejándose de cuestiones sobre la intención del autor y rechazando la quimera de cualquier interpretación autoritaria o singular, los teóricos literarios ahora ponían el énfasis en la apertura necesaria del texto, en su multiplicidad de significados posibles. También para muchos historiadores, una versión matizada o pragmática del programa básico de la deconstrucción —esquemáticamente, «una lectura que supone tomar las inconsistencias y contradicciones [de un texto] para acabar con la idea de un mundo unificado»— se estaba convirtiendo en un lugar común.³⁶

³⁶ Editorial, *History Workshop Journal* 10, otoño 1980, I.

Esto no era incompatible con mantener un debido sentido del contexto como dimensión externa de significado *más allá* del texto mismo. En realidad, lo normal era que cualquier historiador social prestara atención a la externalidad, al menos al estilo de la noción de determinación débil de Raymond Williams como forma de sentar unos límites, o lo que Derrida denominó la *sobredeterminación diacrónica del contexto* o el *afuera constitutivo*.³⁷ Los historiadores han tratado normalmente de combinar el método deconstructivo en diferentes grados de flexibilidad y rigor, con las dos formas clásicas de contextualización que lleva el análisis no sólo *retrospectivamente* hasta los lugares de producción del texto, sino también hacia *afuera*, hacia los complejos procesos que construyen y traducen sus significados. Porque la tarea de interpretar cómo funciona el significado de un texto concreto es una parte esencial del proceso de explicación que se puede ofrecer sobre éste. Lo que, desde luego, no sirve para lidiar con esas complejidades es una estrecha perspectiva «textual» que se centre sólo en el lenguaje en sentido literario esotérico y técnico. Parece mucho más útil echar mano de todos los métodos relacionados con la historia social que han demostrado ya ser fiables. Tal y como lo dijo Tony Bennett cuando el debate comenzaba a tomar forma, con el característico tinte gramsciano de los estudios culturales británicos, «el texto es un espacio en el que se pueden producir diferentes significados y efectos de acuerdo con las determinaciones dentro de las cuales se inscribe el trabajo —determinaciones que nunca son singulares ni predeterminadas, sino plurales y contestadas, atrapadas en relaciones de lucha—».³⁸

Como ya hemos sugerido, esta forma de análisis se ha ido extendiendo progresivamente desde los textos escritos en un sentido más convencional, hacia todo tipo de documentos y, más allá de estos, también hacia las prácticas, las relaciones y los acontecimientos. De hecho, la textualidad se ha convertido en una forma general de descripción del mundo interpretable.

Cuarto, los posmodernistas procedieron axiomáticamente a partir de la desaparición de un modelo anterior de causalidad entendido como explicación social. Su pensamiento rompió de forma decisiva con el análisis estructuralista del marxismo y de otras sociologías que, como ya hemos visto, habían constituido una pieza fundamental de la popularidad de la historia social entre los años sesenta y ochenta. Como poco, esto ha supuesto desde entonces una relación compleja y no predeterminada, contingente e impredecible entre las condiciones sociales y la vida material, por una parte, y la producción de significados y la profesión de ideas, por otra. La cultura se libera de la economía, la política de la vida social. Más que simples abstracciones de las realidades sociales que estructuran objetivamente el mundo experimentado de las prácticas

³⁷ Jacques Derrida, «Like the Sound of the Sea Deep within a Shell: Paul de Man's War», *Critical Inquiry* 14, 1988, p. 606; Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford University Press, Oxford, 1977, pp. 83-89.

³⁸ Tony Bennett, «Text and History», en Peter Widdowson (ed.), *Re-Reading English*, Methuen, Londres, 1982, p. 235.

y las creencias, tal y como la «base» sustenta la «superestructura», del mismo modo, categorías como la «familia», el «individuo», el «Estado» y la «sociedad» deben considerarse categorías construidas y maleables. Más aún, desde este punto de vista, esas categorías se entiende que actúan sobre las circunstancias sociales para modelarlas más que para, simplemente, reflejar cualquier hecho social predeterminado. En palabras de dos sociólogos posmodernistas confesos, esas categorías deberían entenderse como categorías «históricamente emergentes más que naturalmente predeterminadas, como polivalentes más que de significado único, y como resultado frecuente y posible instrumento presente en luchas de poder».³⁹

Aquí, las líneas maestras de la crítica posmodernista se desdibujan dentro del más amplio desafío postestructuralista. Y lo mismo sucede con el quinto punto que se deduce inmediatamente y que afecta a la acción. Como hemos visto, los historiadores sociales tendían a interesarse por cuestiones relacionadas con la acción fundamentalmente a través de los estudios sobre la acción colectiva teorizados en términos de clase, enraizados en la economía política o en las sociologías del trabajo y la comunidad, y relacionados en sus aspectos más marxistas con las teorías sobre la pertenencia de clase y la conciencia de clase de las que se deriva la acción. Pero con el posmodernismo la acción colectiva deja de girar en torno a la clase. La acción ya no puede rastrearse hasta las materialidades de la posición de clase y de las experiencias de clase de la misma forma. Las posibilidades políticas no pueden desprenderse de la clase ni de sus relaciones sociales por muy sutil y sofisticada que sea la investigación. La continuidad de las afiliaciones políticas ya no puede proyectarse en torno a la clase como si ésta fuera el factor único y determinante. Y la acción conceptualizada en términos de clase tampoco converge con la acción política, tal y como a los historiadores sociales les gustaba dar por hecho. Por una parte, una nueva constelación de movimientos, a veces llamados *identitarios*, ha surgido de las sombras de las antiguas hegemonías que se basaban en la clase, ahora que las pretensiones de universalidad y unificación de éstas han desaparecido. Por otra parte, la inestabilidad de las categorías relacionadas con políticas pasadas también abre un espacio para imaginar las subjetividades políticas de forma distinta. Por lo tanto, si el sujeto moderno se suponía que era central, unificado, coherente, racional y masculino, entonces su descentramiento posmoderno supone su fragmentación, multiplicación, fractura y todas las complejidades asociadas a la diferencia. El razonamiento continúa lógicamente asumiendo que, una vez liberado de los antiguos grandes batallones derivados de la clase, el potencial de la política progresista se encuentra ahora en los márgenes, en las formas y en la dinámica de los sujetos subalternos, de la homosexualidad, del discurso minoritario y, sobre todo, del feminismo y el poscolonialismo.

³⁹ Linda Nicholson y Steven Seidman, «Introduction», en Nicholson y Seidman (eds.), *Social Postmodernism*, p. 26.

Por supuesto, en principio, ninguno de estos aspectos —en contra de las proclamas y prescripciones de los propios posmodernistas más extremistas— impide que se continúe hablando de la clase, la economía política, las relaciones sociales de producción, la distribución social de las desigualdades, o de cualquier otra característica del capitalismo como sistema económico y como formación social relacionada con éste de muchas y distintas formas. Incluso más, todas estas formas no se restringirán a la historiografía de cómo estas categorías se llegaron a utilizar, o a las historias intelectuales de cómo se construyeron e interpretaron. Exactamente igual que en el pasado, éstas proporcionarán instrumentos analíticos necesarios para la investigación social relevante. Reafirmar esto es especialmente pertinente a la luz del aspecto final de la crítica posmodernista a la que queremos referirnos, en concreto, de la celebrada sentencia de Lyotard sobre el fin de todos los grandes relatos —es decir, su asociación de la posmodernidad a la pérdida de convicción en los metarrelatos universalizantes y progresivos ilustrados sobre la capacidad humana de mejorar—. Ya asociemos esas grandes ideas sobre un movimiento histórico hacia delante con tradiciones filosófico-políticas concretas como el marxismo o el liberalismo, ya las asociemos con ideales como el triunfo de la ciencia sobre la naturaleza, el surgimiento de la clase trabajadora o la emancipación de las mujeres, parece claro que durante los últimos veinticinco años del siglo pasado la antigua creencia en la direccionalidad de la historia ha dejado de ser persuasiva.⁴⁰ Conceptos maestros como la clase o la Revolución Industrial, que resultaron vitales en el apogeo de la historia social, también se han visto seriamente perjudicados.

Uno de los resultados más significativos de la crítica posmoderna ha sido el de concienciar a los historiadores de esto —haciéndonos mucho más sensibles hacia las direcciones y lógicas de los procesos de las historias que escribimos y enseñamos en nuestros diferentes campos nacionales y analíticos, o hacia los más profundos supuestos epistemológicos a partir de los cuales interpretamos la historia misma—. Podemos dudar de que las versiones más simples de ese recurso a los grandes diseños interpretativos prevalezcan todavía. Pero en cuanto abrimos el primer libro de texto universitario, ojeamos o deconstruimos el programa de cualquier asignatura, o examinamos nuestras propias prácticas en la clase, queda rápidamente claro que no es tan fácil deshacerse del pensamiento

⁴⁰ Por supuesto, el propio Lyotard tenía una interpretación de base mucho más filosófica y abstracta sobre la naturaleza de los metarrelatos de la modernidad: «Utilizaré el término *moderno* a la hora de designar cualquier ciencia que se legitime en relación con un metarrelato (...) haciendo referencia explícita a algún metarrelato, como la dialéctica del espíritu, la hermenéutica del significado, la emancipación del sujeto racional o trabajador, o la creación de riqueza». Por el contrario, la «condición posmoderna» se convirtió en una «incredulidad hacia los metarrelatos» de ese tipo, o en una desconfianza hacia cualquiera de los lenguajes de explicación y justificación de gran escala que tienden a aludirse a la hora de legitimar las prácticas de gobierno del mundo moderno. Véase Lyotard, *Postmodern Condition*, p. XXII. Sus ideas históricas más importantes se referían a las transformaciones del lugar que ocupa el conocimiento en la sociedad entre el siglo XIX y finales del XX.

basado en los grandes relatos. En los contextos de discusión más mundanos —ya sea en un seminario o en una cena entre amigos, en la cola del autobús o en el bar o, para algunos de nuestros colegas más favorecidos, en el estudio de televisión o en algún artículo de opinión—, este recurso es prácticamente imposible de evitar. Aún más, las historias nacionales están repletas de ejemplos de fuertes figuras analíticas que estructuran nuestro pensamiento a mayor escala, formando los tipos de cuestiones que pensamos preguntar y las que no —como el surgimiento del nazismo, los acontecimientos de 1933 y la localización del holocausto en la historia alemana, por ejemplo, o el surgimientos del Partido Laborista británico a principios del siglo XX, o la crisis del zarismo en 1917, etc.—. Haber desarrollado una sensibilidad mayor hacia las consecuencias de ese patrón historiográfico, hacia esas elecciones que contiene un modelo interpretativo y no otro, ha sido rotundamente positivo.

Por otro lado, sugerir que algún día podríamos prescindir del uso de conceptos a gran escala relacionados con el carácter del cambio social a lo largo del tiempo, y de que esto sería posible en los diversos contextos prácticos del discurso político, pedagógico y cotidiano, nos parece un signo, bien de rechazo intencionado, bien de ingenuidad. Decimos esto también porque, a lo largo de las dos décadas en las que la crítica de Lyotard ha gozado de mayor popularidad, un nuevo conjunto de grandes relatos ha estado claramente rehaciendo el entorno social y político necesario para el reflorecimiento del capitalismo que realmente existe —y no sólo nos referimos al final de la Guerra Fría, la disolución de la Unión Soviética, la desaparición del socialismo como proyecto político viable y el triunfo del neoliberalismo, sino también a los grandes relatos geopolíticos de la globalización que ahora saturan la esfera pública, por no mencionar el despliegue del imperio estadounidense en el Medio Este y en Asia Central—. A nosotros nos parece que, a la luz de estas consecuencias tan destructivas, rehuir el uso de conceptos a gran escala supondría abdicar sorprendentemente de cualquier crítica efectiva a estos procesos.

En este sentido, sin embargo, no nos podemos olvidar de la principal aportación de la propia propuesta de Lyotard. Después de todo, ésta no sólo se proponía rechazar la coherencia unificadora de las grandes visiones universalizantes del progreso de la humanidad en el pasado, o, por extensión, la intención totalizadora de todos y cada uno de los «grandes relatos» sobre la representación colectiva y oficial de una sociedad concreta. Debemos recordar que, en principio, Lyotard también pretendió exponer precisamente la multiplicidad de relatos *diferentes*. Aunque el abanico de historias posibles puede abocarnos hacia una diversidad inconmensurable que imposibilite la reconstrucción de un solo relato coherente y completo capaz de abarcarlas todas, esto no nos impide reconstruir la lógica de los procesos y la coherencia de cada una de estas historias, ni siquiera nos impide defender, con cautela pero con firmeza, que creemos más en unos relatos que en otros.

HISTORIA Y EPISTEMOLOGÍA

Admitimos que esta exposición de pensamiento posmodernista ha sido un tanto episódica y discontinua, y que sería necesaria una exégesis mucho más elaborada de cada uno de nuestros argumentos para que éstos encajaran mejor. Se podría añadir mucho más. Los mayores incentivos intelectuales del posmodernismo formaron sin duda parte de la amalgama de estímulos que movieron a los historiadores hacia nuevos problemas, nuevos enfoques y nuevas formas de colaboración interdisciplinar a lo largo de los noventa. Muchas de las nuevas áreas que surgieron entonces resultan hoy muy familiares: el giro de los estudios de género hacia la masculinidad; el florecimiento de la historia de la sexualidad; los estudios sobre el gusto, el estilo y el consumo; trabajos sobre todas las formas de cultura visual; historias del ocio, el turismo y el entretenimiento; historias de la medicina, la psicología y la psiquiatría; historias del cuerpo; historias de las emociones; historias de la subjetividad. La relación de la historia con la memoria y con todas las prácticas sociales y culturales asociadas a ésta ha despertado gran interés, tanto como las posibilidades de la vida cotidiana y la microhistoria. Todas estas áreas requerían la cooperación de otras disciplinas relevantes. Somos conscientes de la existencia de todas estas áreas y las respetamos mucho, pero no podemos tratar de ellas aquí sin exceder los límites de nuestra propuesta, que son mucho más limitados.

En este capítulo, hemos tratado de hacer un breve inventario de los aspectos clave de las llamadas guerras de la cultura en la disciplina, que consumieron gran parte del tiempo y las energías que invertimos juntos desde finales de los años ochenta. La crítica historiográfica posmodernista surgió por esas fechas como uno de los pilares fundamentales de la aparición de la «nueva historia cultural» que tanto desestabilizó la práctica de la historia social y su confianza fundacional en la categoría clase. Porque aunque el giro cultural fue decisivo a la hora de permitir que muchos historiadores sociales escaparan de lo que habían llegado a considerar un *impasse* en la epistemología materialista, las consecuencias llevaron a muchos de ellos más allá de todo viejo marco analítico materialista. Otros, entre los que se encontraba un amplio contingente de quienes trabajaban en la historia del trabajo y en la historia social de la clase trabajadora, eligieron rechazar el desafío culturalista enterrándose a sí mismos detrás del paradigma materialista establecido. Como debería haber quedado ya claro, nuestra propia opinión es sin duda que, como resultado de toda la crítica que ha tenido lugar, los fundamentos previos sobre los que se sostenía la historia social de los años setenta ya no están disponibles. Sin duda, si queremos comprender los retos a los que ahora se enfrenta cualquier uso más profundo del concepto de clase, ya sea en relación con la historia social o con la política,

el daño cometido por las dos últimas décadas de crítica postestructuralista necesita admitirse con honestidad.⁴¹

La urgencia de este argumento es aún mayor dado el vigor con el que se ha defendido la perspectiva thompsoniana sobre la clase.⁴² No es necesario explicar una vez más la extensa bibliografía acumulada a lo largo de los muchos debates con argumentos a favor y en contra, ya que los participantes ahora pueden hablar perfectamente por sí mismos. La perspectiva asociada a Thompson, caracterizada acertadamente por Marc Steinberg, encerraba «un gran relato modernista de la clase que proporcionaba los cimientos sobre los que construir la nueva historia social». Cada uno de los elementos diagnosticados por la crítica posmodernista que hemos señalado aquí puede encontrarse fácilmente: «(...) falsamente predichas a partir de una visión unificada de lo social, la acción y la identidad derivaban directamente de una estructura social más amplia, la cual contenía también un motor teleológico de cambio social, por ejemplo, el conflicto de clase surgía de las relaciones de producción».⁴³ En efecto, la influencia de Thompson contenía la historia «modernista» que la crítica posmodernista lógicamente le suponía.

Este modernismo parecía insistir en que es posible conocer el mundo, siempre y cuando el historiador proceda a través del razonamiento, «escuchando» a las fuentes y acumulando todas las pruebas debidas.⁴⁴ El verdadero conocimiento surge de la reflexión racional y de la investigación meticulosa. Desde el punto de vista epistemológico, Thompson parecía basar esta pretensión de

⁴¹ Aquí estamos fundamentalmente señalando los conceptos y los planteamientos. Las dificultades teóricas asociadas a la utilización del concepto de clase con el propósito de analizar la política son claramente distintos de lo que sea que haya podido estar sucediéndole a las manifestaciones estructurales de la clase en el capitalismo que realmente existía a principios del siglo XX, aunque por supuesto están íntimamente interconectadas.

⁴² Los primeros asaltos incluían Ellen Meiksins Wood, *The Retreat from Class: A New «True» Socialism*, Verso, Londres, 1986; Neville Kirk, «In Defence of Class: A Critique of Recent Revisionist Writing upon the Nineteenth-Century English Working Class», *International Review of Social History* 32, 1987, pp. 2-47; Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Temple University Press, Philadelphia, 1990, pp. 120-144. Más recientemente véase Neville Kirk (ed.), *Social Class and Marxism: Defences and Challenges*, Scholar Press, Aldershot, 1996; y Kirk, *Change, Continuity, and Class: Labour in British Society, 1850-1920*, Manchester University Press, Manchester, 1998.

⁴³ Marc W. Steinberg, «Culturally Speaking: Finding a Commons between Poststructuralism and the Thompsonian Perspective», *Social History* 21, 1996, pp. 194-195. Steinberg cita este argumento como lo desarrolla Patrick Joyce en «The End of Social History», *Social History* 20, 1995, p. 84, y *Democratic Subjects*, p. 3. Véase también William Sewell, Jr., «Toward a Post-Materialist Rhetoric for Labor History», en Lenard R. Berlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essays on Discourse and Class Analysis*, University of Illinois, Urbana, 1993, pp. 15-38.

⁴⁴ La exposición más elaborada y desapasionada de esta visión estaba en Edward Thompson, «The Poverty of Theory: or an Orrey of Erros», en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin, Londres, 1978, pp. 217-229.

conocimiento en un modelo de investigación inductivo, propio de las ciencias naturales, que derivaba orgullosamente de la tradición ilustrada; un modelo que enfatizaba el aprendizaje, la acumulación de fuentes, la verificación, la reflexión disciplinada y el paradigma. Thompson creía que tanto los historiadores marxistas como los no marxistas que fueran fieles a los principios de la disciplina en este sentido estarían haciendo historia exactamente de la misma manera. Los procedimientos académicos del historiador, por lo tanto, eran fijos y permanentes, trascendían más o menos el tiempo histórico, y necesitaban prestar atención a las reglas obligatoriamente de forma meticulosa. El único camino hacia el conocimiento verdadero pasaba por el archivo. Ésta era la fuente de la que se alimentaban las reacciones más destructivas de Thompson; Perry Anderson estaba equivocado, Richard Johnson estaba equivocado, Louis Althusser estaba equivocado, pero no a causa de éste o aquel error concreto sobre un hecho o una interpretación, sino porque sus puntos de partida fundamentales no eran legítimos y estaban mal concebidos. Por tanto, éste era el modernismo que encerraba el trabajo de Thompson: con una formación y un material empírico adecuados, y la perspectiva epistemológica correcta, las historias importantes sí podían ser verídicas.

Las críticas posmodernistas discutidas en este capítulo problematizaron con éxito este modelo de producción de conocimiento y pusieron de relieve algunas de las dificultades que presentaba el marco analítico de Thompson. La historia ya no puede hacerse sobre esas mismas bases. Pero que se hayan desvanecido sus fundamentos epistemológicos no quiere decir necesariamente que todos los elementos conceptuales que componían su análisis —la clase, la formación de clase, las relaciones de clase, el conflicto de clase, incluso la lucha de clases— deban desvanecerse también. Prescindir de esta forma del resultado de un método simplemente porque ya no estamos de acuerdo con las bases epistemológicas de su producción como conocimiento significaría proceder de forma extraordinariamente esencialista. Hacer eso sería como decir: sólo el conocimiento proporcionado por los métodos que aprobamos pueden entrar a formar parte del canon que consideramos aceptable.⁴⁵

Sin embargo, el uso legítimo y fructífero de los conceptos no requiere la vigilancia de este tipo de fundamentalismo filosófico. Más que tenernos que tragar el paquete entero asociado a un método, unos supuestos o unos descubrimientos en un caso concreto, lo que debemos es ser capaces de elegir. Con la debida atención a la historiografía crítica, podemos tomar lo que queramos y dejar el resto —no de forma aleatoria o caprichosa, ni desde un relativismo des-

⁴⁵ El propio Thompson pensaba así, y en ese sentido tanto él como los críticos maximalistas posmodernistas son iguales. Por lo tanto, Thompson rechazaba la gran interpretación de Harold Perkin de la historia británica por las raíces de su weberianismo en relación con la clase, tanto como odiaba la obra de John Foster sobre la base de su muy economicista o leninista lectura de Marx. Thompson dedicó gran parte de sus energías a hacer lo que Patrick Joyce, entre otros posmodernistas, querían hacer con él; es decir, debilitar los fundamentos epistemológicos de la legitimidad de una obra adversa.

controlado, sino de forma que pueda ser útil, tanto para nuestras necesidades metodológicas contemporáneas como para mantener abierta la conversación dialéctica con la historia escrita anteriormente—. Podemos todavía hablar de la clase sin adoptar por ello todo el universo de Thompson. Solamente por hablar de la clase, no estamos comprometiéndonos con la interpretación marxista del surgimiento de la clase en la historia, y mucho menos con cualquier expectativa de que la clase trabajadora siempre en todas partes contendrá la promesa de un mundo mejor y más libre.

En este sentido, secundamos el argumento que Judith Butler ha articulado en varios de sus escritos recientes sobre la importancia de continuar utilizando términos conceptuales de forma estratégica o pragmática, pese a carecer de una «explicación filosófica completa y sólida» de lo que podrían significar en todos y cada uno de los casos en que éstos se pudieran aplicar. En sus palabras, «los términos no necesitan ser fundacionales para poder utilizarse»: una categoría como «lo social», aunque ha sido cuestionada y en muchos aspectos se encuentra en recesión desde los años ochenta en este sentido filosófico más amplio, continúa siendo útil «precisamente porque contiene una resonancia histórica y porque proporciona cierta noción de transformación y cambio», y (podríamos añadir) porque permanece completamente embebida en los leguajes políticos públicos y cotidianos.⁴⁶ Desde el punto de vista historiográfico, esto también es inevitable. Podemos prescindir de la antigua concepción de sociedad como totalidad completamente integrada, es decir, de las marxistas entre otras versiones sociológicas, sin con ello abandonar el análisis de lo social.

Por lo tanto, analizar lo social desde este punto de vista no quiere decir sucumbir a la miopía del materialismo. Hacer historia social no supone devolverle a lo social y a lo económico su prioridad en un sentido estructural. Tampoco tiene que reinstaurarse un modelo antiguo de totalidad social unificada que ya no funciona. Puede ser perfectamente que, como sugiere Nikolas Rose, ya no exista esa «sociedad» en el sentido tradicional de entidades «diferenciadas, limitadas y territorializadas (normalmente por los estados-nación) (...) con sus propios tipos unificados de cultura, costumbres, formas familiares, modelos de socialización, etc.».⁴⁷ La «sociedad» y el «vocabulario social» ya no son la mejor forma de describir «todas las fuerzas y los procesos que atan a los seres humanos juntos más allá de su individualidad y de sus relaciones familiares».⁴⁸ Pero ello no nos impide, de forma cuidadosamente historizada, especificar los diferenciados campos de ideas, relaciones y prácticas a través de las cuales «lo social» puede hacerse presente o llegar a imaginarse, interiorizarse y representarse. Como veremos, lo mismo sucede con la «clase».

⁴⁶ «Judith Butler: Reanimating the Social», en Nicholas Gane (ed.), *The Future of Social Theory*, Continuum, Londres, 2004, p. 58; también Judith Butler, «Merely Cultural», *New Left Review* 227, enero-febrero 1998, pp. 33-44.

⁴⁷ Nicholas Rose, «Governing the Social», en Gane (ed.), *Future of Social Theory*, p. 181.

⁴⁸ Rose, «Governing the Social», p. 179.

¿Adónde nos lleva esto? La crítica posmodernista a los principales supuestos de la historia que hemos descrito no pierde ni un ápice de su importancia indispensable. Pero de muchas formas distintas, tenemos la sensación de que, desde el momento en que los historiadores comenzamos a utilizar sus lemas, el posmodernismo mismo ha servido para desviar la atención de los historiadores de algunos de sus intereses fundamentales. Como concepto híbrido, éste aunaba y confundía demasiados objetivos a un tiempo. Por una parte, el campo de antinomias supuestamente atribuidas al modernismo y a la modernidad se había historizado de forma errónea o incompleta, ya que muchas de las innovaciones estéticas, filosóficas y culturales más celebradas por el posmodernismo ya se habían anticipado claramente en el momento en el que supuestamente se trascendió el modernismo, entre el fin de siglo y los años veinte. En otro sentido, además, muchas de las afirmaciones relacionadas con la historia posmodernista pertenecen más propiamente al postestructuralismo, especialmente la atención prestada al lenguaje y la problematización de la relación entre conocimiento y poder, y también al cuestionamiento de la acción y el desafío general al significado que supone la deconstrucción. En este sentido, defensores como Patrick Joyce le hicieron un flaco favor a su propio programa al adoptar un término que, tal y como lo utilizaban sus oponentes, ya era una falacia en sí mismo, estaba distorsionado y ocultaba crudamente su significado concreto.⁴⁹ Si no hubiese sido así, la marea del posmodernismo como movimiento general de teoría social y cultural ya se habría retirado hace tiempo desde los años noventa.

Sin embargo, esto no evitó que un pequeño número de maximalistas continuaran radicalizando sus argumentos. Para los más convencidos «historiadores posmodernistas» como Keith Jenkins, la epistemología y la historia se han convertido, de forma curiosa, en supuestos excluyentes. Éstos argumentan que, si se aplica de forma rigurosa, la crítica epistemológica deslegitima la mayoría de lo que el historiador en activo da por hecho. Esta crítica disuelve los fundamentos que los historiadores convencionales necesitan para hacer lo que hacen. Sin duda, desde su punto de vista, la historia, en los términos en que está establecida como disciplina, resumida en este caso como «modernista», carece de fundamentos epistemológicos. La historia está muerta igual que lo está Dios. Jenkins mantiene que el colapso «del fallido experimento de la modernidad» y el pensamiento fundacional de la Ilustración al que va asociada ha acabado con la pretensión de la historia de alcanzar mayor significado; que los objetivos y los procedimientos de la historia equivalen a los del género literario; y que la historia es, por tanto, totalmente reducible a la historiografía.⁵⁰

⁴⁹ Recientemente Joyce parece haber admitido implícitamente esta apropiación errónea. Como concepto programático el término ya no aparece en su libro más reciente, *The Rule of Freedom: Liberalism and the Modern City*, Verso, Londres, 2003, tan sólo lo hace ocasionalmente como un «término versátil» en la «Introduction» a Joyce (ed.), *Social in Question*, p. 15.

⁵⁰ Keith Jenkins, «Postmodernism», en Kelly Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, vol. 2, Fitzroy Dearborn, Londres, 1999, p. 952.

La historia, desde esta perspectiva, se convierte en un «concepto autorreferencial» o en un «nombre dado a las cosas que hacen los historiadores, por ejemplo, historiografía». Del mismo modo, la disciplina académica de la historia es «puramente la forma de mitificarla para legitimar un enfoque concreto del pasado *como si* ésa fuese la forma en la que el pasado mismo prefiera ser leído». Sin embargo, paradójicamente, esta manera de entender la historia proviene de un axioma fundamentalista del propio Jenkins —«que vivimos, y siempre lo hemos hecho, en medio de formaciones sociales que carecen de cimientos ontológica, epistemológica, metodológica o éticamente legítimos para nuestras creencias o acciones más allá del estatus de una conversación que es autorreferencial y retórica en última instancia».⁵¹ De hecho, como afirma Jenkins, evidenciando supuestamente su razonamiento con un argumento sobre la determinación explicativa ejercida por el mundo que realmente existe, la condición posmodernista simplemente viene inevitablemente predeterminada por el mero hecho de estar en el mundo.

Hoy vivimos dentro de la condición general de la *posmodernidad*. No tenemos elección. Porque la posmodernidad no es una «ideología» o una posición a la que podamos elegir suscribirnos o no; la posmodernidad es precisamente nuestra condición: es nuestro destino.⁵²

No queda espacio para discutir este tema en profundidad, pero en general es difícil no encontrar problemática la perspectiva que expone Jenkins y el tono con que lo hace. Rechazamos tanto la soberanía de la epistemología que esta postura maximalista parece proponer implícitamente como la disminución de epistemologías posibles que parece estar interesada en asumir. Porque, como posmodernistas como Jenkins también tienen que reconocer, en el mundo de los historiadores en activo, existen diversas epistemologías sobre las que la historia puede sostenerse. Más aún, cada una de ellas continuará generando un conocimiento adecuado a los procedimientos utilizados y a las cuestiones que se preguntan. Incluso si aceptamos la demarcación absoluta entre, por una parte, las diferentes epistemologías «modernistas» y, por otra parte, otras «posmodernistas», no parece que exista ninguna base sólida, más allá de la afirmación extrañamente normativa de que la «condición posmoderna» es ineludible, que confirme la superioridad de las últimas.⁵³ Hasta el momento, además, los prac-

⁵¹ Jenkins, «Postmodernism», p. 952.

⁵² Jenkins, *On «What Is History?»* (6). Véase también Patrick Joyce, «The Imaginary Discontents of Social History: A Note of Response to Mayfield and Thorne, and Lawrence and Taylor», *Social History* 20, 1995, p. 84: «Los tiempos han avanzado y los historiadores simplemente tienen que aprender a cambiar con ellos».

⁵³ En su defensa programática de la «nueva historia», por ejemplo, Alun Munslow distingue entre tres epistemologías que denomina «reconstruccionista o modernista», «construccionista o tardo-modernista», y «deconstruccionista». Mientras las dos primeras comparten un empirismo analítico derivado de la Ilustración, la última intercambia la herencia modernista por una concepción del pasado posmodernista «cultural», literaria o representacional. Véase

ticantes reales de la historia posmodernista todavía constituyen una pequeña vanguardia de autores confesos que producen reflexiones extremadamente abstractas, esotéricas y cada vez más repetitivas sobre la obra histórica de otros. Para aquellos de nosotros que deseamos preguntar otro tipo de cuestiones, esto no resulta ya de mucha ayuda.

Liberada de su lastre realista y objetivista, de acuerdo con Jenkins, la historia está ahora a disposición del historiador para que éste haga lo que desee con ella. Como representación del pasado, puede alcanzar o representar cualquier tipo de sofisticados propósitos que deseemos pedirle. Tanto Jenkins como Munslow son admirablemente claros y directos sobre la ética asociada a este proceso y sobre las oportunidades que le proporciona al historiador. Pero también hay cierta exageración y presunción en todo esto. Para incorporar cuestiones éticas a tus propios escritos históricos no necesitas una perspectiva posmodernista. La ética puede dar lugar y guiar diversas historiografías. Una ética consciente y responsable sobre nuestros actos en el mundo, guiada por principios pedagógicos e intereses serios, que tenga el objetivo de «cambiar las cosas», no es una prerrogativa de la sensibilidad y la comprensión posmodernista, al contrario de lo que Jenkins y Munslow a menudo parecen dar por hecho. Diversas clases de marxismos, otros tipos de socialismo, humanismos, feminismos, etc., todos ellos retienen algún punto de apoyo sobre las bases ahora rechazadas por «modernistas», también se enfrentan a la investigación histórica con una intención ética, como también lo hacen, por supuesto, muchos liberalismos y conservadurismos.

Puede ser que, después de todo, no exista la historia y que sólo haya historiadores que intentan hacerlo lo mejor posible. Pero ese «lo mejor posible» sigue siendo un logro importante; un logro que produce un conocimiento fundamentado sobre protocolos y procedimientos aceptados colectivamente; un logro que se organiza en torno a cuestiones significativas, y que sin duda tiene efectos determinantes sobre el mundo. Esto último es especialmente pertinente porque el conocimiento que producen los historiadores resuena en otros campos del conocimiento y los articula, unos ejercen más poder que otros, e incluso algunos son hegemónicos. Si no participamos en el proceso de formación de ese campo de conocimiento más amplio, estamos cediendo irresponsablemente

Alun Munslow, *The New History*, Pearson Education, Harlow, 2003, pp. 5-7. Pero, bajo la rúbrica de «conocimientos situados», Munslow también reconoce la existencia de una diversidad epistemológica más amplia, entre las que se encuentran «epistemologías de raza, feministas, homosexuales y marxistas». *New History*, p. 3. No está claro por qué estas otras posibilidades se dejan de tener en cuenta en la parte fundamental del libro. Del mismo modo, existe una gran diferencia entre reconocer que, en gran medida, la historia es una actividad esencialmente literaria, y sugerir que la historia debería escribirse fundamentalmente de acuerdo a reglas literarias. Podemos estar de acuerdo en que la escritura de la historia debería estar sujeta a las mismas lecturas y procedimientos de evaluación que la ficción o cualquier otro texto literario sin concluir con ello que ya está todo dicho respecto a la escritura de la historia.

ese espacio a aquellos que desean controlarlo. Desde luego, tenemos derecho a no participar. Incluso es bueno que haya quienes, como Jenkins, optan por no hacerlo y cuestionan los fundamentos mismos del propio proceso. Pero, por nuestra parte, a nosotros nos gustaría continuar buscando con humildad la forma en la que poder cambiar las cosas.

4. LA RENUNCIA AL MATERIALISMO: ¿DE LO SOCIAL A LO CULTURAL?

INTRODUCCIÓN

Comenzamos escribiendo sobre la clase a principios de los años noventa, tras un largo período de debate entre historiadores sociales, sociólogos y académicos de muchos otros campos, a lo largo del cual la utilidad del concepto se había cuestionado profundamente. Cuando la confianza en la historia social estaba en auge, entre las décadas de los sesenta y ochenta, por supuesto, la clase se consideraba un término de análisis indispensable, formaba parte del sentido común de la disciplina, incluso se puede decir que era una categoría maestra. A lo largo de ese período, su capacidad explicativa había adquirido dos dimensiones vitales, ambas fundamentadas en el materialismo soberano en el que se anclaba la sensibilidad básica del historiador social. Por una parte, los historiadores sociales percibían y perseguían la lógica de la coalescencia social propia de los procesos de industrialización capitalista, que hicieron de la clase trabajadora una formación social diferenciada. Luego, por otra parte, le adscribieron a la formación de la clase trabajadora una lógica basada en la cultura solidaria, lo que permitió explicar y predicar cuáles eran las afiliaciones políticas populares. Desde principios de los años ochenta, sin embargo, por todas las complejas razones sobre las que hemos reflexionado en nuestros dos primeros capítulos —que surgieron en parte de la lógica acumulativa de la reflexión intelectual entre los propios historiadores sociales, pero también de intensas interacciones con debates teóricos y procesos políticos más amplios—, ambas formas de utilizar el concepto *clase* se toparon con problemas cada vez más profundos.

A la hora de intentar comprender esta historia intelectual, como hemos intentado hacer en nuestros dos primeros capítulos, la influencia de Edward Thompson ha sido siempre central. Obviamente, esto es así porque el trabajo de Thompson —sin duda *The Making of the English Working Class*, pero también sus sobresalientes artículos sobre el siglo XVIII y su carismática presencia

intelectual en muchos de los momentos clave del esplendor de la historia social— fue extraordinariamente estimulante para quienes se identificaban con las promesas y las esperanzas de la historia social. Como polemista de brillante retórica y de poder de persuasión, Thompson también contribuyó personalmente a las primeras fases de la división que se fue produciendo dentro de la disciplina, dedicándole, entre mediados de los años sesenta y finales de los setenta, una enorme energía a la diferenciación de distintos grupos y trazando las líneas que los diferenciaban. Por lo tanto, para enmarcar la discusión de este capítulo sobre el proceso de asalto al uso del concepto de clase durante los años ochenta y noventa, parece que tiene sentido recapitular brevemente lo que defendió Thompson en este sentido.

Primero, como hemos sugerido en el capítulo anterior, desde el punto de vista historiográfico, Thompson practicó un tipo de «modernismo». Sus primeras críticas desde la izquierda durante los años setenta se habían centrado inicialmente sobre la debilidad de su marxismo, que se consideraba excesivamente poco teorizado e insuficientemente estructuralista. Pero las críticas posteriores —Joan Scott, Gareth Stedman Jones y Patrick Joyce, entre otros— se centraron en su propio materialismo, en los supuestos fundacionales en torno a los cuales se organizaba su visión modernista del conocimiento. Para estos críticos de los años ochenta, las carencias de la obra de Thompson se encontraban en su propio posicionamiento epistemológico: su creencia en que el mundo puede conocerse a través de un proceso de reflexión racional basado en las fuentes y las pruebas.

Segundo, aunque rechazara formalmente los modelos de causalidad «base-superestructura», Thompson pensaba desde dentro de un campo de determinaciones soberanas que concebía como lo *social*, cuyos efectos se plasmaban a través de la experiencia. Si los resultados podían explicarse a partir de la recuperación de la racionalidad y la reconstrucción de experiencias reales, entonces el terreno principal a la hora de entender la dinámica de la formación de la clase y el crecimiento de la conciencia de clase era la experiencia de una explotación compartida, la cual siempre ha estado estructurada por relaciones políticas de dominación por parte del Estado y de otras influencias locales y supralocales. Si, además, la conciencia de pertenecer a una clase se fundamentaba en la interpretación de la experiencia colectiva, para Thompson esto significaba que la formación de clase sólo podía llegar a comprenderse a través de la acción, a través de un proceso.

La clase se manifiesta a medida que los hombres y las mujeres *viven* sus relaciones de producción y *experimentan* situaciones concretas, dentro de un «conjunto de relaciones sociales», con una cultura y unas expectativas heredadas y a medida que hacen frente a estas experiencias de forma cultural. Por lo tanto, al final, ningún modelo puede decirnos cuál tiene que ser la «verdadera» formación de clase para una «fase» del proceso. No existe una formación de clase en

la historia que sea más verdadera o más real que otra, y la clase se define a sí misma, de hecho, a medida que se manifiesta.¹

Tercero, dentro del procedimiento de Thompson, la autoridad del archivo no se cuestionaba. Éste era sin duda consciente de la parcialidad de las colecciones históricas y de los archivos, y profundamente sensible a las complejidades que suponía interpretarlos. Pero la sugerencia de que las historias podían basarse sólo en categorías delimitadas de materiales, o fundamentadas sólo en la lectura de un pequeño número de textos, generalmente publicados, le ofendía. La idea de componer historias como las de Foucault, que descansaban sólo en investigación archivística incompleta desde el punto de vista más convencional, le resultaba especialmente sospechoso. Para que la historia se tomara en serio requería una inmersión constante en las fuentes a lo largo de un período de muchos años. Esto resultaba esencial en la formación de un historiador.

Pese a ser un marxista orgulloso y beligerante, Thompson terminó por anatemizar sistemáticamente todas las teorizaciones marxistas excepto la suya; especialmente las asociadas a la influencia de Louis Althusser, a quien consideraba estalinizado de forma un poco sectaria. Rechazó instintivamente cualquier intento que él considerara que tendía a distinguir el marxismo como si fuese un sistema autosuficiente y encerrado en sí mismo. Por el contrario, prefería identificar el marxismo con ciertos conceptos amplios y con sus supuestos metodológicos correspondientes, a los que aquí nos hemos estado refiriendo como materialistas. Se trataba de todos aquellos conceptos y metodologías que priorizaban —ontológica, epistemológica y analíticamente— los complicados modelos de relaciones económicas y sociales («modo de producción» y «modo de vida»), que cristalizaban en torno al trabajo y la propiedad aunque siempre estuviesen interrelacionados en campos de organización y significado más amplios, y estructurados por la ley, la política y el Gobierno, a través de los cuales la gente corriente experimenta y lleva a cabo sus vidas. Sobre esta base desarrolló Thompson su interpretación dinámica y relacional de cómo las clases se podían reconocer y encontrar: es decir, a través del movimiento colectivo, de la contestación y la lucha. Esta interpretación era siempre explícitamente flexible: sólo podía alcanzarse a través del trabajo de archivo y del pensamiento racional, lo que a él le gustaba denominar *marxismo empírico*. En este sentido, el materialismo de Thompson en muchos aspectos se parecía más a la buena historiografía no marxista que a los marxismos teóricos que no remitían suficientemente a las fuentes.

Lo que queremos decir con esto es que la versión del marxismo sobre la que descansaba la visión de Thompson de la clase era extremadamente flexible y abierta. No suponía mucho más que un modelo de determinación social que emanaba de la vida material, combinado con una teoría del cambio social basa-

¹ Edward P. Thompson, «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?», *Social History* 3, 1978, p. 150.

da en el motor de la lucha de clases y de sus efectos. La energía de las historias de Thompson no venía tanto de ninguna teorización marxista explícita, que él mismo había dejado despectivamente de lado por considerarla una disputa sobre «la autoridad de las escrituras», como de la sutileza de su detallado análisis, la densidad de su fundamentación documental y la altura de su ambición interpretativa.² El encanto de *The Making*, confirmado luego tanto en su famosa respuesta de 1965 a Tom Nairn y Perry Anderson, «The Peculiarities of the English», como en sus posteriores escritos sobre el siglo XVIII, era su capacidad de ampliar la perspectiva analítica sobre la clase para incorporar el abanico entero de experiencias de la clase trabajadora emergente, o lo que Raymond Williams denominó *toda su forma de vida*. Situó el potencial político del radicalismo no sólo en el mundo institucional del partido organizado y la formación sindical, sino también en las formas y prácticas culturales, en organizaciones comunitarias colectivas, en la vida asociativa y, por supuesto, en el lugar de trabajo.

Desde cualquiera de estas bases se puede imaginar una historiografía compleja y, de hecho, una enorme cantidad de actividad intelectual comenzó a desarrollarse a lo largo de las siguientes dos décadas tras la aparición del libro de Thompson. En conjunto, la escala, las ramificaciones y el alcance de la bibliografía a la que dio lugar fueron prodigiosos. Por supuesto, la calidad de las obras fue muy desigual. Parte de esa bibliografía fue pobre, con equivocaciones metodológicas, poco documentada, ingenua, tendenciosa, pedestre, especulativa y carecía de los ambiciosos argumentos a gran escala que los propios escritos de Thompson siempre buscaban. Pero otra gran parte de estas obras tuvieron un éxito imponente. Un éxito a la altura de la mejor producción histórica; ésa que trasciende las diferencias entre distintas escuelas y tradiciones para permanecer, independientemente de las distinciones epistemológicas de las que hemos tratado en el capítulo anterior. Desde el punto de vista teórico, era más consciente y sofisticada de lo que lo habían sido los términos más característicos de la obra de Thompson. Y, al mismo tiempo, era capaz de mantener un amplio abanico de perspectivas analíticas y de líneas de interpretación particulares dentro del amplio espectro de la historiografía materialista, tal y como la hemos ido describiendo.

Vale la pena profundizar un poco en esta diversidad de análisis compatibles con el materialismo que recorre toda la historia social. Por una parte, la preferencia de Thompson por entender la clase como una relación en movimiento —sólo realizable a través de la dinámica de la experiencia del conflicto y la negociación que unía fuerzas sociales mutuamente hostiles— siempre estuvo motivada por sus propios objetivos polémicos. Desde cualquier punto de vista medianamente serio, su defensa de la «lucha de clases sin clases» era, en el mejor de los casos, teleológica y, en el peor, ilógica e incoherente. Pese a todas sus críticas hacia el empeño de los sociólogos por «clasificar», y su apasionado deseo de liberar la clase de sus definiciones «estáticas» o funcionalistas, en la

² Thompson, «Eighteenth-Century English Society», p. 147.

práctica, Thompson, tampoco pudo evitar concebirla desde un punto de vista de corte estructural. Para alguien que mantiene una perspectiva materialista, en cierto momento resulta imposible no aceptar que la clase necesita conceptualizarse estructuralmente como una colectividad aislable. Y en muchos lugares, como señala Huw Beynon, Thompson escribió realmente sobre las clases en esos términos —por ejemplo, como «un conjunto de personas vagamente definido que comparte unos intereses, unas experiencias sociales, unas tradiciones y un sistema de valores, que tiene unas predisposición a comportarse como una clase».³ Pero teniendo en cuenta la centralidad de la «experiencia» en el pensamiento de Thompson, esto hizo que la clase fuera más una cuestión de ontología que de estructura económica o social en un sentido teórico más preciso.

Sobre la base de esos amplios supuestos operativos, los historiadores sociales inspirados en Thompson podían hacer frente a preguntas sobre la formación de la clase de muchas formas. Se podían centrar en el lugar de trabajo y en categorías concretas de trabajadores; podían preferir el estudio de una comunidad residencial; centrarse en aspectos concretos de la cultura popular como el odio, la religión, el crimen, la bebida o las canciones; o elegir un acontecimiento concreto como una revuelta, un conflicto político o una huelga. La amplitud del repertorio se podría medir, por ejemplo, por la distancia que separaba la clásica colección de Asa Briggs, *Chartist Studies*, publicado en 1959, momento cúlmine de la llegada de la historia social, del volumen *The Chartist Experience*, un auténtico escaparate para la nueva investigación editado por James Epstein y Dorothy Thompson dos décadas más tarde. Mientras que uno presentaba un mosaico de relatos políticos regionales acompañados por comentarios sobre el escenario nacional del cartismo, el otro ofrecía una visión mucho más matizada y diversa de la naturaleza del movimiento, algunas veces centrado en la biografía, otras organizado temáticamente y otras utilizando localidades concretas, pero ahora sobre una base mucho mejor contextualizada que antes.⁴ Para este contexto en concreto —las formas emergentes de política popular en la Gran Bretaña industrializada de la primera mitad del siglo XIX— se puede encontrar fácilmente una bibliografía magnífica publicada o concebida durante los años setenta. Ésta abarcaría desde monografías locales o regionales sobre comunidades de clase trabajadora hasta estudios de grupos concretos de artesanos o asalariados, desde retratos fundamentalmente biográficos de la política de la clase obrera hasta estudios de conflictos o huelgas concretas, desde las nuevas formas de asociacionismo obrero hasta estudios longitudinales de formación

³ Huw Beynon, «Class and Historical Explanation», en M. L. Bush (ed.), *Social Orders and Social Classes in Europe since 1500: Studies in Social Stratification*, Longman, Londres, 1992, p. 243; Edward P. Thompson, «The Peculiarities of the English», en Ralph Miliband y John Saville (eds.), *The Socialist Register 1965*, Merlin, Londres, 1965, p. 357.

⁴ Véase Asa Briggs (ed.), *Chartist Studies*, Macmillan, Londres, 1959; James Epstein y Dorothy Thompson (eds.), *The Chartist Experience: Studies in Working-Class Radicalism and Culture, 1830-60*, Macmillan, Londres, 1982.

de clase.⁵ Ejemplos de esto también pueden encontrarse fácilmente para otros períodos y casos nacionales.

Lo que estos estudios tenían en común era el deseo de utilizar su minuciosa investigación sobre las especificidades del contexto —que ejemplificaban precisamente las estrategias valoradas por los historiadores sociales— para fundamentar un argumento más general sobre trayectorias políticas de desarrollo y sobre las formas de cohesión de la sociedad en su conjunto. Estos estudios no siempre pasaron explícitamente o con suficiente ambición de lo local a lo general. Algunos incluso se acomodaban a marcos interpretativos heredados. Pero, en conjunto y en sus mejores versiones, estos intelectuales proporcionaron un recurso acumulativo incalculable —fuentes laboriosas y creativamente encontradas, densos análisis empíricos, interpretaciones cuidadosamente fundamentadas, y útil, aunque no brillante, teoría— que siguió siendo útil. Nosotros mantenemos la idea de que este trabajo debe considerarse recuperable —de forma sustantiva, pedagógica e interpretativa—, independientemente de su punto de vista epistemológico o de las interpretaciones concretas que desarrolla.

CUATRO TRABAJOS EMBLEMÁTICOS

Queremos ilustrar esto por medio de algunos trabajos emblemáticos de los años setenta, dos de ellos tomados de la historia social francesa y dos de la británica. El abanico de posibles ejemplos —monografías de gran calidad que busquen fundamentar una tesis general sobre el curso del desarrollo político o las fuentes de la crisis y la estabilidad societaria a través de un estudio de un caso concreto cuidadosamente delimitado sobre la formación de clase— sería, obviamente, extraordinariamente amplio. Por ejemplo, en el contexto alemán, podríamos haber acudido al estudio sobre Bochum de David Crew y al de Mary Nolan sobre Düsseldorf; en el contexto italiano podríamos haber utilizado el trabajo de Donald Bell y Louise Tilly; o, en el caso de Rusia, el de Reginald Zelnik y Ronald Grigor Suny.⁶ Es más, no hemos elegido monografías sobre

⁵ Para apoyar esta idea no podemos pretender proporcionar nada parecido a una bibliografía completa en una sola nota a pie de página. La forma más fácil y efectiva de confirmar nuestro argumento sería consultar un conjunto de revistas importantes durante los años setenta y ochenta, como the *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, *Llafur*, *Social History* y *History Workshop Journal*, cuyos artículos, secciones de reseñas e inventarios de investigación en curso rápidamente proporcionarían un mapa detallado.

⁶ David Crew, *Town in the Ruhr: A Social History of Bochum, 1870-1914*, Columbia University Press, Nueva York, 1979; Mary Nolan, *Social Democracy and Society: Working-Class Radicalism in Düsseldorf, 1890-1920*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981; Donald H. Bell, *Sesto San Giovanni: Workers, Culture, and Politics in an Italian Industrial Town, 1880-1922*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1986; Louise A. Tilly, *Politics and Class in Milan, 1881-1901*, Oxford University Press, Nueva York, 1992; Reginald E. Zelnik, *Labor and Society in Tsarist Russia: The Factory Workers of St. Petersburg, 1855-*

el siglo XIX en concreto por casualidad —el estudio de William Sewell sobre Marsella, *Structure and Mobility*, y el de Joan Scott, *The Glassworkers of Carmaux*, además del trabajo de Patrick Joyce sobre la cultura de fábrica en Lancashire y el de Gareth Stedman Jones sobre la reestructuración del mercado laboral londinense—. Como ya hemos indicado al final de nuestro primer capítulo, todos estos autores se erigieron más tarde, durante los años ochenta, en los principales críticos «culturalistas» del materialismo fundacional de la historia social. Desde esta perspectiva, prestar atención a sus trabajos anteriores le da todavía más sentido a nuestro argumento.

El estudio de Scott sobre los trabajadores del cristal fue un verdadero, adpto y logrado ejemplo de la nueva historia social. Alejando de golpe la historia del movimiento obrero francés de los estudios sobre líderes, ideas y organizaciones donde se encontraba fundamentalmente, la reubicó en el contexto de las relaciones en el lugar de trabajo y la comunidad ocupacional. A través de una explicación paradigmática de la ruptura de un oficio artesanal cualificado y su entorno, a través de un proceso de mecanización a lo largo de los años ochenta del siglo XIX, mostraba cómo, bajo la presión de la descualificación, los trabajadores del cristal, inicialmente excluyentes, radicalizaron su conciencia de clase. Éstos, que habían marcado las diferencias tradicionalmente con el resto de la población trabajadora de Carmaux, los mineros del carbón, ahora comenzaron a aprender de ellos, acudiendo a la sindicación, a la militancia y a políticas socialistas.

Capítulo tras capítulo, Scott iba mostrando los elementos de una versión estadounidense de la historia social postthompsoniana: una viñeta concisa del crecimiento urbano favorecido por la industrialización, con la población de Carmaux creciendo entre 1856 y 1896 de 3.743 a 9.993 habitantes; un retrato cuantitativo del impacto de la industrialización en un oficio artesanal concreto; un análisis comparativo de diferentes comunidades ocupacionales (trabajadores del cristal frente a mineros); los efectos perjudiciales de la mecanización; la forja de la comunidad política obrera a través del socialismo; los acontecimientos y el desenlace de la fallida huelga de 1805. El libro declaraba estar en deuda tanto con la historiografía marxista británica como con la historia estadounidense de las ciencias sociales, invocando la inspiración de *La formación...* de Thompson y de *Poverty and Progress: Social Mobility in Newbury-*

1870, Stanford University Press, Stanford, 1971; Ronald Grigor Suny, *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1973.

⁷ William H. Sewell, Jr., *Structure and Mobility: The Men and Women of Marseille, 1820-1870*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985; Joan W. Scott, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Harvard University Press, Cambridge, 1974; Patrick Joyce, *Work, Society, and Politics: The Culture of the Factory in Victorian England*, Harvester, Brighton, 1980; Gareth Stedman Jones, *Outcast London: A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Peregrine Books, Harmondsworth, 1976.

port de Stephen Thernstrom, a la que había que añadir el «tutelaje maestro» de Charles Tilly. Giraba en torno a la pareja proletarización-conciencia de clase. Encontró las posibilidades de actuar políticamente en un análisis de clase que se centraba en el lugar de trabajo.

En el estudio de Sewell sobre Marsella se articulan las mismas influencias de forma más sustancial y sistemática. Formado como Scott en la peculiar cultura intelectual de la historia de las ciencias sociales (y realmente directamente relacionado con Tilly al disfrutar una Beca de Formación del SSRC), Sewell basaba su visión thompsoniana de la formación de la clase obrera en una elaborada versión socio-estructural de la industrialización urbana entre los años veinte y sesenta del siglo XIX, que utilizaba sofisticados métodos cuantitativos para resaltar las cambiantes jerarquías ocupacionales, modelos de migración y perspectivas de movilidad social. Como en el libro de Scott, el concepto estratégico era de nuevo el modelo de influencia marxista de «proletarización», reutilizado a través de la lectura de Tilly sobre el desarrollo industrial. Esto situaba el ímpetu hacia una conciencia política radicalizada en la transformación demográfica existente y la reestructuración del mercado laboral de Marsella (la población de la ciudad se triplicó de 111.000 a 313.000 durante los dos primeros tercios del siglo XIX), lo que reposicionó a los antiguos oficios artesanales y los despojó de su anterior conservadurismo político.⁸

Tal y como el propio Sewell señala, la lógica argumental de su estudio de Marsella —su secuencia de discusión, su cadena de causalidad desde la demografía y la estructura social hasta la política y la ideología, así como la dirección de todo su relato en conjunto— era característica de una historiografía entera de historia social formada a finales de los años sesenta y principios de los setenta. No se trataba sólo de que «las nuevas historias del trabajo, de influencia sociológica», hubiesen ampliado el repertorio de temas de la disciplina, dejando atrás antiguas historias institucionales de partidos y sindicatos, junto a las historias de ideología socialista para estudiar los hechos mesurables de la vida social corriente —«urbanización, movilización política, demografía, índices ocupacionales, comportamiento electoral, movilidad social estructura familiar, migración, parentesco, modelos residenciales, la delicada estructura de la experiencia laboral, etc.»—, sino también de una ambición mayor. Esta investigación deseaba situar «la emergencia y desarrollo de la conciencia obrera» de forma concreta dentro de una explicación estructural de todos esos proce-

⁸ Véase Sewell, *Structure and Mobility*, y el artículo extraordinariamente influyente que le había precedido hacía tiempo, «Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseille», *Past and Present* 65, 1974, pp. 75-109. Sewell terminó su tesis en 1971 (University of California, Berkeley), pero, a diferencia de Scott, su libro no se publicó hasta mucho después, de hecho, antes publicó el que fue su primer libro, *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980, que fue uno de los anuncios clave del giro lingüístico. Esta trayectoria intelectual dotó al análisis materialista de *Structure and Mobility* de una ambivalencia notable de la que hubiese carecido si se hubiese publicado diez años antes.

sos subyacentes, cuyas consecuencias se consideraban determinantes. En ese sentido, se mantenía ciertamente fiel a los objetivos materialistas fundamentales de la historia social —es decir, al desarrollo «de conexiones más firmes y complejas entre acontecimientos políticos o ideológicos y procesos sociales y económicos»—.⁹ Al mismo tiempo, en nuestra opinión, estas historias sociales tan sólo tendían a proponerse *cierto tipo* de cuestiones políticas y no otras.

La historia social de la clase obrera en Estados Unidos se escribió generalmente a partir de estudios de comunidades locales, lo que en muchas ocasiones dificultó la posibilidad de explicar los cambios políticos fundamentalmente estimulados desde otros lugares, ya fuera desde el centro nacional, o a través de circulaciones regionales o transnacionales más amplias.¹⁰ Los estudios locales tampoco encajaron bien entre los historiadores de la clase obrera en Gran Bretaña, por motivos similares relacionados con la escala de éstos. Pero, quizá gracias a la inspiración de Thompson o a la de la más amplia presencia marxista, los historiadores que trabajaban sobre Gran Bretaña parecían estar más dispuestos a extender sus argumentos hacia un escenario más amplio, ya fuera relacionándolos con la política nacional y el Estado, o generalizándolos dentro de una industria entera, de un tipo de empleo, o de una región. En cualquier caso, las conexiones generales con los procesos políticos, sus estabilidades e inestabilidades, parece que se pusieron de manifiesto mucho más a menudo.

En el estudio de Patrick Joyce sobre las ciudades fabriles de los distritos textiles de Lancashire y Yorkshire a finales del siglo XIX, el objetivo era precisamente este nivel de explicación política. Teniendo muy presentes debates más amplios sobre las bases de la estabilidad a mediados de la época victoriana y sobre las consecuencias de la derrota del cartismo, Joyce construyó en este libro un importante argumento sobre cómo el conservadurismo popular enraizaba «en el terreno mismo de los medios de producción» propios de la

⁹ Véase Sewell, *Work and Revolution*, pp. 6-7.

¹⁰ Sewell piensa que estas limitaciones son intrínsecas al estudio local: «Parte del problema, claramente, es que el proceso de desarrollo ideológico transcendía a las comunidades locales. Para explicar el contenido de la ideología de los trabajadores de Marsella en 1848, por ejemplo, tendríamos que fijarnos tanto en el desarrollo intelectual de la teoría socialista a lo largo de los años cuarenta del siglo XIX, como en la agitación revolucionaria de los trabajadores parisienses de la primavera de 1848, porque éstas eran las fuentes de ideas más importantes de las que bebían los trabajadores de Marsella. Aunque ciertos aspectos de la estructura económica, demográfica y social se pueden estudiar mejor a nivel local, cualquier historia de una ideología obrera no puede prescindir de cierta perspectiva nacional». Sewell, *Work and Revolution*, 7. Pero no hay nada inherente al estudio local en sí mismo que prohíba el análisis político o ideológico, en este caso, de la emergencia del socialismo democrático en Marsella a lo largo de la Revolución de 1848. Sewell se lamenta de que, aunque sí podía seguir la expansión de esta nueva ideología como historiador social, no podía, sin embargo, explicar su carácter. Pero si «explicar su forma y contenido parecía trascender su capacidad como historiador social», decía, esto era a causa del tipo de preguntas que decidía hacerse. Una consecuencia de la epistemología materialista que guiaba a la historia social era la de considerar que la política era algo más parecido a un epifenómeno.

producción mecanizada en las fábricas. Bajo estas condiciones modernas de la industria del algodón en Lancashire, argumentaba, amplias secciones de la clase obrera del norte estuvieron dispuestas a acomodarse a las desigualdades económicas y de poder que organizaban el emergente orden social de capitalismo industrial. Una formación social concreta cristalizó en torno al régimen fabril de la producción mecánica, a sus peculiares relaciones de autoridad y a los modelos de vida cotidiana a los que éstas se asociaban; en otras palabras, una formación social que aseguraba el consentimiento y la subordinación de la clase obrera. En términos de Gramsci, que el mismo Joyce implícitamente rechazó, el ambiente fabril resultante se convirtió en el núcleo «celular» base de una versión regional de la emergente hegemonía capitalista.

El análisis de Joyce se centró en las reciprocidades culturales entre paternalismo y deferencia que un contexto fabril concreto permitía; un contexto en el que los conflictos en torno al control del oficio, la mecanización y la autoridad en el lugar de trabajo, que anteriormente habían violentado la paz social, ahora se habían calmado casi por completo. Joyce sostenía que una vez que la militancia y el radicalismo del período cartista hubieron decaído a lo largo de la década de los cincuenta del ochocientos, la prosperidad de la industria del algodón, el concomitante éxito de un sindicalismo moderado y el reestablecimiento de unidades familiares de trabajo en las fábricas entre muchos de los operarios del algodón hicieron posible que las nuevas relaciones de autoridad se estabilizaran. Como movimiento orientado fundamentalmente hacia las circunstancias defensivas de un artesanado amenazado, el anterior radicalismo de los años treinta y cuarenta ahora resultaba mucho menos atractivo para esta recién formada fuerza de trabajo fabril, que ya había perdido su independencia y su capacidad de controlar el proceso de trabajo. En cualquier caso, las críticas cartistas al capitalismo no tenían mucho que decir sobre el moderno orden industrial productivo de fábricas y máquinas. Como decía Joyce, esas críticas se basaban ya en un modelo económico pasado.

El objetivo de una industria no capitalista de productores libres [característica del pensamiento cartista] no cabía ya dentro de las diferentes relaciones sociales a las que la industria moderna estaba dando paso. No se atacaban los derechos de dirección industrial del patrón, tan sólo su papel como intermediario. El capitalismo industrial se identificaba con un sistema de intercambio desigual basado en la política (...) las causas de la pobreza eran políticas, no económicas.¹¹

Su pérdida de independencia en el lugar de trabajo hizo que los trabajadores del algodón fuesen menos receptivos al radicalismo, al tiempo que les exponía a la influencia de los patronos. La superioridad social de los propietarios de las fábricas, su poder sobre el gobierno local y su dominio de la actividad asociativa se unían a su autoridad como patronos a la hora de sostener la entrelazada maquinaria del paternalismo. Un denso sistema de rituales, de prácticas cultu-

rales, filantropía y provisión social organizada mantenía a sus trabajadores dentro de modelos deferenciales de lealtad, abarcándolo todo, desde las escuelas dominicales, las bibliotecas, bandas de música y clubes deportivos hasta las celebraciones de la mayoría de edad y los ritos de paso similares, las excursiones festivas y las cenas ceremoniales. Este esfuerzo por mantener un ideal jerárquico seguro de solidaridad social circuló con éxito entre diferentes esferas, produciendo lealtades electorales populares para los propietarios fabriles liberales o conservadores, así como su aquiescencia hacia las desigualdades sociales del sistema de clases. Las consecuencias estabilizadoras del nuevo paternalismo también tuvieron una dimensión de género fundamental. La reconstitución de la economía familiar dentro de los muros de las fábricas favoreció la interrelación entre trabajo y hogar sobre la base de la autoridad familiar del hombre trabajador, al tiempo que el propietario actuaba como padre de la comunidad, lo que naturalizó aún más el dominio del modelo patriarcal. En ambos casos, el trabajo y la familia empujaban en la misma dirección.

Estos esfuerzos de Joyce para desplazarse desde lo local hacia un espacio de discusión regional mucho más amplio tuvieron algunos costes. Produjeron un argumento que se convirtió en tipológico sin estar realmente fundamentado en análisis detallados y matizados de cualquier otra localización. Aunque diferenciaba cuidadosamente entre Lancashire y Yorkshire, a través de diferentes escenarios industriales y entre diferentes tipos de ciudades, prestando alguna atención recurrente a Ashton, Stalybridge y Blackburn, Joyce optó al final por integrarlos en una imagen compositiva de la región. En parte por ese motivo la interconexión entre los diversos elementos del paternalismo de los patronos —como la relación entre el ambiente de las fábricas y el apoyo a los propietarios de éstas en las elecciones— se establecía a través de correlaciones y sugerencias, y no tanto por medio de una demostración detallada. Al subrayar el conservadurismo de las comunidades fabriles, además, Joyce minimizaba continuamente los también existentes espacios de oposición y desacuerdo permanente, asociándolos a minorías bastante pequeñas de radicales *externos* al lugar de trabajo, en vez de explorar sus tensiones y contradicciones internas.

Por eso, mientras que tanto Scott como Sewell llamaban la atención sobre las consecuencias radicalizantes de la proletarianización, Joyce hacía una lectura muy distinta de ese mismo proceso, encontrando más bien efectos desradicalizantes. Para Scott y Sewell, las posibilidades de una forma amplia de militancia obrera basada en la conciencia de clase surgían del colapso de una vieja cultura del trabajo que se había centrado en el oficio bajo la presión de la mecanización. A lo largo del cambio industrial y del crecimiento urbano, la exclusividad, el orgullo corporativo y los mercados laborales privilegiados de los que habían disfrutado los artesanos tradicionalmente dieron paso a la creciente preponderancia de trabajadores industriales con diferentes grados de cualificación que carecían de esas habilidades colectivas particulares, articulando, de ese modo, las condiciones necesarias para la unión de clase y sus adicionales formas de conciencia a mayor escala. Pero, para Joyce, por el contrario, esas culturas del

¹¹ Joyce, *Work, Society, and Politics*, p. 315.

primer radicalismo obrero celebrado por Thompson, que más tarde caracterizó al cartismo, se había apoyado precisamente en la persistencia de la producción de taller y del control del oficio; asaltadas por la mecanización y el sistema fabril, se diluyeron, no sólo las antiguas formas de producción, sino también las anteriores tradiciones del radicalismo. El surgimiento del sistema de fábrica, cuya versión más moderna se vio en los distritos textiles de Lancashire, puede que remodelara la experiencia común de una nueva clase trabajadora, pero lo hizo proporcionando a ésta los medios para su subordinación. Para Joyce, fue esta arquitectura de la dominación de clase la que se convirtió en paradigmática de las emergentes formas de sociedad que cristalizaron en torno al capitalismo industrial, y no las proyecciones de la formación de clase más optimistas detectadas por Scott y Sewell.¹²

Pero, pese a esta importante divergencia, el procedimiento analítico subyacente había sido el mismo; es decir, el de rastrear las formas concretas de conciencia de clase política y de organización política local propias de la industrialización, a partir de las cambiantes formas de una economía definida por las relaciones de producción en el lugar de trabajo. De entre estos tres ejemplos emblemáticos, el de Scott fue el que más se centró en el lugar de trabajo propiamente dicho. Al estudiar una gran ciudad en vez de una pequeña población, Sewell ofreció una sociología más exhaustiva de su cambiante estructura social y de las formas de movilidad relacionadas con ésta, mientras que en su retrato regional Joyce analizaba los más amplios y complicados mundos de la sociabilidad y la lealtad política elaborada en torno al corazón de la fábrica. En todos estos casos, una tesis sobre la clase —una tesis centrada en las cambiantes relaciones de producción, pero también complementada y reforzada por otros factores materiales de la vida industrial, especialmente la vivienda y la familia, la comunidad residencial y todas las formas de vida social colectiva— había sido capaz de generar una interpretación de la política. Es decir, la potencial acción política debía buscarse en el análisis cuidadoso de las relaciones laborales que residían «en el corazón mismo de las vidas de las personas».¹³ Mientras que, en los casos de Scott y Sewell, el resultado había sido la conciencia de clase, en el de Joyce, lo que había emergido era, más bien, la ausencia de esa conciencia de clase.

¹² Estos enfoques diferentes podían haber reflejado lecturas diferentes de Marx, aunque ni Joyce ni los demás reflexionaron de forma clara o elaborada sobre esto. Por lo tanto, Joyce se refería en concreto a la distinción teórica entre la sujeción «formal» y «real» del trabajo del Marx maduro, en la que la última se convertía en el logro clave del proceso laboral propio de la industria moderna, que aseguraba el control directo del empresario sobre la producción. El uso de Joyce estaba muy influenciado por una utilización brillante de la distinción que había resaltado Stedman Jones en un artículo de 1975: «England's First Proletariat: "Class Struggle and the Industrial Revolution"», *New Left Review* 90, marzo, abril 1975, pp. 35-69. Al mantener las sensibilidades políticas de finales de los años sesenta, Scott y Sewell parecían estar más influenciados por la dupla «ser» y «consciencia» del Marx joven y de la distinción entre «clase en sí» y «clase para sí» relacionada con ella.

¹³ Joyce, *Work, Society, and Politics*, XVII.

Existen claros puntos en común entre el enfoque de Joyce y el de Stedman Jones en *Outcast London*. Por una parte, Stedman Jones habían construido un argumento estructuralista en torno a los orígenes del cambio político de forma incluso más explícita desde sus fundamentos, a través del análisis de los cambios en las relaciones de clase. En su análisis de la estructura del mercado laboral londinense, que abarcaba toda la ciudad, el colapso de la industria en los distritos centrales y las resultantes crisis en las que se generalizó el trabajo temporal y las viviendas acinadas, Stedman Jones utilizó las dos primeras partes de su libro para establecer las circunstancias reales de los pobres de Londres, en contra de las cuales las ansiedades políticas de las clases media y alta se podían fijar mejor. Fundamentada también en la creciente importancia de la ciudad como metrópolis imperial y la desproporcionada influencia ejercida sobre la política por las «viejas profesiones», la parte final del libro trataba de la crisis del liberalismo durante el último cuarto del siglo XIX, como si se tratara de un conjunto complejo de respuestas a lo que se percibía como una nueva e inabarcable escala de pobreza y de degeneración urbana.

Como en los distritos algodonereros de Lancashire estudiados por Joyce, las importantísimas industrias artesanales de Londres se dispersaron y entraron en declive a lo largo de las décadas centrales del siglo, al tiempo que desde los años sesenta del ochocientos la construcción naval y las industrias manufactureras de menor escala del East End y al sur del río también habían emigrado. A lo largo de ese proceso, la formación sociocultural histórica de la clase obrera londinense, basada en los oficios artesanales más importantes y en la política cultural radical de principios del siglo XIX dejó de existir. Ésta se reemplazó por el no cualificado y desorganizado mercado laboral de la pobreza temporal y la explotación obrera, cuya amorfidad se exacerbó después de 1870 a causa de una enorme reestructuración espacial de la geografía residencial de Londres. Al carecer de la infraestructura a menor escala que posibilitaba la construcción del paternalismo fabril de Lancashire, las clases medias de Londres se enfrentaban a una masa de trabajadores temporales del Londres pobre a través de un cambiante repertorio de intervenciones caritativas, coercitivas y moralizantes. Si en Londres «tuvo lugar cierta forma de proletarización», lo hizo, o «dentro de la concha de la producción de los talleres», o en la masificación de un creciente mercado laboral temporal.

El Londres del siglo XIX era una ciudad de tenderos y comerciantes, de pequeños maestros y artesanos cualificados, de un creciente número de trabajadores domésticos semicualificados y explotados, de soldados y sirvientes, de trabajadores temporales, vendedores ambulantes y mendigos. Pero, a excepción de algunas comunidades aisladas de la periferia, se trataba de una ciudad que carecía virtualmente de un proletariado fabril.¹⁴

¹⁴ Stedman Jones, *Outcast London*, p. 337.

Outcast London se parecía más al estudio de Sewell de Marsella por la escala del contexto y por sus conclusiones metodológicas, aunque, por supuesto, Londres era incomparablemente más grande, pasando de más de dos millones de habitantes a cerca de cinco durante la segunda mitad del siglo XIX. Mientras Joyce había mantenido una tesis sobre la política de una región estratégica del país, Stedman Jones ahora escribía sobre la política nacional propiamente dicha, favorecido, por supuesto, por el especial estatus de Londres como capital. Pero aunque pretendía explorar los cambios clave de la política nacional, especialmente los relacionados con la emergencia del Nuevo Liberalismo, al final estaba mucho más preocupado por explicar las fuentes del conservadurismo de la clase obrera. En este punto, su argumento repetía una vez más la pregunta que la nueva historia social había puesto sobre la mesa: ¿qué formas de conciencia política eran posibles con éste o aquel modelo de formación de clase?

La respuesta de Stedman Jones estaba clara: la peculiar estructura social de Londres —en concreto, la ausencia de una fuerza de trabajo industrial considerable organizada en fábricas, junto con la importancia del empleo temporal de los pobres— militaba en contra de cualquier atractivo potencial que pudiera haber tenido el socialismo. Los diferentes radicalismos que persistieron en los intersticios de la cultura política de Londres después de la década de los sesenta del siglo XIX, incluyendo la Marxist Social Democratic Federation (SDF) entre otras sectas surgidas del renacimiento socialista de los años ochenta, nunca llegaron a formar parte de un movimiento obrero completo cuyas condiciones de posibilidad Stedman Jones —como Scott o Sewell— intentó abstraer de la lógica de la industrialización capitalista. Éste daba a entender que, al carecer de una fuerte columna vertebral formada por una militancia proletaria fabril organizada, la actividad política de Londres no debería considerarse estrictamente un movimiento obrero. La SDF de Londres, entre otros grupos socialistas, todavía reclutaba a sus activistas, sorprendentemente, de entre los artesanos, trabajadores cualificados y otras minorías autónomas, pero no de la masa de trabajadores pobres.

Durante los años cruciales que precedieron a 1914 la debilidad del sindicalismo masivo, la clara y casi hermética división entre trabajadores cualificados y no cualificados y la dispersión del proletariado fabril habían sido [obstáculos] insuperables para la formación de un partido de masas. La configuración concreta de los estratos sociales de Londres había producido sectas en vez de partidos.¹⁵

¹⁵ Stedman Jones, *Outcast London*, p. 349. Al explicar la persistencia minoritaria del radicalismo post-cartista y los primeros signos de apoyo al socialismo en algunas partes de Lancashire and Yorkshire, Joyce copió este argumento. Se podían encontrar más pruebas de la resistencia a la persistencia del paternalismo fabril en las ciudades laneras y estambreras del West Riding de Yorkshire, en las que los trabajadores tomaron más medidas para poder controlar el oficio en contra de la expansión de la mecanización. De forma similar, los trabajadores de Lancashire mantuvieron su radicalismo e independencia donde los sindicatos de oficio y las asociaciones relacionadas con ellos ofrecían recursos sociales e institucionales compensatorios —por ejemplo, entre los oficios artesanales supervivientes, en los que los

Sin duda, se pueden encontrar en Londres ejemplos de organizaciones populares que hubiesen tenido éxito antes de 1914 —incluyendo movimientos de los desempleados, sindicalismo de trabajadores semidescualificados o no cualificados, coaliciones progresistas electorales en los distritos más industrializados, etc.— sobre los que se fundaron algunas de las bases de lo que más tarde se convirtió en el futuro apoyo metropolitano al Partido Laborista.¹⁶ Pero está claro que éstas *no* fueron la manifestación del tipo de conciencia de clase a la que se referían los trabajos de Scott y Sewell, o que había explicado Thompson anteriormente. De nuevo, en este caso, «la proletarización» operaba como concepto organizativo, aunque liberado del contexto técnico de la mecanización (y de la distinción entre control «formal» y «real» del trabajo) propiamente dicha y rediseñado para los tres aspectos más peculiares de la economía de Londres: como el gran puerto y el mayor mercado de consumo del país y centro del gobierno, Londres sufrió las consecuencias de la industrialización de forma fundamentalmente diferente al resto de ciudades y distritos industriales de las tierras del centro y norte del país, lo que le llevó a la reestructuración del mercado laboral urbano a la que ya hemos hecho alusión.¹⁷ Como en el Lancashire de Joyce, por lo tanto, la proletarización en la capital no proporcionó el caldo de cultivo de una radicalización o del tipo de conciencia de clase a la que generalmente se adscribían los marxistas, sino, muy al contrario, el de una cultura obrera conservadora. En una posterior generalización de este argumento, Stedman Jones lo denominó una *reforma* de la clase obrera, a través de la cual la población trabajadora de Londres formuló una «cultura de consolación» defensiva y despolitizada que quedaba perfectamente reflejada en la comercialización de entretenimientos como el *music hall*.¹⁸

A principios de los años ochenta del siglo XX, Stedman Jones se había demarcado claramente del compromiso patente en *Outcast London* con el análisis social de la política, que en su momento había parecido tan axiomático.

«trabajadores cualificados que no trabajaban en las fábricas» podían «estar blindados de forma más eficaz [a los efectos de la política paternalista]». Véase Joyce, *Work, Society, and Politics*, p. 302.

¹⁶ De hecho, en este sentido, el argumento de Stedman Jones se queda un poco corto. A la luz del persistente atractivo del liberalismo popular, y dados los efectos excluyentes de un censo electoral extremadamente estrecho, el éxito de las distintas políticas progresistas de mayor base social entre la década de los noventa del siglo XIX y 1914 fue también bastante importante.

¹⁷ Véase el primer capítulo de Stedman Jones, «London as an Industrial Center», en *Outcast London*, pp. 19-32. La frase citada es de la página 19.

¹⁸ Gareth Stedman Jones, «Working-Class Culture and Working-Class Politics in London, 1870-1900: Notes on the Remaking of a Working Class», *Journal of Social History* 7, 1974, pp. 460-508, reimprimido en Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, pp. 179-238.

No contenía una clara concepción de los límites de la explicación social, por ejemplo, hasta qué punto lo político no podía inferirse de lo social. Mi objetivo entonces era el de mostrar cuánta historia política podía explicarse en términos sociales y mi actitud fue la de *on s'engage et puis on voit*.¹⁹

Sin embargo, deberíamos tener cuidado a la hora de entender precisamente qué tipo de reducción a la explicación social había sufrido la política. Típica de la seguridad en sí mismo del análisis materialista del momento, *Outcast London* había ofrecido una explicación estructural de un mercado laboral urbano en proceso de transformación, a partir del cual se podía contraponer una lectura de los procesos políticos. Las relaciones y mediaciones entre estos dos niveles se exploraban de forma sutil y completa, lo que dio forma a un argumento que se manejaba de forma sugerente y matizada. Pero la relación era claramente jerárquica: la política se consideraba que había estado determinada, aunque de forma compleja e indirecta, por la historia social que la precedía. Se nos pedía que leyéramos los significados del discurso político en términos de la explicación estructural que se nos había presentado anteriormente en el libro.

Pero ambas partes del análisis pertenecían a dimensiones completamente diferentes: mientras que la historia social era macroestructural, la historia política seguía siendo convencionalmente textual y discursiva. Si una descansaba de forma segura sobre la otra era más bien gracias a una suposición lógica y no tanto a un análisis completo integrado. No se discute cómo exactamente los «hechos» sociales del mercado de trabajo temporal podrían haberse traducido en la acción de categorías concretas de trabajadores, por ejemplo, a través de la restricción y activación de sus posibles elecciones y formas de actuación. Las consecuencias más concretas de la acción local de los diversos discursos públicos en torno a la cuestión social tampoco se exploraron, ya fuera a través de la creación de políticas y prácticas concretas, por medio de la remodelación del imaginario social, o de cualquiera de las otras vías por las que se hacía política. Por lo tanto, Stedman Jones puede que empezara con su cuidadoso argumento sobre la remodelación del mercado laboral de Londres, la reorganización espacial de las zonas residenciales de la ciudad y la reformación de la clase trabajadora de Londres, pero terminó construyendo una tesis sobre las cambiantes bases de la política nacional, lo que tan sólo se ofrecía a un nivel muy general de cambio discursivo e ideológico. Una vez que alcanzamos esa tesis, verdaderamente interesante, sobre el discurso político, la clase trabajadora ya no se encontraba presente como fuente principal del análisis en términos históricos sociales, sino tan sólo como un referente ideológico, un objeto de las políticas que se estaban formulando en otro lugar. Su lugar en ese proyecto se hacía inteligible tan sólo a través del discurso que de ella existía.²⁰

¹⁹ Stedman Jones, «Introduction», *Languages of Class*, II.

²⁰ Una crítica cuidadosa y sofisticada de Stedman Jones, que sitúa su análisis de la política precisamente en la densidad analítica del tipo de historia social que tratamos de recuperar en este libro, en Marc Brodie, *The Politics of the Poor: The East End of London, 1885-1914*,

En su introducción a *Languages of Class*²¹ una década más tarde, Stedman Jones desarrolló una convincente crítica de su propia forma previa de tratar la política. La crítica tenía una doble dirección. Por una parte, admitía, no había tenido en cuenta «la importancia de la dimensión política nacional», en concreto, la manera en la que «la cronología de los períodos de mayor conflictividad y movilización política» necesitaba «en primer lugar» una explicación política y no económica o cultural. Contar con significados a partir de los que actuar, acontecimientos concretos como una huelga o un motín, o el reconocimiento público de la existencia de un problema social, suponía la existencia de acciones políticas capacitadas para dirigirse a ellos o darles forma. Pese a que en estas reflexiones Stedman Jones identificaba de forma innecesaria esos campos de intervención política con un modelo de política centrado en el Estado —con «la actividad de todas esas instituciones de gobierno y orden político, tanto legislativo como ejecutivo, central como local, a las que denominamos Estado»—, tenía razón al llamar la atención sobre la necesidad del análisis político.²²

Por otra parte, Stedman Jones también desarrolló una tesis más complicada en torno a la función contingente y coyuntural de la negociación discursiva necesaria antes de que pudiera tener lugar ninguna intervención política coordinada y coherente —ya fuera por parte del Gobierno, de un partido, o de cualquier otro grupo organizado o corriente que aspirara a ser eficaz—. Esto era especialmente importante para entender precisamente cómo «los cambios sociales y estructurales» podían haber condicionado la vida política. Desde el nuevo punto de vista de Stedman Jones, «lo que importa» en este sentido no son «los cambios en sí mismos», sino «cuáles [de ellos] se articulan y cómo, dentro de los diversos y sucesivos discursos que han coexistido en el interior [de un partido político concreto], que han chocado con él, o que lo han amenazado desde el exterior». Teniendo en cuenta la importancia fundamental de este reconocimiento para nuestra próxima reflexión sobre la relación entre lo político y lo social, vale la pena citar el siguiente párrafo en su totalidad.

El lugar de lo social tendría que ser, en este contexto, reubicado dentro de las relaciones discursivas. Los mensajes se envían a los receptores. Éstos se enmiendan o recomponen dependiendo de a quién se envían. Los oradores se dirigen a las audiencias, las que conciben (o proyectan) están compuestas por un tipo concreto de ser social. Los discursos políticos se dirigen a electores concretos y, sin duda, en ciertos momentos clave pueden constituir o reconstituir a estos electores. Existe una conexión íntima entre lo que se dice y quién lo dice. Pero no puede decirse que esa conexión se pueda concebir sólo porque

Oxford University Press, Oxford, 2004; también Brodie, «Free Trade and Cheap Theatre: Sources of Politics for the Nineteenth-Century London Poor», *Social History* 28, octubre 2003, pp. 346-360.

²¹ N. del T.: Hay traducción al castellano: *Lenguajes de clase Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

²² Stedman Jones, «Introduction», *Languages of Class*, pp. 10-11.

existan previamente unas propiedades sociales comunes a los receptores. Más bien, debería entenderse como la construcción, tenga o no éxito, de una posible representación de lo que esas propiedades comunes podrían ser. Por supuesto, lo que prácticamente define a una demanda política es el hecho de ser una respuesta a una necesidad o petición preexistente. Pero, de hecho, la motivación básica es crear y luego orquestar tal demanda para transformar la identificación y el comportamiento de aquellos a los que se les está dirigiendo. La relación que se pretende es prefigurativa y no el reflejo [de un referente social].²³

Retrospectivamente, podemos entenderlo como uno de los primeros intentos por romper el *impasse* en el que, a principios de los años ochenta, algunos historiadores sociales pensaban que se encontraba el materialismo que habían elegido. Al final de nuestro primer capítulo, señalamos brevemente la trayectoria que habían seguido esos intentos, que culminaron a lo largo de los ochenta en el abanico de puntos de partida que se resumieron como «giro lingüístico» o «giro cultural». Es interesante destacar cómo algunos de los miembros de la generación pionera en historia social, que había alcanzado la mayoría de edad durante la fase de ambicioso crecimiento en la que la «explicación social» parecía llevarse todo por delante, ahora también lideraban el proceso de ruptura con ésta. Antes de que Stedman Jones publicara *Languages of Class*, ya había aparecido el libro *Work and Revolution in France* de Sewell y, poco después, comenzaron a salir los influyentes artículos de Scott sobre el género. *Visions of the People* de Joyce se publicó en 1991, al final de este proceso, libro al que pronto acompañaron diversos polémicos artículos que llevaron el debate aún más lejos.

En las páginas siguientes, queremos empezar a hacer recuento. En nuestros capítulos anteriores hemos presentado brevemente algunos de los aspectos más importantes de las discusiones teóricas y epistemológicas entre historiadores y académicos de otras disciplinas, a través de las cuales se hizo efectivo el giro cultural y, al mismo tiempo, hemos ido indicando lo que para nosotros han sido sus logros más duraderos. En vez de intentar de nuevo realizar una detallada trayectoria de los diversos ciclos de controversia y crítica, ahora daremos por hecho gran parte de ésta, para volver a centrarnos en las dificultades que las tan exitosas críticas a la historia social han ido dejando por resolver a lo largo del camino. En lo que queda de capítulo, intentaremos ejemplificar esos problemas a partir de una amplia reflexión en torno a las contribuciones más recientes de Joan Scott y Gareth Stedman Jones y, en el próximo, desarrollaremos propuestas más positivas sobre cómo enfocar la relación entre la política y la historia social, o «lo político» y «lo social».

²³ Stedman Jones, «Introduction», *Languages of Class*, pp. 23-24. Aquí Stedman Jones estaba hablando concretamente del Partido Laborista del siglo XX, pero el argumento puede aplicarse de manera más general. Sobre la versión extendida del debate véase, «Why Is the Labour Party in a Mess?», *Languages of Class*, pp. 239-256.

Con estos objetivos en mente, entendemos que la posición de Stedman Jones en 1983 es un buen punto de partida. Después de todo, su defensa de un planteamiento «lingüístico» o «discursivo» en ningún caso pretendía anular el trabajo del historiador social. No descalificó completamente a la historia social. Por el contrario, confirmó la importancia de tener en cuenta cuidadosa y adecuadamente la trayectoria de «los cambios sociales y estructurales en la Inglaterra del siglo XX» (o en otros lugares y épocas) a la hora de reflexionar seriamente sobre la política. Lo que trataba era de llegar a las complejidades de la naturaleza e importancia de la relación, entender «que entre el cambiante carácter de la vida social y el orden de lo político no existe una línea de conexión simple, sincrónica o directamente transitiva, ya sea en una dirección o en otra». Empezar el análisis de la política adoptando un planteamiento «discursivo» de lo social «no elimina la importancia del trabajo del historiador social, pero la evalúa desde una perspectiva diferente».²⁴

HISTORIAS DEL LENGUAJE, HISTORIAS DE CLASE

Teniendo en cuenta las dificultades que ha tenido la explicación social de la política, la fuerza de cuyas implicaciones sin duda aceptamos, queremos retroceder hacia algunas de las soluciones que se han ido ofreciendo. Mientras que los supuestos y promesas de una enormemente segura de sí misma historia social materialista lograron un dominio sorprendente dentro de la disciplina durante los años setenta, después, una década más tarde, su poder de convicción y su prestigio se encontraban gravemente dañados. A lo largo de los años noventa, bajo la dureza del desafío «posmodernista» a las prácticas de los historiadores, el daño fue aún mayor. A la luz de la agitación que sufría la disciplina, pretendemos explorar los términos de las críticas a las que dio lugar. Queremos preguntar qué sucede una vez que se adopta el giro hacia el análisis discursivo o lingüístico. Es decir, ¿cuáles son las consecuencias de los planteamientos postestructuralistas y deconstructivistas a la hora de modelar y dar contenido a la agenda de la historia social anterior? ¿Cómo afectan a la agenda de historiadores para los que «lo social» había resultado ser una categoría tan estimulante?

En el caso de Patrick Joyce, su autodenominada *historia de la identidad* posmodernista (del «yo y de lo social») se alejó progresivamente de los fundamentos de la historia social tal y como la entendemos comúnmente hacia un tipo concreto de punto de vista foucaultiano, desde el cual entender la dispersión y las pautas del poder. En su *Voices of the People* (1991), que de manera inteligente marcaba sus distancias con las problemáticas de la historia social anterior, la rica cultura de los pobres trabajadores de Lancashire proporcionaba

²⁴ Stedman Jones, «Introduction», *Languages of Class*, pp. 23-24.

los materiales de un análisis del discurso popular original y desafiante. Por el contrario, *Democratic Subjects* (1994) se limitó a una lectura detallada de dos biografías individuales. Mientras que su interés por el pueblo trabajador (por «la clase» en un sentido sociológico colectivo) había descrito previamente el contexto desde el que articular su tesis sobre identificaciones populistas que desestabilizaron de forma creativa «la cuestión de la clase», los sutiles y complejos relatos de la identidad política del último de sus libros circulaban ahora libremente por todo el siglo XIX. Estos relatos de la identidad política carecían de ningún tipo de arraigo en los estudios, densamente contextualizados, de la vida de la clase trabajadora que los historiadores sociales hasta entonces habían necesitado. Cuando publicó su libro más reciente, *The Rule of Freedom* (2003), ya había recuperado una impresionante densidad analítica sobre la que fundamentar sus argumentos, pero ahora desde una confesa perspectiva foucaultiana de la *gubernamentalidad* (la «empresa del gobernar»), que entendía lo social completamente en términos de su «posibilidad de ser conocido» y «ubicado», como material disponible para ser gobernado. La dimensión previa del historiador social ahora se reimaginaba como vida cotidiana o «lo corriente», pero era un terreno que aparentemente carecía de sus sujetos obreros.²⁵

En otras palabras, a lo largo de su trayectoria, Joyce parece que ha acelerado definitivamente hacia lo que sólo puede describirse como una nueva versión de la historia intelectual basada en lecturas restringidas de la palabra impresa, y no tanto hacia el ramificado y creativamente definido archivo cultural en el que todavía se fundamentaba su anterior *Voices of the People*. Esta predilección por la historia intelectual ha caracterizado las carreras más recientes de otros pioneros defensores del análisis discursivo, desde Gareth Stedman Jones hasta Joan Scott o el propio William Sewell.²⁶ Pero, en relación con este tema,

²⁵ Véanse estos trabajos de Patrick Joyce, *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1840-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991; *Democratic Subjects: The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; *The Rule of Freedom: Liberalism and the Modern City*, Verso, Londres, 2003. Deberíamos hacer tanto hincapié como sea posible en que no estamos juzgando de ninguna manera la calidad de los libros a los que nos referimos. De hecho, se trata de obras verdaderamente impresionantes dentro de los términos en los que están concebidas, es decir, como exploraciones sofisticadas, estimulantes y profundas dentro de los elegidos géneros analíticos. Por lo tanto, al describir *Democratic Subjects* como un ejercicio de historia intelectual, no lo estamos rechazando por ello, al contrario, como tal, lo encontramos extremadamente clarificador. Del mismo modo, su combinación de facilidad teórica y del gran conocimiento de las fuentes importantes y de los temas, *The Rule of Freedom* es una de las contribuciones más originales a la historiografía del liberalismo en mucho tiempo. Sus reflexiones sobre la compleja dialéctica de la gubernamentalidad y de la resistencia, por ejemplo, entre otras muchas cosas, no puede ignorarse por parte de ningún historiador social del período (por ejemplo, pp. 183-189). Al caracterizar estas obras no pretendemos minimizarlas ni despreciarlas, sino, más bien, aislar algunas de las consecuencias del enfoque que han escogido.

²⁶ Los tres entraron en una especie de diálogo íntimo y autorreflexivo con la historia social, dentro de la cual habían sido pioneros anteriormente. Véase Stedman Jones, *Languages*

no queremos crear ningún malentendido. No hay nada malo en hacer historia intelectual o una detenida lectura de fuentes publicadas; al contrario, apoyamos con fuerza el estímulo que han generado trabajos como *Work and Revolution in France*, *Languages of Class*, o *Gender and the Politics of History* durante las dos últimas décadas. Pero, al menos para algunos historiadores, parece que el análisis lingüístico se ha convertido en la única elección. Comparado con las historias que reconocen la primacía del lenguaje, parece que se ha cuestionado la legitimidad del propio análisis social y se ha considerado algo aparte, problemático y epistemológicamente equivocado. Pero, ¿por qué la atención al lenguaje necesita desacreditar la historia social de esa forma?

Las objeciones más convincentes al artículo de Stedman Jones sobre el cartismo —que originalmente sentó las bases de la amenaza lingüística hacia la historia social—, en realidad, no cuestionaron la importancia de estudiar el lenguaje en sí mismo, ya fuera como estrategia de investigación, ya como programa teórico. Éstas, por el contrario, se dirigieron contra la calidad de la peculiar versión del análisis lingüístico de Stedman Jones, que se distanció de su objetivo inicial más radical para convertirse en una explicación directa de la retórica pública del cartismo. Aparte de la importante tesis de Stedman Jones sobre la naturaleza del radicalismo cartista, que sigue resultando muy convincente, éste claramente cambiaba el archivo de la historia social y sus ubicaciones, contextos y fuentes, por una historia intelectual basada muy concretamente en textos publicados, lo que parecía ser el único giro que en realidad había adoptado. En vez de elaborar su argumento en torno al cartismo en sí mismo, Stedman Jones todavía se ha adentrado más en la historia de las tradiciones intelectuales formales, desde las del socialismo utópico y el primer pensamiento marxista hasta la economía política y los legados de la Ilustración.²⁷ Las complejidades

of Class; Scott, *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, 1988; Sewell, *Work and Revolution*. Aunque habían estado formados fundamentalmente por categorías analíticas sociales, sus siguientes trabajos son historias intelectuales en un sentido formal (historias de las ideas basadas en lecturas de textos publicados). Véase Gareth Stedman Jones y Ian Patterson (eds.), *Charles Fourier: The Theory of the Four Movements*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Harvard University Press, Cambridge, 1996; William Sewell, Jr., *A Rhetoric of Bourgeois Revolution: The Abbé Sieyès and What Is the Third Estate?*, Duke University Press, Durham, 1994. Stedman Jones está trabajando en «cambios en el pensamiento social europeo tras la Revolución Francesa». Véase la nota de colaboradores (252) del artículo de Stedman Jones, «The Deterministic Fix: Some Obstacles to the Further Development of the Linguistic Approach to History in the 1990s», *History Workshop Journal* 42, otoño 1996, pp. 19-35.

²⁷ Por lo que nosotros sabemos, Stedman Jones no ha ni respondido a las críticas del artículo sobre el cartismo, ni ha profundizado más en su análisis del cartismo. Éste reitera los mismos argumentos en Gareth Stedman Jones, «Anglo-Marxism, Neo-Marxism, and the Discursive Approach to History», en Alf Lüdtke (ed.), *Was bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Wallstein Verlag, Göttingen, 1997, pp. 173-182, el texto completo del que se extrajo su «Determinist Fix».

del lenguaje cartista –su organización en torno a múltiples campos discursivos independientes, en los que los incompletos e inestables significados importaban tanto como su atractivo externo– se pasaron por alto. Castigando acertadamente el incuestionado materialismo de la explicación social que se daba generalmente por hecho por parte de los historiadores sociales, Stedman Jones avanzó, por su parte, una concepción excesivamente sintetizada del lenguaje político público. Pero, como Robbie Gray observó entonces, el lenguaje «tiene muchos estratos distintos, es complejo, fracturado, está compuesto tanto por incoherencias y silencios como por el delicado flujo de los discursos públicos supuestamente legítimos», por lo tanto, éste debe leerse tanto por lo que excluye como por su capacidad de unificar.²⁸

En sus artículos de mediados de los años ochenta, Joan Scott ayudó a definir el espacio en el que los historiadores sociales podían empezar a dirigir sus lecturas. Alabando abiertamente la explicación de Stedman Jones y rompiendo los silencios de éste sobre el género, Scott dejó de centrarse en la «peculiar política» del cartismo para hacerlo en los procesos a través de los cuales las relaciones sociales se concebían y construían. Como ella decía: «Una teoría del significado que cuenta con referencias múltiples, con una resonancia que trasciende los sonidos literales, con un juego a través de temas y esferas hace posible entender cómo funcionan las conexiones e interacciones»; y, si la pro-

²⁸ Robert Gray, «The Deconstruction of the English Working Class», *Social History* 11, 1986, p. 367. Entre los demás críticos, véase especialmente James Epstein, «Rethinking the Categories of Working-Class History», *Labour/Le Travail* 18, otoño 1986, pp. 195-208; David Mayfield y Susan Thorne, «Social History and Its Discontents: Gareth Stedman Jones and the Politics of Language», *Social History* 17, 1992, pp. 165-188. Entre las siguientes contribuciones posteriores a la intervención de Stedman Jones, que también profundizaron en el debate, véase especialmente Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: The Making of the British Working Class, 1780-1850*, University of California Press, Berkeley, 1995; Paul Pickering, «Class Without Words: Symbolic Practice and Social Conflict in Early Nineteenth-Century England», *Past and Present* 112, 1986, pp. 144-162; James Epstein, «Understanding the Cap of Liberty: Symbolic Practice and Social Conflict in Early Nineteenth-Century England», *Past and Present* 112, 1989, pp. 75-118, y *Radical Expression. Politics Language, Ritual, and Symbol in England, 1790-1850*, Oxford University Press, Nueva York, 1994; John Smail, «New Languages for Labor and Capital: The Transformation of Discourse in the Early Years of the Industrial Revolution», *Social History* 12, 1987, pp. 49-72; Marc W. Steinberg, «Culturally Speaking: Finding a Commons Between Post-Structuralism and the Thompsonian Perspective», *Social History* 21, 1996, pp. 193-214, y «The Labour of the Country is the Wealth of the Country»: Class Identity, Consciousness, and the Role of Discourse in the Making of the English Working Class», *International Labor and Working-Class History* 49, primavera 1996, pp. 1-25. Véase también Richard Biernacki, *The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914*, University of California Press, Berkeley, 1995, que propone un tipo de análisis cultural basado en prácticas no lingüísticas; y James Epstein, *In Practice: Studies in the Language and Culture of Popular Politics in Modern Britain*, Stanford University Press, Stanford, 2003, que reúne las valiosas reflexiones que el autor ha realizado sobre estos temas a lo largo de los años, entre las que se encuentra el artículo mencionado anteriormente en esta nota, «Rethinking the Categories».

ducción del significado contiene también la capacidad de contestación («reinterpretación, reafirmación y negación»), también puede llegar a explicarse el problema del cambio.²⁹ Se trata, en parte, de una cuestión de fuentes. Como ya hemos visto, la idea de una textualidad más amplia ha sido uno de los logros más liberadores de la nueva historia cultural. Incluso restringiéndolo a la «política» (por oposición a la historia social), el archivo potencial se ha enriquecido de forma incalculable. Por ejemplo, para estudiar la política popular del siglo XIX, James Vernon evitó el terreno en el que normalmente se había movido la historia política, que él definía como «las organizaciones, el personal o las políticas de las instituciones políticas nacionales». Para comprender mejor cómo funcionaba la política, o «cómo la política definía o imaginaba a la gente» durante los primeros dos tercios del siglo XIX, buscó vestigios hasta entonces despreciados como romances, pancartas, chistes, panfletos, estatuas, arquitectura, los usos de tiempo y del espacio, así como el rico conjunto de formas ceremoniosas e iconográficas, o como las relecturas creativas de fuentes más comunes «como periódicos y encuestas».³⁰

Mientras el impacto de Stedman Jones parece haber estimulado un nuevo interés en la política como algo *diferenciado* de la historia social, el desafío de Scott también ha enriquecido la historia social misma. Los significados culturales se han convertido en constitutivos de las relaciones sociales, de la economía y de otros aspectos de la vida material en el trabajo de muchos historiadores recientes. A partir de esta realidad, al contrario de lo que Joyce y Stedman Jones parecían argumentar implícitamente, no existe razón para pensar que «lo social» debe entenderse, sólo y exclusivamente, como un efecto del análisis lingüístico. Cada uno a su manera, tanto Michael Sonenscher, como Richard Biernacki o Robbie Gray han demostrado la necesidad del análisis cultural para poder acceder a los significados del trabajo, por ejemplo, sin dejar de centrarse

²⁹ Joan W. Scott, «On Language, Gender, and Working-Class History», en *Gender and the Politics of History*, p. 67. En la única respuesta directa de Stedman Jones a Scott, en la que admite a regañadientes lo incompleto de un planteamiento que se olvida del género, simplemente la acusa de «continuar adhiriéndose a una noción de clase esencialista», ya que el énfasis posfoucaultiano en las relaciones de poder reemplaza al énfasis marxista en las relaciones de producción. Véase Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 177, n. 39. Esto, sin duda, es tendencioso y no entiende a Scott, distorsionando los efectos teóricos de *Gender and the Politics of History*.

³⁰ James Vernon, *Politics and the People: A Study in English Political Culture*, c. 1815-1867, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 6. Véase también Pickering, «Class without Words»; Epstein, «Understanding the Cap of Liberty», y *Radical Expression*. No tener estas propuestas en cuenta por considerarlas nuevas versiones del viejo economicismo, en el que las culturas políticas se siguen entendiendo como «simples espejos de la experiencia social», es, desde luego, una reducción enorme de un marco analítico complejo e imaginativo, un sorprendente ejemplo de los límites epistemológicos que estamos intentando trascender. Véase Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 181, n. 44.

en el terreno tradicional del historiador social.³¹ En este sentido, el giro lingüístico sin duda no fue el único impulso innovador de los años ochenta. Los estudios sobre el género y el trabajo ya habían despegado bastante antes de que Scott publicara sus artículos, lo mismo que las críticas que desde el punto de vista del género se vertían sobre el Estado de bienestar, y ninguna de estas áreas habían estado influidas por la teoría postestructuralista propiamente dicha.³² Pero, lo que todo este trabajo tenía en común era el impacto de las historiadoras feministas que trabajaban sobre el género. El estudio de la clase se ha beneficiado enormemente de las críticas feministas que se movieron dentro de la «fuerte sensación de crisis epistemológica» que acompañó su cuestionamiento de las categorías, los relatos y las cronologías establecidas.³³ Esas críticas desestabilizaron de forma decisiva los planteamientos históricos de la clase obrera que se basaban en teorías productivistas o socio-estructurales del trabajo, sobre posibilidades vitales o sobre la desigualdad social. Del mismo modo que Stedman Jones había expuesto brillantemente la imposibilidad de explicar la política tal y como lo hacían los sociólogos —que interpretaban que el cartismo derivaba de las relaciones de clase y de los cambios sociales en la economía— le

³¹ Michael Sonenscher, *Work and Wages: Natural Law, Politics, and the Late Eighteenth-Century French Trades*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989; Biernacki, *Fabrication of Labor*; Robert Gray, *The Factory Question and Industrial England, 1830-1860*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. Los libros de William Reddy, *The Rise of Market Culture: The Textile Trade and French Society, 1750-1900*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, y *Money and Liberty in Modern Europe: A Critique of Historical Understanding*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, fueron libros importantes de transición. Desde un punto de vista más general, véase Patrick Joyce (ed.), *The Historical Meanings of Work*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

³² Los proyectos reunidos en Ava Baron (ed.), *Work Engendered: Toward a New History of American Labor*, Cornell University Press, Ithaca, 1991, y Laura L. Frader y Sonya O. Rose (eds.), *Gender and Class in Modern Europe*, Cornell University Press, Ithaca, 1996, tenían genealogías independientes de la influencia de Scott a lo largo de los años ochenta. Véase especialmente Sonya O. Rose, «“Gender at Work”: Sex, Class, and Industrial Capitalism», *History Workshop Journal* 21, primavera 1986, pp. 113-131. Sobre trabajos sobre el Estado de bienestar véase Elizabeth Wilson, *Women and the Welfare State*, Methuen, Londres, 1977; Anna Davin, «Imperialism and Motherhood», *History Workshop Journal* 5, primavera de 1978, pp. 9-65; Jane Lewis, *The Politics of Motherhood: Child and Maternal Welfare in England, 1900-1939*, Croom Helm, Londres, 1980; Karen Offen, «Depopulation, Nationalism, and Feminism in Fin de Siècle France», *American Historical Review* 89, 1984, pp. 648-678; Linda Gordon (ed.), *Women, the State, and Welfare*, University of Wisconsin Press, Madison, 1990; Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity and Gender Politics: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880-1950s*, Routledge, Londres, 1991; Seth Koven y Sonya Michel (eds.), *Mothers of a New World: Maternalist Politics and the Emergence of Welfare States*, Routledge, Londres, 1993.

³³ Kathleen Canning, «German Particularities in Women's History/Gender History», *Journal of Women's History* 5, n.º 1, primavera 1993, pp. 102-114. Además del trabajo reunido en Baron (ed.), *Work Engendered*, y en Frader y Rose (eds.), *Gender and Class*, véase especialmente Sonya O. Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, University of California Press, Berkeley, 1992; Clark, *Struggle for the Breeches*.

ha tocado a otros mostrar cómo el análisis de clase, o al menos los análisis que utilizan la categoría de clase, puede ser viable de nuevo.

El trabajo de Kathleen Canning ha logrado enfrentarse a la tarea de explorar la importancia constitutiva del género en la política, el trabajo cultural y los lazos sociales de la formación obrera de forma brillante —es decir, a la tarea de desligar la clase de la supuesta hasta entonces soberanía de los intereses económicos y sociales «objetivos», sin convertirla en un artefacto del lenguaje o en un producto de la imaginación colectiva—.³⁴ Basado en estudios imaginativos y meticulosos de los mercados laborales, de la organización del trabajo, de las culturas del trabajo, de las dinámicas familiares y domésticas, de las relaciones industriales, etc. su análisis, sin embargo, abrió la formación de clase hacia un amplio proceso de definición cultural y política. Aquí, al menos, la historia social clásica y las lecturas del lenguaje y la historia política eran todo menos incompatibles. Funcionaban de forma creativa y convincente al mismo tiempo. Los significados de la clase se empezaron a historizar a través del tipo de análisis discursivo que Scott había propuesto.

En el trabajo de Canning, la clase obrera alemana anterior a 1914 se mostraba como una formación parcial, situada histórica y contingentemente, cuyas instituciones y subculturas, solidaridades y divisiones, ofrecían medios de organización social del mundo poderosos pero excluyentes —algunos de los más cruciales se estructuraban en torno al género—. Pero, independientemente de lo poderosas que fueran la lógica del lugar de trabajo u otras experiencias en los procesos locales y cotidianos de vida obrera, ésta sólo podía formarse por medio de fuerzas más amplias. A veces, éstas venían del exterior, emanaban del Estado, de las iglesias, de los partidos políticos, asociaciones de caridad y de la circulación de bienes comerciales y del entretenimiento. A veces operaban dentro y a través de las propias comunidades obreras. Pero todos esos lenguajes se tenían que desenmarañar y entender. Además, no importa la exactitud con la que se ordenaran los lenguajes de la identidad obrera, tan sólo eran «una de las diferentes maneras de describir, ordenar, organizar y entender las, a menudo, diversas y contradictorias realidades de las experiencias cotidianas de los trabajadores» en el capitalismo. En ese sentido, la formación de la clase trabajadora era un conjunto inacabado e inestable de posibles historias. Como dijo David Crew:

En Alemania, entre 1890 y 1933, los lenguajes de clase tenían que competir con muchos otros lenguajes sociales y políticos —el catolicismo, el nacionalismo, el liberalismo y el nazismo— que ordenaban los mismos hechos sociales de formas muy diferentes y les daban otros significados e importancia.³⁵

³⁴ Cannig, *Languages of Labor and Gender*, Cornell University Press, Ithaca, 1996, reeditado en Ann Arbor, University of Michigan Press, 2002.

³⁵ David Crew, «Who's Afraid of Cultural Studies? Taking a «Cultural Turn» in German History», en Scott Denham, Irene Kacandes y Jonathan Petropoulos (eds.), *A User's Guide to German Cultural Studies*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1997, p. 390.

JOAN SCOTT: DE LA EXPERIENCIA A LA SUBJETIVIDAD

En varios artículos de los años ochenta, entre los que se encontraba la crítica de Stedman Jones a la que hemos aludido y su justamente reconocido «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», Joan Scott hizo tanto como el que más por desbloquear las oportunidades que exploramos en este libro. En medio de una polémica tremenda, Scott abrió el camino de los historiadores hacia un conjunto de teoría —el pensamiento de Foucault y Derrida entre otros postestructuralistas— que durante la década siguiente se convirtió en moneda corriente, y que adquirió una influencia mucho mayor a la esperada si tenemos en cuenta lo vociferante de las primeras críticas. La lúcida defensa de Scott facilitó esta transformación intelectual.

Pero, en algunos sentidos, sus conclusiones velan, de hecho, ciertas posibilidades interpretativas. Su compromiso con la primacía analítica del lenguaje tiene diversas consecuencias. Por una parte, esto parece traducirse en una manera de privilegiar, desde un punto de vista demasiado estrecho, tanto al texto concreto de estudio como a las formas de subjetividad que ese mismo texto se supone que contiene o describe. En este sentido, su insistencia en que un análisis historizado de las subjetividades y de la forma en que éstas se construyen requiere descubrir nuevas formas de lectura ha sido muy convincente. Y, por ese motivo, debemos abandonar muchas categorías que Scott considera, acertadamente, fundacionales para la historia social. En un importante artículo de 1991, Scott escribió en concreto sobre la categoría «experiencia», que consideraba que no favorecía una forma de hacer historia capaz de centrarse en la construcción de los sujetos y en su posicionamiento. Sin embargo, nosotros tampoco tenemos claro que una explicación correctamente historizada de la construcción de las subjetividades y de sus relaciones sea la única y exclusiva tarea del historiador.

¿Cuál es el problema de la experiencia según Scott? Para Thompson, dice, la experiencia hacía de puente por el que escapar de las consecuencias reduccionistas de un marxismo mecanicista, es decir, del modelo de determinación materialista derivado de la relación entre el ser y la conciencia en «The German Ideology». Para éste, sin embargo, la experiencia operaba en la dimensión fundacional a través de la cual las formas de ser social podían «manejarse» por la gente que las experimentaba para, a través de la conciencia, actuar. Como ella decía con razón:

Desde el punto de vista de Thompson, la clase es finalmente una identidad enraizada en relaciones estructurales preexistentes a la política. Lo que esto vela es el proceso contradictorio y contestado por el que la clase misma se conceptualizaba y por el que diversos tipos de posiciones subjetivas se asignaban, se sentían, se contestaban o se adoptaban. Como resultado, la brillante historia de la clase obrera inglesa de Thompson, que sentó las bases para la historización de la categoría clase, terminó esencializándola. Parece que se pasa de la estructura a la acción a base de insistir en la naturaleza subjetiva de la experiencia,

pero el problema que Thompson pretende atajar no está realmente resuelto. La «experiencia» de la clase trabajadora ahora se ha convertido en el fundamento ontológico de la identidad, la política y la historia obrera.³⁶

Después, Scott aplicó la misma lógica a la historia feminista, señalando que el interés retórico por la experiencia había provocado la universalización de la identidad de las mujeres

y la fundamentación de una supuesta legitimidad de la historia de las mujeres en la experiencia compartida tanto por las historiadoras de las mujeres como por las mujeres cuyas historias están contando. Además, identifica literalmente lo personal con lo político, ya que se considera que las experiencias de vida de las mujeres llevan directamente a la resistencia, a la opresión o al feminismo. Sin duda, la posibilidad de hacer política se piensa que descansa o que deriva necesariamente de la experiencia previa de las mujeres.

Pero invocar la autenticidad de la «experiencia» inmediata, sensual y visceral aleja, de hecho, ese concepto y todas sus pretensiones del análisis crítico. Protege las experiencias de preguntas incómodas. Cortocircuita el proceso crítico deconstructivo. Ese tipo de argumento para la historia de las mujeres (y para la política feminista) (...) impide que el análisis profundice en cómo se produce la subjetividad femenina, cómo es posible la acción, cómo la raza y la sexualidad interactúan con el género y cómo la política organiza e interpreta la experiencia —en suma, cómo la identidad es una dimensión contestada y un espacio de demandas múltiples y en conflicto—.³⁷

Desde el punto de vista de lo que le interesaba a Scott, ésta fue una sucinta y brillante explicación de su posición. Despachaba la categoría experiencia como clave para conectar de forma excesivamente directa y poco compleja el «manejo» de la experiencia por las colectividades con la política, a través de una conciencia de opresiones compartidas, como sucedía tanto en el caso de Thompson como en el de alguna historiadora feminista. Tal y como lo caracterizaba la crítica de Scott, el uso del concepto de experiencia estaba gobernado por supuestos implícitos y problemáticos. Por una parte, la experiencia se convertía en el motor a través de la cual las realidades del mundo se unían a los movimientos sociales, ya fueran de clase obrera, feministas o de otro tipo. Por otra parte, la experiencia se postulaba como la espera empírica básica a partir y por medio de la cual el análisis podía proceder tanto a revelar las ontologías de la acción social y política como a descubrir sus formas de conciencia movilizadorás.

³⁶ Joan W. Scott, «The Evidence of Experience», en Terrence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, p. 50. Hay traducción al castellano: «La experiencia como prueba», en Neus Carbonell y Meri Torras (eds.), *Feminismos Literarios*, Arco, Madrid, 1999, pp. 77-112.

³⁷ «Evidence of Experience», p. 391.

Sobre la base de esta crítica, Scott podía liberar sus propias preocupaciones acerca de la construcción de las subjetividades y del posicionamiento histórico de los sujetos de esas categorías que ella describía como fundacionales para la historia social y feminista. En concreto, podía revelar sus principales líneas de desencuentro con Thompson y, aunque de forma más ambigua, también con las historiadoras feministas. Expuso una serie de preocupaciones relacionadas con estas historiografías: su compromiso con prácticas al menos próximas a la ortodoxia empirista, teniendo en cuenta la importancia que le daban a la ausencia del observador («los historiadores como hombres, mujeres, blancos, negros, heterosexuales u homosexuales») en el momento de la observación;³⁸ la autoridad total que le concedían a la información y a su acumulación por medio del archivo cuya parcialidad, prejuicios y distorsión de la realidad se pueden exponer y adecuar; su creencia en que dar «verdadera» cuenta de la experiencia a través de estos medios puede explicar inherentemente los resultados políticos colectivos del pasado; y, al mismo tiempo, confiar en que exponer estas verdades puede fortalecer la política colectiva, como hacen ciertas versiones del feminismo en la actualidad.

Según Scott, la historia thompsoniana (independientemente de lo brillante que sea) y ciertas versiones de la historia feminista se fundamentan en cimientos ilegítimos que tienden no a historizar, sino a esencializar sus objetos de estudio. En este sentido, el deseo de Scott de estudiar las construcciones, el valor y la posición de los sujetos no puede realizarse bajo la rúbrica de estas historias disponibles y necesita declararse diferente. Aunque en este artículo en concreto esta declaración de diferencia no iba acompañada de la agresividad que normalmente se asocia a estos momentos, su significado e importancia también se transformó al contextualizarlo dentro de las «guerras culturales» del momento. Desde el punto de vista posmodernista de entonces, después de todo, la acusación de fundamentalismo se consideraba muy grave en cualquier caso. Esa acusación no sólo era una afirmación de distanciamiento, sino que también resultaba naturalmente destructiva. Este problema no era exclusivo de las intervenciones de Scott, sino que, más bien, se convirtió en un efecto más amplio de los tonos, incluso los propósitos, de los debates de principios de los noventa.

Lo que queremos cuestionar es el grado en el que el ataque firme, aunque no fuera agresivo, de Scott a la historia thompsoniana y a cierta historia feminista limita el abanico de intereses a partir de los cuales legitimar la investigación histórica; si realmente los limita de modo que sólo queda espacio para las cuestiones que la propia Scott ahora quiere revalorizar —las relacionadas con los que ha definido como la producción de las subjetividades y de las historias de la diferencia—. En su firme opinión, la pasión de los historiadores sociales por reconstruir y recuperar, ya sea el deseo de Thompson de «rescatar» a los sujetos de la clase trabajadora de principios del siglo XIX marginados «de la enorme

³⁸ «Evidence of Experience», p. 387.

condescendencia de la historia», o las luchas feministas por devolverle la acción a las mujeres «borradas de la historia», impedía en la práctica el proyecto de llegar a comprender «el funcionamiento interior o la lógica» de cualquier estructura de significado dominante, entre las que se encontraban los patrones de normatividad o disidencia a los que va asociados, así como las fortalezas o limitaciones de todos sus mecanismos represivos y favorecedores.³⁹ Scott no vacilaba al afirmar que: «El proyecto de hacer visible la experiencia *excluye* el análisis del funcionamiento de este sistema y de su historicidad. Por el contrario, éste reproduce sus términos».⁴⁰ Por lo tanto, pese a la calma y la generosidad de su artículo, en el fondo, se trataba de un punto y final, especialmente en lo relacionado con todas las formas de investigación histórica que yacían más allá de los legitimados términos discursivos.

Si nos proponemos explorar cómo se construyen las subjetividades y cómo los sujetos se multiplican posicionados por los poderes que actúan a través del discurso, entonces no podemos estar en desacuerdo con las propuestas de Scott para deconstruir los fundamentalismos y descubrir ciertas formas de «lectura». Por otro lado, sigue estando mucho menos claro el éxito de los métodos propuestos a la hora de explicar la concentración de grandes movimientos *sociales* en torno a cuestiones de «clase» o relacionada con «los intereses de las mujeres», por no hablar de cómo se asegura y reproduce la lealtad de colectividades mesurables de actores y población social, o de cómo consiguen ser eficaces dentro de una sociedad concreta y de la complejidad de sus instituciones. Tampoco queda claro, entre paréntesis, cómo nuevos movimientos que buscan el tipo de eficacia demostrada a veces en el pasado, por ejemplo, los movimientos socialistas, se pueden construir bajo las circunstancias transformadas del presente. No acabamos de tener claro, después de la incisiva crítica de Scott a las historiografías del momento y a su pretensión de hacer converger las historias sociales con la política, cómo explicaría ella que los movimientos a gran escala se construyan en torno a centros políticos programáticos. Esto sigue siendo, sin duda, una cuestión importante para los historiadores, para las feministas y para los ciudadanos. ¿Cómo sucede todo esto?

Sobre la cuestión de la clase, podemos estar de acuerdo en que Thompson estaba equivocado tanto en sus supuestos fundamentales como en su creencia en que la experiencia vivida y sentida lleva directa y expresamente a la política. Pero, aun reconociendo que la clase es un espacio constituido por múltiples construcciones culturales y no una dimensión ontológica y objetiva, ello no quiere decir que no existan movimientos a gran escala que compartan unas ideas capaces de traspasar fronteras nacionales, a veces inclinándose hacia objetivos radicales o incluso revolucionarios. Esos movimientos todavía necesi-

³⁹ Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Gollancz, Londres, 1963, p. 12; Sheila Rowbotham, *Hidden from History: Three Hundred Years of Women's Oppression and the Fight against It*, Pluto Press, Londres, 1973.

⁴⁰ Scott, «Evidence of Experience», p. 384. La cursiva es nuestra.

tan ser analizados como tales y, probablemente, para ello, necesitan otro tipo de análisis del que las prescripciones de Scott presuponen.

Citando a Gayatri Spivak, Scott estableció claras distinciones entre el trabajo literario y el histórico, tanto metodológica como políticamente, sobre la base de que cada uno de ellos «interrumpía» al otro desde el punto de vista procesal.⁴¹ Si ampliamos este argumento hasta las antropologías sociales y culturales también, yuxtaponiendo *esos* procedimientos a los procedimientos de la historia, podemos arrojar algo de luz sobre algunas de nuestras reservas respecto al argumento de Scott. Algunas perspectivas antropológicas se preocupan fundamentalmente por campos empíricos y por problemáticas bastante concretas. La historia thompsoniana, aunque también consideraba válidos esos aspectos concretos de la investigación, también tenía en cuenta una visión más amplia. El compromiso de Thompson con una perspectiva antropológica y culturalista afín, no sólo no le impedía moverse entre el micromundo de la experiencia individual y el macromundo de la formación de clase y la acción como él deseaba, sino que, directamente, descansaba sobre ésta. Es sorprendente cómo la crítica principal de Scott a Thompson desmontó de forma brillante su maniobra intelectual, desde la experiencia individual a través de la cultura, hasta la acción política. No puede deducirse de ella, sin embargo, que todos los intentos futuros por centrarse en movimientos sociales y políticos a gran escala tropezarán con la misma piedra. De hecho, puede haber importantes esferas de esfuerzo humano que todavía necesiten un enfoque difícil de concebir a partir de las propuestas de Scott. Podemos, sin duda, aceptar la crítica de Scott a Thompson. Pero no existe ninguna razón para aceptar que *todos* los análisis a gran escala («societarios», «estructurales») deben disolverse o rechazarse a partir de la caracterización que Scott hace de la subjetividad y la diferencia.

Los escritos recientes de Scott parecen predicar a partir de una abstención no explícita de cierto tipo de análisis a gran escala —en realidad, del tipo de cuestiones con las que parecía estar apasionadamente comprometida al principio de su carrera, así como del tipo de teoría más apropiada para realizarlas—. Esta abstención requiere cierta diferenciación entre esferas, en realidad un tipo de territorialización —que afecta no sólo al duro trabajo teórico y epistemológico necesario para lograr las posiciones ocupadas en el análisis intelectual e histórico, sino también la práctica cotidiana de la vida no académica—. Estamos seguros, por ejemplo, de que Scott sigue teniendo muchas ideas y creencias coherentes que sirven de base para verter opiniones y tomar decisiones en numerosas partes de su vida profesional, personal y pública. Al actuar en esos espacios diferentes, imaginamos que organiza un conjunto de conocimientos y procedimientos procedentes de diversos registros, con diferentes autorre-

flexiones y que parten de más de una epistemología. Esos conocimientos y procedimientos también tendrán diferentes aplicaciones pragmáticas, étnicas y políticas.

Suponemos que Scott no se enfrenta a cada decisión en cada una de estas esferas con el mismo espíritu de indeterminación deconstructivista y precaución de siempre, sino que, más bien, les aporta algún tipo de juicio ya formado y un entendimiento más amplio. Es probable que estos últimos conformen su comportamiento como ciudadana, lo que probablemente requiere a menudo el tipo de espontaneidad y capacidad de decisión que presupone no sólo continuidades de juicios sociales, políticos y éticos ya formados, sino también una interpretación del mundo social que existe de verdad. Al actuar como ciudadana, las opiniones de Scott probablemente abarquen la economía, el Estado y las grandes fuerzas económicas del mundo, consideradas como globalización o como otra cosa. Estamos seguros de que ejerce su ciudadanía sobre la base de estas preocupaciones en concreto. Entonces, ¿por qué tienen que permanecer al margen de la agenda de Scott como historiadora?

Aunque Scott puede argumentar que la Scott ciudadana es una subjetividad construida de forma diferente a la Scott historiadora o a la Scott mujer, la ciudadanía, sin embargo, es una dimensión de diferencia a muchos niveles: a nivel de los conocimientos que habitan esta subjetividad de forma importante; a nivel de los medios a través de los cuales esos conocimientos se obtienen; al de los efectos que modifican aspectos de comportamiento social y político; y a nivel de la voluntad de llegar al juicio político a veces compartido por otros. Todos estos aspectos, entre otros, están abiertos a preguntas más amplias sobre la sociedad, la política y los procesos económicos de lo que Scott parece señalar en su crítica específicamente historiográfica. La Scott historiadora, por el contrario, centra su interés decidida y persistentemente en el proceso de construcción de las subjetividades propiamente dicho. En sí mismo, esto no es algo insignificante o malo. Pero puede resultar limitador a la hora de enfrentarse a algunas de las cuestiones más importantes del análisis histórico. Puede llevar a percibir el argumento de Scott como esencializante, como si lo que pretendiera fuera que estos procesos de formación del sujeto estuviesen por encima de cualquier otra cuestión potencial en la agenda de los historiadores.

Scott decía en su artículo que Thompson esencializaba la clase más que historizarla porque negaba, borraba de hecho, las complejas indeterminaciones de la diferencia y la resistencia que se cuelan entre el supuesto «hecho» del posicionamiento de clase y los procesos de actuación y reconocimiento a través de los cuales la clase puede manifestarse y actualizarse. En otras palabras, Thompson suponía que la clase se hacía a sí misma al procesar ideológicamente sus experiencias de explotación y dolor a través de un movimiento de clase obrera. En contra de esto, Scott parecía estar diciendo que lo más importante era cómo las subjetividades de la posición de clase llegaban a construirse lingüística y culturalmente. No queremos discutir la importancia de esa afirmación en sí

⁴¹ Scott, «Evidence of Experience», pp. 394-395. Véase Gayatri Chakravorty Spivak, «Subaltern Studies: Deconstructing Historiography», en *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Routledge, 1987, p. 241.

misma, sino, más bien, lo que queremos es sugerir que también puede llegar a ser esencializante de forma sutil e inesperada —por ejemplo, al confinar su marco de referencia a la importante cuestión de la propia subjetividad y, a lo largo de ese proceso, rechazar al resto—. Scott rechaza una explicación de la práctica política colectiva casi por completo, sin darse cuenta de que en su crítica de la historia feminista y de la clase, aunque eficiente, todavía no ha demostrado ser capaz de historizar la enorme y compleja historia de los contextos organizados a más amplia escala, a través de los cuales la política de clase y género ha logrado a veces ser muy eficaz.

El libro más reciente de Scott sobre el feminismo francés, *Only Paradoxes to Offer*, es un intento revelador por poner en práctica su forma de pensar con el objetivo de escribir una historia real.⁴² En este caso, ¿qué clase de historia escribe Scott? El libro gira en torno a las trayectorias a largo plazo de la política feminista francesa y, por ende, en torno a la estructura de la historia política francesa: lo primero es la diferencia desde el punto de vista sexual, y, lo segundo, la igualdad como base desde la cual ampliar los derechos de los ciudadanos, en este caso, los de las mujeres. La interrelación compleja y diversa entre estos dos aspectos discursivos se interpreta cuidadosamente a través de las formas en las que las feministas francesas identificaban la contradicción dentro de las «ortodoxias» excluyentes dominantes en la vida política nacional, cuyos términos exactos fluctuaban del mismo modo a lo largo de todos los diversos períodos. Desde el punto de vista de la cultura dominante misma, por supuesto, y pese a cualquier reformulación feminista de sus contradicciones, a lo largo del tiempo persistía una lógica recurrente de privilegio y marginalización: «la producción de la «diferencia sexual» era una forma de lograr lo que de otra manera sería una exclusión inconsistente de las mujeres de las categorías de individuo y ciudadano».⁴³

A lo largo de todo el libro, Scott tiene la precaución de distanciarse de cualquier versión de las celebradoras historias anteriores. No «piensa que estas mujeres sean heroínas ejemplares», sino, más bien, «ubicaciones —lugares históricos o marcadores— en las que tienen lugar luchas políticas y culturales cruciales y que pueden examinarse en detalle». Aunque podríamos dudar de si todos los trabajos anteriores a Scott sobre las primeras luchas feministas relacionados con las «paradojas» de las demandas políticas fueron realmente tan poco complejos como nos hace ver Scott ahora, su cuidadoso proceso de revelado debe ser obviamente bienvenido.⁴⁴ Adoptar este enfoque es hacer honor a

⁴² Scott, *Only Paradoxes to Offer*.

⁴³ Scott, *Only Paradoxes to Offer*, pp. 11-12.

⁴⁴ Véase especialmente Charles Sowerwine, *Sisters or Citizens? Women and Socialism in France since 1876*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982; Helmut Gruber, «French Women in the Crossfire of Class, Sex, Maternity, and Citizenship», en Helmut Gruber y Pamela Graves (eds.), *Women and Socialism/Socialism and Women: Europe between the Two World Wars*, Bergham, Nueva York, 1998, pp. 279-320; Christine Bard y Jean-Louis Robert, «The French Communist Party and Women: From "Feminism" to Familiarism», en

la acción feminista más que negarla: «destacar a una persona —en este caso a una mujer— como un lugar o ubicación no es negar su humanidad; más bien se trata de reconocer los muchos factores que constituyen su acción, las múltiples y complejas formas en las que se construye como actor histórico». Pero, una vez más, el particular método deconstructivo de Scott, a través de este tipo de historia intelectual basada en la textualidad, no es la *única* manera de llegar a este importante destino. Scott no es la primera en decir «que la acción feminista tiene una historia». Dando por bueno su particular tono postestructuralista, el grueso de su tesis se podría haber generado por medio de lecturas críticas más eclécticas y menos puristas.

[La acción feminista] no es ni un conjunto fijo de comportamientos, ni un atributo esencial de las mujeres; se trata de un efecto de ambigüedades, inconsistencias y contradicciones dentro de epistemologías concretas. Para argumentar esto, debo escribir la historia del feminismo leyendo las paradojas históricamente concretas que los sujetos feministas encarnan, representan y exponen.⁴⁵

En *Only Paradoxes to Offer* Scott confirma la línea principal de pensamiento que encontramos en el ensayo programático sobre la «experiencia». El objetivo es escribir la historia de cómo se producen los sujetos políticos: «Quiero entender el feminismo desde el punto de vista de los procesos discursivos —las epistemologías, las instituciones y las prácticas— que producen los sujetos políticos, que hacen posible la acción (en este caso la acción de feministas) incluso cuando está prohibida y se niega».⁴⁶ Y, por supuesto, éste era *exactamente* el déficit que le había atribuido acertadamente a Thompson, tanto en su primera crítica de 1983 como después en su artículo sobre la «experiencia». A través de este procedimiento, Scott pretende explicar cómo se compone la acción y dilucidar la contradicción involuntaria de su mundo interior. Su método principal es el de la detenida interpretación de la contradicción, una contradicción interna del feminismo mismo, en concreto de un feminismo constituido por el individualismo liberal que pide igualdad de derechos pero, al mismo tiempo, se está debilitando a sí mismo al expresar continuamente la diferencia.

Ésta es una valiosa lectura técnicamente deconstructiva, pero, por supuesto, con ella no se agotan todas las lecturas posibles, ni se excluye la utilización de otros métodos. Existe una forma de leer la trayectoria de Scott desde el artículo de 1983 en contra de Thompson, pasando por sus otras intervenciones teóri-

Gruber y Greves (eds.), *Women and Socialism*, pp. 321-347; Claire Duchén, *Women's Rights and Women's Lives in France, 1944-1968*, Routledge, Londres, 1994, y *Feminism in France: From May '68 to Mitterand*, Routledge, Londres, 1986; Christine Bard, «Proletarians of the Proletariat: Women's Citizenship in France», *International Labor and Working-Class History* 48, otoño 1997, pp. 49-67; Claire Goldberg Moses, «Debating the Present, Writing the Past: "Feminism" in French History and Historiography», *Radical History Review* 52, 1992, pp. 79-94.

⁴⁵ Scott, *Only Paradoxes to Offer*, p. 16.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 16.

cas, hasta esta historia del feminismo francés como un todo consistente. *Only Paradoxes* es, claramente, el resultado de un punto de vista teórico que Scott ha desarrollado en parte en debate, por ejemplo, con Thompson, y en parte en intervenciones importantes, como en el artículo sobre la «experiencia». Y algunas de sus pretensiones más polémicas tienen una lectura excluyente. De hecho, Scott dice que los historiadores sociales ya no proceden del mismo modo, su dependencia de estructuras preexistentes a la hora de explicar la historia, como la economía y la clase, está ahora definitivamente deslegitimada.

Pero tenemos una fuerte sensación de que Scott sería reticente a la hora de aplicar esta retórica excluyente de alternativas al grueso de su propio análisis en *Only Paradoxes*, sobre todo, por la forma convencional de este nuevo libro y de todo el margen que aún deja a —y que, realmente, *requiere de*— tipos de análisis más profundos y complementarios. En otras palabras, algo que se ha colado entre la crítica a Thompson de 1983 y las líneas fundamentales de sus polémicos artículos, y la trayectoria empírica de este libro. En respuesta, queremos hacernos una pregunta: ¿qué hacen posible o permiten las prescripciones de Scott desde el punto de vista de la escritura de la historia? Y ¿a qué parecen ser menos capaces de enfrentarse o de hacer posible? Por lo que respecta a este libro, diríamos, la respuesta parece ser que permiten un comentario interesante pero muy limitado sobre debates políticos centrales de los siglos XIX y XX, utilizando el rico repertorio de la historia intelectual crítica. Llegados a este punto, debemos hacer un par de comentarios.

Por una parte, el argumento del libro es extraordinariamente limitado tanto en relación con la contextualización y el tipo de fuentes que utiliza, ofreciendo básicamente una historia de las ideas centrada en torno a las carreras de un pequeño número de prominentes feministas francesas sintomáticamente seleccionadas. La reflexión de Scott en estos términos es muy inteligente y clarificadora, desde luego, pero resulta difícil ver en qué se diferencia metodológicamente de la mejor historia europea no deconstructivista de las ideas de las últimas décadas. La *peculiar* trayectoria de Scott hacia este libro sin duda ha atravesado un constante e intelectualmente riguroso encuentro con Derrida y Foucault, entre otros postestructuralistas franceses. Presuponía, en ese sentido, un proceso impresionante de autorreinvención. Pero resulta difícil encontrar algo *propia y exclusivamente* deconstructivista en este libro en concreto que no sea totalmente vago (y perfectamente apropiado). No parece poderse distinguir de otras formas muy inteligentes de historia intelectual que podrían fundamentarse de formas mucho más eclécticas y pragmáticas. Desde el punto de vista de su procedimiento, sus fuentes y su modalidad general de análisis, el nuevo libro simplemente no *necesita* el programa epistemológico que Scott había expuesto tan fervientemente.

Por otra parte, pensamos que *Only Paradoxes* no persigue la versión más ambiciosa del programa que parecían sugerir las críticas epistemológicas de Scott a las formas de escritura histórica actuales. Aprendemos cómo los sujetos políticos se producen sólo al nivel discursivo más familiar, nivel del que unos

cuantos individuos notables se supone que son representativos y paradigmáticos, tal y como las obras clásicas de historia intelectual anteriores a la llegada de la historia social habían supuesto. Sin embargo, el desafío de la historia social no había residido nunca sólo en su deseo de totalización, ni en sus modelos de determinación materialista de corte estructural, ni siquiera en la interrelacionada centralidad de la antigua categoría maestra de la clase. Los historiadores sociales también habían estimulado tanto la búsqueda de una densidad concreta a la hora de contextualizar, de una concreción limitada a nivel microhistórico, como la revalorización de las necesidades, los intereses y las esperanzas (sus subjetividades) de categorías sociales de gente que anteriormente no se habían tenido en cuenta, o que se habían minimizado o marginalizado.

Es este doble compromiso el que ahora parece haber desaparecido del trabajo de Scott. Su evaluación crítica del pensamiento y las carreras de varias feministas francesas es extraordinaria. Pero no nos cuenta mucho sobre los importantes contextos sociales más amplios en los que tuvo lugar la producción de esos sujetos políticos. Apenas proporciona el prometido acceso a «las epistemologías, instituciones y prácticas» que participan en la más difusa y localizada operación de esos «procesos discursivos (...) que producen sujetos políticos». Las subjetividades políticas de sus homólogas mineras y trabajadoras del cristal de Carmaux parecen haber desaparecido del cuadro.

El desacuerdo de Scott con los métodos de Thompson, el diagnóstico sobre sus déficits y su insistencia en la importancia, hasta entonces negada, de los procesos históricos por medio de los cuales se producen los significados simbólicos y los sujetos políticos, todo esto sirve para apuntalar su último libro. Sus polémicas anteriores, sin embargo, tendían a sugerir que estos nuevos métodos deberían sustituir completamente a los antiguos, cuyos déficits, ahora identificados, se supone que los vician. Lo que ella no parece ofrecer en este sentido, sin embargo, es una forma de continuar tratando ni con el contexto microhistórico y localizado de la historia social que acabamos de mencionar, ni con el igualmente importante desafío de la historia social que pretendía conseguir un punto de vista más amplio —es decir, esas cuestiones relacionadas con el capitalismo, el Estado, el lugar de la violencia y la coerción en la vida política, la reproducción estructurada de mayor desigualdad social y económica, la distinta capacidad que tienen poblaciones concretas para la acción colectiva, etc. Porque éstas también eran parte de la agenda de la historia social y no han dejado precisamente de ser importantes.

Por supuesto, ahora comprendemos mucho mejor, gracias en gran medida a la propia defensa cuidadosa y lúcida de Scott, que esos fenómenos relacionados con el capitalismo o con el Estado se constituyen fundamentalmente a través del dominio de la representación, la lucha por el significado y los poderes discursivos que producen las subjetividades. Ésta es una de las condiciones de posibilidad de los problemas a mayor escala, y es crucial entenderlas. Pero, en relación con la historia de las ideas, ese análisis sólo nos llevará a algunos de los *efectos* discursivos de los problemas de mayor escala, cómo

se sienten y observan en ciertos tipos de comentarios sobre la incidencia de la peor de las pobreza, de las penurias materiales, de la enfermedad y la muerte, es decir, tan sólo pueden detectarse formas colosales de desigualdad global. Como base para la crítica o la acción, esto apenas parece suficiente. En nuestra opinión, sólo podremos profundizar en estos procesos si intentamos retroceder críticamente a las formas de contextualización que pretendían explorar los historiadores sociales. Conocer cómo se producen los significados simbólicos y las subjetividades afines del capitalismo en esferas relativamente locales nos ayudará a comprender su funcionamiento de forma más efectiva, por una parte, incluyendo los términos (*paradojas*, como las denomina Scott) desde los que se pueden movilizar las diversas oposiciones. Este elemento de lo «localmente discursivo» entra al menos dentro del alcance potencial del programa teórico de Scott. Pero, por otra parte, el igualmente pertinente análisis a mayor escala de las circunstancias estructurales de la sociedad, del capitalismo y del Estado parece haber desaparecido.

En otras palabras, lo que nosotros denominamos la *territorialización* de Scott, su elección de un análisis delimitado textualmente de las subjetividades como prioridad fundamental de la escritura de la historia, parece haber desplazado completamente algunas otras cuestiones de su agenda. Parece haber borrado la importancia de considerar esas cuestiones, ya sea por falta de interés, por descuido o incluso por evadirse. Al decir esto, no estamos acusándola, sino, más bien, exploramos algunas de las consecuencias de la dirección en la que se ha ido desarrollando el pensamiento de Scott. Como todos los programas intelectuales sinceros y directos, su defensa del postestructuralismo entre los historiadores conlleva privilegiar unas cuestiones sobre otras. Esto sigue siendo inevitable y perfectamente legítimo. Nos alegramos de que haya lanzado todas sus tesis, cuyos efectos positivos avalamos sin reservas. Pero, al mismo tiempo, queremos preguntar: ¿qué hemos ganado y qué hemos perdido? ¿Cuáles son las preguntas que el programa de Scott nos permite abordar y cuáles no?

Sería razonable que Scott dijera, de forma plenamente justificada, que en las circunstancias actuales algunas cuestiones se han convertido en políticamente *tan* importantes —y tan descuidadas en el pasado— que se les debe conceder ahora un lugar privilegiado. Pero eso no es necesariamente cierto para todos los historiadores —o para todos los ciudadanos— de todos los tiempos. Existen otros debates que no tienen que darse por terminados completamente. Nuestro punto de vista es que, con el adecuado espíritu de colaboración y generosidad, se puede llegar a divisiones de trabajo y distribuciones de prioridades que permitan que se pongan en práctica diferentes registros analíticos y que se aborden distintos espectros de preguntas. En concreto, estar de acuerdo en la importancia prioritaria de las cuestiones relacionadas con la sexualidad, la formación discursiva de las prácticas y relaciones de género y la compleja producción de subjetividades políticas no requiere la suspensión de otros tipos de trabajo. Sin duda, para abordar las nuevas cuestiones con mayor éxito, seguro que *necesitamos* que continúen esos otros debates —es decir, los debates sobre

el capitalismo sistémico, sobre el funcionamiento estructural del Estado, sobre el ejercicio de la violencia y las formas coercitivas de poder, sobre las relaciones entre los Estados y entre otras instituciones activas a gran escala, sobre la existencia real de movimientos políticos a gran escala, sobre la *clase* en todas sus dimensiones estructurales y sistémicas.

Podemos ilustrar esto muy claramente con un ejemplo con el que está relacionado. Presionado durante una de sus últimas entrevistas para explicar su aparente desinterés en «abrir tu discurso claramente a la esfera de lo político», Michel Foucault reaccionó alérgicamente a esta crítica. Su interlocutor, Duccio Trombadori, había desafiado la reticencia de Foucault a enlazar sus preocupaciones micropolíticas inmediatas con cualquier «acción o programa de mayores dimensiones que al mismo tiempo esté relacionado con ciertas condiciones sociopolíticas» —es decir, con una política concebida en términos nacionales o sociales, relacionada con partidos y algunos movimientos sociales y que aspire a cambiar a nivel del Gobierno o del Estado—. Trombadori sugirió que plantear esta cuestión como un problema no significaba menospreciar la brillantez de las distinguidas aportaciones de Foucault: «Una de las observaciones que podemos hacer sobre la forma en que abordes el tema del poder es ésta: la extrema fragmentación o “localización” de las cuestiones termina impidiendo la transición (...) hacia una visión de la totalidad dentro de la cual se inserte el problema concreto».⁴⁷

En respuesta, Foucault insistió en que la «localización» de los problemas había proporcionado un camino diferente e indispensable hacia lo general: «La generalidad que trato de hacer visible es de otro tipo». No se puede confundir con el tipo de oposición binaria convencional entre lo local y lo general «que historiadores, sociólogos, economistas, etc. generalmente debaten».⁴⁸ Por su parte, los críticos de Foucault siempre habían ignorado u ocultado activamente el enfoque desde lo concreto a los «problemas generales» que él defendía, lo que había convertido esas manifestaciones «localizadas» en una prioridad dentro de su pensamiento.

Si prefieres, plantearé la pregunta de otra manera. ¿Por qué los grandes aparatos teórico-políticos que organizan nuestra sociedad y que definen los criterios de consenso nunca han reaccionado a los problemas verdaderamente generales que yo tanto he intentado aclarar? Cuando lancé el problema de la locura, que es un problema general en todas las sociedades y muy importante a lo largo de nuestra historia, ¿por qué la primera reacción en el mundo fue de condena y a veces de condena ideológica? (...) Por eso es por lo que digo, ¿cómo puede alguien acusarme de no plantear preguntas de carácter general, de no tomar una posición respecto a grandes cuestiones planteadas por los partidos políticos? De hecho, cuando planteo problemas generales se me anatemia; luego, cuando

⁴⁷ Michel Foucault, *Remarks on Marx. Conversations with Duccio Trombadori*, Semiotext(e), Nueva York, 1991, pp. 150, 153, 154.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 154.

se dan cuenta de que el anatema no ha funcionado, o cuando se le reconoce cierta importancia al problema, me culpan de no ser capaz de desarrollar una serie entera de cuestiones en, sí, términos «generales». Pero rechazo ese tipo de «generalidad» que, sobre todo, tal y como está construida, tiene como primer efecto el de condenar la forma en la que planteo las preguntas (...) Yo soy el que plantea las preguntas para otros: ¿por qué rechazan los problemas generales tal y como yo los planteo?⁴⁹

Efectivamente, a Foucault se le desafió en dos aspectos fundamentalmente. El primero tenía que ver con los medios a través de los cuales tanto sus métodos e historias concretas, como su trabajo filosófico se podía entender que engarzaba con una política programática o activa. En este sentido, Trombadori le insistió en la cuestión sobre de las formas de acción productiva y eficaz capaz a la hora de transformar procesos políticos a nivel nacional o estatal («una visión de la totalidad dentro de la cual se inserte el problema concreto»). La segunda pregunta de Trombadori, por tanto, estaba relacionada con la posible relación entre la peculiar forma en que Foucault conceptualizaba lo general-dentro-de-lo-local y las formas convencionales de generalización y análisis sistémico normalmente perseguidas por los historiadores, los sociólogos y los economistas.

En este punto era en el que la autodefensa de Foucault sonaba evasiva. Cada una de estas respuestas concretas fue totalmente pertinente. Marcó la distancia entre el PCF (Partido Comunista Francés) y el resto de voces establecidas de la izquierda; basó la defensa de su propia versión de los estudios localizados en la incompatibilidad entre sus objetivos y los de la ciencia social convencional; se quejó de que estas disciplinas se habían negado a reconocer el significado general que sus métodos iban a proporcionar; y describió cómo su propio trabajo concreto sobre las prisiones siempre se había vilipendiado. Sin embargo, las cuestiones relacionadas con la acción del Estado, la intervención en política nacional (y ahora cada vez más internacional o no-nacional regional) y las críticas más estructurales o sistémicas del capitalismo y la clase seguían sobre la mesa. Nadie esperaba que Foucault dejase de pronto de hacer lo que siempre había estado haciendo y se volviera hacia ese otro tipo de análisis. Pero reconocer su validez e importancia era sin duda posible. Desarrollar colaboraciones y formas de alianzas entre diferencias epistemológicas, tanto por motivos intelectuales como políticos, podrían incluso haber sido un objetivo deseable.

Esto describe muy bien las preguntas que tenemos sobre el trabajo de Scott. Como fuente de crítica necesaria, sus artículos fueron brillantes. Puede que hayan hecho más que cualquier otra intervención por ayudar a rescatar la importancia de las ideas feministas de las apenas toleradas aclaraciones de la historia de las mujeres para convertirlas en un espacio central de la disciplina y de la profesión de la historia en Estados Unidos. Con una lucidez admirable,

⁴⁹ Ibid., pp. 154-156.

sus artículos pusieron al alcance de los historiadores formas de teoría difíciles y desestabilizadoras. Ayudaron decisivamente a liberar a muchos del *impasse* en el que se encontraba la historia social a principios de los años ochenta. Crearon un espacio de debate y un creativo punto de partida capaz de convocar diversos radicalismos, historiográfica, intelectual y políticamente. Sus posteriores intervenciones, durante la década de los noventa, ejemplificadas por el artículo sobre la «experiencia» en el que nos hemos centrado, siguieron resultando igualmente estimulantes. Pero, en ciertos sentidos importantes, la agenda resultante parece limitada e incompleta. La obra de Scott ni profundiza en las más interesantes posibilidades metodológicas y empíricas que anuncia, ni enlaza con preguntas a gran escala que son de vital importancia. En nuestra opinión, en ambas conexiones, la categoría de «lo social» tiene que seguir siendo clave.

GARETH STEDMAN JONES: FIJAR EL DETERMINISMO

Después de publicar *Languages of Class* en 1983, Gareth Stedman Jones apenas publicó durante algunos años, a excepción de algunas intervenciones breves en el *History Workshop Journal*. Por ejemplo, desapareció totalmente de las páginas de *New Left Review*, que había publicado sus artículos más influyentes entre mediados de los años sesenta y mediados de los setenta. En coherencia con la lógica del largo artículo sobre «Rethinking Cartism» y mostrando su prolongado interés en la historia del marxismo, se sabía que estaba trabajando en aspectos de la historia del pensamiento social y político europeo posterior a la Revolución Francesa, con especial atención a las ideas de los socialistas utópicos. Luego apareció una edición de *The Theory of the Four Movements* de Charles Fourier en 1996, a la que siguió más recientemente una larga introducción a una nueva edición del *Communist Manifesto* y un libro corto sobre los debates del siglo XIX en torno a la pobreza. En relación con lo que nos interesa en este caso, vamos a prestar atención a un artículo titulado de forma provocativa «The Determinist Fix», que era una versión reducida de otro artículo publicado en Alemania el año siguiente.⁵⁰

En este artículo, Stedman Jones ofrecía una reflexión bien enfocada sobre los debates relacionados con el giro lingüístico. Comenzaba de forma similar

⁵⁰ Véase Stedman Jones, «Determinist Fix» y «Anglo-Marxism». Véase además su «Introduction» a *Fourier, Theory of the Four Movements*, pp. VII-XXVI; Stedman Jones, «Introduction», en Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifest*, Penguin Books, Londres, 2002, pp. 1-187; Stedman Jones, *An End to Poverty?*, Profile Books, Londres, 2004. Finalmente, véase el texto de apertura leído como uno dentro de una serie de seis sermones en el King's College Chapel, Cambridge: Stedman Jones, «Faith in History», *History Workshop Journal* 30, otoño 1990, pp. 62-67; y la entrevista llevada a cabo por Peter Schöttler, en Stedman Jones, *Klassen, Politik und Sprache: Für eine theorieorientierte Sozialgeschichte*, Westfälisches Dampfboot, Münster, 1998, pp. 277-317.

a como hemos hecho nosotros en este libro, con una breve explicación de la influencia del grupo «anglo-marxista» de historiadores entre los años cincuenta y setenta, la difusión de su forma concreta de entender la tradición marxista (como «determinación de la conciencia a través del ser social») y las consecuencias de su difícil reconciliación con las ideas de Althusser y otros marxistas europeos.⁵¹ El artículo luego recapitulaba los cambios en el pensamiento del propio Stedman Jones entre su primer marxismo y su reconsideración en *Languages of Class*, antes de discutir ampliamente el planteamiento «lingüístico» o «discursivo» de la historia, la influencia de Foucault y el atractivo actual de los enfoques que venían de la historia intelectual.

Saqué una colección de artículos titulada *Languages of Class* como parte de una creciente corriente crítica, tanto política como historiográfica, dirigida hacia el paradigma marxista. Este libro —o al menos sus últimos artículos— cambiaron el planteamiento anglo-marxista directamente, ya que la clase ya no se consideraba una realidad fundamental, sino más bien un artefacto del discurso. En el libro argumentaba que el lenguaje era un sistema autónomo de signos cuyos significados se encuentran determinados por su relación con el otro —la denominada teoría no-referencial del lenguaje— en vez de estarlo por alguna dimensión primordial o trascendental extra-lingüística. Lo que resultó más controvertido fue la aplicación de este planteamiento a la interpretación del cartismo, ya que desafiaba el tradicional consenso existente desde Engels y desde la historia del trabajo local de los Webb, acerca de que el cartismo había sido el primer movimiento obrero.⁵²

El artículo se dividía en tres partes. La primera era la historia que ya conocemos de la cristalización del anglo-marxismo desde el Grupo de Historiadores del Partido Comunista de finales de los cuarenta y los cincuenta, que se dividió desde 1956. A lo largo de la explicación, la historia anglo-marxista se desarrollaba dentro en un entorno al margen de las tensiones del debate marxista europeo, y prefería aliarse, por contra, con las tradiciones empíricas y, a veces, antiteóricas de la práctica típicamente inglesa desde Locke.⁵³ La segunda parte

⁵¹ La frase citada está tomada de la descripción de Edward Thompson del supuesto compartido por la tradición marxista. Véase Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 153; Edward Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin, 1978, pp. 199-200.

⁵² Stedman Jones, «Anglo-Marxism», pp. 172-173.

⁵³ Éste es el eco distante de una crítica anterior de la cultural intelectual nacional agrupada entorno a *New Left Review* a mediados de los años sesenta. Véase Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis», y Tom Nairn, «The British Political Elite», *New Left Review* 23, enero-febrero, 1964, pp. 26-53, 19-25; Nairn, «The English Working Class», *New Left Review* 24, marzo-abril, 1964, pp. 45-57; Nairn, «The Anatomy of the Labour Party», *New Left Review* 27, septiembre-octubre 1964, pp. 38-65, y *New Left Review* 28, noviembre-diciembre 1964, pp. 33-62; Anderson, «Components of the National Culture», *New Left Review* 50, julio-agosto 1968, pp. 3-57. Sobre las propias contribuciones de Stedman Jones de la época, véase Gareth Stedman Jones, «History in One Dimension», *New Left Review* 36, marzo-abril 1966, pp. 48-58, y «The Pathology of British History», *New Left Review*

del artículo iba desde la crítica a Althusser hasta la demolición de la coherencia epistemológica del marxismo. La tercera trazaba el declive del marxismo en Gran Bretaña desde principios de los años ochenta hasta lo que Stedman Jones consideraba su entierro tras la caída del muro de Berlín en 1989. Stedman Jones también rechazaba el interés de Foucault por el discurso y el lenguaje como posible alternativa viable, ya que, al sustituir las relaciones de poder por las de producción, en su opinión, Foucault sólo conseguía reaccionar a las debilidades del marxismo. Por este motivo, la práctica histórica basada en teorías del lenguaje no referenciales podía no tener futuro si seguía el camino abierto por Foucault.

A lo largo de esta exposición, Stedman Jones implícitamente identificaba a la historia social en su madurez de los años setenta con la difusión de la influencia de la tradición historiográfica marxista. La concepción flexible y ambigua que esta última tenía de la determinación social había llegado a convertirse en «parte del sentido común de la profesión».⁵⁴ Esta identificación era clave para su argumento: si la historia social estaba inmersa en el marxismo, de un mismo soplo se podía prescindir de ambos. Para Stedman Jones, la independencia de la historia social, incluso su primacía, suponía las mismas teorías marxistas con las que los procesos intelectuales y políticos de los ochenta que culminaron con la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética habían acabado. Si uno caía, todos debían caer. Lo social estaba *esencialmente* vinculado al marxismo en ese sentido. Es decir, se pensaba que la esencia del análisis social estaba íntimamente conectada a las versiones reduccionistas y ya inaceptables del análisis marxista. De manera que, una vez esencializado como marxista (o anglo-marxista), se podía prescindir de lo social como medio explicativo.

Una vez excluido lo social, ¿qué nos quedaba para el análisis histórico según Stedman Jones? Primero y más importante, la historia intelectual, a la que suponemos que privilegiaba el hecho de estar basada en el texto y el lengua-

46, noviembre-diciembre 1967, pp. 29-43, reeditado como «History: The Poverty of Empiricism», en Robin Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Reading in Critical Social Theory*, Londres, Fontana, 1972, pp. 96-115. Los dos artículos de Anderson, «Origins» and «Components», se reeditaron en Perry Anderson, *English Questions*, Verso, Londres, 1992, pp. 15-47, 48-104, junto a dos nuevas reflexiones sobre cada uno de ellos: «The Figures of Descent» y «A Culture in Contraflow», pp. 121-192, 193-301. Véase también Gregory Elliot, *Perry Anderson: The Merciless Laboratory of History*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1998, pp. 12-20, 46-53.

⁵⁴ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 153. Aquí Stedman Jones se está refiriendo fundamentalmente al mundo de habla inglesa y, sobre todo, al trabajo en Gran Bretaña. Tal y como dijimos en el capítulo 2, la influencia de la escuela de *Annales* también fue vital para el surgimiento de la historia social en el mundo de habla inglesa, con muchas ideas comunes con los «Anglo-marxistas». Stedman Jones también ha escrito específicamente sobre ello en otro lugar, «The New Social History in France», en Colin Jones y Cror Warhman (eds.), *The Age of Cultural Revolutions: Britain and France, 1750-1820*, University of California Press, Berkeley, 2002, pp. 94-105.

je. En segundo lugar, Stedman Jones intentó también devolverle a la historia política su posición central, incluida la necesidad de «recuperar las preocupaciones de los historiadores sociales desde la historia política misma». ⁵⁵ En la tercera parte, se le concedía una importancia fundamental a algo que de forma algo misteriosa denominó *sociedad comercial* —ni mercados, ni capitalismo, ni intercambio, sino sociedad comercial: «la caída del comunismo en 1989 confirmó lo que había estado cada vez más claro a lo largo de las dos décadas anteriores: que no había un sistema económico autosostenido más allá de la sociedad comercial, tan sólo regímenes centralizados y autoritarios en los que una dirección burocrática sustituía a los procesos de intercambio comercial—». ⁵⁶ Porque el «triunfo del capitalismo en el mundo comunista» no era simplemente la consecuencia de «un error técnico de la tesis de Marx». Y «la concepción marxista de la clase» tampoco podía rescatarse sólo con añadirle algún tipo de atención equivalente al género y la raza. Por el contrario, el colapso del comunismo y la precedente crisis del marxismo proclamaron el completo fracaso analítico de este último.

Por lo tanto, necesitamos repetir que el fracaso casi total, tanto de la «crítica marxista a la economía política» como a su teoría de la historia requiere algo más drástico que un pequeño reajuste de las valoraciones previas de la teoría. En efecto, necesita la degradación de su estatus de *explanans* a *explanandum*. ⁵⁷

De nuevo, por tanto, otra crítica a las formas aceptadas de hacer historia social, generalmente definida como marxista, ha identificado convincentemente una dificultad genuina y severa. La crítica lingüística de Stedman Jones a los usos establecidos del concepto de clase cambió de forma decisiva el terreno sobre el que esta última podía ser viable, lo que las diferentes «defensas de la clase» nunca han podido contradecir. ⁵⁸ Por ejemplo, parece claro que la clase antes *había* proporcionado a los historiadores sociales un tipo de descripción operativa y consensuada de las sociedades en general, que funcionaba como supuesto indiscutible sobre la naturaleza de todas las sociedades pasadas. La «clase» actuaba como la categoría analítica que prometía el mejor acceso intelectual a la estructura de esas sociedades y a cómo funcionaban éstas. Nos permitía desagregar los intereses en conflicto que encontrábamos: todas las sociedades se organizaban en torno a clases, las cuales, de alguna forma básica,

⁵⁵ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 183.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 207-208.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 208.

⁵⁸ Véase especialmente Ellen Meiksins Wood, *The Retreat from Class: A New «True» Socialism*, Verso, Londres, 1986; Neville Kirk, «In Defense of Class: A Critique of Recent Revisionist Writing upon the Nineteenth-Century English Working Class», *International Review of Social History* 32, 1987, pp. 2-47; Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Temple University Press, Philadelphia, 1990, pp. 120-144.

contenían los intereses más importantes de esas sociedades. A partir de uno de los lemas más famosos del marxismo clásico —toda historia es historia de la lucha de clases— se podían componer relatos que giraban en torno a las relaciones que unían a todos esos diversos intereses, ya fuera a través de mecanismos de solidaridad, de campos de división, o de complejos y diferentes repertorios de negociación. ⁵⁹

La anterior asunción consensuada del historiador social por la que el leguaje de clase proporcionaba el mejor acceso a las realidades presentes y pasadas de una sociedad, describiendo tanto los cimientos básicos de la formación social como el principio epistemológico de su coherencia, ahora se había disuelto definitivamente, tal y como hemos ido argumentando en este libro. La transferible validez universalizante del concepto de clase, su estatus como metacategoría para el historiador social, había desaparecido. Una serie de posiciones diferentes, que habían marcado implícitamente los límites de los debates del historiador social treinta o cuarenta años antes, también habían retrocedido o se habían abandonado del todo. Entre ellas se encontraban todas las tesis sobre la clase como expresión social y cultural organizada o como condicionante de intereses económicos; sobre la determinación económica de la formación de clase en relación con el trabajo, con los mercados laborales y los salarios; sobre la reproducción de género de la afiliación de clase dentro de las familias y de otras formas de organizar la vida; sobre la organización espacial de las comunidades residenciales definidas en términos de clase; y sobre la clase y las formas de acción política colectiva. Ese repertorio de supuestos analíticos de clase, junto con las cuestiones asociadas a los mismos, se habían ido desplazando hacia los márgenes y a menudo se han desechado completamente.

Debe quedar claro que estas tesis sugeridas por Stedman Jones tenían mucho en común con el pensamiento de Joan Scott, aunque ambos rechazaron sin duda cualquier convergencia directa entre ellos. ⁶⁰ Como consecuencia de la crítica de Stedman Jones, como en el caso de Scott, los fundamentos de las historias sociales de Thompson sobre la clase obrera ya nunca volverían a tener la misma validez. Pero, también como en el caso de Scott, todavía se pueden mostrar ciertas reservas. El programa maximalista del planteamiento lingüístico o discursivo que ofrece Stedman Jones nos parece gratuitamente restrictivo respecto a los tipos de historias legítimas que parece poder imaginar. Al contrario, la utilidad de las historias sociales existentes puede que no esté tan completamente viciada como Stedman Jones, entre otros defensores de dicho programa, parecen pensar.

⁵⁹ Véase la frase con la que empieza la primera sección importante de *The Communist Manifesto*: «The history of all hitherto existing society is the history of class struggles». Marx and Engels, *Communist Manifesto*, p. 219.

⁶⁰ La ausencia de cualquier debate explícito o a gran escala hace muy difícil comprender estas diferencias con un mínimo de confianza. Ambos autores se han confinado a sí mismo fundamentalmente a referencias incidentales y notas ocasionales. Véase Scott, «On Language», p. 67; Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 177, n. 39.

Stedman Jones quiere que pensemos que todo tiene lugar dentro del discurso, que la política va unida a las formaciones discursivas sin ningún punto de referencia más allá de los términos disponibles de su discursividad. A partir de este supuesto sigue siendo posible, desde luego, utilizar conceptos de clase, pero sólo de forma estrictamente no estructural y no objetivista —en cuyo caso éstos se referirían en realidad a los *lenguajes* de clase y a las *iconografías simbólicas* de clase, rechazando cualquier otra conexión entre la clase y, por ejemplo, los modelos de interés y distribución económica que no fuera lingüística o discursiva—. Sobre esta base, por ejemplo, las historiografías de la clase puede imaginarse que explican esos momentos históricos en los que la clase se ha configurado discursivamente como uno de los elementos dentro de un proceso de conflicto político, constitucional e intelectual. En la lectura de Stedman Jones, el cartismo parece haber representado uno de esos momentos decisivos: no una forma de política de clase con un referente exterior, sino una forma de reunir discursivamente una política opuesta cuyo contenido político estaba mucho menos concentrado y mucho más difuminado de lo que cualquier tesis clásica sobre la política de clase habría supuesto.

Ese tipo de razonamiento haría que la clase fuese sólo una de las formaciones posibles del proceso político. A este nivel, el argumento parece convincente: presta gran atención a los lenguajes de los actores históricos «reales» y le devuelve la voz y la acción a los movimientos políticos en términos de su propia formación discursiva y de sus prácticas lingüísticas. Lo que *no* hace es conectar la clase entendida discursivamente con la clase entendida como componente de las relaciones estructurales de, digamos, Inglaterra en los años cuarenta del ochocientos. Sin duda, en los términos proporcionados por Stedman Jones, la lectura discursiva de la clase debe rechazar cualquier comprensión marxista concebible de la clase como elemento de formación social que exista más allá o antes de la interpelación discursiva. Y en cualquier marxismo o sociología similar que podamos concebir, la clase *tiene que* considerarse que está inscrita estructuralmente en las sociedades humanas, de forma más o menos permanente o, al menos, continuada, llegue o no a la esfera pública de la política a través del discurso o del lenguaje.

Si tenemos que guardarle un lugar a la interpretación estructural de la clase, por otra parte, ¿qué peso tenemos que concederle? Una respuesta marxista ortodoxa, ahora tan convincentemente desacreditada por las críticas de Scott y Stedman Jones entre otros, sería el haber convertido la clase en la categoría maestra en torno a la cual se podría organizar todo lo demás —otras formas de práctica y relación social, de explotación y dominación, de dolor y placer, de actividad humana de cualquier tipo—. Pero si queremos continuar utilizando el concepto de clase en un sentido estructural, ¿es ésa la única estrategia intelectual disponible? La clase misma podría perfectamente considerarse polivalente. Éstas son, en cualquier caso, otras líneas de conflicto en la sociedad y otras formas de entenderlas al margen de la clase social, como obviamente lo son la raza, la etnia, el género, la sexualidad, la religión, etc. ¿Por qué deberían con-

siderarse categorías mutuamente excluyentes? Estamos totalmente de acuerdo con que el análisis de clase frecuentemente, incluso quizá normalmente, ha rechazado o asimilado formas importantes de subordinación y explotación histórica. Es decir, el análisis de clase resultó ser mucho menos incluyente de lo que algunos de sus fans más extravagantes habían dicho. Pero, aun reconociendo esto, ¿por qué es necesario sacar la conclusión de que, al dejar de abarcar todos los aspectos del dolor, la subordinación y el conflicto humano, el análisis de clase está completamente viciado y hay que tirarlo a la basura? ¿Por qué la posibilidad de que el análisis de clase sea fructífero debe probarse sólo a partir de sus pretensiones más extremas y extravagantes?

¿Qué función podría desempeñar una versión posmarxista del análisis de clase? ¿Es posible argumentar, aun reconociendo completamente la fuerza de la crítica postestructuralista, que más allá del discurso existen estructuras importantes que nos ayudan a comprender tanto nuestra propia sociedad como las sociedades pasadas? Por ejemplo, ¿puede argumentarse que la distribución desigual de la producción económica opera de forma tan regular como para permitimos postular —y luego estudiar— fuentes no discursivas distinguibles, al menos, parcialmente? Estamos de acuerdo en que la perpetuación de la desigualdad en una sociedad está discursivamente asegurada, reproducida y defendida de muchas maneras. Pero, ¿estamos convencidos o satisfechos con el argumento de que la desigualdad se *ejerce* o *produce* sólo y exclusivamente de forma discursiva? Aunque aceptemos debidamente la mediación necesaria e inevitable del lenguaje, o los preceptos posmodernistas sobre los procesos de construcción discutidos en el capítulo anterior, de la misma manera, ¿no queremos guardar un espacio para las continuidades y las regularidades de tipo «estructural» o sistémico? ¿Preocuparse sobre esas cuestiones nos convierte en intelectuales irremediabilmente conservadores —en estructuralistas— que no son capaces de dejar atrás un repertorio simbólico erróneo y superado?

Detengámonos por un momento en la cuestión de «lo económico». ¿Qué significan las temerosas comillas que acompañan a esta categoría? Primero, muestran un reconocimiento axiomáticamente culturalista: lo económico está constituido, como cualquier otra dimensión, por campos de significados que se construyen discursivamente haciéndose así accesibles sólo a través del lenguaje. Luego, por supuesto, las comillas realizan una labor simbólica: sirven para distanciar al lector de cualquier alegación de determinismo económico. Sin embargo, pueden existir más límites a lo económico de lo que cualquiera de estas dos acepciones permite. Aunque sólo sean comprensibles en términos discursivos, las regularidades estructurales de lo económico no son en sí mismas completamente construcciones del lenguaje. No puede deducirse lógicamente que algo se defina como «discursivo» *porque* sólo puede accederse a ello a través del discurso. Si queremos hablar sobre el movimiento de la tierra alrededor del sol en el sentido más amplio, debemos utilizar los conjuntos y conceptos lingüísticos con los que contamos para ese fin; en ese sentido, procedemos de forma discursiva. Pero sería una locura dar por hecho que estos lenguajes y

esos discursos en realidad *son* el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Además, si la tierra se saliera alguna vez de su órbita, se generarían urgentemente nuevos lenguajes con los que referirnos tanto a los resultados físicos como al trauma experimental que causaría.

Todo depende del tipo de cuestiones que queramos preguntar. Por un parte, mientras que el campo de visión operativo se continúe estructurando en torno a cuestiones de identidad, a la producción de las subjetividades y a la comprensión individualizada de lo social y de otras colectividades; o mientras sigamos hablando de imaginarios sociales, de la dinámica de la identificación y de las contingencias de la voz pública, seguirá siendo posible la utilización del discurso como objeto de análisis y como método analítico. Pero, por otra parte, cuando empezamos a hablar del movimiento de la Tierra alrededor del Sol, o sobre las regularidades demostrables a través de las cuales el capitalismo crea ricos y pobres, entonces esa utilización del discurso es más difícil de mantener. Estos últimos contextos ilustran bien la cuestión que continúa preocupándonos. Aunque reconociendo siempre que nuestro posible acceso sólo puede ser organizado o comprendido lingüística o discursivamente, necesitamos plantear de nuevo la cuestión: ¿existe un campo no-discursivo o extra-discursivo?⁶¹

La respuesta de Stedman Jones en su reciente artículo parecía inequívoca, incluso endureciendo la postura que había adoptado en *Languages of Class*. Desde su punto de vista actual, un planteamiento discursivo no sólo proporciona legitimidad epistemológica y coherencia, teniendo en cuenta todo lo aprendido a lo largo del giro cultural, sino que también proporciona la única garantía de no-reducción y complejidad de la explicación, de respeto por los derechos e, incluso, de la integridad ética del historiador. Los términos en los que Stedman Jones defiende el «planteamiento discursivo», también contienen su propia política: «Sólo reconociendo que la política tiene lugar totalmente dentro del discurso y renunciando a contraponer el discurso a una realidad extra-lingüística», decía, «es posible llegar a tener una noción histórica de la ley, la autoridad y la legitimidad de los procesos históricos». Sin duda, tanto al marxismo como a otros tipos de historia social similares que surgieron en los sesenta se les podía censurar, sobre todo, por su incapacidad a la hora de reconocer la autonomía de lo político y lo discursivo. Stedman Jones sugería que éste no era un fracaso contingente, sino que más bien formaba parte del compromiso mismo del historiador social con la priorización de las determinaciones sociales.

Sistemas de pensamiento como los del marxismo y quizá el último Foucault, que yuxtaponen las prácticas discursivas con las dimensiones extra-discursivas y le conceden una realidad primaria a la extra-discursiva, tienden también a reducir la ley a la violencia ritualizada, y la autoridad, la legitimidad y la justicia a formas posteriores de justificación ideológica. De lo que carecen esos plan-

⁶¹ Al desarrollar nuestro argumento aquí, los textos de Ian Hacking han sido de gran ayuda. Véase *The Taming of Chance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, y *The Social Construction of What?*, Harvard University Press, Cambridge, 2000.

teamientos es de una explicación de la forma en la que tales formas se forman históricamente y de los medios a través de los cuales se sustentan o, en realidad, cómo llegaron a conectar, a través de formas de interiorización, con formas básicas de emoción humana.⁶²

Para Stedman Jones parece no existir conexión alguna ya entre el verdadero planteamiento discursivo aquí expuesto y la versión más reduccionista del marxismo economicista, a la que pudiera restringirse la posibilidad de hacer historia social. No parece existir un terreno intermedio, no cabe el tipo de agnosticismo que sigue intentando resolver el misterio de encontrar un punto de vista epistemológico desde el que la materialidad del mundo pueda teorizarse más allá de los lenguajes ahora establecidos del construccionismo y la discursividad. Pero, por supuesto, esta supuesta polaridad es falsa. Entre la versión maximalista o purista del planteamiento discursivo que Stedman Jones quiere llevar a cabo y la descripción concreta del análisis histórico y social que realiza, existen otras muchas oportunidades. Porque esta caracterización de la historia social es en realidad una redescritión caricaturizada y esencializada: al identificar el marxismo exclusivamente con su versión economicista simplifica totalmente la historia intelectual de la tradición marxista, al menos durante las cuatro últimas décadas; mientras que al rechazar la historia social siempre a causa de esos mismos supuestos termina por borrar la diversidad del trabajo que los historiadores sociales han llevado a cabo. De hecho, existen muchos casos prácticos en los que el análisis de los historiadores muestran de forma muy creativa cómo la dicotomía de Stedman Jones puede evitarse, ya sean historiadores «sociales» en un sentido más convencional, historiadores «culturales» como ahora los llamamos, u otro tipo de historiadores.

Una confusión frecuente surge de identificar erróneamente la distinción entre «discursivo» y «extra-discursivo» con la de «material» y «no material». De hecho, uno de los primeros logros antirreduccionistas de los debates teóricos marxistas y feministas de los años setenta había sido precisamente establecer las cualidades materiales en las condiciones de existencia de la «ideología» y de «lo cultural», o «lo discursivo» como diríamos ahora. Desde luego, la «materialidad» en este contexto no tiene tanto que ver con el estudio de «lo social» o «lo económico», en contraposición a las «ideas» y al «lenguaje» en el sentido más estrecho, como con el grado de concreción y densidad de la contextualización propia de cualquier trabajo de historia. La distinción entre «discursivo» y «extradiscursivo» en ese sentido no hace más que desviar la atención, concediéndoles permiso a algunos de los defensores del planteamiento lingüístico para distanciarse de las versiones más arduas de lo que solía llamarse historia social, al tiempo que permite también hacer posible que los historiadores sociales más anticuados sigan ignorando u oponiéndose al desafío del giro cultural.

⁶² Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 205.

Por ejemplo, en el caso de Stedman Jones al que nos acabamos de referir, sería perfectamente posible y legítimo reducir nuestro estudio de la ley a tratados legales, actas judiciales, estatutos y juicios o jurisprudencia entre otros documentos legales, siguiendo de ese modo un modelo ortodoxo de historia intelectual o legal. Pero ese estudio también podría impulsarse hacia las fuentes y métodos propios de la ahora establecida historia social de la criminalidad y la práctica de la ley, del mismo modo que podría ampliarse incluso más hacia las historiografías foucaultianas sobre el castigo y la disciplina social. De la misma manera, aunque «el surgimiento de la sociedad comercial» puede, sin duda, estudiarse por medio de métodos clásicos de la historia intelectual, como parece ser el deseo de Stedman Jones, también podría igualmente plantearse a partir de las ricas historiografías sociales y económicas del siglo XVIII y principios del XIX que se han ido desarrollando desde los años setenta del siglo XX. Pero, en ambos casos, sin duda, necesitaríamos incluir alguna noción sobre la estructura económica como parte importante del proyecto.⁶³

Si entendemos bien a Stedman Jones, sin embargo, incluso proponer la mera existencia de una dimensión social o económica aparte llega a resultar sospechoso, ya que ésta sólo puede mantenerse necesariamente inscrita dentro de la esencializada e implacable lógica del reduccionismo. Pero nosotros no entendemos de dónde se deduce algo así. A menos que la explicación de lo que Stedman Jones denomina «el surgimiento de la sociedad comercial» pertenezca siempre al ámbito de la historia de las ideas, éste ya no puede evitar tratar con los aspectos estructurales y sistémicos del desarrollo de la economía o de la estructura social más de lo que lo hacían las primeras versiones de las más recalitrantes y anticuadas historias sociales. No estamos tratando aquí con la dicotomía «discursivo» frente a «extradiscursivo» en absoluto, sino, más bien, con la profundidad o densidad del análisis propuesto, con los «niveles» o dimensiones de la formación social que más nos preocupa, con el archivo más adecuado para estudiarlos y con los tipos de teoría que mejor encajan para ello. Así que, mientras que estamos personalmente absolutamente a favor del «planeamiento discursivo», sin embargo, no creemos que sea nada positivo pretender establecerlo como el único marco operativo en el que puede desarrollarse la disciplina, aunque sólo sea porque gran cantidad de producción académica excelente sigue necesitando la existencia de una dimensión extradiscursiva para entenderse. Sólo por la permanente diversidad a la que en la práctica dan lugar los historiadores dentro del escenario historiográfico, parece difícil negar que pueda producirse todavía una enorme cantidad de conocimiento útil, incluso aunque no todo el mundo elija seguir o aprender la inexorable lógica del maximalismo lingüístico.

A primera vista, la tesis de Stedman Jones es totalmente convincente. Estamos de acuerdo con que el proceso de la política no puede derivarse del campo

⁶³ Esos estudios también podían penetrar hasta un nivel de concreción fundamentada al estilo de las historias sociales y económicas de industrias particulares o de tipos de trabajo.

no discursivo de la determinación económica, de clases preexistentes ni de las subyacentes estructuras de «intereses» relacionadas con éstas. Estamos de acuerdo con que el proyecto de analizar las formas de estabilidad y cohesión, conflicto y resistencia que existen dentro de los sistemas de poder y representación de una sociedad deben dejar de considerarse hechos estructurales y «realidades» del mundo social, como lo hacía el marxismo más anticuado. Pero, en cualquier caso, ¿quién defendía algo así aduciendo que los procesos políticos se comprenden mejor a partir exclusivamente de factores «extradiscursivos»? Por ejemplo, cuando el propio Marx escribió historia, se sabe que su análisis fue mucho más complejo y sutil, de hecho mucho más desordenado, de lo que permiten esas caricaturas.⁶⁴ Sería posible escribir una modesta lista de ejemplos estratégicos de historias sociales reduccionistas de las últimas décadas en las que el argumento se organiza en torno a estos simples preceptos materialistas —por ejemplo, al tratar el proceso político como un reflejo superestructural de la base económica—. Historias bastante convencionales inspiradas en Marx han prestado mucha atención a cuestiones relacionadas con la diferencia —en distintos lugares y momentos y en diferentes países, en el sentido de que han tenido que aportar a explicaciones con diversos resultados toda la inteligencia y meticulosidad necesaria—. En ese caso, ¿cuántos historiadores han adoptado de hecho el «rumbo determinista» descrito por Stedman Jones?

Sospechamos que lo que nos está ofreciendo son oposiciones falsas en las que lo totalmente discursivo se contrapone a los totalmente extradiscursivos. Desde luego, se puede proceder estudiando la política a través de sus propios discursos, conjuntos de lenguajes y repertorios de representación. Pero disponemos igualmente de estrategias analíticas alternativas que no siguen el irreflexivo marxismo reduccionista y determinista que Stedman Jones desea acertadamente rechazar. Muchos de los que eligieron afiliarse al marxismo a lo largo de las últimas décadas, incluso el propio Stedman Jones, nunca se habían tragado una versión tan poco atractiva de lo que ofrecía la tradición marxista. Stedman Jones terminaba su artículo diciendo que quería devolver el marxismo a la historia. Pero, después de tomarle el pulso al gesto retórico, también debemos decir de forma igualmente retórica que —con intención y desde luego con diferentes grados de éxito— algunos nunca lo sacaron de ella.

Irónicamente, el propio Stedman Jones no pudo evitar imaginar, accidentalmente y casi en el último momento, los fundamentos de un posible punto de vista extradiscursivo. Es decir, también postuló dimensiones de realidad que preceden a la articulación del discurso, aunque en vez de residir, por ejemplo, en formas de desigualdad económica concretas, manifiestas y estructuradas en la práctica, éstas ahora se encuentran en «formas básicas de sentimiento

⁶⁴ Véase, por ejemplo, Gwyn A. Williams, «18 Brumaire. Karl Marx and Defeat», en Betty Matthews (ed.), *Marx: A Hundred Years On*, Lawrence and Wishart, Londres, 1983, pp. 11-37; Stuart Hall, «Rethinking the "Base-and-Superstructure" Metaphor», en Jon Bloomfield (ed.), *Class, Hegemony, and Party*, Lawrence and Wishart, Londres, 1977, pp. 43-72.

humano» y «en un abanico de sentimientos humanos fuertes y recurrentes». Aunque, desde luego, estamos de acuerdo con la importancia que tiene la dimensión emocional, confesamos que nos resulta un poco confuso. No podemos comprender cómo puede admitirse una dimensión analítica extradiscursiva sin admitir la otra. Al hacer una lista de media docena de formas de apariencia discursiva de esos «sentimientos humanos básicos», Stedman Jones utiliza una referencia a pie de página para probar la importancia de estos sentimientos por la regularidad con la que se dan. También les permite subrayar, o casi determinar, «formas de discurso político y religioso». ⁶⁵ En otras palabras, Stedman Jones parecía, después de todo, guardarle un sitio a la esfera de lo no discursivo cuya importancia descansa sobre el conocimiento que se tiene de su regularidad. Pero si debemos incorporar una de estas dimensiones no discursivas al campo de visión del historiador, entonces ¿por qué no admitimos también las manifestaciones prácticas de la economía y de las desigualdades sociales?

Parece que haya algo evasivo en la sugerencia de que la única forma de contribuir a la clarificación del lugar del marxismo en la investigación histórica es retroceder al siglo XVIII para estudiar la Ilustración. Nosotros, desde luego, no nos oponíamos a ningún tipo de reconsideración de la ciencia social postilustrada, del socialismo premarxista, de la formación histórica del individualismo posesivo y de otros aspectos de los contextos intelectuales de los que «surgió la sociedad comercial». Estas áreas son claramente importantes dentro de los estudios históricos. Pero los historiadores del liberalismo ya se ocupan de ellas bastante a menudo de una forma u otra. Si el proyecto es historizar a Marx dentro de la modernidad que tales cosas conforman, entonces, sin duda, éste es un proyecto correcto, pero no es el único. En esta declaración de prioridades existe claramente otro tipo de intenciones ocultas. Los propios intereses de Stedman Jones por las complejas genealogías del liberalismo a finales del siglo XVIII y principios del XIX están relacionados con una reconsideración profunda y cuidadosa de las elecciones y afiliaciones políticas que va más allá de las cuestiones más concretas relacionadas con las genealogías de la economía política y con otros aspectos del pensamiento ilustrado.

Como debería quedar claro a partir de los contextos de debate a través de los cuales las tesis importantes han ido avanzando desde los años ochenta del siglo XX, ese proceso de revisión defendido por Stedman Jones está relacionado tanto con la política postsocialista actual, con las decisiones a las que se enfrenta la izquierda en Gran Bretaña y con las dimensiones éticas y filosóficas de todos los cambios asociados a éstas, como con las cuestiones historiográficas más concretas que hemos estado discutiendo y los dilemas epistemológicos que conllevan. Además, dentro del más amplio conjunto de obras sobre los siglos XIX y XX que ha inspirado Stedman Jones a lo largo de las dos últimas décadas, también se ha desarrollado una interpretación interesante sobre el carácter del Partido Laborista, sobre su relación con otras y con anteriores formas

⁶⁵ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 205, n. 81.

de radicalismo y con sus similitudes con cierto tipo de liberalismo popular en la era de Gladstone y desde entonces. ⁶⁶

Todas estas implicaciones políticas merecen tratarse directa y abiertamente. Para éstas es central la idea no problematizada de «sociedad comercial» de Stedman Jones, que en su artículo se contraponía a «régimenes centralizados y autoritarios en los que la dirección burocrática sustituía a los procesos de intercambio comercial». ⁶⁷ Pero, de nuevo, se estaba presentando una falsa polaridad. Ésta vela historias enteras de socialismo democrático en Europa, entre las que se encuentra todo lo que derivó de las democratizaciones de 1918 y 1945, de la formación de los Estados de bienestar, de la búsqueda de justicia redistributiva social a través de los impuestos y de otros medios, de la regulación de los mercados de trabajo, del planteamiento de prioridades económicas dentro del sector público, entre otros muchos aspectos como, por supuesto, la capacidad general para postular que los bienes colectivos sociales y culturales son objetivos deseables y legítimos para una sociedad. ¿Dónde residen todas estas consideraciones dentro de la marcada polaridad de la que habla Stedman Jones entre el liberalismo del mercado («sociedad comercial») y el estalinismo («régimenes centralizados y autoritarios»)? Incluso desde el punto de vista de los años noventa, en que las formas residuales de la socialdemocracia posterior a 1945 se habían llegado a considerar ineficaces y desgastadas, existían también proyectos reformistas intermedios que podían admitirse entre las posibles trayectorias de la historia europea entre la Ilustración y Tony Blair. No reconocer la mayor complejidad de este abanico de posibilidades políticas lleva a un importante reduccionismo en sí mismo, como si la izquierda no pudiera imaginar pedir nada más que libertades mercantiles y constituciones liberales. ⁶⁸

En realidad, Stedman Jones parece haberse conformado con una concepción liberal limitada de derechos como terreno político fiable. Al rechazar «el carácter reduccionista de la visión de Foucault sobre la “gubernamentalidad”», estaba avanzando una fuerte pero poco específica idea de la justicia (como «naciones de derecho»), cuyas contradicciones reproductivas, en su opinión, eran esenciales para entender las complejidades reales de la sociedad civil desde las que pueden crecer las posibilidades de resistencia y cambio. Sin esas «nocio-

⁶⁶ Véase especialmente Eugenio F. Biagini y Alastair J. Reid (eds.), *Currents of Radicalism: Popular Radicalism, Organized Labour, and Party Politics in Britain, 1850-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991; Eugenio F. Biagini (ed.), *Citizenship and Community: Liberals, Radicals, and Collective Identities in the British Isles, 1865-1931*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; también Stedman Jones, «Why Is the Labour Party in a Mess?». La monografía más interesante en esta línea es Jon Lawrence, *Speaking for the People: Party, Language, and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

⁶⁷ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», pp. 207-208.

⁶⁸ Uno de nosotros ha intentado escribir una historia general de la izquierda europea a lo largo de los siglos XIX y XX, exponiendo este campo de posibilidades más complejo: Geoff Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford University Press, Nueva York, 2002.

nes de derecho», insistía, no tenemos medios para distinguir «la formación de peticiones alternativas y en conflicto dentro de la sociedad civil de las posibles luchas puras de poder que caracterizan la imagen del poder y del gobierno de Foucault». En concreto, la lógica unidireccional del planteamiento de Foucault sobre el ejercicio del poder en una sociedad «lo hace incapaz de distinguir entre los Estados que observan las normas de la legalidad y los que no lo hacen». Del mismo modo, a falta de una teoría de la resistencia, Foucault no podía «aceptar que las cambiantes normas del derecho pudieran —en circunstancias y coyunturas favorables— proporcionar el medio principal por el cual los débiles son a veces capaces de unirse y derrotar al fuerte». Para evitar esta lógica reduccionista necesitamos algún tipo de «explicación sobre cómo en los Estados constitucionales modernos las normas legales y éticas se producen a través de la participación en las instituciones de la sociedad civil», un proceso que Stedman Jones ilustraba con su propia lectura del contestatario «lenguaje del constitucionalismo» cartista.⁶⁹

Sea o no ésta una lectura justa y precisa de Foucault, la pretensión de que las «nociones de derecho son indispensables para la explicación histórica» tiene que tener necesariamente en cuenta el valor de una generación entera de debates y discusiones dentro de la filosofía liberal de Gran Bretaña y Estados Unidos. Sin embargo, aparte de la tarea de negociar esas complejidades, también surge la objeción del historiador social clásico, que sigue siendo más subversiva que nunca: ¿a través de qué procesos se produjeron, circularon, se difundieron, se impusieron, se contestaron, se imbuyeron, se descartaron, se asimilaron o se transformaron esas nociones de derecho en la cotidianeidad de las prácticas y actitudes de la gente corriente? ¿Qué conexiones existían entre el discurso formal de los derechos en el ámbito de la filosofía política y los contextos operativos de la cultura popular y del intercambio social en el que esas ideas se aceptaron? ¿En qué contexto tuvieron lugar esos procesos y quiénes eran los agentes? En el artículo sobre el cartismo, Stedman Jones ofrecía un buen ejemplo de cómo comenzar a contestar a esas preguntas, pero, a decir a verdad, nunca fue más allá de la circulación formal de ideas a través de una categoría distinta a las fuentes escritas del historiador intelectual. Mientras tanto, han sido precisamente esos historiadores sociales, cuya errática dirección epistemológica tanto se ha pregonado, quienes sí han logrado profundizar, explorando los contextos populares más amplios en los que se negociaron los significados y la eficacia de esas ideas.⁷⁰ Por lo tanto, necesitamos preguntarnos una vez más: ¿cómo volvemos a la formación de estas nociones de derecho antes de que se utilizaran en los procesos más formales de acción y pensamien-

⁶⁹ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», pp. 206-207.

⁷⁰ Véase especialmente Clark, *Struggle for the Breeches*; Pickering, «Class Without Words»; Epstein, «Understanding the Cap of Liberty» y *Radical Expression*; Smail, «New Languages»; Steinberg, «Culturally Speaking» y «The Labour of the Country».

to políticos que Stedman Jones ahora se concentra en estudiar? ¿Existe algún lugar al que retrotraerse?

Invocar su propio análisis del cartismo sin duda sería una respuesta perfectamente razonable por parte de Stedman Jones. Sin embargo, «nociones de derecho» parece funcionar en un doble sentido dentro de su argumento. Por una parte, éstas proporcionan un palo con el que golpear a Foucault, entre otras versiones ultraizquierdistas, por su desprecio por las libertades liberales. Pero, por otra parte, también se consideran esenciales para explicaciones basadas en el planteamiento lingüístico de la historia, y una parte importante del detallado argumento sobre este punto de vista más profundo sigue siendo opaca. Aunque puede que tenga una justificación irreprochable dentro de parte del discurso actual de la filosofía política liberal anglo-americana, ¿por qué tenemos que aceptar que la política trata finalmente y sobre todo de derechos de esa forma tan concreta? Tal pretensión ni agota el más amplio repertorio de teoría política del que disponemos, incluso dentro del sector del pensamiento pluralista sobre la democracia, ni descarta la posibilidad de que también pueda considerarse la función de elementos no discursivos. Suponemos que Stedman Jones reconocería la pertinencia de, al menos, algunos de estos comentarios. Pero, a lo que nos referimos de forma más amplia es a que le queda mucho por clarificar de sus formulaciones. Parece que se posicione sobre la base de un liberalismo modesto que protege los valores fundamentales del mercado, pero esto parece distar tanto de la mayoría de las opiniones que ha planteado a lo largo de los años que dudamos a la hora de sacar esa conclusión. ¿Qué tipo de política más elaborada revelan estos argumentos?

Más concretamente, ¿cuáles son las «normas de la legalidad» que se invocan en contra de Foucault y, supuestamente, de otros intelectuales de izquierdas críticos con el Estado democrático liberal, que han seguido criticando cualquier dependencia básica en el constitucionalismo y en las concepciones liberales de los derechos como objetos autosuficientes de deseo político?⁷¹ En su conclusión, Stedman Jones recurre a un conjunto de preocupaciones sorprendentemente características de un liberalismo moderado que existe actualmente dentro del mundo de habla inglesa —por ejemplo, el «constitucionalismo», los «sentimientos humanos básicos» (hábitos del corazón y del individualismo), la «sociedad comercial» (individualismo posesivo y mercados), una maniobra poco clara en torno a «derechos» (¿construidos discursivamente, o no?) y, finalmente, esa totalmente descualificada utilización de «normas de legalidad». Una preocupación común asociada a la defensa posmarxista de las nuevas formas de democracia radical entre las exploraciones iconoclastas y antirreduccionistas de *New Times* (nuevos tiempos) en los años ochenta del siglo XX habría tenido que ver precisamente con esta proximidad limitadora a un tipo de liberalismo repluralizado, desde el cual se excluía cualquier ataque al socialismo o cualquier crítica al capitalismo. Ahora, este espacio de crítica

⁷¹ Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 206.

socialista democrática al capitalismo y a sus formas de desigualdad social y explotación parece en realidad haber desaparecido y haberse identificado, por el contrario, sólo con las formas de burocracia estatal más antidemocráticas, autoritarias y económicamente ineficaces. Las diferentes formas de desarrollo capitalista durante los siglos XIX y XX están subsumidas dentro de una categoría única y absolutamente ambigua de «sociedad comercial». El valor operativo que ofrece tanto la «crítica marxista a la economía política» como «su teoría de la historia» se ha quedado prácticamente en nada.⁷²

EL DISTANCIAMIENTO DE LO SOCIAL

Por lo tanto, al final, tenemos serias dudas acerca de las conclusiones maximalistas que Stedman Jones quiere sacar de su defensa del «planteamiento discursivo». Gran parte del contenido de su crítica a la historia social sigue siendo extraordinariamente convincente. Las promesas y estímulos asociados a las formas de historia social materialista o marxista que prevalecieron durante los años setenta sin duda provocaron una inversión excesiva en el poder de la explicación y las determinaciones sociales. Lo que Stedman Jones denomina el *rumbo determinista* nos lleva a confundir las relaciones entre el mundo material y las posibilidades de la política. La clase obrera continúa siendo soberana como agente de un cambio que vale la pena. Reunía las diferencias concretas de las formaciones de clase en épocas y naciones distintas. Hacía desaparecer diferencias importantes dentro de la clase trabajadora y más allá de ella, en concreto las asociadas al género, la sexualidad, la etnia, la raza, la religión, etc. En general, proporcionaba, dentro de un lenguaje analítico sofisticado, una explicación altamente simplificada del terreno social en el que debía fundamentarse la política progresista. En todos estos términos, el marco analítico modelado contenía precisamente un «rumbo determinista» del mismo tipo que el propio Stedman Jones pretende atacar.

El anterior artículo de Stedman Jones sobre el lenguaje de clase del cartismo fue absolutamente crucial a la hora de abrir una discusión en torno a estos problemas. Ahí argumentaba de forma convincente que el deseo de recuperar una clase trabajadora «real» estudiando movimientos políticos como el cartismo a partir de formas de comprensión y supuestos basados en la colectividad de clase era una quimera. Hasta esa intervención, la ampliamente consensuada perspectiva, que no era de ninguna manera exclusivamente marxista pero que sí compartía la lógica analítica marxista, había sido la de que los lenguajes del cartismo, su retórica, sus formas políticas locales, sus peticiones, sus periódicos, todo su repertorio de actividades y liderazgo *no* desembocó en una clase trabajadora propiamente dicha, sino en una clase obrera como *agente político*.

⁷² *Ibíd.*, p. 208.

Es decir, hizo consciente y otorgó voz política a una colectividad de clase ya unida.

Pero lo que Stedman Jones argumentaba, por el contrario, era que los lenguajes del cartismo constituyeron las ontologías de clase mismas. El grueso de la posición marxista argumentaba que procesos marxistas inexorables habían forzado la existencia de la clase trabajadora: el proceso de formación de la clase trabajadora económicamente definido era lo primero; la política después. Por su parte, Stedman Jones argumentaba que la política y la retórica del cartismo se centraban en concepciones lingüísticas de clase que permitieron por primera vez la acción política del cartismo y, por extensión, reclamaron la presencia de la clase. La clase no era un terreno realmente existente que hacía posible una política progresista o revolucionaria. Por el contrario, la clase era la herramienta lingüística retórica que reunía elementos sociales dispares en torno a los principios centrales de la política cartista en los años cuarenta y, por tanto, la que permitió que se llegara a imaginar una clase trabajadora.

Pero no nos convence la polaridad inherente a estas distinciones. En primer lugar, lo que puede haber funcionado como interpretación ortodoxa de la relación entre la clase y la política dentro del entorno sectario de los partidos leninistas sólo tuvo éxito en un puñado de historias sociales académicas sobre la formación de clase y la acción. Incluso la obra de John Foster, que el propio Stedman Jones había criticado de forma brillante en un artículo anterior, no se identificaba con los axiomas de su política leninista confesa. Por lo que respecta a otros historiadores sociales de la misma generación, en general, sus afiliaciones políticas como autores eran incluso menos obvias en su trabajo académico. Robbie Gray, más o menos contemporáneo de Foster y miembro del Partido Comunista británico, no podría ser acusado, ni remotamente, de mantener objetivos sectarios en su percepción académica, y ése fue el caso de la mayoría de los historiadores sociales de izquierdas de los años setenta que trabajaron dentro de una problemática histórica social marxista en sentido amplio. En ese sentido, la caracterización que Stedman Jones hace del trabajo anterior, en contra del cual se contraponen su propio planteamiento, es casi una parodia. Lo que sí *tuvo* razón en reconocer fue la orientación analítica básica, al reflejar la creencia de Thompson en la relación entre ser y conciencia. Muy pocos desafiaron las ontologías de la clase como terreno básico para su trabajo en ese sentido: la clase existía. Pero la historia social de los años setenta era excepcional dentro del diverso abanico de estudios sobre la clase que se generaron dentro de este marco ampliamente consensuado que enfatizaba en diferentes épocas aspectos culturales, políticos, económicos o comunitarios, etc., de las vidas de aquellos que se consideraron miembros de la clase en cuestión. La identificación de Stedman Jones de esta diversa y compleja región de historia social con el grueso de las interpretaciones marxistas de tipo ortodoxo y sectario carecía de fundamento.

De hecho, desde los años sesenta, la historia social de la clase siempre ha sido un campo debatido y no consensuado. Su copiosa y compleja historio-

grafía ha estado marcada por discusiones y conflictos polémicos recurrentes durante la mayor parte de sus cuarenta años. Más recientemente, tal y como este libro ha explorado extensamente, voces como la de Stedman Jones han estado proponiendo un examen todavía más fundamental, un examen que desafía la utilidad del concepto de clase mismo más que la mera problematización de algunos de sus usos particulares. Además, siempre estuvo claro que esos desafíos tenían una enorme carga política. Igual que la ambición del giro hacia la historia social durante los años sesenta y setenta reflejó optimismos políticos palpables, relacionando el análisis de clase en el pasado con un conjunto de esperanzas radicales en el presente, del mismo modo, este ataque de revisión muestra un diagnóstico del cambio mucho más pesimista. Para gran cantidad, quizá incluso para la mayoría, de los historiadores en activo, la historia social y la política normalmente han ido de la mano. «En los últimos años», escribe Patrick Joyce, «el concepto de clase ha estado sometido a un escrutinio cada vez mayor como medio de explicación, tanto del presente como del pasado. Los motivos se encuentran en los profundos cambios económicos y políticos de nuestro tiempo. Algunos consideran que la clase no sirve para explicar nuestra realidad presente. Y este punto de vista ha tenido gran efecto sobre los historiadores también: si la clase no es capaz de interpretar el presente, quizá no ha explicado correctamente nuestro pasado tampoco».⁷³

Para algunos de los más importantes participantes en los debates que hemos estado describiendo, Joan Scott y Gareth Stedman Jones, y también para nosotros, esta interconexión entre la política y la historiografía ha sido fundamental. La validez del tipo de historia que uno prefiere, ya sea en relación con cuestiones epistemológicas o con los debates concretos sobre la clase, está íntimamente vinculada a la actitud hacia las decisiones políticas de las dos últimas décadas, ya las consideremos en relación con la política de la subjetividad en la vida personal y cotidiana, en relación con cuestiones de la identidad, o con las bases transformadas de la política de los movimientos sociales y electorales progresistas a nivel nacional y transnacional. De un modo u otro, esas decisiones políticas, o bien hablan clara y directamente por medio de debates historiográficos actuales, o bien los velan con diferentes grados de inmediatez. Por tanto, sólo nos queda volver explícitamente a esta cuestión: ¿desde dónde podríamos hablar de una política de formación de clase hoy?

⁷³ Patrick Joyce, «Introduction», en Joyce (ed.), *Class*, Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 3.

5. ¿CUÁL ES LA VIGENCIA DE LA CLASE AHORA?

LO «POLÍTICO» Y LO «SOCIAL»

Cuando publicamos nuestro artículo, «Why Does Social History Ignore Politics?» (1980), intentamos plantear el complejo campo de interconexiones que existe entre las historias sociales del trabajo y las prácticas organizadas de la política, tal y como las concebían los historiadores de una determinada generación. Creíamos entonces que la mayoría de los historiadores de izquierdas en Gran Bretaña, y en el mundo de habla inglesa en general, que había alcanzado la mayoría de edad en los años sesenta, habían abrazado el marxismo y los planteamientos relacionados con éste esencialmente para fundamentar su compromiso político.¹ Desde nuestro punto de vista de entonces, era precisamente la rica comprensión de la historia social, junto con las redefiniciones y expansiones contemporáneas de la categoría de lo político, lo que motivó nuestra crítica —no porque nos opusiéramos a ninguna de esas cosas (más bien lo contrario), sino porque nos preocupaba la lógica de su fusión—. Para explicar el sentido de nuestra tesis actual —explorar cómo los debates sobre la clase y los debates sobre la política pueden ir de la mano *ahora*— parece que tiene sentido revisar parte de esta historia política e intelectual.²

A medida que la historia social comenzaba a despegar, digamos desde mediados de los años sesenta hasta mediados de los setenta, sus practicantes ten-

¹ Geoff Eley y Keith Nield, «Why Does Social History Ignore Politics?», *Social History* 5, mayo 1980, pp. 249-271.

² Véase Geoff Eley, *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2005, cuyo origen fue Eley, «Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later», en Terrence McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, pp. 193-243; y Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry Ortner, «Introduction», en Dirks, Eley y Ortner (eds.), *Culture/Power/History: A Reader in Contemporary social Theory*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pp. 3-45.

dían a definirse en contra de la estrechez de la historia política tal y como entonces se hacía y se comprendía. Pero a medida que la confusión política de entonces comenzó a invadir las salas de conferencias y los congresos, contraponer la historia social a la historia política como si fuese una especialidad diferenciada y una fuente necesaria de contextualización de los procesos de la esfera política no parecía suficiente. Lo interesante de la historia social no era sólo el poder de la determinación social a la hora de explicar los procesos políticos, aunque esto no dejaba de ser fundamental. Su interés también residía en la intención de cambiar nuestra comprensión de la política misma, de ampliar los significados de la política a toda la sociedad. Un efecto decisivo del auge de la historia social fue, por lo tanto, la *expansión* radical de la política —es decir, una amplia percepción de la presencia y efectos de «lo político» dentro de los aspectos corrientes de la vida social—. Esto posibilitó un nuevo tipo de politización de espacios anteriormente considerados «no políticos», en algunos casos por primera vez: el lugar de trabajo, el barrio, la subcultura, la familia, el hogar. Estos espacios ya habían sido *objeto de políticas*, a través de la ley, de la beneficencia y la seguridad social. Pero ahora se empezaban a considerar los lugares de identificación política y de resistencia, espacios en los que el poder se organizaba, se ejercía y se contestaba.

Esto supuso un cambio de perspectiva decisivo. Desplazó a la política del terreno convencional de las instituciones donde la confinaban la imaginación, las prácticas políticas establecidas y las convenciones disciplinarias —entre las que se encontraba el Estado, los parlamentos, los partidos, las organizaciones públicas en el sentido más estrecho— para llevarla a una dimensión social mucho más amplia y menos manejable. Abrió las puertas de la política. Permitió que las preguntas más importantes de la vida política —la posibilidad de estabilizar y cohesionar el orden social, la de conformarse u oponerse, las circunstancias a partir de las cuales los intereses dominantes y los valores podrían desafiarse, reponerse o superarse— se plantearan de forma muy diferente. «Lo personal es político» fue uno de los dramáticos eslóganes que hacían referencia a esta apertura; un eslogan de extraordinaria resonancia y éxito a lo largo de los años setenta. El radicalismo de entonces todavía resultó ser más ocurrente a la hora de encontrar nuevos espacios políticos a lo largo de un terreno potencialmente ilimitado de transacciones cotidianas que hasta entonces se habían considerado privadas.

Durante este período, la historia social produjo dos lógicas distintas y contrapuestas. Mientras que en cierto sentido la vuelta a la historia estimuló una definición de *sociedad* que la consideraba algo separado y diferenciado de la política, una jurisdicción diferenciada en la que los historiadores sociales ejercían su oficio, por otra parte, también descubrió posibilidades políticas precisamente dentro de lo «social» mismo. Mientras que una consecuencia posible era la despolitización de lo social para obtener un objeto de estudio diferenciado y manejable, la otra era precisamente la de otorgarle significados políticos. La tensión entre estas dos lógicas dentro de la historia social proporcionó tanto

estímulo como frustración, una identidad compartida y una profunda división. La división creció a lo largo de la segunda mitad de los años setenta, cuando algunos historiadores sociales comenzaron a abogar por la *reconexión* explícita del trabajo socio-histórico con la esfera política en una época de amplios debates entre marxistas y no marxistas sobre la especificidad de lo político y su autonomía. A lo largo de los años ochenta, a través de combinaciones de nuevos campos empíricos, de políticas radicales y de la excesiva teorización, muchos historiadores sociales empezaron a concebir lo que la política *incluía* desde un punto de vista muy diferente al de los supuestos desde los que habían comenzado inicialmente, cuando la historia social se había entendido como una alternativa que determinaba el contexto y que era conceptualmente superior al estrecho modelo institucional de la vida política. En esta nueva situación, retornar a la política —es decir, intentar reconceptualizar la relación entre «lo social» y «lo político», una vez rotos los anticuados y encorsetados límites— parecía una tarea cada vez más urgente. Pero unir de nuevo a la «sociedad» y a la «política» ha resultado ser algo increíblemente complicado.

Simplificando muchísimo, desde finales de los años setenta y principios de los ochenta parecen haber existido dos caminos fundamentales. Uno llegaba a través de la teoría del Estado. La comprensión ampliada de la política que acabamos de describir supuso apreciar la implicación del Estado en la sociedad de forma ampliada pero desinstitucionalizada, ampliando los límites del Gobierno en el sentido más rígido para abarcar esferas de la administración social, de la salud pública, de la ley, de la escolarización, de la práctica religiosa y las creencias, de la organización de la vida privada en familias, de la sexualidad, de las divisiones de género, del trabajo asalariado y doméstico, y de las cambiantes diferencias entre lo público y lo privado. En todas estas dimensiones, especialmente bajo el impacto del feminismo, el poder público se ha seguido a través de sus principales arterias y venas hasta los espacios más recónditos de la vida social. La presencia del Estado ahora se empezaba a entender de forma menos visible y más indirecta que antes. Más allá de las cuestiones convencionales relacionadas con el Gobierno, el Estado se creía que consistía en sistemas más amplios de regulación e intervención que incluían el gran proceso de la reproducción social, de la construcción y reconstrucción de las relaciones sociales en sus frentes más amplios. Al principio, la historia social asumía a menudo una distinción mecánica entre «sociedad», por una parte, y «Estado», «ideología» y «política», por otra. Pero ahora, lejos de pertenecer a una de las dos dicotomías, la historia social se posicionaba cada vez más dentro del complejo campo de fuerzas que existía entre ambas. Además, aunque ahora normalmente vemos esta desinstitucionalización de nuestras percepciones sobre cómo funciona el Estado en la vida social desde un punto de vista foucaultiano, de hecho, éstas

le deben mucho más al desarrollo de la politizada lógica de la investigación histórica en sí misma.³

El segundo camino se ha recorrido a lo largo de varios tipos de lo que podría llamarse culturalismo, dando por hecho que separamos el término de las polémicas anteriores.⁴ Entre la plétora de influencias más importantes, desde Thompson y Geertz hasta Bourdieu, los estudios culturales, el feminismo, la teoría literaria y diversos postestructuralismos, es aquí donde la recepción de Foucault tiene que ocupar un merecido lugar destacado. Por encima de cualquier otro encuentro clave de los setenta y ochenta, la larga batalla con las ideas de Foucault facilitó todavía más el giro en nuestra percepción de la política, confirmando el distanciamiento de las instituciones fundamentales del Estado, en el sentido de centralización nacional, hacia su «microfísica». Lo que Foucault denominó el surgimiento de nuevas estrategias individualizantes que funcionaban «fuera, debajo y a lo largo de los aparatos del Estado, en un sentido mucho más desmenuzado y cotidiano».⁵ El poder, en sentido foucaultiano, se difunde mucho más amplia e insidiosamente por la sociedad de lo que nos permitían pensar las anteriores antinomias entre la historia social y política, o entre la sociedad y el Estado. El poder —y por consiguiente el significado político— se organiza dentro y a través de todos los tipos de instituciones sociales, prácticas sociales y transacciones informales, así como a través de lugares más visibles y obvios de toma de decisiones públicas. El poder y, por tanto, las oportunidades de acción política se estructuran tanto a partir de los supuestos más básicos y normalmente silenciados a través de los cuales percibimos nuestra relación con el mundo social, como a través de las prácticas cotidianas. Por lo tanto, el poder ya no es sólo propiedad del Estado —aunque lo veamos como sinónimo de coerción e intervenciones represivas, como máquina de aparatos

³ Excelentes reflexiones sobre la presencia del Estado en lo social en Paul W. Werth, «Through the Prism of Prostitution: State, Society, and Power», *Social History* 19, 1994, pp. 1-15; Kathleen Canning, «State, Social Body, and Public Sphere: Regulating Female Factory Labor during the 1890s», *Languages of Labor and Gender: Female Factory Work in Germany, 1850-1914*, Cornell University Press, Ithaca, 1996; reeditado en University of Michigan Press, Ann Arbor, 2002, pp. 126-169; Kathleen Canning, «Social Body, Body Politics: Recasting the Social Question in Germany, 1875-1900», en Laura L. Frader y Sonya O. Rose (eds.), *Gender and Class in Modern Europe*, Cornell University Press, Ithaca, 1996, pp. 211-237. Sobre teoría del Estado reciente, véase Bob Jessop, *State Theory: Putting Capitalist States in their Place*, Polity, Cambridge, 1990; Stanley Aronowitz y Peter Bratsis (eds.), *Paradigm Lost: State Theory Reconsidered*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2002; y Timothy Mitchell, «The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics», *American Political Science Review* 85, 1991, pp. 77-96.

⁴ Estamos pensando en el enfado desproporcionado provocado por el importante artículo de Richard Johnson, «Edward Thompson, Eugene Genovese, and Socialist-Humanist History», *History Workshop Journal* 6, otoño 1978, pp. 79-100, en el que propuso el nombre *culturalismo* para las perspectivas que derivaban de las obras de Thompson y Genovese.

⁵ Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Colin Gordon, Nueva York, 1980, p. 60.

ideológicos o, de forma más general, como el conjunto de instituciones públicas—, sino que también puede encontrarse en la más pequeña e íntima de las relaciones humanas.

Si el «poder», o al menos nuestra forma de entender cómo se ordena y dónde puede encontrarse el poder, se ha estado «moviendo a lo largo y ancho del espacio social» de esa forma, entonces la «cultura» (como producción, interpretación y lucha de significados) es vital a la hora de definirlo.⁶ Esto ha llevado a que ciertas categorías se difuminaran y se reconociera su permeabilidad mutua —un reconocimiento antirreduccionista de que la política, la ley, la cultura o las creencias no son externas a la economía y a sus relaciones sociales o a ellas mismas, sino que siempre están interconectadas entre sí en unidades complejas de estructura y acción, indisoluble y constitutivamente interrelacionadas en prácticas concretas, acontecimientos específicos y vidas individuales—. Ese reconocimiento estimula el interés por la microhistoria, por las historias locales y cotidianas ocultas, porque es ahí donde se puede acceder de forma realista y manejable a la dinámica de esas relaciones y de su interconexión profana. Además, si el poder se encuentra tanto en lo social como en las organizaciones políticas formales, y la cultura puede ser tanto un efecto como un medio de dominación, entonces todas las relaciones mundanas de la vida cotidiana se encuentran bajo el efecto del poder. La gente, a través de sus múltiples formas de relación, que piensa y actúa en todas las diferentes dimensiones de sus vidas, produce y es producida por relaciones de poder—relaciones a través de las cuales los participantes están continuamente negociando y renegociando aspectos de desigualdad, autoridad y la diferente capacidad de definir los significados del mundo.

Aquí se encuentra el elemento de *negociación* que es clave. Si el poder asegura el silenciamiento de ciertas voces ordenando nuestra experiencia del mundo en regímenes definidos de verdad e inteligibilidad, permitiendo que algunas cosas se digan fácil o legítimamente y otras no, desde luego, no podemos dejarlo de lado en absoluto. Porque, al hacer eso, el poder también está en peligro al producir posiciones desde las cuales los sujetos pueden intentar hablar. Ésta es una advertencia absolutamente vital, a menudo rechazada cuando se reflexiona sobre el «poder» y la «dominación» desde esta perspectiva posfoucaultiana: las relaciones de poder nunca son meros vectores de dominación o «control social», sino que son simultáneamente el medio de la posible resistencia, incluso a veces de la emancipación. Tal y como nos recordaba repetidamente el propio Foucault, donde existe poder siempre hay resistencia. Si queremos acceder a esta cuestión, si podemos superar las tentaciones políticamente paralizantes de una concepción totalitaria del poder como dominación, entonces tenemos que pensar tanto en la «resistencia» como en el «poder». De hecho, quizá, Gramsci debe añadirse a Foucault.

⁶ Dirks, Eley y Ortner, «Introduction», p. 5.

¿QUÉ SUCEDE CUANDO GRAMSCI SE ENCUENTRA CON FOUCAULT?

A medida que los historiadores del trabajo fueron ampliando su visión de la nueva historia social de la clase obrera a lo largo de los años setenta, parte de sus obras más fructíferas se centraron en la reproducción de las relaciones de clase en condiciones históricas de normas no coercitivas —es decir, en condiciones en las que la defensa de las desigualdades socioeconómicas se consiguió sin recurrir a ningún uso obvio de la violencia, o, al menos, en las que la latencia de esa violencia, el uso implícito de la fuerza más que su ejercicio físico, era suficiente—. Bajo la influencia de la recepción de las ideas de Antonio Gramsci, se prestó gran atención a la cuestión sobre cómo se llegó a asegurar el «consentimiento» de las clases subalternas en la sociedad civil. El Estado y sus aparatos dejaron de ser el centro de la discusión, si es que alguna vez lo habían sido. Después de todo, nunca se habían escrito muchas historias sociales detalladas de la policía o del ejército. El texto clásico de estas nuevas discusiones gramscianas se ha citado muchas veces:

En Rusia, la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente existía una relación correcta entre el Estado y la sociedad civil y, cuando el Estado temblaba, de pronto se revelaba una sociedad civil firmemente estructurada. El Estado actuaba como trinchera exterior y detrás de ella había un poderoso sistema de fortalezas y murallas más o menos numerosas, por supuesto, según estados —pero justo esto precisaba del reconocimiento de cada país en concreto—. ⁷

Esta línea de pensamiento nos ha proporcionado algunas de las más fructíferas explicaciones de la historia de las relaciones de clase en sociedades concretas y en épocas concretas. De este modo, el análisis ya no necesitaba una causa infraestructural para todos y cada uno de los acontecimientos. Alejándose de los instintos menos precavidos de la historiografía marxista anterior, reconocía las particularidades históricas de sociedades nacionales concretas, así como la necesidad de su reubicación y recuperación histórica empírica y detallada. Al mismo tiempo, insistía en que las relaciones de poder estaban interconectadas con las prácticas cotidianas, pero no solamente en el ámbito de los encuentros institucionales más evidentes entre individuos o grupos y el Estado. Y, por lo tanto, sugería que la vida de una clase subalterna contenía algo más pleno, más rico y más complejo que los simples reflejos de su subordinación. Los conceptos de Gramsci *consentimiento*, *sociedad civil* y *hegemonía* cultural y no sólo política enriquecieron la historia social, y la ayudaron a escapar de cualquier determinismo estrecho y problemático. Los estudios concretos que surgían de este pensamiento dieron lugar a un rico catálogo de los diversos lugares de

lucha, de los puntos importantes en los que se ejercía el poder de clase y las posibles formas de resistencia.

Sin embargo, la teorización subyacente del poder seguía resultando muy familiar. Permanecía intacta la presunción implícita, necesaria, lógica y determinante de que las instituciones políticas de una sociedad estructurada por clases se tenían que interpretar desde un punto de vista funcional, en conexión precisamente con las relaciones entre clases. La contribución gramsciana no consiguió ni transformar esa concepción de la fuerza de la clase, ni cuestionar su centralidad; en vez de eso, lo que hizo fue transferir el análisis del ejercicio de ese poder a otros lugares. Al desviar su atención hacia las esferas de la cultura y la sociedad civil en concreto, alejándose de los aparatos represivos de gobierno, la identificación esencial de esas formas institucionales de gobierno con las desigualdades de clase seguía siendo un axioma interpretativo básico. En ese sentido, las nociones de poder de Gramsci y Foucault eran fundamentalmente discontinuas.

Al enfrentarse a la tenacidad con la que el capitalismo atenazaba la sociedad, Gramsci reconocía que gran parte de su capacidad de reproducción y autorrenovación transcendía la capacidad del Estado de movilizar la fuerza por medio de la policía, de la ley y de las regulaciones explícitas, y que ésta más bien residía en el terreno de las prácticas culturales y de los espacios de actuación más amplios en torno a la sociedad civil. Por lo tanto, su interpretación de la relación entre el Estado y la sociedad civil fluctuaba considerablemente, tal y como Perry Anderson, entre otros, ha mostrado, unas veces defendía la autonomía de la sociedad y otras la situaba dentro del propio espacio de relaciones del estado.⁸ Pero independientemente de las definiciones concretas que utilizara Gramsci, y de lo rica que fuera su concepción de las culturas y prácticas inscritas dentro de la sociedad civil, éste mantenía su interpretación de la sociedad civil como espacio de relaciones de poder derivadas de la clase. Se trataba del terreno en el que se ponían en práctica tanto el poder como las relaciones contradictorias de clase propias del capitalismo. Independientemente de lo alejado que se encontraba el pensamiento de Gramsci de cualquier tipo de reduccionismo económico reconocible, el objeto de análisis fundamental seguía siendo el poder derivado de la clase.

En otras palabras, pese a todas sus críticas, en la línea fundacional clásica, Gramsci situaba la fuente unitaria y dominante de poder de la sociedad en el familiar terreno de la desigualdad de las relaciones de clase. Nos dio una visión refinada de la promulgación histórica concreta de la dominación de clase y la sumisión, tanto en la sociedad italiana como en otras sociedades capitalistas. Expuso un sutil tejido de relaciones de poder, no sólo a nivel del Estado, sino a lo largo y ancho de la vida diaria de una sociedad entera. Pero, independientemente de cómo tuviesen lugar, de lo silenciosas que fueran, o de

⁷ Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith (eds.), *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Londres, Lawrence and Wishart, 1971, p. 238.

⁸ Véase Perry Anderson, «The Antinomies of Antonio Gramsci», *New Left Review* 100, noviembre 1976-enero 1977, pp. 5-78.

la sutileza con la que movilizaban las conciencias subordinadas, las relaciones centrales de poder en la sociedad seguían siendo las que partían de las estructurales relaciones desiguales de clase. El principal objetivo de éstas era el de asegurar las condiciones sociales, entre otras, que el capitalismo necesitaba para su autorreproducción —no sólo estabilidades sociales o la falta de lucha de clases, sino también la reproducción biológica del poder del trabajo y de su acondicionamiento cultural—. Los campos de resistencia y oposición en torno a las relaciones de clase y su equilibrio de fuerzas determinaban, en opinión de Gramsci, las opciones de estabilidad y cambio, así como la posibilidad de una revolución. La clase era simplemente un hecho. Su centralidad dentro del marco interpretativo del poder de Gramsci era esencial y absoluto. La clase era el cuartel general desde el que se ejercían todas las represiones, todas las hegemonías, toda la oferta de consentimientos. El poder y sus intenciones eran fundamentalmente poder y las intenciones de clase.

Estos comentarios pretenden simplemente dejar claro lo evidente: es decir, que Gramsci, independientemente de todos sus matices y originalidad, seguía subsumido dentro de una tradición marxista para la que las contradicciones entre las fuerzas y las relaciones de producción seguían siendo el punto de partida axiomático a la hora de interpretar las fuentes del cambio en la historia. Esas contradicciones, descritas en el famoso prefacio de Marx de 1859, definían los límites del conflicto significativo, por no decir, incluso, su forma histórica concreta.⁹ Estas contradicciones eran la aportación principal y característica de Gramsci: haber arrojado luz sobre algunos de los mecanismos pacíficos por medio de los cuales el capitalismo se reproducía a sí mismo, y haber llamado la atención sobre todas las cuestiones relacionadas con éstos. Trató el problema del poder como algo más que simplemente la represión y coerción de una clase por otra. Su noción de «consentimiento» al menos comenzó a sugerir que la estructura de la conciencia de las clases subordinadas era más compleja de lo que las condiciones brutas de su subordinación habían llevado a pensar a muchos de sus colegas marxistas. Y su creencia en la construcción de contrahegemonías propuso formas de resistencia de clase que diferían de cualquier asalto frontal al poder del Estado gobernante.

Por supuesto, el análisis de Gramsci sobre el funcionamiento del capitalismo también estaba diseñado para proporcionar las palancas de la futura transformación revolucionaria. Ese análisis estaba precisamente pensado para converger con las condiciones de una política revolucionaria efectiva, con la estrategia política más adecuada para la mayor movilización popular y democrática posible. La medida en que el Partido Comunista italiano de Palmiro Togliatti y sus sucesores fue capaz de poner en práctica esta estrategia, desde la muerte de Gramsci en 1937 hasta los años setenta, todavía puede debatirse. Pero la

⁹ Véase Karl Marx, «Preface», *A Contribution to the Critique of Political Economy*, 1859, en «Marx, Early Writings», Lucio Colletti, Penguin Books, Harmondsworth, 1975, pp. 424-428.

reubicación parcial de la lucha revolucionaria en las instituciones y prácticas de la sociedad civil fue claramente clave en esa historia. Profundamente diferente del pensamiento de Foucault sobre el poder, los análisis de Gramsci pretendían precisamente reunir formas prácticas de oposición revolucionaria, para crear exactamente una estrategia política nueva adecuada para las socialmente complejas condiciones capitalistas de la Modernidad en Occidente. En ese sentido, sus métodos, sus intenciones y sus procedimientos fueron los del propio Marx. Primero, una intensa reflexión sobre el mundo como objeto, como un «afuera» en el que es difícil penetrar, pero que, sin embargo, está abierto a la mente del intelectual independiente y crítico. Segundo, el descubrimiento, por medio de esa reflexión, de las fuentes de poder en una sociedad capitalista, junto con las palancas por medio de las cuales ese poder puede resistirse o revocarse y revertir las leyes de su movimiento. Tercero, el cuidadoso modelado de una estrategia política de clase obrera coherente con el sofisticado análisis del poder de la clase burguesa propuesto. La estructura de clase, la centralidad del poder del Estado y una interpretación marxista de la contradicción eran el quid de la cuestión, un conjunto de «supuestos absolutos» aparentemente evaluado por un procedimiento científico.

Foucault, por el contrario, se desligó radicalmente de estos conceptos, métodos y supuestos. En principio, como Gramsci, desde luego, no negó la existencia del Estado como espacio de poder, pero no tenía la intención todavía de prestarle especial atención. La soberanía del Estado, la dominación de clase en caso de que existiera, la sutil subordinación de los oprimidos, todo esto era, en su opinión, los efectos productivos del funcionamiento del poder, los cambiantes términos de sus procesos, la siempre versátil e instintiva reubicación de su destino. Las «hegemonías sociales» eran las consecuencias de infinitos juegos de poder, no su fuente, su centro o su causa. De este modo, Foucault le daba la vuelta a la dirección fundamental de la tesis sobre la naturaleza del poder. En comparación con la identificación de Gramsci con la tradición marxista, lo que llama más la atención aquí es la discontinuidad.

Al decir poder no me estoy refiriendo a «Poder» como el conjunto de instituciones y mecanismos que aseguran la sumisión de los ciudadanos de un Estado. Al decir poder no me refiero tampoco a un modo de sumisión que, en contraste con la violencia, tiene la forma de la norma. Por último, no tengo en mente un sistema general de dominación ejercido por un grupo sobre otro, un sistema cuyos efectos, por medio de derivaciones sucesivas, impregna el cuerpo social entero. El análisis, realizado en términos de poder, no debe dar por hecho que la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad general de una dominación existe desde el principio; más bien se trata de la última forma que adopta el poder.¹⁰

¹⁰ Michel Foucault, *The History of Sexuality, Volume 1: An Introduction*, Vintage, Nueva York, 1980, p. 92.

Foucault no rechazó completamente la concepción de la hegemonía social que giraba en torno a una división social de clase. No excluyó, como hicieron algunos postestructuralistas, la pertinencia analítica de la formación social —a lo que él se refería como «el cuerpo social entero»—. Más bien, lo que argumentaba era esto: que lejos de ser la fuente unitaria y centralizada del poder, la «sociedad» era el resultado de la circulación del poder a través de otras dimensiones más localizadas. Todas ellas formaban un campo previo de relaciones de poder. Desde este punto de vista, por ejemplo, el Estado no controlaba, manipulaba o inauguraba actuando como Comité de Salud Pública de las clases gobernantes. Por el contrario, la capacidad de las clases dominantes de actuar a través de vías y posibilidades estatales dependía de la «situación compleja y estratégica» de las relaciones de poder en una sociedad concreta que llegaba hasta sus espacios más localizados y mundanos. Y esto no era un hecho. No era una causa básica. No representaba un surtidor permanente e interminable de poder de clase ejercido por medio de mecanismos de represión a través de la violencia o a base de ganarse el reticente y forzado consentimiento de los subordinados, aunque en casos concretos esos medios coercitivos podrían, por supuesto, aplicarse. Lo que Foucault quería evitar era el recurso fácil a la imagen de un Estado «esencialmente represivo» —el «ejército como poder de la muerte, la policía y la justicia como medios de castigo, etc.»— o a la de una «sociedad» autoritaria. Ambas reemplazaban las más arduas tareas de comprender las otras formas en las que podía funcionar el poder.

No quiero decir que el Estado no es importante; lo que quiero decir es que las relaciones de poder, y por tanto el análisis que debe hacerse de ellas, necesariamente va más allá de los límites del Estado. En un doble sentido: primero, porque el Estado, pese a la omnipotencia de sus aparatos, está lejos de ser capaz de ocupar todo el espacio de las relaciones de poder reales, y, además, porque el Estado sólo puede operar sobre la base de otras relaciones de poder preexistentes. El Estado es superestructural en relación con una serie entera de redes de poder que abarcan el cuerpo, la sexualidad, la familia, el parentesco, el conocimiento, la tecnología, etc. Es cierto que estas redes condicionan y están condicionadas por un tipo de «metapoder» que se estructura esencialmente en torno a ciertas funciones prohibitivas; pero este metapoder y sus prohibiciones sólo pueden funcionar y establecerse dentro de una serie entera de relaciones de poder múltiple e indefinida, que proporciona la base de grandes formas de poder negativas.¹¹

Por lo tanto, Foucault no estaba diciendo que las múltiples redes de relaciones de poder reales eran simplemente ladrillos de un «metapoder» a nivel del Estado o de la hegemonía social. No eran los fragmentos de prácticas localizadas que se acumulan de forma espontánea para formar las grandes formas uni-

¹¹ Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's Thought*, Pantheon, Nueva York, 1984, pp. 63-64.

tarias del poder del Estado, o, en realidad, ninguna otra aparición generalizada de la autoridad social. Al contrario, sólo las múltiples, locales y micropolíticas relaciones de poder crean las condiciones de esa posibilidad de englobarlo todo: decía que «el Estado consiste de un número entero de relaciones de poder que hacen que su funcionamiento sea posible».¹² Pero esto sucedía a través de procesos de codificación complejos y sutiles, no absorbiendo o subsumiendo, ni, incluso, anexionando. El Estado tampoco representaba un campo de intencionalidad y racionalidad centralizada abiertamente reflejado en las prácticas de poder tal y como las entendía Foucault. El Estado no era la condensación de estas prácticas en una forma trascendente de metapoder. Al contrario, a menudo expresó sus dudas sobre la claridad de la relación entre las formas locales o sectoriales de ejercer el poder y las presuntas intenciones generales de la dominación de clase o del capitalismo. Dudas de ese tipo eran constitutivas, se puede decir, de la comprensión del poder que él perseguía.

En pocas palabras, Foucault se desligó del amplio conjunto de supuestos —esos «supuestos absolutos»— que se encuentran dentro del análisis marxista, sean o no reduccionistas. Esa desvinculación fue de vital importancia. No llegaba a ser una deslegitimación terminada, un rechazo esencializado o una falsificación. En realidad, no debería darse por hecho que la crítica a estos supuestos era central dentro del proyecto de Foucault. Sin duda, no partió de ellos. Su desvinculación fue la consecuencia y no el punto de partida de su obra: el resultado de su propia interpretación del poder y no un punto de partida polémico. Pero le proporcionó una salida asombrosa de los laberintos del debate marxista que tuvo gran importancia dentro del desarrollo de la historiografía social contemporánea, tal y como ésta emergía del estímulo de los años setenta. Abrió un espacio para la consideración de cuestiones que antes eran mucho más difíciles de tratar.

LO LOCAL Y LO CENTRAL

Por lo tanto, para Foucault, las prácticas del poder no tenían lugar dentro de las coordenadas de ninguna teoría general del capitalismo. Sus consecuencias no podían desligarse de los supuestos y afirmaciones de esa teoría general, independientemente de lo ricos y sofisticados que fueran los análisis empíricos en los que se basaban. En términos foucaultianos, las distinciones analíticas entre lo que, por el bien de la economía, hemos llamado reduccionismo o culturalismo no tenían mucho significado. Porque ambas procedían de un tejido compartido de supuestos sobre la naturaleza subyacente del capitalismo y sus características estructuras de clase, incluso cuando la promulgación de sus consecuencias políticas se adscribiera a diferentes lugares, a diferentes

¹² Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, p. 65.

procedimientos y a diferentes niveles de sofisticación. Además, Foucault se preguntaba qué sucedía cuando las categorías dadas dentro de una teoría general eran, ellas mismas, también construcciones que derivaban de las propias prácticas intelectuales o científicas inscritas en las relaciones de poder reales de las sociedades históricas y contemporáneas. ¿Qué sucedía si los procesos por los que los hechos proporcionados y los conocimientos creados formaran, ellos mismos, parte de las prácticas discursivas del poder? Lejos de ser resultado de la reflexión racional sobre un mundo objetivo exterior y más allá, ¿qué pasaría si esos conocimientos yacieran *dentro* de las redes y prácticas del poder y sirvieran para constituirlos, para «autorizarlos» dentro de ciertas mutualidades de poder y conocimiento? En ese caso, las exquisitas distinciones del debate marxista se colapsarían, formando, cada una de ellas, por el contrario, el apoyo a un «régimen de verdad», a un discurso de poder o a un fragmento de éste.

Esta línea de pensamiento resulta suficientemente familiar tras una primera leída de Foucault. Insistía, por ejemplo, en que él no estaba preocupado por la verdad, sino por los «efectos de la verdad»; no por el conocimiento escrupulosamente neutral de un mundo objetivo, sino por el poder los efectos de verdad del «conocimiento» *per se*. «Creo que el problema no consiste en trazar una línea entre lo que en un discurso entra dentro de la categoría de científico o verídico, y lo que entra dentro de otras categorías», señalaba con paciencia, «sino en entender cómo se producen históricamente los efectos de verdad dentro de los discursos que en sí mismos no son ni verdaderos ni falsos». ¹³ Estaba interesado en un objeto de análisis bien distinto. No se trataba ni del intento por recuperar un mundo «objetivo» de pensamiento, ni siquiera de discriminar entre «verdades» alternativas a la hora de recuperarlo. A él le interesaban más bien los conocimientos mismos y sus efectos de verdad, las formas en las que el poder condiciona la producción del propio conocimiento y en las que el conocimiento contribuye al ejercicio del poder.

Llegados a este punto, hemos vuelto a algunas de las discusiones que atraviesan capítulos anteriores del libro. Esta larga reflexión sobre la disidente y diferenciada teorización del poder de Foucault y sobre su funcionamiento nos devuelve al impacto del posmodernismo y de las consecuencias de su crítica en las prácticas historiográficas tradicionales con las que lidiamos en el capítulo 3. La obra de Foucault confeccionó las características fundamentales de las críticas de finales del siglo XX al pensamiento fundacional que hemos estado considerando bajo la rúbrica de «culturalismo» o de «giro lingüístico», tanto modelándolas a lo largo de sus estudios más importantes, como convirtiéndose en el principal investigador de los cambios intelectuales más amplios a lo largo y ancho de las disciplinas académicas a los que dio lugar. Éste es el comentario del propio Foucault sobre este entorno intelectual.

¹³ Ibid., p. 60.

Lo que ha surgido a lo largo de los últimos diez o quince años es una sensación de vulnerabilidad creciente respecto a la crítica de las cosas, las instituciones, las prácticas y los discursos. Se ha descubierto cierta fragilidad en los cimientos mismos de la existencia —incluso, y quizá, sobre todo, en sus aspectos más familiares, más sólidos y más íntimamente relacionados con nuestros cuerpos y nuestro comportamiento cotidiano—. Pero junto a esta inestabilidad (...) también se descubre algo que (...) no se había previsto inicialmente, algo que se puede describir como efecto inhibitorio de las teorías globales o totalizadoras. No se trata de que estas teorías globales no hayan proporcionado y continúen sin proporcionar de forma suficientemente consistente herramientas útiles para la investigación local: el marxismo y el psicoanálisis son buena prueba de ello. Pero creo que estas herramientas sólo se han empleado con la condición de que se suspendiera la unidad teórica de estos discursos o al menos se redujera, se dividiera, se derrocara, se caricaturizara, se dramatizara o lo que fuera. En todos estos casos, el intento por pensar en términos de totalidad [hubiese de otra manera] resultado ser un estorbo para la investigación. ¹⁴

Por supuesto, como resulta obvio al leer esta cita, Foucault también nos baja a los contextos y lugares microhistóricos de la producción de subjetividades sobre la que reflexionamos extensamente en el capítulo 4. Al defender que este «carácter *local* de la crítica» era la característica predominante en su trabajo, además, intentó firmemente defender su importancia como planteamiento diferente al duro trabajo de abstraer. Más que cualquier rechazo de lo «general» o de la «gran escala» *per se*, se trataba de un planteamiento tan conducente a la distinción de los problemas generales como lo habían sido el marxismo u otros sistemas teóricos totalitarios. Al vaciar el punto de vista olímpico del poder institucional centrado en el Estado, desde el que la autoridad y las relaciones políticas se ha pensado que estaban organizadas, lo que quería reclamar era un punto de partida diferente desde el que teorizar las inscripciones de las relaciones de poder dentro del comportamiento social, de las prácticas culturales y de las transacciones cotidianas y la vida diaria: «Creo que lo que este carácter esencialmente local de la crítica indica, en realidad, es el tipo de producción teórica autónoma y descentralizada, (...) una crítica cuya validez no depende de la aprobación de los regímenes de pensamiento establecidos». ¹⁵

Los territorios de la misma obra de Foucault en este sentido ya nos resultan familiares a estas alturas: el asilo, la clínica, la prisión, el cuerpo y la sexualidad. No se trata de una lista exhaustiva, y mucho menos de una obra completa que nos invita a abandonar las bases de nuestra propia investigación. De lo que se trata no es de que Foucault recupere de la oscuridad algunos terrenos empíricos que se habían dejado de lado, ni de que rellene algunos agujeros en la explicación histórica del desarrollo de las sociedades contemporáneas, sino de que intentó identificar y exponer, en estos espacios sociales e instituciona-

¹⁴ Foucault, *Power/Knowledge*, pp. 80-81.

¹⁵ Ibid., p. 81 (cursiva en el original).

les, el funcionamiento real del poder. Fue crucial que no negara, de hecho, que afirmara con fuerza, las formas en las que el poder abarcaba todos los discursos y prácticas discursivas: «las relaciones de poder no están en una posición de exterioridad respecto a otros tipos de relación (procesos económicos, relación de conocimiento, relaciones sexuales), sino que son inmanentes a estos últimos».

Las relaciones de poder son tanto intencionales como no subjetivas. Si, de hecho, son inteligibles, esto no es porque son el efecto de otra instancia que las «explica», sino porque están imbuidas, una y otra vez, de cálculos: no existe un poder que se ejerza sin una serie de objetivos. Pero esto no quiere decir que sea el resultado de la elección o decisión de un sujeto individual; no busquemos los cuarteles generales que presiden su racionalidad; ni la casta que gobierna, ni los grupos que controlan los aparatos del Estado, ni a quienes toman las decisiones económicas más importantes que supuestamente dirigen toda la red de poder que funciona en una sociedad (y que la hace funcionar).¹⁶

El poder está en todas partes. Ejercido desde innumerables lugares, desde el punto de vista de Foucault, es inmanente a la interconexión de relaciones móviles. Las oposiciones binarias de los gobernantes y los gobernados ni están en su raíz, ni sirven de clave explicativa. No tiene cuarteles generales. No hay un Tribunal Central de Salud Pública. Del mismo modo, «no existe un sólo lugar de gran Rechazo, ni espíritu de revuelta, ni fuente de todas las rebeliones, ni una ley pura de lo revolucionario».¹⁷ Aunque era un analista del poder, Foucault no podía ser, al mismo tiempo, un estratega revolucionario. Como nosotros, se situaba *dentro* de las redes y los discursos de poder, no sólo reprimido por ellos, sino *creado* como sujeto por ellos. No existe el «afuera», ni ningún lugar en donde los conocimientos objetivos se unan por mentes independientes de todas las «autorizaciones» de la verdad, independientes de todo discurso y del poder de sus efectos de verdad. No puede haber ninguna «ciencia» de la revolución o del cambio basada en la contemplación del mundo «objetivo» y de sus leyes de movimiento, precisamente porque esa ciencia necesariamente compartiría, en sus métodos, el terreno del poder y del conocimiento del sistema al que busca oponerse. Para ilustrar su idea Foucault imaginaba una revolución, claramente una socialista, que reclamaba desposeer a las clases dominantes y suplantarlo a los gobernantes, al tiempo que fracasaba a la hora de modificar las relaciones de poder existentes en el sentido más extenso e insidiosamente duradero, dejando tal cual todos sus procesos reales.

Por tanto, en el pensamiento de Foucault, el poder, la resistencia y su comprensión puede no encontrarse en macroexplicaciones «objetivas» y científicas de la sociedad, de la política o de la historia. Esas totalizaciones son abstractas y limitadoras, sus grandes conceptos son necesariamente restrictivos o incluso descaradamente ilusorios. La investigación local, por el contrario,

¹⁶ Foucault, *History of Sexuality*, pp. 94-95.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 95-96.

para Foucault, plantea la política desde detrás y atraviesa las sociedades diagonalmente. No reclama una comprensión reflexiva de un mundo objetivo que exista más allá de los procesos de producción del conocimiento; no pertenece a ningún régimen superior de la verdad. Deja a un lado la cuestión de si tales conocimientos reflejan una realidad verdadera y, en vez de eso, se centra en los conocimientos mismos, en sus efectos de verdad y autoridades, en su lugar y función dentro de la generación de redes de poder concretas y siempre cambiantes.

De esa forma, Foucault insitía, la investigación local permite considerar los mecanismos reales del poder y los contenidos discursivos de las relaciones de poder, sin adscribirse a ninguna razón, ideología o falsa conciencia, ni a cualquier otra explicación favorecida por formas convencionales de análisis social y político. Este último se centra menos en la cuestión de por qué la gente se comporta como lo hace, y más en el fracaso de la gente a la hora de comportarse como deberían a la luz de alguna «verdad» intelectual o teórica superior. ¿Por qué iba el proletariado occidental a no comportarse como un proletariado correcto, agarrarse a su destino manifiesto y a organizarse para la revolución? ¿Por qué considero ciertos algunos conocimientos y otros no? ¿De dónde surge la «autoridad» de lo aceptable? ¿Se trata simplemente de una mezcla de identidades subjetivas, de una serie de «reconocimientos» a través de un proceso que Althusser denominó *interpelación*? ¿Cómo se produce la «autoridad»? ¿Dónde reside la «autoridad» de la ciencia, de los procesos intelectuales designados a proporcionar un conocimiento objetivo? ¿Esas formas de conocimiento son categóricamente diferentes a las «autoridades» y los efectos de verdad de los discursos no intelectuales? La propensión al consumo no equivale a las leyes «objetivas» del mercado, por ejemplo, pero el poder de sus discursos a la hora de exigir y promulgar los efectos de la verdad en nuestras propias prácticas parece, al menos, muy importante. En términos foucaultianos, no se trata de un debate sobre la verdad, sino sobre la autoridad.

Si la obra de Foucault se centraba así en la autorización discursiva de las subjetividades, ¿cómo podemos compatibilizar su pensamiento con el de Gramsci? Como hemos señalado, el planteamiento de Gramsci sugiere un marxismo no reduccionista preocupado precisamente por las formas en las que el poder de clase se ejerce sin violencia a nivel local y pacífico. Aunque Gramsci siguió estando comprometido con la clase y las relaciones de clase como categorías maestras a la hora de explicar los conflictos que surgen inevitablemente en las sociedades capitalistas, sin embargo, éste nunca redujo al mismo tiempo todas las prácticas sociales y políticas a una única fuente a la hora de estructurar así las consecuencias del capitalismo. Detectó múltiples centros de resistencia que se formaban en torno a temas locales y a veces en torno a cuestiones culturales que no se oponían a la dominación de clase o al poder del Estado al que se asociaban. El gobierno local sería una de esas áreas; la escuela y la educación otra; creencias y prácticas populares, la tercera; y el poder de la cultura religiosa, la cuarta. Esa perspectiva le permitió realizar acciones de resistencia que no

surgían necesariamente de la simple identificación de clase, o que no giraban directamente en torno a la oposición al poder de la clase gobernante y a sus instituciones. Si siguiéramos siendo fieles al marxismo a la hora de mantener la centralidad de la lucha de clases y el potencial estratégico de la clase trabajadora para acabar con el capitalismo, entonces el pensamiento de Gramsci todavía sería capaz de abarcar formas de política cultural disponibles para quienes se identificaban tan sólo básicamente con el marxismo.

Aunque se mantenía dentro de la epistemología racionalista marxista y de las esperanzas programáticas de la revolución, Gramsci, sin embargo, llevó al primer plano la importancia de lo que denominó *guerras de posición*. Al menos a corto plazo, los objetivos de éstas no eran el cambio estratégico o revolucionario, el desplazamiento de las clases gobernantes, o el derrocamiento del Estado. Si existe una voz dentro de la tradición marxista que enfatiza la importancia de las múltiples formas de política cultural a pequeña escala, ésa es la de Gramsci. En ese sentido, continúa siendo útil a la hora de concebir una noción de la centralidad de lo político mucho más compleja y contingente que cualquiera de los enfoques propuestos por los marxistas que le precedieron. Mostró su voluntad de transferir la negociación de las relaciones de clase a territorios que casi nunca se habían considerado abiertamente políticos. Si retomamos la discusión sobre la expansión política de la historia social, sobre su apertura a la política, debemos reconocer que la lectura de *Prison Notebooks*¹⁸ de Gramsci fue una aportación importantísima para nosotros. Pero, para el propio Gramsci, el análisis permaneció, en términos generales, estrictamente bajo la rúbrica del propio análisis social de Marx. Permaneció encerrado dentro de los clásicos términos heredados sobre la interpretación analítica de clase que encontramos dentro de la tradición marxista, aunque ofreciera una versión más plural de la compleja distribución de las relaciones de poder en las condiciones de las sociedades capitalistas avanzadas.

Pero, sin embargo, aquí tenemos a un marxista sobre el que claramente *no se puede* verter la magia multiusos de las críticas postestructuralistas a la versión thompsoniana del marxismo, cuya forma de ver la posible acción de clase seguía fundamentándose ontológicamente en la idea central de la experiencia. Además, pese a Foucault y a su interpretación localizada y microhistórica del funcionamiento del poder, nosotros seguimos creyendo que continuaremos necesitando ciertas formas de análisis macrohistórico que se centren en el Estado, la esfera pública y el orden institucional del sistema político. Tal y como dijimos en el capítulo 4 en relación con la obra de Joan Scott y Gareth Stedman Jones, cualquiera que esté interesado en temas de justicia social, desigualdad social y otros tipos de política relacionados con éstos—independientemente de lo cuidadosamente fundamentadas que deben estar en el análisis discursivo de la producción de las subjetividades—necesita revitalizar urgentemente cuestio-

¹⁸ Existe versión en castellano, *Cartas desde la cárcel. 1926-1937*, Ediciones Era, México, 2003.

nes «globales» o generales relacionadas con el Estado y la sociedad. En otras palabras, para nosotros sigue existiendo un registro estructuralista viable.

Ese registro admite la posibilidad de que la organización, la institucionalización y la actuación funcionen de espaldas a la gente. Por ejemplo, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y el Fondo Monetario Internacional, por supuesto, operan a través y dentro de modalidades de compleja justificación discursiva. Pero lo que *sí hacen* a menudo es infligir coordinadas neoliberales a las relaciones económicas de partes del mundo que, ni están preparadas, ni mucho menos desean absorberlas. Por lo tanto, surgen cuestiones de poder de tipo más clásico, siempre apoyado en la fuerza. Nosotros no entendemos cómo esta área de análisis puede dejarse de lado. Pero ¿cómo interpreta el postestructuralismo el funcionamiento mundial de esos sistemas de poder económico, legal y militar? Dar por hecho implícitamente que funcionan sólo a nivel discursivo suena evasivo.¹⁹ Al mismo tiempo, queremos sugerir que no se puede esperar que un sólo tipo de análisis explique todos y cada uno de los aspectos de un problema. Como hemos dicho en nuestra réplica a Scott y a Stedman Jones (capítulo 4), intervenir de forma eficaz sobre diferentes cuestiones supone partir de estrategias investigadoras, formas de conocimiento y epistemologías adecuadas para cada una de ellas. Podemos utilizar una voz con unos objetivos y otra voz si los objetivos cambian, y no por eso debemos unificarlas. ¿Por qué no podemos movernos a través de todos estos diferentes registros analíticos?

Creemos que una tarea urgente de la historiografía es la de encontrar maneras de movernos entre un registro analítico más foucaultiano de la política y otro más estructuralista. Y la concepción de Gramsci de la hegemonía y su énfasis en el consentimiento más que en la dominación, y en los procesos de persuasión moral necesarios ante la aquiescencia o participación popular en un orden mundial concreto puede ser fiable. Se trata, de hecho, de un excelente

¹⁹ Es verdad que en varios de sus textos Gayatri Chakravorty Spivak dice eso, reconociendo los efectos potencialmente inmovilizadores de un «planteamiento discursivo». Precisamente para permitir que la política se pueda poner en práctica, la crítica epistemológica necesitará suspenderse; y dado que las consecuencias de la consistencia epistemológica a la hora de actuar políticamente pueden resultar paralizantes, estamos justificados desde un punto de vista pragmático («estratégico») para proceder en terreno extradiscursivo. Véase Spivak, «Subaltern Talk: Interview with the Editors», en Donna Landry y Gerald MacLean (eds.), *The Spivak Reader*, Routledge, Londres, 1996, pp. 287-308; Spivak, «The New Subaltern: A Silent Interview», en Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Verso, Londres, 2000, pp. 324-341; Spivak, «Teaching for the Times», en Jan Nederveen Pieterse y Bhikhu Parekh (eds.), *The Decolonization of the Imagination: Culture, Knowledge, and Power*, Zed Books, Londres, 1995, pp. 176-203. La cláusula de escape del «esencialismo estratégico» de Spivak se desarrolló en «Subaltern Studies: Deconstructing Historiography», en Ranajit Guha y Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, pp. 3-32, que era a su vez una reelaboración del argumento de «Can the Subaltern Speak?», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, University of Illinois Press, Urbana, 1988, pp. 271-313.

punto de partida. Acepta la omnipresencia del poder en la sociedad, y, sin duda, presupone la inscripción de significados políticos, tanto en las relaciones sociales como en las prácticas cotidianas, tal y como nos hemos referido a ellas más arriba. También conceptualiza explícitamente el poder como un espacio de contestación, como un terreno de lucha que no es unidireccional. Sin embargo, aunque historiza el poder y enfatiza las contingencias y coyunturas de las que dependen los regímenes de poder, la hegemonía también postula las desigualdades estructuradas que favorecen unos resultados y no otros, una superficie llena de propiedad, acceso y control concentrados, lo que asegura que cualquier proceso continuado y efectivo de contestación será una lucha agotadora y empinada que, para funcionar, requiere algo más que recursos individualizados y locales.

En otras palabras, Gramsci nos recuerda, o no deja que olvidemos, que, igual que es insidiosamente disperso, el poder también está organizado y se acumula, se resguarda de la lluvia, se institucionaliza, se concentra de formas de acción, se normaliza y sistematiza en la esfera pública, se naturaliza, se hace opaco. Por supuesto, estas modalidades sociales a gran escala no son menos susceptibles de ser contestadas. Pero en cierto sentido, por ejemplo, el énfasis posfoucaultiano en la dispersión del poder nos puede alejar innecesariamente del poder centralizado del Estado, de manera que cuando ese poder se manifiesta —por medio de ejércitos, decretos de emergencia, de la policía y de la represión— nos deja protestando ineficazmente desde los márgenes. Centrarse en la microfísica del poder también puede velar las regularidades y normatividades, la lógica de la estructuración social que el concepto de clase siempre ayudó a revelar. Esto quizá debería ser evidente. Porque, ¿por qué reconocer que el poder no tiene un único centro tiene que significar que no pueden encontrarse localizaciones centralizadas? ¿Por qué entender que el poder es disperso nos permite ignorar al Estado? ¿Por qué nos engaña haciéndonos creer que las diferencias de clase y las desigualdades de clase no tienen un potencial generalizable al orden social en un sentido político? La idea gramsciana de la hegemonía nos permite ver precisamente cómo *diferentes* fuentes y localizaciones del poder pueden organizarse para funcionar juntas.

Finalmente, si las discusiones abiertas a partir de la recepción de las ideas de Foucault y Gramsci se pueden complementar a la hora de repensar la relación entre la sociedad y la política —una haciendo del poder una dimensión de relaciones sociales y la otra devolviéndonos a las particularidades de la política como proceso de construcción hegemónico— tampoco deberíamos olvidarnos de una tercera influencia clave: las tres últimas décadas de teoría feminista. Por una parte, la crítica feminista ha sido crucial a la hora de ampliar la categoría de lo político en el sentido que hemos ido sugiriendo —es decir, *alejándose* de la política en el anticuado sentido institucional y estatal y *acercándose* a otros lugares y situaciones en las que tiene lugar la contestación—. La familia, la salud, la sexualidad, la comida, la reproducción y el sujeto general del cuerpo, todos estos aspectos entraron a formar parte del discurso político de diversas mane-

ras gracias al feminismo, con efectos profundos sobre cómo los historiadores sociales, entre otros, se plantearon su trabajo. Por otra parte, esas críticas han problematizado antiguos supuestos sobre el individuo como sujeto que actúa racionalmente, bien como autor bien como receptor de iniciativas políticas. El feminismo se ha tomado a menudo en serio la idea postestructuralista de que el poder mismo *produce* formas de subjetividad, en vez de operar sobre individuos autónomos ya constituidos, y ha tenido efectos profundamente desestabilizadores sobre cómo tratar ahora cuestiones de acción, experiencia y conciencia. La teorización del género como construcción móvil de la diferencia sexual, el reconocimiento de que los supuestos de género asociados a la masculinidad y la femineidad se inscriben en los lenguajes básicos de la identidad social, y la demanda radical de que todo está atravesado por nociones de género, que nada es ajeno a los códigos y asimetrías de género, ahora son dimensiones inevitables del debate que pretendemos crear.

RETOMAR LA CLASE

En nuestro artículo previo nos preocupaba que la lógica y las rutinas establecidas de la historia social, en concreto sus versiones «culturalistas», estuvieran favoreciendo que los historiadores del trabajo subsumieran las particularidades de la historia política dentro de tesis sobregeneralizadas y abstractas sobre la «hegemonía» y el «control social». Es decir, esas tesis se basaban en un uso simplificado del término gramsciano, que daba por supuesto, degradándolo, todo el proceso de negociación del que acabamos de hablar. Convirtieron la hegemonía en una frontera impermeable a lo largo de la cual se ejercía, por supuesto, la dominación política e ideológica, pero detrás de la cual las culturas populares y las experiencias de las clases trabajadoras podían también poner en práctica sus formas de resistencia. Además, pensábamos que existía una creciente creencia, desde luego, en la preponderancia de la increíble cantidad de historiografía que se estaba generando en torno a la historia social de la clase trabajadora, en que las preocupaciones de los historiadores sociales pertenecían a ésta última, a la resistencia y no a la dominación. Había muchas excepciones, por supuesto, pero el sentimiento general era que los historiadores sociales preferían comenzar justo a partir de los límites de la «hegemonía».

Utilizando el ejemplo del Partido Socialdemócrata alemán, uno de los mayores y más prestigiosos movimientos obreros de la Europa anterior a 1914, argumentamos que las historias institucionales del trabajo —los estudios de partidos y sindicatos— deberían considerarse uno de los espacios clave para la producción del *consentimiento* obrero. Proporcionaron los contextos, es decir, los espacios en los que la lógica y el potencial de la conformidad, la oposición, la aquiescencia, la independencia, la asimilación, la resistencia, la indiferencia, la rabia, la gratitud, la deferencia y el rechazo directo y malintencionado podían traducirse de la cotidianidad de la experiencia a la acción política factible, ya

fuera con fines locales o nacionales. Al decir esto, desde luego, no estábamos rechazando la historia social de ninguna manera, ni mucho menos retornando a los enfoques organizacionales anteriores, sino haciendo un alegato en favor de nuevas formas de mantener a la historia social y política juntas. De hecho, pensábamos que algunas de las nuevas tendencias, como *Alltagsgeschichte* en Alemania (la historia de la vida cotidiana), iban en esa dirección, permitiendo evitar algunos de los escollos previos.²⁰ Pero, al mismo tiempo, también pensábamos que una recesión curiosa del interés por el Partido Socialdemócrata Alemán —o más en concreto, un escepticismo creciente entre los historiadores sociales sobre el grado en que ese partido se las había arreglado para alojarse en las vidas cotidianas de la clase obrera— estaba desplazando eficazmente del escenario un elemento central de la cultura política obrera.

En la década de los setenta, los historiadores sociales tendían a eludir la importancia del Partido Socialdemócrata alemán: o lo veían como una formación política cada vez más burocratizada, prácticamente desplazada de la vida de la clase obrera corriente (la crítica más izquierdista); o, si no, sus afiliaciones marxistas y su retórica socialista se trataban como poses formulables y ritualizadas del mismo modo desconectadas de la auténtica cultura de la clase obrera (la lectura más «realista» del revolucionismo formal del Partido Socialdemócrata alemán). Desde luego, este sistema de distinciones que desligaban al Partido Socialdemócrata alemán de la propia clase obrera se había convertido en un tropo recurrente en la historiografía. Pero si tenemos que comprender la capacidad de conformarse y oponerse de la cultura de la clase obrera alemana antes de 1914, las instituciones formales del movimiento obrero tienen, sin duda, que formar parte de la investigación. No se debe prescindir de la historia del Partido Socialdemócrata alemán. Al contrario, en vez de dudar de la importancia de

²⁰ Verdaderamente no entendemos como Louise Tilly pudo haber leído nuestro artículo de 1980 como un ataque a *Alltagsgeschichte* («un mirada simplista pero admonitoria a los primeros pasos de los jóvenes historiadores sociales alemanes hacia el planteamiento de “la vida cotidiana”») o una especie de huelga preventiva. Al contrario, nuestra defensa de *Alltagsgeschichte* a lo largo de tantos años habla por sí misma. Véase, por ejemplo, Geoff Eley, «Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday—A New Direction for German Social History?», *Journal of Modern History* 61, n.º 2, 1989, pp. 297-343; Eley, «Foreword», en Alf Lüdtke (ed.), *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experience and Ways of Life*, Princeton University Press, Princeton, 1995, pp. VII-XIII, que fue la primera traducción programática de obras alemanas. En *Social History*, también intentamos exponer este trabajo en sus comienzos. Véase el número especial alemán, que incluye artículos de Alf Lüdtke, «The role of State Violence in the Period of Transition to Industrial Capitalism: The Example of Prussia from 1815 to 1848», y Dieter Groh, «Base-Processes and the Problem of Organization: Outline of a General History Research Project», *Social History* 4, mayo 1979, pp. 175-221, 265-283. La descripción de Tilly ignoraba los objetivos principales del artículo, que planteaba la relación entre la historia social y la política en el amplio frente de la historia social británica y alemana. Véase Louise A. Tilly, «History's Noncrisis», *International Labor and Working-Class History* 46, otoño 1994, p. 87.

éste en la experiencia de la clase obrera corriente, deberíamos estar explorando justo de qué formas complejas enraizó o no allí.

En otras palabras, estábamos intentando crear un espacio para el análisis político, en el sentido más amplio que se le puede dar a lo «político», por la política del conocimiento de 1968. Nos preocupaba que la política se ahogara en la cultura por medio de versiones simplificadas de las ideas de Gramsci, que convertían la «hegemonía» en un nombre con el que referirse al final de la contestación cultural en un sentido social totalitario. Es decir, pensábamos que la estabilidad del capitalismo y de sus relaciones de dominación se estaban conceptualizando demasiado fácilmente por medio de un modelo sobregeneralizado de consenso en toda la sociedad, lo que implicaba una cultura dominante que lo abarcaba todo, para la que los vocabularios «gramscianos» de la hegemonía se ofrecían entonces como la llave maestra. Las historias sociales de la clase trabajadora que se han ido acumulando desde que publicamos originalmente nuestro artículo han proporcionado un abanico de trabajos nuevos a lo largo y ancho de las historiografías nacionales, cuya riqueza y sutileza forman la mejor clase de retorno a nuestra queja de 1980. Pero, en nuestra opinión, el mundo institucional de la política —al que pertenecen los aparatos del Estado, las acciones civiles, los partidos, los clubes y todo tipo de organizaciones— sigue sin recibir ninguna atención.²¹

¿Cuál es la respuesta? En un artículo importante publicado en 1994, Ira Katznelson animaba a los historiadores sociales a volver precisamente a la historia política, es decir, al estudio institucional del Gobierno, de los partidos, de la ley. Invocando nuestro propio artículo de 1980, decía:

²¹ La bibliografía de ilustraciones posibles es obviamente mucho mayor de lo que podemos citar aquí, pero podría incluir las siguientes. En Estados Unidos: Lizbeth Cohen, *Making a New Deal: Industrial Workers in Chicago, 1919-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; Gary Gerstle, *Working-Class Americanism: The Politics of Labor in a Textile City, 1914-1960*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989; Earl Lewis, *In Their Own Interests: Race, Class, and Power in Twentieth-Century Norfolk, Virginia*, University of California Press, Berkeley, 1990; Thomas Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*, Princeton, Princeton University Press, 1996. En la historia soviética: Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, University of California Press, Berkeley, 1995. En la historia británica: Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: The Making of the British Working Class, 1780-1850*, University of California Press, Berkeley, 1995; Robert Gray, *The Factory Question and Industrial England, 1830-1860*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. En la historia alemana, la lista puede ir desde Mary Nolan, *Social Democracy and Society: Working-Class Radicalism in Düsseldorf, 1890-1920*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, Eve Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1919-1933*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, y Adelheid von Sader, *Auf dem Wege zum Arbeiter-Reformismus: Perteilaltag in Sozialdemokratischer Provinz Göttingen (1870-1920)*, Campus, Frankfurt am Main, 1984, hasta Canning, *Languages of Labor*, Thomas Lindenberger, *Strassenpolitik: Zur Sozialgeschichte der öffentlichen Ordnung in Berlin 1900 bis 1914*, Dietz Verlag, Bonn, 1995, y Anthony McElligott, *Contested City: Municipal Politics and the Rise of Nazism in Altona, 1917-1937*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998.

La fractura que divide a la historia social de la política no sólo hacía imposible el análisis del espacio entre el Estado y la sociedad civil, sino que también nos impedía entender la constitución mutua de las instituciones y la cultura, de la organización y la ideología.²²

Hasta ahí, todo bien. Pero no estamos de acuerdo con algunas conclusiones básicas de la, por otra parte, inteligente reflexión de Katznelson. Apoyamos su deseo de evitar binarismos de elección epistemológica —es decir, entre «todo tipo de versiones marxistas de causalidad lineal que parte de la base material a las construcciones superestructurales secundarias y, por otro lado, la completa eliminación del dualismo estructura/acción»—. También nos gusta la idea de mantener estos dos enfoques en tensión creativa para poder explorar cómo se combinan la «plasticidad de la identidad» y las formas institucionales de hacer política.²³ Pero al convertir lo institucional en categóricamente separable como objeto de investigación y luego intentar corregir su rechazo por medio de estudios independientes de la esfera institucional, Katznelson planteó este problema sólo a expensas de una nueva ruptura. Es más, sus recomendaciones positivas confirman nuestro escepticismo, porque ninguno de sus ejemplos favoritos, el trabajo de Henry Pelling y la colección editada por Eugenio Biagini y Alastair Reid, basaron sus históricas políticas en la densidad de la historia social que nosotros tenemos en mente.²⁴

Como dijo Katznelson, la obra de Pelling reflejaba «el intento de entender cómo el movimiento obrero en Gran Bretaña, en todos sus aspectos, ha forjado lazos institucionalizados de representación, influencia y negociación con el Estado dentro de un marco analítico ampliamente liberal de derechos y ciudadanía».²⁵ Pero el trabajo de Pelling mantenía escasa relación con la vasta historiografía sobre la formación de clase generada durante las décadas ante-

²² Ira Katznelson, «The "Bourgeois" Dimension: A Provocation about Institutions, Politics, and the Future of Labor History», *International Labor and Working-Class History* 46, otoño 1994, p. 18.

²³ *Ibid.*, p. 9

²⁴ Véase Eugenio F. Biagini y Alastair Reid (eds.), *Currents of Radicalism: Popular Radicalism, Organized Labour, and Party Politics in Britain, 1850-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991. El único estudio monográfico de Pelling con algo de densidad empírica (no como una serie de historias del Partido Laborista a menudo cortas, del Partido Comunista británico, de los sindicatos, de los gobiernos laboristas de 1945-1951 y de Gran Bretaña en la II Guerra Mundial) fue su primer libro, *Origins of the Labour Party, 1880-1900*, Macmillan, Londres, 1954.

²⁵ Katznelson, «The "Bourgeois" Dimension», p. 21. Sin embargo, teniendo en cuenta la relativa delgadez de la obra de Pelling, independientemente de *Origins* y del libro de referencia *Social Geography of British Elections, 1885-1910*, Macmillan, Londres, 1967, su hostilidad hacia la teoría, y su indiferencia hacia los contextos sociales, la alabanza de Katznelson parecen absurdamente excesivas: «Hoy, dentro de la historia del trabajo, no existe un sólo conjunto de obras tan completas como las de Pelling que se tomen en serio un planteamiento relacional de los vínculos entre el Estado y las clase trabajadora a través de un análisis de sus instituciones desde un punto de vista más amplio».

teriores en Gran Bretaña, con su localización intensiva de comercio y culturas ocupacionales, geografía industrial y estudios comunitarios.²⁶ Incluso más concretamente, Pelling no hacía ningún esfuerzo por relacionar el surgimiento del trabajo ni con las desiguales historias sobre la formación de clase, ni con las inestables y fluctuantes construcciones de la identidad social, por no mencionar las interrelaciones dinámicas entre ambas. Su trabajo seguía siendo profundamente ajeno a cualquier cosa que se pareciera al análisis de género y, eso sólo, teniendo en cuenta la centralidad de las relaciones de género para nuestra comprensión de los «lazos de representación, influencia y negociación con el Estado» que Katznelson describía, pone en serias dudas la obra de Pelling como modelo.

De la misma manera, el volumen Biagini-Reid reunía un excelente conjunto de obras sobre la arquitectura de la política parlamentaria poscartista, basando sus ideas sobre la cultura pública liberal en una serie de estudios locales, algunos de los cuales profundizaron en temas concretos, carreras y localidades para su análisis del discurso político popular. Pero ese trabajo también abrió una polémica *contra* la historia social establecida, insistiendo en que ese lenguaje público proporcionaba la mejor clave de las fidelidades y el comportamiento político de la clase trabajadora, por oposición a los tipos de fundamentación materialista de la política popular que han preferido los historiadores sociales. «Las ideas importan», decía Biagini, porque el «comportamiento de la gente está profundamente influenciado por lo que piensan y, especialmente, por aquello en lo que creen firmemente». Por lo tanto, la fuerza que dotaba de cohesión a los movimientos políticos (en el caso de Biagini, el liberalismo gladstoniano) eran «los valores compartidos por activistas, electores y partidarios en general», y no «los intereses materiales de los grupos sociales a los que pertenecían».

La política, por lo tanto, no tenía la función de proporcionar cambios legislativos favorables para los grupos con conciencia de clase: más bien proporcionaba una identidad colectiva a los grupos cuyos intereses sociales y materiales no llevaban por sí mismos a una conciencia de clase importante.²⁷

Al liberar la cuestión política de las causalidades deterministas de la explicación social, este párrafo repetía el básico giro antirreduccionista de las pasadas dos décadas, cuyos orígenes en el caso británico se retrotraen hasta los primeros debates posmarxistas relacionados con Ernest Laclau y Chantal

²⁶ Incluso una lista extensa de referencias seguiría siendo ridículamente significativa de la bibliografía potencial sobre el tema. Una comienzo podría ser Neville Kirk, «"Traditional" Working-Class Culture and "the Rise of Labour": Some Preliminary Questions and Observations», *Social History* 16, mayo 1991, pp. 203-216, que contiene un resumen crítico de la bibliografía reciente de entonces.

²⁷ Eugenio F. Biagini, *Liberty, Retrenchment, and Reform: Popular Liberalism in the Age of Gladstone, 1860-1880*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 2.

Mouffe, y luego con los artículos de Stedman Jones.²⁸ Nosotros también compartimos este compromiso básico. Pero, llegados a este punto, necesitamos hacer algunas distinciones. Primero, el planteamiento de Biagini-Reid enmarcaba una tesis en torno a las amplias continuidades del radicalismo británico desde principios del siglo XIX hasta el Partido Laborista del siglo XX, que sigue siendo enormemente discutible y problemático. Segundo, presuponía una lectura general de la política victoriana «basada en el estatus y la cultura, y no tanto en la clase», lo que no se llegaba a explicar; mientras que los «hechos» estructurales de la clase y el estatus a la hora de extraer patrones aplicables a la vida social (en comunidades residenciales, en la producción, en el acceso a los bienes sociales, en la distribución general de las desigualdades sociales, etc.) simplemente jugaban un papel analítico secundario.²⁹ Tercero, una historiografía completa —denominada marxista, pero que incluía tanto las diversidades de ésta como otras historias sociales no marxistas— se desechó por «reduccionista», lo que es, por lo menos, dudoso, y que, inevitablemente, impidió el debate de antemano. Cuarto, no quedaba nada claro por qué defender la autonomía de la historia política —en este caso relacionada con el lenguaje político público— significaba dejar completamente entre paréntesis el análisis social, e incluso, en los casos más extremistas, el rechazo de la explicación social.³⁰

Queremos romper esta lógica de la renuncia. En nuestra opinión, el objetivo de pensar de forma no reduccionista —desde cuestionar la soberanía de lo social

²⁸ Estamos pensando en Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Verso, Londres, 1977; Stuart Hall, «Notes on Deconstructions "the Popular"», en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge, Londres, 1981, pp. 227-240, y los artículos en Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Verso, Londres, 1988, especialmente pp. 123-173; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 1985; y los artículos en Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1882*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

²⁹ El argumento de que el estatus y la cultura son los referentes de la política de finales del siglo XIX viene del clásico artículo de Peter F. Clarke, «Electoral Sociology of Modern Britain», *History* 7, 1972, pp. 31-55. Véase también su *Lancashire and the New Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

³⁰ Gareth Stedman Jones, «Anglo-Marxism, Neo-Marxism and the Discursive Approach to History», en Alf Lüdtke (ed.), *Was Bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Wallstein Verlag, Göttingen, 1997, parece estarse desplazando en esta dirección. Debates más mesurados sobre el enlace entre «lo social» y «lo político», por el bien de una historia social de la política en Rohan McWilliam, *Popular Politics in Nineteenth-Century England*, Routledge, Londres, 1998; James Epstein, *Radical Expression, Political Language, Ritual, and Symbol in England, 1790-1850*, Nueva York, Oxford University Press, 1994; James Vernon (ed.), *Re-Reading the Constitution: New Narratives in the Political History of England's Long Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. El estudio más cuidadoso y estimulante producido desde dentro del nuevo escepticismo revisionista sobre la relación entre la «política» y la «clase» en Jon Lawrence, *Speaking for the People: Party, Language, and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

y reconocer el «carácter discursivo de todas las prácticas» hasta entender la autonomía de la política y sus efectos— no supone necesariamente renunciar al intento de hacer una historia social tan ambiciosa como la de los años sesenta.³¹ Del mismo modo, «reconocer que la política sucede sólo y exclusivamente dentro del discurso» como axioma interpretativo fundamental, con todos los efectos metodológicos que le acompañan, eso no significa que debamos dejar de hacer historia social tal y como la entendemos —como se hace en el trabajo, por ejemplo, de Anna Clark, Elizabeth Cohen, Robin Kelley, Stephen Kotkin o Kathleen Canning—, aunque los defensores del planteamiento discursivo a veces parecen estar sugiriendo que sí deberíamos dejar de hacerla.³² Es más, queremos reafirmar el valor del trabajo que todavía producen los historiadores sociales, algunos de los cuales hemos ido citando, que proporcionan planteamientos mucho más sofisticados del análisis político de lo que los críticos como Joyce, Stedman Jones o Biagini y Reid admiten. Como escribió Robbie Gray en respuesta al volumen de Biagini-Reid:

El mejor trabajo sobre la clase ha partido de un fuerte sentido de la complejidad, a veces de relaciones tensas entre situaciones de clase diversas y desiguales, así como de la construcción frágil y contingente de mayores intereses e identidades de clase.³³

ESCRIBIR LA HISTORIA DE LA CLASE OBRERA AHORA

Con esta reflexión, lo que estamos intentando es escapar de la polémica que ha interrumpido y desfigurado la conversación entre los historiadores que han estado interesados en la clase trabajadora a lo largo de las últimas dos décadas.³⁴ Nos ha estimulado la apertura de nuevas perspectivas teóricas, en

³¹ Por el contrario, tanto la importancia que Karznelson le da a las formas institucionalizadas de hacer política, como la defensa «posmodernista» de Joyce o algunas declaraciones recientes de Stedman Jones, parecen invitarnos a seguir ese camino. En concreto, Karznelson recomendando como modelos los exponentes de una historia política (Biagini y Reid) que parecen rechazar la explicación histórica social en sí misma.

³² Stedman Jones, «Anglo-Marxism», p. 205.

³³ Robert Gray, «Class, Politics, and Historical "Revisionism"», *Social History* 19, mayo 1994, p. 211.

³⁴ Los picos de mayor intensidad resultarán familiares. Entre ellos se encuentran los conflictos británicos de finales de los años setenta, encabezados por la diatriba antialthusseriana de Edward Thompson *The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin, Londres, 1978, y leído de forma memorable en el Ruskin History Workshop en diciembre de 1979; los debates sobre Stedman Jones, *Languages of Class*; las reacciones a la teorización postestructuralista de Joan Scott de la historia del género, representados en su forma más irascible por el libro de Bryan Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Temple University Press, Philadelphia, 1990, y, más recientemente, las hostilidades en torno a la defensa de Patrick Joyce del posmodernismo.

concreto las que han complicado antiguas interpretaciones —que fueron obstinadamente resistentes a la crítica— sobre la relación entre «lo social» y «lo político», tal y como hemos ido contando. Nos ha inspirado el giro lingüístico, gracias al cual se radicalizó tanto el múltiple reduccionismo de marxistas, feministas y de los pioneros estudios culturales de los años setenta. La condición de la posmodernidad ha supuesto un reto y aceptamos muchas de las tesis sobre las transformaciones actuales del capitalismo articulado en torno a la globalización, el transnacionalismo y la transición posfordista.

Aceptamos que la reconfiguración de las identidades y los cambiantes términos de la afiliación política, que han ido disgregando a los ciudadanos de tradicionales y anteriormente seguros posicionamientos sociales, son el punto de partida inevitable a la hora de pensar sobre la política a principios del siglo XXI —en concreto, dentro de las tradiciones de la izquierda y de su énfasis en la acción colectiva de los movimientos sociales, de su decidida búsqueda de medidas democráticas socialmente organizadas, de sus luchas por una distribución más equitativa del producto social y por su capacidad para imaginar en la práctica modalidades de cambio social global—. En medio de todo esto, son sin duda alguna bienvenidas las críticas a la explicación social y los necesarios debates abiertos por Joyce, Stedman Jones y Scott, entre otros, que evidenciaron lo problemática que resulta la soberanía de lo social.

Sin querer exagerar la influencia del marxismo como tal, pensamos que algunos supuestos *materialistas* clásicos, a veces derivados del marxismo, pero probablemente otras muchas veces no, proporcionaron el fundamento comúnmente aceptado de las nuevas historias sociales de los años sesenta y setenta. Entre ellas se incluían concepciones fuertes de la causalidad social, de la determinación social y de la totalidad social; la prioridad analítica del contexto social si queremos entender la política y la ideología de cualquier sociedad; y el valor fundacional de la explicación social para las ideas de estabilidad y cambio histórico. Dentro de esta historia intelectual, la «clase» tendía a servir de categoría maestra generalmente aceptada. Su fuerza dentro de la historia del trabajo en concreto era su utilidad totalizadora. No sólo proporcionaba una herramienta con la que organizar el análisis del mundo social, sino que también contenía significado y acción políticos. En ese sentido, proporcionaba un marco analítico extraordinariamente flexible.

Cuando la historia del trabajo fue creciendo después de los sesenta se encontró con tres tipos de compromisos políticos. Exploraba procesos institucionales y sus formas coyunturales para, más tarde, extenderlas desde los partidos y el Estado hasta las formas de poder que operaban de espaldas a la gente, lo que no había sido accesible a los estudios sobre la experiencia, la acción o la conciencia de estilo thompsoniano.³⁵ Estimuló el vínculo del trabajo histórico

³⁵ En este sentido recomendaríamos la crítica de Richard Johnson tanto al estructuralismo como al culturalismo (y la larga reformulación de la ideología, la subjetividad y la identidad asociada a Stuart Hall y al Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies),

con el más amplio proyecto de hacer un mundo mejor —por ejemplo, recuperando incidentes y momentos de lucha de clases que enfatizaban las continuidades entre el pasado y el presente, haciendo que las historias sociales y culturales se convirtieran en un puente hacia las transformaciones actuales—. Y estimuló el desenterramiento de relatos «ocultos a la historia», como medio tanto de enriquecer el análisis histórico como de proporcionar conscientemente explicaciones generativas diseñadas para inspirar un proyecto político al atacar los relatos excluyentes de la historiografía convencional. Pero si pensamos en la relación con la política de cada una de estas tres formas de historia del trabajo tres décadas más tarde —ese espacio institucional de la política y de la esfera pública, la mejora del mundo actual, la producción de contrarrelatos dentro de la revalorización de las identidades subordinadas— resulta enseguida evidente que los metarrelatos estructurales sobre los que se desarrolla la clase ya no pueden desempeñar el mismo papel que antes.

Entre los historiadores, la antigua creencia en que las acciones de la gente se explican mejor por su situación social, por sus identidades sociológicas y por su pertenencia a categorías sociales «objetivas» como la clase, entendida en términos socio-estructurales o simplemente materialistas, ha quedado muy dañada. Del mismo modo, ahora se admite ampliamente la réplica de la crítica a la que dio lugar, que mantenía que las categorías básicas de la interpretación social moderna no son las «realidades objetivas» que tan a menudo se han dado por sentado, sino que, por el contrario, éstas se construyen históricamente. Desde nuestro escepticismo actual sobre la clase, podemos apreciar mejor las problemáticas implicaciones de convertirla en una categoría de análisis trans-histórica para las sociedades capitalistas industriales en general, cuya lógica de desarrollo tenía un sentido claro y cuyos efectos en la política y la cultura se entendían de forma transparente. Por ejemplo, ahora podemos comprender mejor las raíces históricas de la tradición política socialista en una época concreta y sus condiciones —de qué manera, como acción política de clase con demandas más amplias y convincentes para el liderazgo nacional, se sostuvo gracias a ciertas contingencias concretas y finitas, aunque a gran escala, de la historia—. Esas historias abarcaban una constelación de entornos urbanos e industriales con sus consiguientes estructuras sociales, a menudo demarcados geográfica, residencial y visualmente en contra del resto de la sociedad, apoyando culturas trabajadoras independientes y modeladas por relaciones de gobierno evidentemente locales y centrales. En las partes industrializadas de la Europa capitalista, la formación de mundos proletarios peculiares, entre los años ochenta del siglo XIX y la década de los veinte del siguiente siglo, permi-

el *Languages of Class* de Stedman Jones, la apropiación de Scott del postestructuralismo como los tres momentos más importantes de esta trayectoria. Además de estas referencias véase también especialmente, Joan W. Scott, «The Experience of Experience», en Terrence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, pp. 379-406.

tió que cristalizaran solidaridades culturales y organizativas, que se pudieron articular con éxito en programas de partidos socialistas y comunistas durante el período de entreguerras, y cuya eficacia política duró hasta bien entrados los años sesenta e incluso más tarde.

Historizada así, la política de clase puede verse como un repertorio de lenguajes que sirven para organizar el mundo social localizado históricamente de forma concreta; unos lenguajes de gran éxito en la vida política de las sociedades capitalistas durante un largo período, desde la década de los ochenta del siglo XIX hasta los años sesenta del XX. Pero ésta mantuvo una relación mucho más variable, contingente y cuestionada con las historias sociales que solíamos pensar que llevaban la voz cantante. Pensamos que, una vez contextualizada, la política de clase es mucho más accesible al análisis discursivo. Pero hasta el momento, desgraciadamente, la posibilidad de este último sólo la han proporcionado polemistas de uno y otro extremo, polarizando las elecciones posibles. Por lo tanto, el «planteamiento discursivo de la historia» puede llevarse a cabo como respuesta sofisticada y necesaria a las consecuencias devastadoras de la crítica epistemológica, o, si no, debe dejarse completamente arrinconado, rechazarse como si sus practicantes fuesen teóricos autoindulgentes e inevitablemente desplazados del estudio empírico de las sociedades que realmente existen. Por su parte, la alternativa «realista», o se celebraba como epítome fundamentado y seguro de la mejor historia, o se desacreditaba por su «rumbo determinista», por su ingenua dependencia en soluciones pasadas de moda enredadas en el conservadurismo empirista.

En contra de estos absolutismos, por el bien del diálogo y la colaboración, queremos proponer un pragmatismo de buena fe. Por una parte, esos historiadores sociales que todavía están comprometidos con el planteamiento analítico que gira en torno a la clase podrían reconocer —aunque sólo fuese desde el punto de vista estratégico y temporalmente— las dificultades intratables, tanto metodológica como teóricamente, de analizar la política de la clase trabajadora como expresión de un interés de clase de carácter económico y de una posición socio-estructural. Por otra parte, los defensores del «posmodernismo» o de la «historia discursiva» podrían reconocer lo fructífero de las historias sociales actuales, aunque sólo fuera para generar los cuidadosos estudios fundamentados en los archivos que todavía necesitan para poder «hablar». Algún tipo de descanso de este estilo para respirar, o para dejar de desconfiar unos de otros, podría ralentizar la velocidad a la que cada vez más cantidad de historiadores tratan la historia social como un conjunto de prácticas pasadas de moda de las que hay que desvincularse. Porque, en los recientes debates más polémicos, ha existido el peligro de desconectar a las ricas y detalladas historias sociales de la clase de la propia explicación del cambio político para el que estaban diseñadas. Seguro que existen caminos para que estos dos marcos analíticos diferenciados y supuestamente antagónicos —el de los historiadores sociales que se agarran a la clase y el de los historiadores «culturalistas» o «discursivos» que insisten en la primacía del lenguaje— vuelvan a establecer un diálogo.

Teniendo en cuenta el acertijo del que vienen estos desacuerdos —el de intentar aplicar una unidad intersubjetiva a una categoría social, especialmente una tan dividida por diferencias internas y fragmentos— puede ayudar la posibilidad de ver la formación de clase, tanto como si fuera un *postulado* cultural y político como si descansara en hechos sociales demostrables. Podríamos plantearnos la clase no tanto como una topografía observable o preexistente de diferencias sociales distribuidas estructuralmente, sino más bien como un conjunto de demandas emergentes sobre cómo se comprendería mejor el mundo social. En ese sentido, la clase entró en la historia como defensa de una forma particular de pensar sobre la identidad social, y no simplemente como un proceso que crea nuevas posiciones sociales definidas en relación con los medios de producción o algún otro conjunto de criterios objetivos o estructurales. Llegados a este punto de desacuerdos entre historiadores, creemos que la clase, entendida discursivamente, ha proporcionado un punto de partida mejor para el estudio de la formación de clase de lo que lo han hecho los clásicos de la economía o la estructura social. Porque fue en términos discursivos en los que se definió un nuevo colectivo operativo de gran atractivo estimulante y presencia interpelante en la vida social, en la práctica cultural y en la política —es decir, la clase en sus formas actualmente disponibles: la que llegó a incluirse, la que formó las fronteras, la que sentó el tono y la que se ganó el reconocimiento de su voz.

Seamos claros: éste sería un punto de partida conceptual y no una decisión *en favor* de cierto tipo de historia o fuentes y *en contra* de otra. Ni la historia económica ni la social podrían de ninguna manera dejar de estudiarse. La composición del capital, la acumulación de regímenes, los mercados de trabajo, las tecnologías de la cualificación, las divisiones del trabajo, las relaciones laborales, los sistemas salariales y los aprendizajes seguirían siendo tan importantes como siempre, así como lo serían los barrios y las comunidades, las familias y los hogares, las relaciones personales y las sexualidades, el deporte y el ocio, etc. Pero los lenguajes de clase estaban irremediabilmente imbuidos en todas estas cosas. También estaban inscritos en las prácticas y culturas de la vida cotidiana, así como en las codificaciones y declaraciones oficiales de las organizaciones, la literatura, la prensa y cualquier otro tipo de discurso público. Por tanto, el *discurso de la clase*, la insistencia en que la clase formó la realidad organizativa de las emergentes sociedades capitalistas, junto con el crecimiento de prácticas concretas y organizaciones en torno a esa insistencia, como los sindicatos y los partidos socialistas, constituyeron esas historias sociales desde el comienzo. En otras palabras, la historia de la clase era inseparable de la historia de la categoría. La clase surgió históricamente como un conjunto de demandas discursivas sobre el mundo social que intentaba reordenar ese mundo en sus propios términos.

Este *movimiento discursivo* —de la asunción de un realidad objetiva de clase al estudio sobre cómo llegó a formarse la categoría «clase», utilizando todos los programas y métodos de la historia social, junto con las nuevas explicaciones culturales e intelectuales— puede ser extraordinariamente fructífero. Libera

el análisis de la teología de una conciencia de clase pensada para inscribirse en la lógica direccional basada en el interés de las experiencias colectivas de clase. También nos libera de la necesidad de coartadas —de la búsqueda de explicaciones especiales cuando las versiones idealizadas de la conciencia de clase no llegan a surgir—. En vez de considerar que los intereses de clase son un hecho estructural y la base compartida sobre la que articular la acción colectiva, por ejemplo, podríamos tratar la idea de «intereses» misma como un problema, como el efecto discursivo de historias complejas que primero tienen que situarse y explorarse. En vez de preguntar qué intereses de clase trabajadora se reflejaban en qué organizaciones y formas de acción (una de las problemáticas clásicas de la historia del trabajo), podríamos examinar cómo prácticas e instituciones concretas estimularon o dificultaron la construcción del interés de clase trabajadora. La transmisión entre interés y acción fue compleja y de ida y vuelta. Como campo discursivo, los intereses de clase obrera no podían reducirse a ninguna contradicción única primordial o esencial entre capital y trabajo. Lejos de deberse a una contradicción estructuralmente constitutiva del surgimiento de un movimiento obrero de forma directa o necesaria, los movimientos obreros, de hecho, se formaron en el campo de fuerzas entre las condiciones emergentes y su cada vez más intensa articulación discursiva.

Esto nos lleva de vuelta a las *pluralidades* del lenguaje —a las muchas y diferentes fuerzas que actúan sobre y a través de las vidas de la gente trabajadora, al rumor de la interpelación, que les permite reconocerse de diversas formas posibles—. Estas cualidades indeterminadas de la identidad obrera, su flexibilidad, nos recuerdan a los silencios y exclusiones que los atractivos de la clase siempre han contenido. Cómo nos vemos como base para la acción, cómo se nos apela como tipos concretos de públicos, no es algo fijo. Nos reconocemos de muchas formas —como ciudadanos, como trabajadores, como consumidores, como compañeros, como amantes y seres sexuales, como entusiastas de los deportes y de los *hobbies*, como públicos musicales y cinéfilos, como creyentes religiosos y de otros credos, como generaciones, como objetos vigilados, como sujetos de raza y nación, etc.—. Esos reconocimientos se estructuran por medio de las relaciones de poder y diferentes tipos. Están atravesados por supuestos de género que nos identifican como mujeres u hombres.

A cierto nivel, esta observación no debería crear especial controversia. El carácter fragmentario, complejo y no fijo de las identidades o de las posiciones subjetivas no sólo se ha convertido en un lugar común a la hora de hablar de las identidades actuales, sino que también cuenta con la aprobación de tradiciones anteriores de la teoría social. Pero la política normalmente se lleva a cabo *como si* las identidades se pudieran considerar estables y fijas. La cuestión operativa por lo tanto es: ¿cómo se asienta y solidifica una identidad; cómo se opera sobre ella; cómo adquiere continuidad a lo largo del tiempo; cómo llega a adquirir formas concentradas, resolutas o razonablemente fiables? ¿Cómo empiezan a fundirse ciertas formas de identidad en formas más generalizadas y presupuestas de autorreconocimiento colectivo mientras que otras no prosperan ni se

asimilan? Es decir, ¿cómo se produce la *acción*? ¿En qué condiciones, lugar y épocas concretos se puede fijar provisionalmente una identidad que no es fija, de forma que los individuos y grupos puedan pensar en sí mismos y comportarse como un *tipo* concreto de acción colectiva, ya sea política o de otra clase? ¿Cómo se convierte la gente —en este caso los trabajadores— en sujetos activos, entendiéndose a sí mismos de forma posible o justificada?³⁶

La política es el esfuerzo por domesticar la infinitud de la identidad.³⁷ Es el intento de hegemonizar la identidad, de «ordenarla» en una dirección programática fuerte. Si la identidad debe considerarse descentrada, entonces la política se convierte precisamente en el proceso de intentar *crear un centro*. Además, esta búsqueda de coherencia, de producir consistencia y sensación de estar completa, en cualquier modalidad concreta pero, sobre todo, a través de un partido político y otra interpelación programática, a menudo de forma simplificada y tranquilizadora, conlleva un proceso semejante para la «sociedad». O, para ser más precisos, requiere trabajar en los referentes sociales de la identidad, en los sistemas de significados y representaciones a través de los cuales la gente organiza su relación con el mundo material, a través del cual gestionan su relación con las condiciones sociales e históricas de sus vidas. La política funciona sobre este campo imaginario buscándole un sentido estable y unitario de las agregaciones fragmentarias, divididas y antagónicas de las relaciones sociales y de los espacios sociales que llamamos sociedad. De nuevo, esto es lo que tiene que suceder antes de que los individuos y los grupos puedan organizar sus múltiples y complejas relaciones con el mundo a través de una identidad política centrada y fuerte capaz de estimular la acción. Para que suceda una acción colectiva de este estilo, la sociedad misma tiene que imaginarse, tiene que visualizarse como el lugar al que está destinada la identidad, como eso en cuyo nombre se puede hacer.

POR LO TANTO, ¿QUÉ NOS PERMITE LA CLASE?

El poder de la tradición política socialista era su capacidad de unificar y armonizar las identidades públicas en una idea fuertemente centralizada de la clase trabajadora —es decir, de construir la acción política popular en torno al discurso de clase de todas las formas materialistas clásicas (atravesadas por el género, por la cualificación, la nacionalidad, y la industrialización)—. Esto funcionó con mayor éxito entre la fundación de los partidos socialistas a finales del siglo XIX y el surgimiento del fascismo en los años treinta del siglo XX, a la

³⁶ Una buena guía a lo largo de la teorización de la identidad en el ahora clásico ya artículo de Linda Alcoff, «Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory», en Dirks, Eley y Ortner (eds.), *Culture/Power/History*, pp. 96-122.

³⁷ Esta formulación se debe a Ernesto Laclau, «The Impossibility of Society», en Laclau, *New Reflections of the Revolution of Our Time*, Verso, Londres, 1990, pp. 89-92.

que le sucedió otra fase durante la década de los cuarenta, en la que socialistas y comunistas se unieron en mayores coaliciones de izquierdas, conectando la acción política de clase con demandas democráticas más amplias. Pero, independientemente de la época y el lugar, los partidos socialistas siempre contaron con una sociología mucho más rica de lo que una simple lectura política de clase tendía a suponer, ya fueran sus afiliados, sus votantes, sus prácticas o sus demandas. Se dirigían a los trabajadores, aunque fuera en definiciones muy restringidas de forma muy desigual. También integraron secciones mucho mayores del pueblo en torno a un núcleo obrero masculino, cualificado, religioso y étnico, cumplieran o no los criterios asociados a la clase obrera, como mujeres, trabajadores no cualificados, nacionalidades minoritarias, o incluso, aunque no formaran parte de la clase obrera, como intelectuales disidentes, sectores de profesionales, clérigos y otras capas de cuello blanco, o tenderos entre otros pequeños comerciantes de los barrios obreros. Los partidos socialistas desarrollaron su presencia pública a lo largo y ancho de una gran diversidad de cuestiones y campos institucionales que *no* estaban relacionados con la clase, funcionando tanto con la retórica pública de la ciudadanía democrática, la justicia social y el igualitarismo, como con los lenguajes del socialismo mismo.³⁸

Pero, pese a este eclecticismo en la práctica, el programa socialista continuaba girando en torno a la noción de clase de forma muy clara. Las fidelidades implícitas de las tradiciones socialistas estaban profundamente basadas en la conciencia de clase —las prioridades de las campañas electorales, la sintaxis de los manifiestos oficiales o el sentido común retórico de los militantes—. Pero concentrar toda su noción de identidad de esa forma también tenía sus costes. Estimulaba cierta reducción *hacia* la clase. Conllevaba silencios, exclusiones y rechazos. Ensalzar a la clase obrera suponía denigrar y descartar a otras —expresando hostilidad no sólo hacia otras clases, sino hacia otras categorías de *trabajadores* también—. Marcaba la distancia con cualquier otro trabajador que no perteneciera a la organización de los partidos, de los sindicatos y de la más amplia maquinaria subcultural en torno a la afiliación socialista —matones y gente no respetable, criminales, frívolos, transgresores sexuales, devotos religiosos, miembros de etnias diferentes y, por supuesto, todo lo femenino en cualquiera de sus posibles encarnaciones—. Elementos de cultura y subjetividad también se desposeyeron del mismo modo —es decir, cualquier aspecto de la identidad que no fuera fácilmente disciplinable en una noción de acción política de clase muy centrada—. Fue crucial que el desdén socialista por este tipo de espacio político —el espacio de esas «otras» identidades— favoreciera la aparición de argumentos de persuasión y afiliación contrarios que venían del Estado, de rivales políticos, de las iglesias, del entretenimiento comercial, etc. A veces, ese espacio de rechazo se amplió formando un terreno de contestación activista

³⁸ Una detallada explicación del éxito de la tradición socialista en estos términos desde finales del siglo XIX, véase Geoff Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford University Press, Nueva York, 2002, pp. 47-118, 384-404.

especialmente peligrosa en el que, en tiempos de creciente crisis social, el populismo de derechas podía ganarse el apoyo de las masas. Los fascismos de los años veinte y treinta del siglo XX fueron uno de estos casos. Otro lo han sido las movilizaciones racializadas actuales en contra de emigrantes y extranjeros que ponían el dedo en la herida de un escenario social desindustrializado que los deteriorados restos de la tradición socialista ya no podían organizar.

En consecuencia, mientras que la existencia de la clase trabajadora se podía postular a través del análisis de la producción y de sus relaciones sociales, la acción colectiva o «unidad» de esa clase obrera siempre ha seguido siendo un objeto de construcción inalcanzable e incompleta, una acción ficticia, una contingencia de la acción política. Ahora, lo importante de nuestro argumento, esa forma de considerar a la clase como un proyecto siempre inacabado y en formación a través de una dialéctica del trabajo discursivo y de las formas y acciones realmente existentes, debería servir precisamente para *abrir un espacio político* —debería permitirnos comprender mucho mejor, en concreto, la diferente popularidad de diversas perspectivas políticas entre las clases trabajadoras de épocas y lugares distintos—. A lo largo de un análisis de ese tipo, por ejemplo, podríamos entender mejor la dinámica del surgimiento y la caída del socialismo del siglo XX.

Lo que sugerimos es que no puede existir una explicación general de la manera en la que grupos de diversos tipos, en diferentes lugares, alcanzan formas de acción colectiva de alcance y eficiencia política. Muchísimas contingencias lastran la capacidad persuasiva de cualquier teoría general del tipo de la de Marx, a la hora de comprender este proceso. Lo que tenemos nosotros en mente es una idea mucho más cauta. Aunque desde luego queremos afirmar que amplias regularidades de la producción de circulación de los bienes, servicios, oportunidades y riqueza en el capitalismo crean condiciones de profunda desigualdad, no sugerimos que la desigualdad profunda siempre y en todas partes desemboque en el radicalismo político. Pero, a veces, lo hace, incluso si los procesos a través de los cuales esto sucede siguen estando oscuros y sean difíciles de generalizar. De alguna manera, en esas circunstancias y lugares en los que ocurre, una política de los desposeídos se convierte en «central», expresamente concebida de manera que permita y estimule la afiliación colectiva por parte de los pobres, de los explotados y de los subordinados, cuyas percepciones sobre su propia situación sigue siendo, como mínimo, diversa.

Los ejemplos son abundantes. La gente llega a encontrarse en un mismo espacio político, en el sentido de que está dispuesta a cierta forma de acción colectiva, ya sea en respuesta a un único acontecimiento o circunstancia, o sobre la base de una movilización política más organizada y estable, por todo tipo de razones, algunas administradas y dirigidas racionalmente y otras, sin duda, no. El estímulo resultante podría ser la ira, el capricho, la reivindicación, la venganza y cualquier tipo de deseos básicos, pero también, por supuesto, la lealtad a unos principios, a una ética práctica de muchos tipos, a una creencia formal, coherente en un programa o credo, y un fuerte sentido de justicia común. Estos

estímulos sólo vienen dados, en parte, por la posición de los individuos dentro de una estructura y por su percepción de ésta. Para acceder a las demás tenemos que fijarnos en la construcción discursiva en la que se enmarcan sus subjetividades. Naturalmente, los procesos que pretendemos describir son complejos e históricamente contingentes. No son reducibles al análisis a veces polarizado del estructuralismo y del postestructuralismo, ni a los cerrados y canónicos mundos del marxismo reduccionista, ni a las estrategias de versiones excluyentes de la teoría discursiva. En efecto, necesitamos *tanto* a Rudé y a Hobsbawm como a Scott (y a muchos otros más).³⁹

Tal y como nosotros lo entendemos, mantener un objetivo «central» no es sinónimo de acción y política, ni un descriptor de la evolución lógica de la política. Al contrario, lo entendemos nada más que como el reconocimiento de los *procesos* enormemente contingentes por medio de los cuales se produce la acción en diferentes climas culturales, ubicaciones geográficas, amplias políticas y, por supuesto, coyunturas. Deseamos una práctica analítica pluralizada con la esperanza de que, por ejemplo, se preste atención tanto a cuestiones estructurales como a discursivas, y que iluminará las peculiaridades de cualquier política que estudiemos o pretendamos. En estos términos, tener un objetivo que sea central significa tener una potencial capacidad para la acción colectiva, tener aspiraciones, hacer posible la coalescencia y convergencia de grupos e intereses dispares hacia un programa o perspectiva común, la formación de hegemonías coherentes y cohesionadas, y delimitar sus fronteras e, incluso, ocasionalmente, la de impulsos contrahegemónicos, en parte dirigidos conscientemente y, en una parte mucho mayor, no.

No nos gustaría que se malinterpretara nuestra tesis en este punto. La valiosa y costosa aportación de la historia social a lo largo de los años —por ejemplo, los estudios sobre la familia, los barrios y el trabajo y su análisis materialista de las relaciones sociales y de los medios de producción— no debería abandonarse ahora. Pero, una vez que comenzamos a tratar la conciencia de clase como una facultad inestable, cambiante e indeterminada, también estamos llamando la atención sobre la urgencia de un análisis político y cultural —un análisis discursivo de los «lenguajes de clase»—, si lo que deseamos es mostrar cómo conseguir que las capacidades de clase especificadas sociológicamente se materialicen en acción y efectos. Como identidad colectiva, la clase asumía fijeza y parcialidades de significado que necesariamente conllevaban silencios, demarcaciones y exclusiones, si lo que se pretendía era fortalecer y alimentar sus solidaridades. Éstos son los límites que los debates actuales han estado haciendo visibles. No sólo la teorización feminista del género, sino también las

³⁹ Aquí nos referimos a Eric Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, Londres, Lawrence and Wishart, 1968, que en su momento fue una explicación materialista muy estimulante del levantamiento popular, utilizando el análisis estructural y técnicas cuantitativas. La otra referencia es a las prescripciones de Joan W. Scott en *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, y «Evidence of Experience».

críticas sobre la racialización y el ser blanco, y los análisis poscoloniales de los efectos metropolitanos del imperio que siguen actuando nos han equipado mejor que nunca para saber ponerle los pies en la tierra a las pretensiones universalizantes del análisis de clase.⁴⁰ Aprendiendo del proceso de descomposición de la clase en el presente podemos producir diferentes historias de clase y de la importancia que ésta tuvo en el pasado.

Ahora tenemos la oportunidad de repensar lo que supone y permite la clase, tanto como categoría de análisis histórico social, como base para la movilización política. Si, como hemos argumentado, la identidad es móvil en vez de fija, si no se trata de un efecto o reflejo de las circunstancias y experiencias como mantenía anteriormente el materialismo, y si la clase obrera está tan dividida, sin una unidad necesaria de conciencia y de experiencias compartidas, entonces ¿qué significa que la clase continúe siendo un categoría política operativa, capaz de llevar a la acción a masas de gente? ¿Cómo puede todavía plantearse como atributo estructural de sociedades y como medio esencial para entender las desigualdades en la distribución? ¿Cómo podemos aceptar y adoptar las críticas «posmodernistas» actuales e incorporarlas a lo que todavía es valioso y salvable de la historia social y de su capacidad de capturar la dinámica de la estabilidad y del cambio en contextos locales estudiados en detalle y profundidad?

OTRA VEZ LA POLÍTICA

A lo largo de nuestra reflexión sobre estas cuestiones hemos elegido una entrada concreta a un debate actual muy amplio, en el que diversas controversias han desestabilizado el consenso que se podría haber proyectado dentro de la historia social de izquierdas tal y como surgió desde las primeras luchas por su legitimación de los años setenta. A lo largo de los años noventa, entre esas

⁴⁰ Sin embargo, al tratar las exclusiones en función de la raza la historiografía de la Europa occidental todavía tiene mucho camino que recorrer. En el Reader de Oxford editado por Joyce, *Class*, no aparece ninguna reflexión sobre el imperio o sobre la raza. Del mismo modo, el libro de David Cannadine, *The Rise and Fall of Class in Britain*, Columbia University Press, Nueva York, 1999, ignora completamente la importancia del imperio, la descolonización, la inmigración y la raza a la hora de hablar de la formación de las identidades trabajadoras a lo largo de los siglos XIX y XX. Versiones contrarias en Stuart Hall, «Ethnicity: Identity and Difference», en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Oxford University Press, Nueva York, 1996, pp. 339-349; Paul Gilroy, «One Nation under a Groove: The Cultural Politics of "Race" and Racism in Britain», Eley and Suny (eds.), *Becoming National*, pp. 352-369; Catherine Hall, «Histories, Empires, and the Post-Colonial Moment», en Iain Chambers y Lidia Curti (eds.), *The Post-Colonial Questions: Common Skies, Divided Horizons*, Routledge, Londres, 1996, pp. 65-77, y «Re-Thinking Imperial History: The Reform Act of 1867», *New Left Review* 208, noviembre-diciembre 1994, pp. 3-29; Antoinette Burton, «Thinking Beyond the Boundaries: Empire, Feminism, and the Domains of History», *Social History* 26, 2001, pp. 60-71.

polémicas recientes, no sólo se encontraba la «defensa de la clase» en contra «del final de la historia», sino también un amplio choque entre epistemologías históricas («realistas» contra «posmodernistas»), desacuerdos filosóficos (la «política de la redistribución» frente a la «la política del reconocimiento» o de la «identidad»), versiones progresistas de las guerras culturales, un abánico de debates sobre el giro lingüístico, etc.⁴¹

Nuestra reflexión ha recurrido sobre todo al género y al valor de la crítica feminista, pero también deberíamos incorporar otros desafíos lanzados sobre la suficiencia del viejo marco analítico centrado en la clase de la historia del trabajo —entre los que sin duda destacan la política cultural de la raza y la poscolonialidad—. El consumo y la cultura de masas, atravesadas siempre por el «género» y la «raza», le añaden una dimensión más profunda a la formación de clase del siglo XX que, hasta hace poco, tanto las tradiciones de izquierdas como la historia social posterior a los años sesenta habían rechazado claramente, pero que un grupo de estudios pioneros ha ido destacando, entre los que destacan los feminismos y los estudios culturales.⁴² Por supuesto, desde los años ochenta,

⁴¹ Las dos primeras frases son de títulos de Neville Kirk y Patrick Joyce que se encuentran entre los más polémicos defensores de sus respectivas posiciones. Véase Neville Kirk, «In Defense of Class: A Critique of Recent Revisionist Writing upon the Nineteenth-Century English Working Class», *International Review of Social History* 32, 1987, pp. 2-47; Patrick Joyce, «The End of Social History?», *Social History* 20, enero 1995, pp. 73-91. Sobre el «realismo» frente al «posmodernismo», véase Neville Kirk, «Class and the "Linguistic Turn" in Chartist and Post-Chartist Historiography», en Kirk (ed.), *Social Class and Marxism: Defences and Challenges*, Scholar Press, Aldershot, 1996, especialmente pp. 93-100, 119-26, 128, n. 22; Joyce Appleby, Lynn Hunt, and Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, Norton, Nueva York, 1994. Sobre la «redistribución» frente al «reconocimiento», véase el intercambio entre Nancy Fraser y Iris Marion Young, provocado por el artículo de Fraser «From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in "Postsocialist" Age», en Fraser, *Justice Interruptus: Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition*, Routledge, Nueva York, 1997, pp. 11-39; Iris Marion Young, «Unruly Categories: A Critique of Nancy Fraser's Dual Systems Theory», *New Left Review* 222, marzo-abril 1997, pp. 147-60; Nancy Fraser, «A Rejoinder to Iris Young», *New Left Review* 223, mayo-junio 1997, pp. 126-29. La admirablemente lúcida exposición de Fraser converge con nuestra propia posición política. Véase también otro intercambio importante: Judith Butler, «Merely Cultural», *New Left Review* 227, enero-febrero 1998, pp. 33-44; Nancy Fraser, «Heterosexism, Misrecognition, and Capitalism: A Response to Judith Butler», *New Left Review* 228, marzo-abril 1998, pp. 140-149.

⁴² Aquí la historia social de los Estados Unidos está mucho más adelantada que la europea. Véase Cohen, *Making a New Deal*; Dana Frank, *Purchasing Power: Consumer Organizing, Gender, and Seattle Labor Movement*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; Kathy Peiss, *Cheap Amusements: Working Women and Leisure in Turn-of-the-Century New York*, Temple University Press, Philadelphia, 1986. La investigación sobre la historia alemana ha tomado un giro más cercano a los estudios culturales. Véase Erica Carter, *How German Is She? Postwar West German Reconstruction and the Consuming Woman*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1997 y «Alice in the Consumer Wonderland: West German Case Studies in Gender and Consumer Culture», en Robert G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction: Politics, Society, and Culture in the Adenauer Era*, University

la derecha —especialmente el thatcherismo— capturará con éxito la política del consumo, desplegando creativamente lenguajes de individualismo, elección y mercado, promocionando un consumismo que se extendía hasta abarcar tanto las necesidades estructurales de la economía posfordista como los discursos elaborados sobre la moda. La izquierda no ha empezado a tomarse en serio las culturas del entretenimiento de masas hasta hace poco, de la mano, de nuevo, del feminismo. Gran parte de la política actual se ha desplazado hacia este grupo, un terreno de importancia crucial para la identidad y la subjetividad, una ubicación clave para una posible política nueva de la clase.

Volviendo al «giro discursivo» que hemos esbozado aquí, no sería difícil imaginar un análisis en esos términos de los años de Thatcher o Reagan, presentando, en vez de una imagen de conspiración de clase (una tentación familiar de las viejas críticas de izquierda), una sobre un «imaginario» dominante, brevemente hegemónico, que organizaba el significado y la representación, creando identidades con un claro y fuerte objetivo político central del tipo que hemos intentado describir. No se trataba de un objetivo central que hacía desaparecer completamente el desacuerdo o las corrientes críticas. Después de todo, eso nunca sucede, a excepción del fascismo o de los regímenes coercitivos. Pero, sin duda, era uno que desordenaba y desarmaba profundamente las formas posibles de una respuesta de izquierdas. En este sentido, desde luego, la esfera de la política estatal no estaba simplemente vacante. Como tampoco lo estaba la ilusión del ejercicio de un poder centralizado. En relación con esta cuestión, Katznelson, por ejemplo, espera retomar historiográficamente la importancia de la política formal como la relacionada con los partidos políticos, pero ahora sin necesidad de romper con lo social. Tal y como admite un planteamiento de este tipo, la gubernamentalidad y sus «regímenes de verdad» siempre necesitan de la negociación. Fluyen en ambas direcciones, provocando tanto silencios como resistencia y contestación.

La historia de la formación de la categoría «clase» seguro que está repleta de ejemplos de esto último. Como mínimo, una de las contribuciones más importantes de la historia social y del trabajo de los últimos treinta o cuarenta años ha sido la de recuperarlos con solidez y con todos sus matices. Esa his-

of Michigan Press, Ann Arbor, 1997, pp. 347-372; Ina Merkel, «Consumer Culture in the GDR», en Susan Strasser, Charles McGovern y Matthias Judt (eds.), *Getting and Spending: European and American Consumer Societies in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 281-99; Uta G. Poiger, «Rock 'n' Roll, Female Sexuality, and the Cold War Battle over German Identities», en Moeller (ed.), *West Germany under Construction*, pp. 373-410; Katherine Pence, «Schaufenster des sozialistischen Konsums: Text der ostdeutschen "consumer culture"», en Alf Lüdtke y Peter Becker (eds.), *Akten. Eingaben. Schaufenster. Die DDR und ihre Texte. Erkundungen zu Herrschaft und Alltag*, Akademie Verlag, Berlín, 1997, pp. 91-118. La investigación sobre Gran Bretaña ha tendido a centrarse en movimientos organizados de consumidores. Véase Peter Gurney, «The Battle of the Consumer in Postwar Britain», *Journal of Modern History* 77, 2005, pp. 956-987; Matthew Hilton, *Consumerism in Twentieth-Century Britain: The Search for a Historical Movement*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

toriografía no está viciada por su compromiso con nociones de clase con las que, estamos de acuerdo, ya no se puede funcionar. Las historiografías ricas y complejas ya no pueden considerarse simplemente destruidas («casi moribundas», como dice Joyce de la historia del trabajo británica) por ningún decreto «posmodernista», como si carecieran ya de toda importancia.⁴³ En realidad, en Gran Bretaña, durante la última década, el denominado *viejo laborismo* ha permanecido de forma negativa en el centro de la retórica del gobierno laborista y del propio liderazgo político de partido, con la intención de silenciar las voces socialdemócratas de generaciones anteriores y marginar los discursos por medio de los cuales el propio Partido Laborista construyó una política emancipadora de clase. El nuevo laborismo es una maniobra discursiva para crear un nuevo centro precisamente sobre la ruinas de su propio pasado.

Los discursos comunitarios del blairismo, la durante mucho tiempo vacía retórica de la «modernización» y de la «justicia», junto con el apaño de la «Tercera Vía», permitieron la reinención del partido y el adiós a su pasado. El nuevo laborismo se ha «despedido totalmente de la clase obrera», intentando expulsar a los «rudos trabajadores manuales con petos sucios del norte» de su imaginación política.⁴⁴ Convoca e interpela a una formación política nueva, cuyo código discursivo es el de un comunitarismo infinitamente flexible y lleno de sentido común, pero muy estrecho. Como ha señalado Stuart Hall, el gobierno laborista proporciona parte de lo que el pensamiento de izquierdas puede desear, pero «la cruda realidad parece ser la de que el proyecto de Blair, con su énfasis general y supuestas claves, todavía se mueve dentro de los límites de un terreno definido por el *thatcherismo*».⁴⁵ Desde este terreno se invoca una noción de «comunidad virtuosa» —una nación imaginada, la clase media inglesa, la gente decente y justa— cuya protección frente a los que buscan asilo, a los terroristas, a las madres solteras y a los que necesitan un subsidio autoriza políticas tan poco liberales como las del *thatcherismo* más álgido.

Introducimos estos breves (y desde luego tendenciosos) comentarios sobre el gobierno de Blair para aclarar algo. Hace una década, Ira Katznelson escribía que la historia y los historiadores del trabajo «marcaban la diferencia».⁴⁶ No creemos que tratara de sugerir que escribir la historia del trabajo pudiera convertirse en un acto político y transformador en sí mismo, de pretender que directamente por medio de la historiografía se pudiera cambiar el mundo. Su sensación, pensamos que compartida por mucha de la gente que estaba interesada en la historia de la clase obrera, era más bien la de que la forma en la que se recupera el pasado puede tener efectos sobre las percepciones del presente.

⁴³ Joyce, «End of Social History?», p. 76, n. 7.

⁴⁴ Esta descripción llega de un discurso de Peter Mandelson, entonces secretario de Estado para el Comercio y la Industria y mano derecha de Tony Blair. Véase *Independent on Sunday*, 4 de octubre de 1998.

⁴⁵ Stuart Hall, «The Great Moving Nowhere Show», *Marxism Today*, noviembre-diciembre, 1998, p. 14.

⁴⁶ Katznelson, «The “Bourgeois Dimension”», especialmente pp. 7-11.

Esto fue lo que inspiró a los fundadores de la historia social de los años sesenta, de, por ejemplo, Edward Thompson o Sheila Rowbotham, entre otros muchos en Gran Bretaña y Norteamérica: es decir, que el propio conocimiento de las luchas del pasado tenía un lugar en el descubrimiento y la formación de la acción actual. En ese sentido, el pasado facilitaba la resistencia, proporcionando un potencial núcleo de oposición, aunque sólo lo hiciera mostrando que no tenía que ser así, que puede ser distinto. El poder puede resistirse en todas sus múltiples y microfísicas formas, y también en donde continúa ejerciéndose en grandes dosis como la policía, la vigilancia, la legislación y la fuerza. La resistencia tiene sus identidades y sus subjetividades también —quizá plásticas, creadas de forma involuntaria y sobre la marcha, sin la fijeza reflexiva que el anterior análisis de clase les proporcionaba, pero a veces convocada en torno a múltiples rechazos que a los «actores de clase» de la generación anterior les hubiesen resultado sin duda familiares.

6. CONCLUSIONES

LA «CLASE» Y LA CRÍTICA A LA HISTORIA SOCIAL

Lo que nos movió a escribir este proyecto fue la tristeza que nos producían tanto la retórica como las estrategias de los largos debates de los historiadores sobre las formas de análisis postestructuralistas, que parecían dar por finiquitadas todas las etapas anteriores. Ahora resulta difícil trazar de forma detallada la trayectoria de esas controversias, que se precipitaron entre finales de los años ochenta y principios de los noventa, pero éstas estaban, desde luego, claramente conectadas, tanto con la compleja recepción de Foucault en la historia y las ciencias sociales, como con el impacto de Derrida y de la deconstrucción dentro de las disciplinas literarias. Atravesando esas discusiones se encontraba la influencia igualmente compleja e irregular del feminismo, de los debates sobre el género y de las nuevas historias de la sexualidad. Del mismo modo, también estaban surgiendo nuevos puntos de encuentro entre la historia y la antropología. Y, a lo largo y ancho de todo esto, destacaba el impacto del re-emergente campo de los estudios culturales.

Este «giro cultural» generalizado favoreció enormemente la apertura del trabajo académico hacia la política del género, de la sexualidad y de la raza, al tiempo que cuestionaba prácticas comunes en un amplio abanico de disciplinas académicas. Realmente, los debates que surgieron en torno a este giro cultural transgredían continuamente la frontera entre la producción intelectual académica y la política, a menudo de forma constructiva y creativa. Nosotros mismos participamos activamente en el amplio proceso de repensar la historia, la teoría y la política, y todo lo que esto suponía. Nada de lo que digamos debe interpretarse como si sintiéramos o nos opusiéramos a la absoluta necesidad fundamental de que la historia se abriera hacia la cultura y hacia estos debates. Sin embargo, algunos aspectos de la forma en la que se han administrado esas transiciones intelectuales sí que nos han hecho pensar. En concreto, tal y como hemos señalado en el capítulo cuatro, algunos de los defensores del cambio

parecían aspirar no sólo a una forma distinta de hacer las cosas, sino a que esta forma se diferenciara clara e inequívocamente de las del pasado. Al intentar distanciar su propia manera de comprender los estudios históricos de las prácticas existentes, se embarcaron en polémicas cuya intención parecía ser sólo el desprecio y la deslegitimación de la investigación anterior. Presentaron las opciones existentes como mutuamente excluyentes y pertenecientes a epistemologías contradictorias y opuestas.

Nosotros, sin embargo, lo que nos preguntamos es si los límites que se trazaron entre lo viejo y lo nuevo, entre lo moderno y lo posmoderno, entre el estructuralismo y el postestructuralismo, entre Marx y lo que no era Marx eran verdaderamente imposibles de atravesar, como algunos historiadores pretendían hacer ver, o si, por el contrario, pueden ser porosos, negociables, utilizables y susceptibles de someterse a una redefinición permanente. Nuestro instinto, junto a algunas experiencias pasadas, nos dicen que las despedidas basadas en elecciones epistemológicas, ni han resultado ser convincentes a nivel general, ni han durado mucho. Una política del conocimiento que pretende dar algo por zanjado es normalmente dañina, tanto en términos de civismo general como dentro de las conversaciones que todavía se mantienen. Más concretamente, esos intentos de dar por concluida cualquier epistemología simplemente no duran, ya sea en contra del marxismo mismo, desde dentro del marxismo, o en contra y desde dentro de cualquier otro sistema de pensamiento o de tradición intelectual. Uno de los motivos es que, por supuesto, las prácticas reales de una disciplina académica son siempre y en todas partes más complejas, contradictorias y mucho menos unificadas de lo que la ratificación de cualquier visión epistemológica común requeriría. Los intentos intelectuales de dar por concluidos otros puntos de vista nunca pueden llegar a silenciar a la oposición por completo. Nunca llegan a conseguir que se desvanezcan el resto de intelectuales dentro de una disciplina. En la historiografía, como en otros aspectos de la actividad intelectual, los oponentes, por lo menos, siempre están al acecho.

Los historiadores, especialmente, para bien o para mal, comienzan de hecho con una declaración previa y consciente de su posicionamiento epistemológico. El *habitus* de la historiografía no puede reducirse a un conjunto de posiciones surgidas de teorías del conocimiento, sino que incluye estímulos mucho más opacos como las creencias políticas, las contingencias cronológicas, las afiliaciones concretas y las subjetividades de todo tipo. Los filósofos insisten en la importancia prioritaria de las teorías del conocimiento, mientras que los historiadores, entre otros intelectuales, lidian con la contingencia y con las desconcertantes formas en las que los mundos del pasado y el presente tienden a revelarse y a hacerse accesibles. Por supuesto que somos conscientes de la importancia que tiene cualquier reflexión clara sobre la composición del conocimiento y la posibilidad que éste tiene de recuperarse y seguir siendo útil en cualquier disciplina. Las cuestiones epistemológicas no se pueden ignorar. Pero depender de que la epistemología le conceda o no permiso a un análisis o a otro, en nuestra opinión, invita a dar algo por finalizado, estimula la polémica

y daña la conversación. Lleva a una acritud destructiva potencialmente voraz. Un episodio de este tipo explotó en los debates sobre la historia social a finales de los años setenta que alcanzaron su punto álgido en el tristemente célebre encuentro del History Workshop (taller de historia) entre Edward Thompson, Richard Johnson y Stuart Hall a finales de 1979.¹ Otra serie de luchas todavía más amarga fue la que rodeó la vuelta a la cultura diez años después.

En este libro, hemos querido dirigir nuestra reflexión en torno al concepto de *clase*, un término central en muchos sentidos dentro de la historiografía social de los años sesenta y setenta. Hemos intentado, en concreto, entender qué es exactamente lo que las prácticas predominantes dentro de la crítica culturalista han aportado a estas alturas. Utilizando los escritos de Joan Sott y Gareth Stedman Jones como ejemplos principales, hemos tratado de evaluar con cierta profundidad tanto lo que esas críticas han conseguido y posibilitado, como lo que no han sido capaces de hacer o, al menos, no parece que todavía estén haciendo.

De manera que, desde aquí, decimos «sí» a la emblemática crítica a la historiografía social, sin por ello concederle un estatus hegemónico a las pretensiones epistemológicas asociadas a esas críticas. En vez de eso, nos preguntamos: ¿cuáles son los límites analíticos, si los hay, del registro postestructuralista? ¿Cuáles son las condiciones, si las hay, para establecer un tráfico útil entre la historia social y la historia cultural y cómo puede éste llevarse a cabo? Desde nuestro punto de vista, no es suficiente llevar las cuestiones epistemológicas al límite, aunque fuera probablemente inevitable durante el difícil y tenso proceso de apertura del espacio en el que estas cuestiones se pudieron empezar a discutir. Más bien, lo que necesitamos es considerar las posibles formas en las que la reflexión sobre «lo social» puede readmitirse ahora. Además, queríamos plantear para qué puede servir la clase en la actualidad, cuál es su valor. No se trataba sólo de decir si las clases siguen existiendo o cómo se producen, sino, también, de lo que las clases hacen, o se supone que hacen, y de la función analítica que se supone desempeñan para los historiadores sociales y cómo ésta puede haber cambiado.

Podríamos mostrar de forma muy concreta el tipo de función explicativa que la «clase» estaba llamada a desempeñar durante el auge de la historia so-

¹ La confrontación en cuestión tuvo lugar en el pleno final del Thirteenth History Workshop en Oxford el 1 de diciembre de 1979. Las tres contribuciones que estaban preparadas por Stuart Hall («In Defence of Theory»), Richard Johnson («Against Absolutism»), y Edward Thompson («The Politics of Theory»), se publicaron después en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge, Londres, 1981, pp. 376-408. Véase también Martin Kettle, «The Experience of History», *New Society*, 6 de diciembre de 1979, reeditado en Raphael Samuel (ed.), *History Workshop: A Collectanea, 1967-1991. Documents, Memoirs, Critique, and Cumulative Index to History Workshop Journal*, History Workshop, Oxford, 1991, p. 107; Susan Magarey, «That Hoary Old Chesnut, Free Will and Determinism: Culture vs. Structure, or History vs. Theory in Britain», *Comparative Studies in Society and History* 29, 1987, pp. 626-639.

cial de los años sesenta y setenta, en relación con las problemáticas más importantes de las diversas épocas y dentro de diferentes campos nacionales. Un ejemplo especialmente fuerte y elaborado, desde principios de los años sesenta hasta bien entrados los debates de los ochenta, fue el de los historiadores británicos acerca de las fuentes sobre la estabilidad de mediados de la era victoriana, después de la sucesión de crisis de la primera mitad del siglo XIX. Se trató de un ejemplo íntimamente ligado a las historias sociales de la formación de la clase obrera, a menudo basada en el estudio de una comunidad, un oficio o una categoría de trabajador concreta. La historiografía a la que dio lugar abarcaba un repertorio extremadamente amplio de planteamientos, entre los que se encontraban, por lo menos, los siguientes: el extenso camino de los historiadores sociales británicos a lo largo de la «aristocracia del trabajo» como campo de divisiones de clase manipuladas; el auge del «control social»; tesis más sofisticadas del concepto de «hegemonía cultural», entre las que se encontraban ideas de negociación de clase y la consecución del consentimiento; el interés por la cultura y la sociedad civil a la hora de reproducir las relaciones de poder entre las clases; y el funcionamiento de las estructuras a espaldas de la gente, normalmente con un guiño hacia la determinación materialista, pero sólo en última instancia. También se puede destacar otro conjunto de planteamientos explicativos similares en torno a la categoría maestra de la clase para otros períodos de la historia británica, como la época de la Revolución Industrial cubierto por el *The Making of the English Working Class* de Edward Thompson y la enorme historiografía relacionada con éste, o el nexo entre el «declive del liberalismo» y el «surgimiento del laborismo» desde finales de la era victoriana y principios de la eduardiana. Lo mismo podría decirse de otros países.²

A lo largo y ancho de las múltiples diferencias y desacuerdos dentro de todos estos campos, la «clase» proporcionaba un terreno común importante, incluso un tipo de interpretación implícita. Después de todo, la amarga división entre «culturalistas» y «estructuralistas» de finales de los años setenta y principios de los ochenta no conllevaba la renuncia a estos supuestos comunes sobre el análisis de clase propiamente dicho. Esas tesis no empezaron a problematizar la vitalidad del concepto mismo, sino que, más bien, buscaron formas cada vez más sofisticadas de incorporar su utilización a lecturas de todas las relaciones no económicas que complicaban su apariencia y su funcionamiento. Independientemente de lo profundas que fueran las divisiones entre los historiadores sociales que utilizaban distintas formas de análisis de clase, nadie puso en duda que la clase era un terreno sobre el que el poder se inscribió de forma decisiva

² Una rápida introducción a esta bibliografía en R. J. Morris, *Class and Class Consciousness in the Industrial Revolution, 1780-1850*, Macmillan, Londres, 1979; Robert Gray, *The Aristocracy of Labour in Nineteenth-Century Britain c. 1850-1914*, Macmillan, Londres, 1981; Alastair Reid, *Social Classes and social Relations in Britain, 1850-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995; Mike Savage y Andrew Miles, *The Remaking of the British Working Class, 1840-1940*, Routledge, Londres, 1994.

y a través del cual debían plantearse fundamentalmente cuestiones sobre la acción política popular (ya fueran de conformidad o resistencia).

Por lo tanto, aquí las principales batallas también se habían encendido en torno a diferencias epistemológicas o sobre la constitución del conocimiento de fondo, que en Gran Bretaña partían en concreto del impacto del pensamiento de Louis Althusser y las pasiones que desató a finales de los años setenta. La acritud de esos desencuentros, el límite de sus exclusiones, que no derivaban tanto de la lucha por las ontologías de clase propiamente dichas, sino de los debates sobre cuál era la «lectura del mejor Marx».³ La destrucción de esos debates, cuyo momento más espectacular llegó en 1979, descansaba totalmente sobre el terreno epistemológico y de las lecturas «correctas» dentro del canon marxista. Las respuestas al descubrimiento de Althusser de la «ruptura epistemológica» en la obra de Marx proporcionó la excusa en torno a la cual se organizó la confrontación entre Thompson y Johnson. Ese debate se formó conscientemente en torno a cuestiones relacionadas con la verdad, y a los participantes de uno y otro bando, entre los que se encontraba Thompson, les costó muchísimo asociar una mala política a una falsa epistemología.⁴

En otras palabras, pese al terreno compartido del análisis de clase, la historia social a penas era una disciplina explícitamente consensuada. Pero las críticas postestructuralistas han tendido precisamente a esencializar la historia de clase dando por hecho la existencia de un campo historiográfico unitario y consensuado, organizado concretamente en torno a supuestos materialistas comunes y la equivocación epistemológica compartida. La maniobra asociada que, por lo tanto, «descentra lo social» engloba importantes diferencias que, sin embargo, confina a una misma esfera de imposibilidad epistemológica: «lo social» no puede recuperarse, por lo tanto, todas las historias sociales dejan de ser válidas. Lo que desaparece no es sólo la validez de la clase sino que, con ella, lo hace un campo historiográfico entero para el que la clase y las relaciones de clase se considera que han sido fundamentales. El asalto crítico a la epistemología thompsoniana se ha convertido en el talismán de esta purga, dirigida tradicionalmente por la invocación de Joan Scott a teóricos como Derrida y Foucault. Pero la epistemología de Thompson, como acabamos de señalar, no engloba de ningún modo al complejo campo entero de la historia social de la clase. El ataque de Scott a Thompson despacha su concepto de experiencia, pero de forma muy dudosa puede extenderse este mismo rechazo a todos los marxismos posibles. Es a eso a lo que nos referimos, al esencialismo epistemológico de alguna crítica postestructuralista y a sus pretensiones.

³ Véase Richard Johnson, «Reading for the Best Marx: History-Writing and Historical Abstraction», en Richard Johnson, Gregor McLennan, Bill Schwarz y David Sutton (eds.), *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*, Hutchinson, Londres, 1982, pp. 153-201.

⁴ Ésta era toda la carga de Edward Thompson, «The Poverty of Theory: or an Orrery of Errors», *The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin, Londres, 1978, pp. 193-397.

Demasiados de los requerimientos posmodernistas o postestructuralistas para que se deje atrás una historiografía obviamente inadecuada y ya superada descansan en mezcolanzas fáciles y a veces desastradas. Para algunos, ahora parece suficiente tachar a la historiografía social de clase de ser «marxista» en sus orígenes —un hecho que debería sorprender, por lo menos, a algunos de los que pertenecemos a ese campo y que, en los precintos más amplios de la profesión, durante los sesenta y setenta, sin duda no estimularon nada que se pareciera remotamente al tipo de marxismo que ahora se asocia de forma rutinaria a las discusiones sobre la clase de entonces—.⁵ La similar sugerencia de Patrick Joyce de que la obsesión por la clase había desfigurado el proyecto de los historiadores sociales a lo largo de los años es igual de poco convincente. Porque, desde luego, es equivocado pensar que el producto central del énfasis en la clase de la historia social a lo largo de tres o más décadas fue una historiografía esencialmente marxista. A la hora de escribir historia, los marxismos sistemáticos han sido mucho más difíciles de encontrar que eso.

EL MARX DE LA HISTORIA SOCIAL

De una forma u otra, la presencia de Marx ha estado presente en nuestra reflexión a lo largo de este libro. Comenzamos explorando el impacto del grupo de historiadores anglo-marxistas en el capítulo dos, buscando su influencia y los compromisos materialistas, en el sentido más amplio, del movimiento hacia la historia social a lo largo de los sesenta y setenta. En diversos momentos también hemos recurrido de forma más amplia a la importancia de Edward Thompson, aunque de nuevo enfatizando las cualidades generalizadas y pragmáticas de sus afiliaciones marxistas comunes con el conjunto de la historiografía social de izquierdas. Sin duda, hasta los años setenta, nosotros diríamos que la mayor parte del interés en los planteamientos marxistas entre los historiadores marxistas era propenso a tomar ese tipo de forma «pre-retórica». A menudo mediada por los escritos de historiadores como Edward Thompson o Eric Hobsbawm, ésta se inspiraba más en ciertos supuestos operativos generales y en la política del conocimiento relacionada con éstos que en cualquier lectura intensa y de primera mano del propio Marx.

Además, cuando ese permanente encuentro crítico con los propios escritos de Marx empezó realmente a desarrollarse dentro del pensamiento de muchos jóvenes historiadores en la década de los setenta, éste pronto tomó múltiples direcciones, alejándolas del terreno más clásico del pensamiento marxista. Inspirado por los feminismos, por la recepción de las obras de Foucault y del resto de los intelectuales postestructuralistas, por la deconstrucción entre otras

⁵ Por ejemplo, Patrick Joyce, «Introduction», en Joyce (ed.), *Class*, Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 8: «En historia social (...) el repertorio básico de conceptos todavía es esencialmente marxista».

corrientes de la teoría literaria, por las teorías de la ideología y la subjetividad, por la teoría psicoanalítica, por la antropología cultural, por los estudios culturales y por otras diversas corrientes intelectuales que alimentaban lo que hemos resumido como giro cultural, nuestra propia generación desarrolló una relación ambivalente y poco explicada con el marxismo que antes nos había costado tanto esfuerzo clarificar. Parte de esa clarificación había llegado de corrientes de pensamiento que se seguían confesando pertenecientes a la tradición marxista. El largo compromiso con las ideas y el legado de Antonio Gramsci era el mejor ejemplo de ello. Pero, a mediados de los ochenta, el tipo de marxismo que salió de ese proceso de búsqueda de la renovación y revisión teórica fue un marxismo agnóstico y distante —un «marxismo sin garantías», como Stuart Hall lo denominó—.⁶ En gran medida dejó de importar si, y por cuánto tiempo, alguien se identificaba con el marxismo, ya fuera fundamental o formalmente. Esa identidad seguía sin resolverse a fondo: sin repudiarse ni renunciar necesariamente a él, pero sin ser tampoco recuperable en su versión de los años setenta.

Después de 1989 ese silencio creció y lo hizo de diferentes formas —a veces por vergüenza, a veces por una sensación de pérdida y derrota, otras veces por pura incertidumbre y confusión y, otras, por supuesto, por abierta renuncia—. El rechazo del marxismo siguió al final del comunismo y a la más generalizada crisis del socialismo en todo el mundo. Como una fuerza permanente de teoría e ideas, o de amplia inspiración intelectual para los historiadores, la tradición marxista ahora estaba prácticamente deslegitimada, se había desacreditado y desechado alegremente. El tono variaba desde la profunda satisfacción de los veteranos antimarxistas y el triunfalismo procapitalista del nuevo liberalismo de mercado, hasta las reflexiones más medidas de los liberales filosóficos y de los demócratas radicales, por no mencionar a la gran cantidad de historiadores que ahora se veían liberados de la necesidad de molestarse al menos con un importante bloque de teoría, o a las, un tanto interesadas, prescripciones de esos posmarxistas que, para empezar, nunca habían leído al mismo Marx. En medio de la creencia bastante ridícula de que la muerte del socialismo soviético desmentía el valor de una tradición intelectual plural y compleja, no eran difíciles de encontrar rechazos mal concebidos del marxismo, como si éste fuera un único cuerpo entero y coherente de pensamiento. Para los historiadores posmodernistas, el «marxismo» se convirtió en un nombre para todo aquello que ahora parecía estar superado o desgastado.

Sin embargo, también hubo intentos de recapitulación más cuidadosos. En un importante artículo de 1993, «A Postmaterialist Rhetoric for Labor History», William Sewell reconocía la fuerza productiva de la historia del trabajo al tiempo que atacaba la «amplia y autocomplaciente perspectiva materialista [que] domina en el campo». Ya que, a menos que «el sentido común materialis-

⁶ Stuart Hall, «The Problem of Ideology: Marxism without Guarantees», en Batty Matthews (ed.), *Marx a Hundred Years On*, Lawrence and Wishart, Londres, 1983, pp. 57-85.

ta que se ha dejado de examinar durante tanto tiempo se conteste de forma más amplia y vigorosa», insistía, «la historia del trabajo está destinada a sufrir de continuas depresiones intelectuales». ⁷ Sewell opinaba que «a los historiadores del trabajo les satisfacen demasiado pronto las explicaciones que identifican una causa "material" —por ejemplo, el declive del control sobre el proceso de producción— pero que son enormemente escépticos respecto a las explicaciones que identifican las causas culturales —por ejemplo, los cambios en el discurso político o religioso—. El objetivo principal de su artículo era rebatir el «sentido común materialista retórico» que él afirma que sostiene el concepto central de proletarianización en la historia del trabajo. ⁸ Quería deconstruir la idea de que la economía es «material» y ofrecer una figuración alternativa del objeto de la historia social en general. Esto último era incluyente, dándole la bienvenida a la política feminista, a Foucault y a Gramsci entre otros, como parte de una explicación de la extendida sensación de lo político que éstos ofrecían. El estimulante texto de Sewell no carecía de la generosidad que a veces está absolutamente ausente de otras contribuciones a estos debates.

Pero en algunos aspectos clave el argumento de Sewell seguía confundiendo algunas posiciones que son similares pero no idénticas. Lo que comenzaba por ser en su artículo «el sentido común materialista que se ha dejado de examinar durante tanto tiempo» —una retórica que se dice reside en los supuestos incuestionados y los reflejos académicos de la disciplina— se convirtió rápidamente en algo más sustancial. Tanto su concepción de la producción y del intercambio como «materiales», como sus referencias al reduccionismo económico como procedimiento analítico central del tropo materialista situaban su objeto de crítica claramente dentro de la órbita «marxista». A través de esto, por lo tanto, un movimiento único y sin fisuras conectaba una historiografía del trabajo poco teorizada con la práctica analítica y académica de un reduccionismo económico materialista perfectamente articulado. La historia del trabajo era doblemente culpable: debilitada, se nos dice, por su rechazo a la teoría y su reticencia a trascender el sentido común materialista, estaba sin embargo forzada a llevar la carga del gran relato, de maniobras reduccionistas imperiosas, de un privilegio sistemático de lo «económico» en su esquema causal, etc. Pero es difícil creer que ninguna disciplina académica pueda ser teóricamente débil y conceptualmente evasiva, por una parte, y que esté completamente comprometida con un punto de vista materialista reduccionista, por otra. En nuestra opinión, la historia del trabajo fue simplemente más desorganizada y más interesante de lo que estas críticas han sugerido. Y, en cualquier caso, resulta difícil pensar en un conjunto de obras de historia del trabajo, o de historia social, en el que

⁷ William H. Sewell, Jr., «Toward a Post-Materialist Rhetoric for Labor History», en Lenard R. Berlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essays on Discourse and Class Analysis*, University of Illinois Press, Urbana, 1993, p. 16.

⁸ *Ibid.*, pp. 17-18.

haya predominado la lógica de un marxismo tan absolutamente reduccionista y sectario. ¿Quién y cuándo lo escribió?

Este desliz, el de describir un «sentido común» operativo por aquí y atribuirle un proceso analítico economista comprensivamente teorizado por allá, desgraciadamente parece haber caracterizado a las críticas postestructuralistas a la historiografía marxista en general. Por lo tanto, el trabajo de los primeros marxistas en el campo de la historia social británica también fue, como la historia social de Sewell, ambigua en términos teóricos, tanto como para que sus métodos hayan dejado de ser fácilmente distinguibles de los de otros cuerpos bibliográficos mucho más amplios. Los herederos de las versiones supuestamente «totalizadoras» de la clase que proporcionó Thompson entre otros eran de hecho bastante tímidos a la hora de hacer esas demandas para su propio trabajo en el que, a veces sí y a veces no, tendía a ponerse en juego una mezcla de métodos mucho más ecléctica. ⁹ Desde luego, no se sostiene el argumento de que el género entero de la historia social británica generada desde los sesenta estuvo marcado por un modernismo marxista totalizador y por el abanico completo de reduccionismos que de éste derivan. Pero ésta también parecía ser una de las posiciones centrales del polémico artículo de Patrick Joyce «The End of Social History?». Contraponer una historia social tan mal entendida a otras formas posibles de hacer historia —culturales, posmodernistas, o de otro tipo— no es suficiente a menos que el conjunto del eclecticismo de la historia social como disciplinado también pueda reconocerse de forma adecuada y se le reconozcan sus méritos.

No podemos permitir que se esencialice la historia social como una práctica unitaria de ese tipo, reduciendo su contradictorio mundo de la cultura y las ideas e identidades, lo mismo que la clase, al mero reflejo de una estructura económica predeterminada y a su formación social. Eso sólo puede interpretarse como una maniobra que pretende endurecer la supuesta distinción entre las prácticas del pasado y las innovaciones posmodernistas —entre una «vieja» historia social y una «nueva» historia cultural liberada de todo metarrelato y de todos los modernismos reduccionistas. Si eso sucede, esa maniobra puede permitir que el marxismo, junto con versiones de la razón ilustrada con las que

⁹ Por lo tanto, parece que no tiene fundamento afirmar que existía algo permanentemente fijo que tenía que ver con la clase, su conciencia y su periodización, en la historiografía británica a causa de la innovación de Thompson, entre otros, en los años sesenta y setenta. Sin embargo, en 1991, Patrick Joyce propuso la existencia de una base teórica unitaria para la historia social desde los años sesenta, una teoría unitaria tan excluyente como para pensar que dio lugar a un núcleo colectivo fijo en la disciplina: «Hasta hace relativamente poco tiempo», escribía en las líneas iniciales de su libro, «la clase en la historia británica era una cuestión asentada. La periodización dada a la «conciencia de clase» de los trabajadores había asumido líneas bastante claras. Pese a la gran cantidad de producción académica posterior, la obra de E. P. Thompson y E. J. Hobsbawm seguía siendo, y sigue siendo, central, fijando la secuencia histórica de los procesos del pasado». Véase Patrick Joyce, *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1840-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 1.

está relacionado, se desvanezca en favor de lo que pretende ser una práctica no totalizadora ni reduccionista. La historia social, por lo tanto, se convierte en culpable de las consecuencias esencializantes de su compromiso con el fundamentalismo metanarrativo, que se considera inevitablemente basado en una versión del reduccionismo marxista. Sin duda, todo esto es tendenciosamente simplista.

Lo «social» de la historia social no se puede considerar simplemente una palabra en clave para referirnos al reduccionismo económico, ni un símbolo de la versión más esquematizada del materialismo histórico de Marx, ni sinónimo de esas viejas y obviamente superadas declaraciones de que el «ser social» determina la «conciencia social», y que la base económica precede siempre a su superestructura cultural. Hacer esto significaría esencializar un complejo campo de escritura de la historia como poco más que el reflejo de un marxismo escasamente especificado, sobre cuyos axiomas conceptuales se supone equivocadamente que se ha fundado. La cuestión de la historia social es mucho mayor que eso, lo mismo que la cuestión de la clase social y, por supuesto, la cuestión del propio marxismo.

En este punto, necesitamos referirnos de nuevo al artículo de Gareth Stedman Jones que hemos discutido ampliamente en el capítulo cuatro. Ésta ha sido probablemente la declaración más clara y fuerte a la hora de dar por zanjado el proyecto anterior de la historia social que antes se había considerado que poseía una gran importancia tanto política como, de forma más inmediata, historiográfica. «Desde finales de los años setenta», simplificaba, «el planteamiento marxista de la historia, que había surgido tanto en Gran Bretaña como en otros lugares durante las dos últimas décadas, entró en un período de declive brusco y terminal».¹⁰ El declive del «planteamiento marxista de la historia», desde este punto de vista, era permanente e irreversible. Desde un declive terminal existen, desde luego, pocas expectativas de recuperación. Pero, ¿cuál era la muerte que anunciaba? Nada menos que el planteamiento marxista de la historia; un único planteamiento sin matices y viciado, suponemos, por sus supuestos interpretativos esenciales. Stedman Jones definía estos supuestos de la forma más abreviada posible, categóricamente, para después utilizarlos en el contexto de los acontecimientos políticos que rodearon la caída del muro de Berlín y sus consecuencias para despachar toda la tradición de pensamiento y de historiografía social que se decía que se había formado en torno a ella.

Stedman Jones no dejó espacio alguno entre el enfoque de la historia que él proponía y las versiones más reduccionistas posibles del marxismo economicista. Igual que en la crítica de Sewell, había un salto entre la referencia a la poco desarrollada deferencia de Thompson a ciertas propuestas basadas en Marx, por una parte, y la adscripción de una teoría de la historia completa,

¹⁰ Gareth Stedman Jones, «The Determinist Fix: Some Obstacles to the Further Development of the Linguistic Approach to History in the 1990s», *History Workshop Journal* 42, otoño 1996, p. 19.

canónica y sectaria, por otra. Pero con la excepción de *The Poverty of Theory*, entre algunos otros textos, la historia que escribió Thompson constantemente negoció su peculiar influencia marxista, antes de acercarse en los años ochenta hacia algo más próximo a lo que denominaríamos *posmarxismo* en un sentido amplio, aunque, de nuevo, con bases teóricas poco explícitas.¹¹ En relación con el amplio conjunto de historias aparentemente thompsonianas, las obras verdaderas o sistemáticamente reduccionistas fueron muy pocas. De hecho, la historiografía estaba repleta de ejemplos de análisis *prácticos* del mundo material que, desde luego, no sucumbían a la lógica inevitable del economicismo que Stadman Jones entre otros ahora pretenden encontrar.

Son precisamente las pluralidades de este planteamiento, tanto en Gran Bretaña como en otros países, las que han generado una historiografía tan compleja y útil, así como algunos de los debates más feroces dentro del campo. Pensamos que la idea de que tanto este amplio universo de la historiografía social desarrollada desde los años sesenta como las formas bastante más concretas de articulación marxista dentro de ella puedan haber desembocado en una única cosa, o incluso que se puedan describir como tal, es un reduccionismo interesado en sí mismo. Teniendo en cuenta los apasionados desencuentros que han tenido lugar incluso dentro del sector de las discusiones marxistas más concreto y confeso, y lo fructífero de los debates en torno a ellos —a lo que Perry Anderson se refería como *Arguments Within English Marxism*—, resulta realmente sorprendente que, durante la fase más reciente de la innovación historiográfica, esto se pudiera haber borrado sin dejar huella.¹² Por lo tanto, nuestra sensación es la de que tenemos que afirmar en nuestros propios términos, no sin cierta incertidumbre también, que la escritura de la historia inspirada en el marxismo británico *siempre* fue un campo de debate teórico y práctico, es decir, que nunca fue reduccionista ni ortodoxo.

Pero, ahora, estas importantes y pluralizadas diferencias dentro del marco marxista, de alguna manera, se rechazan o se olvidan completamente. A las innegables dificultades del marxismo sobre las que descansaban estas diferencias no se les permite la posibilidad de formular una respuesta interesante o productiva. Las prácticas y declaraciones contradictorias que pueda haber en el archivo de la obra del propio Marx se rechazan escrupulosamente, aunque, desde luego, resultan muy pertinentes aquí. En concreto, no deberíamos permitir que se intercambiaran tan fácilmente las recurrentes tensiones entre las declaraciones canónicas de un determinismo materialista, por una parte, con los análisis sustantivos mucho más desorganizados de las luchas históricas actuales, por otra.

Por lo tanto, el marxismo también ha sido un campo mucho más complicado de lo que los críticos actuales de la historiografía social admiten. No es éste

¹¹ Véase Bryan D. Palmer, *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*, Verso, Londres, 1994, pp. 159 y 194, n. 5.

¹² Perry Anderson, *Arguments within English Marxism*, Verso, Londres, 1980.

el lugar en el que ponernos a demostrarlo detalladamente, pero «The Working Day», el capítulo diez del primer volumen del *Capital*, es un ejemplo excelente. En él, en una larga y compleja explicación, Marx se refirió a los cambios en la longitud de un día de trabajo desde la década de los años cuarenta del siglo XIX en adelante.¹³ No se trataba de una explicación canónica en la que los intereses y las posiciones de clase predefinían las formas políticas y las intervenciones legislativas que componían este terreno histórico. De hecho, Marx vacilaba sobre la prioridad que debía otorgarle a la esfera económica, al contexto político y al momento legislativo. Decidió no disolver el comportamiento contradictorio del estado en una historia excesivamente clara y reduccionista; e incluso, al final de este extraordinario capítulo de análisis histórico, nos quedan dudas sobre la idea que Marx tiene del peso causal de los diversos factores que contribuyen a la determinación de la longitud del día de trabajo. Una explicación tan poderosa y matizada, sin duda, no puede convertirse en un simplificado conjunto de significados reduccionistas que la esencialicen como «planteamiento marxista de la historia». Sin embargo, ahora, es exactamente a través de ese proceso de simplificación de significados complejos a través del cual ese planteamiento se considera incorregiblemente viciado por la supuesta consensualidad de sus reducciones esenciales.

Entre los historiadores sociales de Gran Bretaña, con muy pocas excepciones, no han tenido cabida ni las ortodoxias disciplinadas del marxismo soviético y su entorno, ni las versiones estalinizadas de la teoría de la historia relacionadas con éstas. Muy al contrario, en Gran Bretaña se esperaba que las diferencias a la hora de leer a Marx se tradujeran en diferencias a la hora de escribir la historia. En este sentido, el marxismo se consideraba un campo complejo y plural de significados que no contaba con muchos reduccionistas en el sentido ortodoxo o sectario del partido y que, en cambio, sí estaba lleno de quienes profundizaban para desesencializar sus procedimientos. Los intentos por re teorizar el marxismo, por medio de Althusser o de Gramsci, no eran simples respuestas a crisis recurrentes dentro del amplio mundo de la política. Este marxismo ha sido normalmente, aunque no invariablemente, más inclusivo y menos ensimismado de lo que a veces se piensa. La historia del marxismo en el campo de la historia social en Gran Bretaña no se puede representar de forma plausible como la larga marcha de una ortodoxia reduccionista a través del archivo histórico. La historia de la clase obrera ha marcado incuestionablemente un importante conjunto de obras marxistas dentro de esta historiografía social británica, pero, sin duda, distorsiona las complejidades de esta última para insistir en que surgió como reflexión intelectual de una ortodoxia marxista extraordinariamente centralizada.

¹³ Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 1, Penguin Books en asociación con New Left Review, Harmondsworth, 1976, pp. 340-416.

LA IMPORTANCIA DE NO IGNORAR LAS ESTRUCTURAS

Con este libro no pretendemos proponer el programa detallado de una nueva metodología alternativa, ni hemos presentado ningún resumen completo y sistemático del campo. Nunca diríamos que nos hemos detenido en detalle en cualquier base posible o que hemos hecho un esquema de diferentes campos historiográficos enteros. Por el contrario, ofrecemos una intervención. Elegimos proceder «sintomáticamente», prestando atención sólo a una selección concreta de textos sobresalientes. Nuestra intención principal es la de liberar el debate de las formas excluyentes que ha adoptado durante los últimos quince años. Sin duda, esperamos influenciar las prácticas de los historiadores, pero no deseamos hacerlo con un espíritu programático que busque englobar tanto como sea posible el innovador trabajo histórico que se hace en la actualidad. Deseamos rebajar el tono polémico de un campo de debate que se ha roto a lo largo de los años por declaraciones magistrales que lo daban por concluido y por sus respectivas respuestas a la defensiva. Con este objetivo en mente, creemos que nos encontramos al fin en un momento más propicio.

Repitamos: nuestra propia forma de proceder ha sido intervencionista y en absoluto completa. Deseamos mostrar que se podrían combinar diferentes registros analíticos sin empañar uno u otro, sino, más bien, enriqueciéndolos a todos. También pensamos que esto puede conseguirse sin establecer en el proceso ninguna ortodoxia. De las opciones que nos da esta agenda pluralizada, por ejemplo, tiene que ser posible imaginar proyectos que combinen interpretaciones postestructuralistas del estilo de las que defiende Joan Scott, *junto con* los planteamientos asociados tradicionalmente a la historia social, algunos de ellos preocupados por las estructuras y los procesos que operan independientemente de su traducción discursiva, o que producen «regularidades», como las hemos estado denominando —por ejemplo, la economía política, las disecciones del proceso del trabajo, el análisis de los mercados laborales, las etnografías del lugar de trabajo, la situación de la comunidad o las reconstrucciones microhistóricas de la vida cotidiana—. Desde un punto de vista contemporáneo, ¿por qué no debería ser posible combinar una economía política del globalizado trabajo manual con los estudios del discurso, la identidad, la cultura y la subjetividad con los que esté relacionado?

Hacemos un llamamiento al pluralismo con algunos ejemplos en mente. Podríamos mencionar, por ejemplo, la obra de muchos años de Andrew Ross, cuya propia trayectoria refleja el tipo de combinaciones que estamos sugiriendo. Empezó su carrera en los años ochenta con un estudio crítico sobre la poesía de Estados Unidos, a éste le siguió un denso libro sobre la relación de los intelectuales con la cultura popular desde los años cuarenta del siglo XX y, a éste, varios volúmenes más de reflexiones sobre la interrelación contemporánea entre la ciencia, la tecnología y las interpretaciones culturales. A lo largo de ese período de tiempo, también mantuvo una relación editorial con una de las varias revistas pioneras en estudios culturales de Estados Unidos, *Social*

Text, que se ha identificado, sin duda, con un planteamiento «constructivista» del análisis social, a veces también de forma extremadamente polémica.¹⁴ Más recientemente, por otra parte, Ross también ha estado muy metido en la campaña en contra del trabajo manual globalizado, intentando explorar en varios libros clave las interrelaciones entre la cultura del entretenimiento de masas, nuevos patrones del capitalismo consumista y los circuitos del trabajo barato y la transnacionalización de la economía política que yacen detrás de éstos. Mientras tanto, también publicó una etnografía detallada de la Celebración, Florida, la nueva planificación de Disney de una comunidad suburbana, que de nuevo intentó combinar lecturas de los significados culturales del nuevo urbanismo con una crítica social de la reformulación del sueño americano y con un análisis estructural de las economías regionales del desarrollo y el control de la propiedad.¹⁵

Aunque el mismo Ross puede que no sea un historiador por afiliación disciplinaria, sus esfuerzos por entender tanto la economía como los significados culturales de la producción del trabajo manual globalizado, reafirman una de las cuestiones principales a las que hemos vuelto una y otra vez en este libro: ¿cómo puede vincularse la práctica del historiador con la política actual? Antes existían respuestas claras y seguras a esa pregunta: durante el auge de la historia social inspirada en Thompson descansaban en cómo la gente trabajadora procesaba su experiencia de explotación a lo largo de generaciones para producir finalmente una conciencia colectiva de clase que, después, podía servir de base para una política radical o revolucionaria. Esto, por supuesto, basaba su autoridad en una lectura de los textos relacionados con el «primer» Marx y, en concreto, con sus manuscritos de 1844. Y es exactamente esta noción de experiencia, como hemos visto, la que Joan Scott, entre otros, ha demolido comprensiblemente. Pero si, como hemos apuntado, esta demolición no le negara a todo marxismo posible su aceptabilidad metodológica, en ese caso, ¿cuáles son

¹⁴ Véase secuencialmente: Andrew Ross, *The Failure of Modernism: Symptoms of American Poetry*, Columbia University Press, Nueva York, 1986; *No Respect: Intellectuals and Popular Culture*, Routledge, Nueva York, 1989; *Strange Weather: Culture, Science, and Technology in the Age of Limits*, Verso, Londres, 1991; *The Chicago Gangster Theory of Life: Nature's Debt to Society*, Verso, Londres, 1994; *Real Love: In Pursuit of cultural Justice*, New York University Press, Nueva York, 1998. Ross también editó uno de los primeros volúmenes más emblemáticos de comentarios sobre el posmodernismo, *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988; y dos volúmenes más dentro de los estudios culturales, *Microphones Fiends: Youth Music and Youth Culture*, Routledge, Nueva York, 1994 y *Science Wars*, Duke University Press, Durham, 1996, el primero de ellos editados con Tricia Rose.

¹⁵ Andrew Ross (ed.), *No Sweat: Fashion, Free Trade, and the Rights of Garment Workers*, Norton, Nueva York, 1997, seguido por *No-Collar: The Humane Workplace and Its Hidden Costs*, Basic Books, Nueva York, 2003, y *Low Pay, High Profile: The Global Push for Fair Labor*, New Press, Nueva York, 2004. Véase también *The Celebration Chronicles: Life, Liberty, and the Pursuit of Property Values in Disney's New Town*, Ballantine Books, Nueva York, 1999.

las demás posibilidades? ¿Qué otras regularidades pueden haber que conecten el presente con el pasado en relación con las cuestiones fundamentales de este libro?

Como Marx, Edward Thompson planteó su proyecto pensando en la continuidad. Entendió la formación de la acción colectiva de clase como una larga lucha contra modelos de explotación inherentes a la producción industrial capitalista, cuyos efectos se acumulaban a lo largo de la historia. Las vastas ontologías de las circunstancias obreras a lo largo del tiempo, y la necesidad de sus condiciones de explotación, proporcionaron una sensación de continuidad basada en la experiencia inevitable de las relaciones de clase. Esto hizo posible que se conectaran con seguridad las luchas de la clase trabajadora del pasado con las exigencias del presente, cuya lógica de persistencia se consideraba que derivaba de las condiciones capitalistas de producción. Por lo tanto, las genealogías de clase inherentes al método de Thompson no problematizaron el concepto de continuidad.

Pero hubo otros historiadores que no siguieron esta estrategia con la misma fuerza del convincente gran relato de la obra magna de Thompson. Normalmente se utilizaba un registro de menor magnitud. Gran parte de la investigación publicada durante los primeros años del *History Workshop Journal* intentó ofrecer formas de acción colectiva mucho más modestas o locales, con la intención de proyectarlas sobre el presente a partir de reconstrucciones cuidadosas y amables de la experiencia histórica de comunidades bastante concretas. La continuidad reunida a partir de la recuperación de la historia de un grupo, ya estuviera centrado en su trabajo o en su residencia, definido por coordenadas de identidad étnicas, sociales, de género o sexuales entre otras, se podrían considerar de esta forma estratégicas a la hora de generar la autoconciencia del grupo en el presente. Eso podría incluso posibilitar formas de acción colectiva políticas o de otro tipo.¹⁶

¹⁶ Este tipo de intelectualidad políticamente comprometida, que intentó explorar los posibles horizontes de acción y aspiración colectiva, reconstruyendo empáticamente formas pasadas de comunidad, solidaridad y resistencia local, fue el género característico de los History Workshops anuales de los años setenta, proporcionando gran parte del espíritu de los primeros años de la revista. Entre sus muchos otros debates y características, el número inaugural, *History Workshop Journal* 1, primavera 1976, incluía artículos sobre los trabajadores del ferrocarril (Frank McKenna, «Victorian Railway Workers», pp. 26-73); museos locales de vida cotidiana (Ian Rodgers, «Village History in Brill», pp. 114-116; Alessandro Triulzi, «A Museum of Peasatn Life in Emilia», pp. 117-120); bibliotecas de trabajadores (Hans-Josef Steinberg, «Workers' Libraries in Germany before 1914», pp. 166-180; Stan Shipley, «The Library of the Alliance Cabinet Makers' Association in 1875», pp. 181-184); la presentación de la autobiografía de un minero del siglo XIX (Edward Allen Rymer, «The Martyrdom of the Mine, Part 1», introducido por Robert G. Neville, pp. 220-44); y una reflexión programática de Raphael Samuel, «Local History and Oral History», pp. 191-209. El compromiso con una historiografía que actuara como un movimiento social era especialmente claro quizá en la nota de anuncios que aparecía en la cubierta trasera de la revista, que coleccionaba calendarios de acontecimientos, listas comentadas de publicaciones locales,

El proceso de establecer continuidades con el pasado de esta forma es fundamental para las posibilidades de organización colectiva en el presente. Estas politizadas intenciones de la historia social se persiguieron intensamente a través de diversos contextos operativos formados por las amplias generaciones inspiradas por el ejemplo de Thompson, entre otros, a lo largo de los años sesenta y setenta, desde la Labour History Society (Asociación de historia del trabajo) y sus equivalentes regionales, y el movimiento del History Workshop (Taller de historia) en Gran Bretaña, hasta la Mid-Atlantic Radical Historians Organization (Organización de historiadores radicales del Atlántico medio) y su revista con base en Estados Unidos.¹⁷ Los History Workshops, en concreto, estaban repletos de ese tipo de reconstrucciones basadas en la clase o en otras experiencias, cuya resonancia en el presente seguía resultando retóricamente vital aunque casi nunca llegaba a problematizarse. Mientras tanto, como hemos visto, precisamente han sido esas proyecciones de continuidad las que se han cuestionado de forma radical. Tal y como lo utilizan historiadores como Joan Scott, el pensamiento postestructuralista acaba con esas genealogías de clase y, por extensión, daña otros supuestos sobre cómo puede crearse la acción en el sentido de política emancipadora.

El primer pensamiento sobre la continuidad como relato de la experiencia de clase invocaba la acción de dos formas distintas: primero, derivando las posibilidades de acción revolucionaria en el pasado de una tesis sobre la dinámica colectiva de la autoformación obrera; segundo, afirmando que el proceso de recuperación de experiencias históricas de ese tipo podrían servir para crear una acción política radical en el presente. Ambas esperanzas se han desvanecido hoy por culpa de la crítica postestructuralista. En el mundo de las identidades de Scott, o en el mundo en que la construcción y reformulación de las subjetividades políticas se considera que ofrecen el principal fundamento político, la anterior tarea de recuperar la experiencia de clase pasada ya no puede desembocar en la acción como antes. En la práctica thompsoniana, dice Scott, el proyecto de recuperación de la clase ya estaba viciado por las consecuencias de sus compromisos estructuralistas preexistentes, que funcionaron tanto para silenciar como para marginalizar otros tipos de voces y acabar con

editoriales, tiendas de libros, revistas, archivos y museos, «grupos fraternales», y talleres de historia regionales.

¹⁷ Fundada en 1960, la nacional Society for the Study of Labour History construía su importante red a través de congresos anuales y de su boletín. Le siguió en 1967 la Scottish Labour History Society y su revista, *Scottish Labour History*; la Society for the Study of Welsh Labour History (1971) y su revista *Llafur* (desde 1972); la Irish Labour History Society (1973) y su revista *Saothar* (1975). Se formaron grupos regionales en el noreste (1967), con su propio boletín (que se transformó luego en *Nort East History*), y en el noroeste (1973), con su *North West Labour History Journal* (desde 1974) en 1979 también había grupos en Sussex, Yorkshire, Humberside y North Midlands, West Midlands, Sheffield y North Staffordshire. En Estados Unidos, MARHO: The Radical Historians Organization se fundó en 1973, con su revista *Radical History Review*.

la posibilidad de reconocer otros intereses. Su crítica, del mismo modo, desliga los relatos de clase disponibles de las posibilidades políticas presentes; aunque reconoce que la fuerza y la necesidad de esa crítica no deberían imposibilitar todas las potenciales formas de pensamiento continuista sobre el sujeto. Nosotros pensamos que debería ser posible concebir la clase de maneras que no estén viciadas o contaminadas por equivocación. Las afiliaciones de clase y las regularidades estructuradas que funcionan para producirlas tienen, por el contrario, que proporcionar una de las bases necesarias a partir de la cual explicar las posibilidades de generar formas de acción colectiva, ya sea históricamente o en nuestro propio mundo.

Esta es la cuestión principal para nosotros: ¿qué poder tiene la clase actualmente para generar acción, y cómo podría depender éste tanto de interpretaciones históricas de clase como de las continuidades que puedan hacer que éstas duren en el tiempo? Es decir, una vez reconfigurada la clase en la línea de nuestra tesis, ¿hasta qué punto podemos imaginar la escritura de una historia social que pudiera contribuir a nuestra interpretación de la formación de la acción en el mundo contemporáneo? ¿Cómo se convierten las solidaridades en política con el tiempo? ¿Cómo adquiere la acción política algo más que la capacidad de aparecer ocasionalmente, de tener efectos intermitentes y esporádicos en la política, algo más que explosiones presenciales aisladas o puntuales? ¿Cómo se llega a convertir en continuidades políticas eficaces a la hora de generar el cambio? Y, por último, pero no por eso menos importante: ¿cómo podría la acción reconectar con una aspiración a cambiar, no sólo uno y otro texto legislativo o el reconocimiento legal de identidades previamente olvidadas, aunque éstas sean muy importantes, sino también el Estado, las prácticas de gobierno e incluso el sistema de propiedad privada en la economía?

La clase trabajadora de Marx surgió materialmente del proceso de producción, llamada por las necesidades de la acumulación capitalista. En su concepción, ésta debía ser la clase mayoritaria por la expansión de esa producción a escala internacional. Se imaginaba como reflejo de las relaciones materiales del propio sistema económico. No eligió ser creada. Era el resultado inevitable de procesos que tenían lugar más allá del alcance de las acciones de los individuos y de los grupos que componen la clase, e inicialmente, al menos, de su comprensión. La conciencia llegaba a la clase obrera creada, como condición de su propia autoformación, como diría Thompson, por fuerzas que están fuera de su alcance, es decir, por necesidades estructurales contenidas por el desarrollo del propio capitalismo y sus «leyes de movimiento».

Alguna versión de este tipo representaba el análisis estructural en su hegemónica y experimentada forma anterior. Permitía la contingencia, la diferencia nacional y políticas cambiantes de acuerdo con las circunstancias. Pero no permitía alejarse del axioma central que decía que las contradicciones que surgían entre las fuerzas y las relaciones sociales de producción crearían inevitablemente un conflicto social. La principal señal de ese conflicto, además, sería un choque de clases concebido en términos históricos mundiales o, incluso, po-

dríamos decir, a escala literalmente histórica mundial. Esto describe la versión canónica del estructuralismo desde un punto de vista marxista ortodoxo. Contenía multitud de omisiones que a estas alturas son ya bien conocidas. Marx no era fuerte en el tema del imperio, en el de las mujeres, casi siempre despreció al campesinado, desdeñó las pretensiones de muchas nacionalidades y excluyó de sus explicaciones todos los elementos de las formaciones sociales que la historia marginaba (como la aristocracia terrateniente) o a aquellos cuyas acciones se consideraban marginales respecto del acontecimiento principal (la pequeña burguesía).

No estamos intentando recolocar nada de este viejo equipaje conceptual introduciendo un registro estructural de análisis. Pero seguimos estando convencidos de la importancia de conceptualizar las regularidades a través de las cuales, bajo las condiciones de la economía capitalista, las desigualdades interconectadas entre el dinero, el poder y la posición se crean y se aseguran. No buscamos el estatus de soberanía del análisis estructural, sino más bien insistir en que el análisis del campo de la desigualdad en general no puede omitirse o subsumirse dentro de explicaciones discursivas de su condición, aunque éstas tengan que seguir siendo absolutamente esenciales. Pero, al mismo tiempo, de forma crucial, nuestra reutilizada interpretación de la clase no le debe mucho al proceso de producción mismo en el viejo sentido ortodoxo o productivista marxista. Lo que pretendemos, por el contrario, es enfatizar el más amplio repertorio de formas en las que la desposesión, la falta de poder, la vulnerabilidad y la pobreza ahora tienden a crearse bajo los capitalismo contemporáneos. Aceptamos que la universalidad de la experiencia de clase al estilo thompsoniano ya no puede utilizarse para proporcionar la hebra que unifique tales argumentos. Ese modelo clásico sobre una formación de clase subyacente y los procesos por los cuales la clase se hace consciente de sí misma, formando así la base necesaria de una política progresista, sin duda ha desaparecido, independientemente de que haya o no descrito suficientemente la clase y la formación de ésta en el mundo industrializado existente, o hasta qué punto lo haya conseguido. En la historia thompsoniana de la formación de la clase trabajadora, el paso del ser a la conciencia no sólo se pensaba que era inevitable sino que era siempre bueno. Históricamente, sin duda, siempre se pensó que era algo positivo.

Por lo tanto, lo que no podemos argumentar es que las *experiencias* comunes de desigualdad de clase forman una base general para la acción en el presente, precisamente porque en épicas y culturas distintas la desigualdad se gestiona discursivamente y se mantiene discursivamente, se construye de formas poco comunes. Si le quitamos la noción unificadora de experiencia y la reemplazamos con construcciones discursivas contingentes de esa forma, entonces la expectativa de la conciencia de clase como figuración recurrente deja de estar disponible. Pero, para reconocer totalmente estas consecuencias, todavía estaríamos a favor de la necesidad —teórica, heurística y estratégicamente— de reconocer la persistencia de la clase como una formación prediscursiva o no discursiva. Las regularidades estructurales de los procesos a través de los cua-

les se crean los ricos y los pobres bajo las condiciones del capitalismo siguen siendo vitalmente importantes, incluso aunque la negociación discursiva y las defensas discursivas sigan siendo extremadamente variables, porque tales regularidades, sin embargo, definen un terreno particularmente decisivo en el que la intervención política puede suceder. Por tanto, por supuesto, surgen todo tipo de cuestiones difíciles sobre la relativa importancia de este terreno concreto para las intervenciones políticas, en contraposición a otros. Si para los marxistas clásicos y para la corriente mayoritaria de la historiografía social de la clase esas regularidades tendían a proporcionar la última palabra materialista en ese sentido estructuralista más duro, esa no es la línea en la que estamos intentando pensar ahora.

En otras palabras, sólo por afirmar la existencia de esas regularidades estructurales —que desde nuestro propio punto de vista consideramos fundamental a la hora de comprender las formaciones contemporáneas de clase— *no* tenemos lógicamente que adoptar los supuestos más profundos por los que estas regularidades necesariamente se traducen en solidaridades y formas de conciencia que podemos describir como conciencia de clase tal y como tradicionalmente la hemos entendido, de forma canónica. Al contrario, ya que la forma en la que la conciencia política surge es profundamente contingente y variable, nuestro argumento entero en este libro presupone que no puede considerarse meramente el reflejo expresivo del cambio estructural. Por lo tanto, al postular la importancia significativa de la clase como un terreno político permanente *no* estamos pidiendo que se le conceda de nuevo un estatus hegemónico. Al intentar reintroducir la regularidad estructural, en este caso de la producción de las desigualdades en el capitalismo, no estamos diciendo que estemos a favor de abandonar la interpretación postestructuralista más reciente, o reclamando la vieja primacía de la estructura. Lo que *sí* estamos diciendo es que para que cualquier análisis se pueda considerar completo deben entrar en juego tanto el análisis cultural como el estructural. Sin duda, éstos no tienen que estar en guerra. Si realmente queremos comprender las desigualdades actuales de bienes y poder, necesitamos llevar nuestro análisis a lo largo de un abanico de contextos y terrenos, utilizando una variedad de métodos y supuestos y pensando desde más de un registro.

MÁS DE UN REGISTRO

Consideramos el crítico impacto del giro cultural sobre el pensamiento de los historiadores como constructivo, beneficioso y absolutamente inevitable, tal y como hemos estado diciendo repetidamente a lo largo de este libro. Es más, en este sentido, ninguna intervención ha tenido mayor efecto que la de los artículos de Joan Scott desde mediados de los años ochenta y los primeros no-

venta.¹⁸ Pero, aunque han ayudado a abrir un espacio de pensamiento innovador tan vital a la hora de pensar sobre «el género como categoría útil de análisis histórico», o, más ampliamente, sobre la importancia de la teoría postestructuralista para los historiadores, las aportaciones de Scott no siempre han dado como resultado análisis que demostraran ser tan ricos o bien contextualizados socialmente como los mejores ejemplos de la historia social que éstas pretenden superar. Desde luego, una vez que se alejan del terreno de la crítica pura, los propios textos de Scott parecen o trazados en la línea de Foucault hacia los micromundos de la economía discursiva en la que se forman las subjetividades o, si no, permanecen en una posición de exégesis crítica prácticamente indistinguible de los establecidos géneros de la historia de las ideas.¹⁹

Pero, ¿por qué debería adquirir esta peculiar lógica consecencial la crítica de las primeras historias sociales estructuralistas o materialistas? Al contrario de esto, lo que queremos decir es que el estudio de la clase —o de los contextos, relaciones y prácticas sociales a los que los historiadores sociales se referían con este término— requiere una mayor atención hacia regulares transpersonales y formas de acción institucional mayores que funcionen consciente e inconscientemente a la hora de favorecer su formación o su ruptura. Hasta el momento, las estrategias analíticas concretas defendidas por Scott no sólo no han sido capaces de embarcarse en ese conjunto más amplio de contextos, sino que, de hecho, parecen velarlos. Al decir esto, no estamos intentando contraponer nuestras propias «macro-ambiciones» frente a la explicación «micro» de Scott, como han hecho algunas polémicas fáciles. Nosotros estamos más bien intentando encontrar o inventar un lenguaje o conjunto de términos que no sean excluyentes y que permitan, precisamente, que se trascienda esa polémica yuxtaposición. Con esa intención hemos llegado contingentemente a la expresión «registro». Tal y como nosotros la utilizamos, no se supone que tenga que teorizarse para convertirse en un programa conceptual complejo y elaborado. Lo que pretendemos, más bien, es que sirva de metáfora catalizadora, de escape de las epistemologías esencializadoras que hasta la fecha han imposibilitado nuestro campo.

Al querer reafirmar la importancia de la clase, además, no estamos intentando imitar la efectiva demanda de Scott de que todo discurso, cada práctica discursiva, cada efecto está atravesado por el género de alguna manera. Al reclamar que la discusión retome la senda de la contextualización propia del análisis social no se necesita ese tipo de pretensión de universalización de la clase, ni sus discursos, ni su política. Hace una generación, algunas formas de pensar predominantes pero ahora viciadas sobre la historia social nos animaron a pensar exactamente en esos términos, por ejemplo, subsumiendo y subordinando a

las mujeres en ellos. La duradera aportación de Scott fue la de haber demostrado que esas reducciones eran inadmisibles. Esa crítica desde la perspectiva de género de un modelo de análisis de clase anterior y de sus reduccionismos se ha convertido en el ampliamente aceptado terreno consensuado para el feminismo y para otros historiadores radicales que pretenden comprender las posibilidades emancipadoras del cambio social durante los siglos XIX y XX. Pero una atención permanente a la clase y a cómo ésta tiene lugar, adecuadamente concretadas e historizadas, pueden, sin embargo, iluminar profundamente la manera en la que el género necesita plantearse e interpretarse. Hacer historia del género sin prestar atención a lo que estamos denominando *grandes regularidades* en este sentido, ya estén conceptualizadas en términos estructurales, sociales u otros, puede no tener apenas sentido.

Con estos objetivos en mente, por lo tanto, ¿para qué cuestiones puede resultar difícil plantear un registro analítico postestructuralista como el de Joan Scott? Por ejemplo, ¿cómo podemos tratar, desde un registro teórico postestructuralista, la producción sistemática de la pobreza por oposición a sus consecuencias microsubjetivas, individualmente localizadas o identitarias? El postestructuralismo ha sido productivo, sobre todo, cuando nos ha forzado a confrontarnos con las complicadas maquinarias del significado, a través de las cuales la pobreza se comprende en todas las complejas modalidades de su construcción social y cultural. Nos señala a la esfera de las representaciones y de los lenguajes y a todas las formas en las que cada pequeño aspecto del significado se pone en funcionamiento, consciente o inconscientemente, dentro de sistemas de práctica, así como en las formas de comprender el mundo y cómo funciona éste. El desafío postestructuralista ha hecho imposible plantear cuestiones sobre la pobreza sin lidiar con las relaciones y prácticas discursivas que rodean y modelan las manifestaciones de que ésta realmente existe. Que ahora necesitamos plantearnos la pobreza como una formación discursiva está fuera de toda duda para nosotros. Sin embargo, eso no da por concluidos todos los registros desde los cuales se puede o es necesario plantearla.

Por ejemplo, ¿puede el registro postestructuralista lidiar satisfactoriamente con la cuestión de cómo la gente adquiere la condición de ser pobre, con los procesos que producen y reproducen la pobreza y con esos que aseguran discursivamente esa condición de ser? Una vez más, esto no se pretende que sea una forma de colarse en el estructuralismo del pasado de la historia social, ni de reintroducir las simples oposiciones binarias de hace años, como la más obvia de economía frente a cultura. Lo que estamos sugiriendo, por el contrario, es que existen formas de tratar estas cuestiones desde registros distintos que pueden terminar evitando la exclusión de una u otra. Realmente no tenemos que elegir entre ellas, entre investigar la economía política de la clase, la producción de las desigualdades económicas y las regularidades de la distribución económica en una sociedad concreta, por una parte, y leer las formas discursivas a través de las cuales se representan, se hacen accesibles y se hacen comprensibles, por otra.

¹⁸ Véase especialmente Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, 1988.

¹⁹ Estamos pensando especialmente en Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.

Por lo tanto, podemos hablar de la fábrica como un lugar de acumulación y formación del capital, o como un sitio en el que se producen bienes que comercializar, como un espacio de innovación tecnológica, como un lugar en el que sucede la división del trabajo y se pone en práctica la disciplina del trabajo, como el resultado del compromiso del capital, y como la operación de los mercados locales de tierras y la determinación salarial, todo lo que contiene consecuencias para las poblaciones que la rodean y sus formas de gobierno. O podemos tratar la fábrica como un espacio de divisiones y distinciones étnicas, culturales y de género, como un lugar de conflictos que surgen tanto en torno a éstas como entre el capital y el trabajo. O podemos plantearnos la fábrica discursivamente intentando comprender todas las formas en las que ésta tiene la capacidad de modelar y dar forma al imaginario social y cultural. O podemos intentar hacer todas estas cosas y más.

¿Por qué tiene que preferirse exclusivamente uno de estos análisis o tratarlo como si fuera más útil y legítimo que el resto? ¿Con qué criterio podríamos decirle a un organizador sindical o a un militante de base que es más importante entender la construcción social y cultural de la fábrica que la logística del libro de órdenes, las nóminas y los salarios de la empresa, las estructuradas regularidades de la producción y la distribución, las complejas coordinadas de los mercados laborales locales y regionales, o la infraestructura impuesta del proceso laboral, las reglas del trabajo y el ritmo del día laboral? La voluntad de plantear esta cuestión *no* requiere que pensemos que cualquiera de esos factores pueda ser inmune al análisis discursivo. Sin duda, necesitan ser analizados discursivamente para poder entenderse. Pero también parece increíblemente ingenuo fingir que no existen diferencias en la manera en que estos temas tienen que plantearse. Para organizar a sus compañeros para la acción colectiva efectiva con la intención de asegurar mejoras concretas en salarios y en las condiciones laborales, un militante sindicalista necesitaría seguramente estar equipado con algunas percepciones estructuralistas a la hora de definir y asegurar esas condiciones. Comprender la arquitectura discursiva de la fábrica sería desde luego de vital importancia, sin duda, una prioridad esencial para los esfuerzos más efectivos del sindicato. Pero, para desempeñar sus tareas eficientemente, esos organizadores necesitan otro tipo de conocimiento también.

La idea, desde luego, es que estos objetos e intenciones analíticos diferentes, cada uno de los cuales requiere su propia estrategia y registro, debería llevarse a cabo *al mismo tiempo*. La fábrica es obviamente una unidad de producción económica. Existe dentro de una cadena de circulación de bienes y de dinero que va de lo local, pasando por lo nacional, hasta lo global y, de nuevo, a lo local. Al mismo tiempo, proporciona un micromundo cultural, un lugar en el que las coordinadas culturales particulares del tiempo y el espacio local obtienen, operan y se cruzan. En este sentido, la fábrica –o cualquier otro lugar de producción– proporciona un escenario tanto económico como cultural. Cada una de estas facultades merece un registro analítico diferente. Esto no es lo mismo que decir que las dimensiones económicas de la fábrica sólo pueden

plantearse a través del análisis económico y que, de alguna manera, no están disponibles para los planteamientos culturales y discursivos. Aquí, la metáfora de «registro» *no* se está proponiendo con la intención de reproducir los límites de anteriores esencialismos alternativos o posiciones polémicas. Más bien, lo que estamos argumentando es que el mismo objeto –en este caso la fábrica– debería ser susceptible de ser analizado desde diferentes y variados planteamientos.

Encontrar la forma de estimular un intercambio de ideas generoso y constructivo entre registros analíticos diferentes es el más urgente de los desafíos al que ahora se enfrenta la historiografía comprometida. Se ha convertido en la prioridad crucial para los historiadores sociales y culturales que buscan comprender la política del mundo actual y, si es posible, acceder a los medios para cambiarla. En nuestra opinión, para conseguir que esa colaboración entre registros se ponga en marcha, el tipo de argumentos epistemológicos que dominó los debates de los historiadores sociales y culturales durante la mayor parte de los últimos años ochenta y los noventa tendrá que dejar de ser central. Los argumentos aprobados y regulados estrictamente por perspectivas epistemológicas absolutamente coherentes se comunican muy mal entre ellos, sobre todo, cuando están pensados para que sólo de una de esas epistemologías, y no de la otra, puedan derivar actuaciones políticas concretas, o para que sólo una de ellas pueda contener estas actuaciones. Sus consecuencias más negativas y destructivas, las polémicas confrontaciones de la década de los noventa, acabaron precisamente excluyendo la posibilidad de un tráfico intelectual beneficioso entre registros analíticos opuestos.

Al intentar desesencializar lo que estamos denominando *registros*, y rechazar polarizaciones o jerarquías epistemológicas, lo que tratamos es de crear un escenario en el que renazca un pluralismo conceptual real a través de lo que hemos descrito como un pragmatismo bienintencionado.²⁰ Si esto supone reconocer que existen algunas estructuras que operan «de espaldas a la gente», y que esas estructuras despliegan regularidades a lo largo del tiempo en espacios concretos y son susceptibles de ser analizadas desde planteamientos analíticos comunes que derivan de disciplinas como la economía o la sociología, entonces tan sólo se trata de situar esas estructuras dentro de un registro empírico y analítico distinto al de la identidad, la cultura y el lenguaje. Puede suceder que sólo podamos llegar a conocerlos a través de sus discursos y los nuestros, pero esto apenas altera su materialidad. Si nuestro ejemplo fundamental para esto ha sido la producción de la pobreza –es decir, las formas realmente existentes de carestía de recursos y su mala distribución– entonces podemos reconocer los términos discursivos necesarios de las estrategias disponibles para estudiarlo, sin por ello negar la materialidad de las propias estructuras más importantes. Porque las regularidades más obvias de la riqueza y la pobreza en diferentes

²⁰ Eley y Nield, «Farewell to the Working Class?», p. 18. En ese debate concreto al menos, nuestra llamada cayó en saco roto.

capitalismos de distintas épicas y lugares sin duda existen más allá de los intentos discursivos por entenderlos. El discurso puede proporcionar los límites de nuestra capacidad para hablar sobre cosas, pero las construcciones discursivas no pueden agotar el campo mundial de escenarios y realidades preculturales o no culturales.

Por lo tanto, ¿en qué lugar deja esto a la primera investigación histórica social —es decir, la producida antes de las intervenciones de Joan Scott y Gareth Stedman Jones de los años ochenta, antes del giro cultural, antes de la difusión de la influencia de Foucault? En nuestra opinión, la mejor versión de esa investigación histórica social no dependía de la vieja versión canónica del marxismo estructuralista que han supuesto los ataques postestructuralistas. Al mismo tiempo, los historiadores sociales simplemente nunca hubiesen considerado, ni por un momento, abandonar el terreno de la «vida material». Esa *retirada* no era pensable dentro del marco conceptual de la disciplina en ese momento. Sin embargo, desde dentro de ese marco materialista (el marco implícito en el concepto de la «historia de la sociedad» de Hobsbawm) los historiadores sociales permanecieron abiertos a lo largo de la década de los años setenta a cuestiones culturales en el sentido más amplio del término, gracias a una extremadamente amplia variedad de desafíos (especialmente a través de la lectura de Gramsci y el estimulante impacto del feminismo). Cuestiones culturales que incluían a las mujeres, a las familias, las sexualidades, la educación, el deporte y el recreo, la enfermedad y la medicina, la profesionalización, los medios de comunicación, el arte y el diseño, la religión, etc. Es perfectamente posible que haya habido notables silencios, algunos de ellos incluso estratégicos, pero ¿a qué campo de estudios no le sucede esto?

¿Es posible en estos momentos vislumbrar una historia híbrida capaz de retener algún tipo de perspectiva materialista, sin que por ello deje de ser capaz de reconocer la necesidad y trascendencia del análisis discursivo? Hemos intentado proponer una reagrupación de registros analíticos que no fuera polémica y que se reforzara mutuamente, precisamente para posibilitar formas de hacer historia de manera conceptualmente plural. Ésa sería una práctica liberada de relatos maestros, de los reduccionismos inherentes a tales relatos; pero también una práctica en la que no se permitiría que lo discursivo ocultara lo estructural o lo deslegitimara, y viceversa. Al vislumbrar una historia «sociocultural» de estas características (que podría incluso denominarse una historia que sigue siendo marxista de alguna forma reconocible), no deseamos recuperar la centralidad de los axiomas teóricos de la antigua historia social como tal, y como algunos la han descrito anteriormente, sino, más bien, reconocer que la mejor historia social producida desde los sesenta seguía abierta al análisis que surgía de esferas diferentes y a veces contradictorias.

Hacer esa historia social, al contrario de lo que han alegado el posmodernismo o el postestructuralismo sobre sus preferencias esencialistas, fue algo plural y expansivo precisamente por su voluntad de incorporar nuevas cuestiones que afectarían a nuevos campos de maneras nuevas. Las versiones más

críticas y creativas de esa historia social también se han mostrado capaces de mezclarse y colaborar con la frescura de las nuevas formas de análisis a las que dio lugar la nueva historia cultural. Una práctica histórica generosa y plural que abarque diversas formas de mirar al mundo, pasado y presente, desde luego que puede imaginarse en cuanto salgamos de la fase de la polémica de la deslegitimación. Ésa es la principal intención de nuestro libro: sacar a la disciplina de sus polémicas paralizadoras y acercar los mejores análisis de cualquier fuente conceptual entre sí.

ÍNDICE ANALÍTICO

- acción colectiva, 16, 17, 49, 59, 61,
100, 145, 192, 196, 197, 199, 200,
221, 223, 228
conciencia colectiva, 220
experiencia colectiva, 112, 196
identidad colectiva, 24, 189, 200
Alexander, Sally, 57
Alltagsgeschichte, 186
Althusser, Louis, 68, 69, 72, 113, 150,
151, 181, 211, 218
análisis lingüístico, 10, 64, 98, 131,
133
concepciones lingüísticas de la
clase, 17, 165
giro lingüístico, 24, 27, 31, 43,
70, 73, 79, 98, 118, 128, 149,
178, 192, 202 (*véase también* giro
cultural) lingüística de Saussure,
69
planteamiento de Gareth
Stedman Jones, 66, 67, 152, 153
planteamiento lingüístico de la
historia, 157-158, 163 (*véase
también*, planteamiento discursivo
de la historia)
prácticas lingüísticas, 154
Ankersmit, Frank, 88-91
Annales, 38, 51, 52, 57
antropología, antropólogos, 9, 50, 51,
65, 73, 74, 88, 92, 98, 140, 207,
213
Aston, Trevor, 50, 52
autonomía relativa, 69, 72, 191
Bachelard, Gaston, 69
Banco Mundial, 183
Barkin, Kenneth, 86-88, 92
Barracough, Geoffrey, 50
Bell, Donald, 116
Bennett, Tony, 99
Berkhofer, Robert, 89-92
Best, Geoffrey, 42
Betts R. R., 50
Biagini, Eugenio, 26, 161, 188-191
Birnbaum, Norman, 50
Bourdieu, Pierre, 22, 170
Braudel, Fernand, 49, 52
Braverman, Harry, 68
Briggs, Asa, 40, 49, 115
Cangilhem, Georges, 69
Canning, Kathleen, 13, 20, 22, 68, 75,
134, 135, 170, 187, 191
Cartismo, 25, 46, 115, 119, 122, 131,
132, 134, 150, 154, 162-165
Center for the Study of Social History
(Warwick), 55
Childe, Gordon, 45, 50
Clark, Alice, 39
Clark, Anna, 68, 76, 132, 134, 162,
187, 191
Clark, George Kitson, 40

clase trabajadora, 15-24, 26, 29, 33, 36-39, 43, 44, 53-55, 63-69, 71, 75, 77, 101, 103, 106, 111-120, 122-126, 130, 134-137, 141, 150, 153, 164, 172, 175, 185-189, 191, 197, 198, 201, 204, 210, 221-224
 acción colectiva de la clase trabajadora, 16, 77, 164, 182
 conservadurismo de la clase trabajadora, 124
 cultura de la clase obrera, 16, 125, 186, 189, 193
 experiencia de la clase trabajadora, 23, 45, 55, 182, 185
 formación de la clase obrera, 12, 21, 24, 41, 43, 55, 68, 111, 112, 115, 118, 135, 165, 210, 224
 historia de la clase trabajadora, 18, 19, 127, 136, 191, 204, 218
 identidad de la clase trabajadora, 135, 136, 196
 movimiento(s) de la clase trabajadora, 29, 38, 124, 141, 150
 política de la clase trabajadora, 115, 122, 194, 204
 sujetos de clase trabajadora, 130, 139
 vida/forma de vida de la clase trabajadora, 130, 135, 186
 clase, 10-12, 15-33, 36-45, 54-55, 58, 62-71, 75-79, 100, 101, 103, 106, 111-118, 121-126, 130, 134-142, 144, 145, 147-155, 164-167, 172-177, 180-198, 200-205, 209-211, 215-216, 218-227
 análisis y crítica feminista de, 19, 134
 centrado en torno a la clase, 17, 62, 202
 conciencia de clase, 15, 42, 100, 112, 117, 121, 122, 125, 189, 196, 198, 200, 215, 224, 225
 (véase también clase trabajadora)
 formación de clase, 62, 77, 105, 112, 122, 124, 135, 140, 153, 165, 166, 188, 189, 195, 202, 224
 discurso de clase, 21, 22, 25, 45, 79, 126, 130, 150, 195, 197, 204, 226
 lenguajes de clase, 22, 25, 127, 135, 154, 195, 200
 clases populares: cultura, 19, 48, 67, 69, 83, 115, 162, 185, 186, 219, 220
 acción popular, 17, 26, 197, 210-211
 artes populares, 46, 82
 discurso popular, 130
 historia popular, 36, 46
 movilización popular, 59, 174
 movimientos populares, 38, 46, 67
 política popular, 77, 115, 132, 133, 161, 189, 190, 197, 211
 protesta popular, rebeliones, 47, 53, 54, 200
 Cohen, Lizabeth, 10, 187, 191, 202
 Cole, G. D. H., 38, 39
 colonialismo, 51
 estudios poscoloniales, 73, 201
 poscolonialismo, lo poscolonial, 72, 85
 poscolonialidad, 202
 comunismo, 10, 23, 45, 152, 213
 crisis del 1956, 45
 caída o final del, 10, 23, 25, 152
 comunista(s), 37-39, 44-46, 48, 51, 55, 57, 68, 71, 150, 152, 194, 198
 Partido Comunista de Francia, 38, 148
 Partido Comunista de Gran Bretaña, 16, 45, 49, 50, 51, 165, 188
 Partido Comunista de Italia, 38, 174 (véase también marxismo)
 conciencia, 21, 28, 36, 41, 42, 45, 50, 54, 63, 76, 77, 95, 112, 118, 121, 122, 136-138, 150, 165, 174, 181, 192, 201, 215, 216, 220, 221, 223-225
 conciencia de clase, 15, 42, 100, 112, 117, 121, 122, 125, 189, 196, 198, 200, 215, 224, 225 (véase también subjetividades)

conocimiento: crítica(s) al, 24, 31, 33, 103-110 (véase también posmodernismo; postestructuralismo)
 política del, relación con el poder, 88, 89, 130, 178, 187, 208, 212
 teorías del, 69, 208 (véase también epistemología)
 construcción, social y cultural, 10, 23, 26, 27, 67, 73, 77-78, 86, 89, 95, 99-101, 104, 108, 123, 128, 132, 136-139, 141-143, 155, 157, 163, 169, 178, 185, 189, 191, 193, 196-200, 204, 220, 222, 224, 227, 228, 230
 de subjetividades, 136-139, 141, 200
 Cottureau, Alain, 20
 Crew, David, 116, 135
 cultura, 9, 10, 19, 24-28, 30-32, 36, 41-45, 48, 51, 54, 57, 63-65, 69-70, 72-76, 78, 84, 85, 93, 96, 97, 99, 103, 106, 107, 111-115, 117, 120-125, 127, 130, 133, 135, 140, 142, 153, 155-157, 161, 162, 165, 170-174, 177, 181, 185-195, 198-203, 207-210, 213-216, 219-220, 224, 225, 227-231
 análisis cultural, 65, 98, 132, 133, 225
 antropología cultural, 9, 88, 140, 213
 construcción cultural, 139, 227, 228
 construccionismo cultural, 73
 cultura política, 38, 78, 124, 186
 cultura popular, 19, 45, 69, 83, 115, 162, 185, 219
 cultura visual, 85, 103
 culturalismos, culturalistas, 9, 10, 27, 32, 74, 83, 87, 90, 103, 117, 140, 155, 170, 177, 178, 185, 192, 194, 210
 estudios culturales, 9, 31, 70, 71, 73, 74, 84, 85, 92, 99, 170, 192, 202, 207, 213, 219, 220
 formas culturales, 63, 114
 giro cultural, 9, 11, 25, 28, 32, 65, 66, 103, 128, 156, 157, 207, 213, 225, 230
 guerras culturales, 28, 138, 202
 hegemonía cultural, 172, 210
 historiadores culturales, 11, 30, 157, 194, 229
 historia(s) cultural(es), 27, 31, 63, 65, 66, 103, 133, 209, 215, 231
 lógica cultural del capitalismo tardío, 83
 nueva historia cultural, 27, 31, 65, 103, 133, 215, 231
 política cultural, 123, 182, 202
 practica(s) cultural(es), 114, 173, 179, 194
 representación(es) cultural(es), 74
 teoría cultural, 31, 107
 radicalismo cultural, 36, 43, 114
 subcultura, 135, 168, 198
 Davidson, Basil, 49
 Davin, Anna, 57, 134
 Davis, Natalie Zemon, 65
 deconstrucción, 10, 24, 70, 73, 82, 88, 97, 98, 101, 107, 129, 139, 141, 143, 144, 207, 212
 versión de Derrida, 70, 88, 97, 144, 207
 democracia, 10, 38, 161, 163
 demócratas radicales, democracia radical, 163, 213
 Federación Socialdemócrata Marxista, 124
 socialdemocracia, socialismo democrático, 119, 161, 164, 185, 186 (véase también socialismo)
 Derrida, Jacques, 70, 73, 88, 97, 99, 136, 144, 207, 211 (véase también deconstrucción)
 desigualdad, 33, 36, 54, 78, 87, 101, 120, 121, 134, 145, 146, 155, 159, 160, 164, 171-173, 182, 184, 190, 199, 201, 224, 225, 227
 desigualdad capitalista, 33
 desigualdad de clase, 224
 desigualdad económica, 145, 159
 desigualdad global, 146

- desigualdad social, 134, 145, 164, 182
- determinismo, determinación, 26, 35, 63, 69, 72, 73, 78, 79, 99, 108, 113, 136, 141, 145, 150, 151, 153, 155, 156, 159, 164, 168, 172, 210, 217, 218, 228
- determinación material, 136, 145, 210, 217
- Derrida sobre, 99
- determinación estructural, 26
- determinación social, 35, 63, 72, 113, 151, 168 (*véase también* Jones, Gareth Stedman)
- Gareth Stedman Jones sobre, 24, 131, 149-166, 216
- indeterminación, 72, 98, 141 (*véase también* reducción)
- Raymond Williams y Jacques «Rumbo determinista», 159, 164, 194
- discurso, 10, 21, 22, 25, 26, 28, 45, 73, 78, 79, 83, 86, 100, 102, 126, 127, 130, 132, 139, 147, 150, 151, 154-156, 159, 160, 162, 163, 178-181, 184, 189, 191, 195, 197, 203, 204, 214, 219, 226, 229, 230
- análisis del discurso, 130, 189
- análisis discursivo, 75, 129, 130, 182, 194, 200, 228, 230
- teoría foucaultiana sobre, 67
- Dobb, Maurice, 39
- economía política, 45, 63, 100, 101, 131, 152, 160, 164, 219, 220, 227
- Elliot, John, 50, 52
- epistemología(s), 28, 60, 87, 91, 103, 107, 108, 109, 119, 141, 143, 145, 182, 183, 202, 208, 211, 226, 229
- Estado, el, 26, 35, 38, 47, 54, 59-61, 76, 100, 112, 119, 127, 135, 141, 145, 146, 148, 162, 163, 168-170, 172-177, 179-184, 187-189, 192, 198, 218, 223
- centrado en el Estado, 38, 127, 179
- centralizado en el Estado, 184
- Estado del bienestar, 68, 71, 134, 161
- formación del Estado, 47, 59, 61
- estructura(s), 9, 17, 33, 41, 42, 51, 60, 61, 63, 65, 69, 71, 73, 78, 104, 115, 118, 119, 122-124, 139, 140, 142, 144, 152, 155, 158, 159, 171, 175, 177, 188, 193, 195, 200, 210, 215, 219, 229
- análisis estructural, 35, 200, 220, 223, 224
- base y superestructura, 69, 100, 112, 159, 176, 188, 216
- cambio estructural, 15, 26, 127, 129, 225
- estructura social, 60, 61, 65, 71, 73, 78, 104, 118, 122, 124, 158, 193, 195
- estructuración, 184
- estructura(s) discursiva(s), 17
- campo(s) discursivo(s), 28, 132, 196
- formación (ones) discursiva(s), 23, 93, 146, 154, 227
- «el giro discursivo», 31, 35, 203
- planteamiento discursivo de la historia, 10, 24, 26, 32, 76, 150, 153, 156-158, 164, 191, 194, 216, 228 (*véase también* «planteamiento lingüístico»)
- práctica(s) discursiva(s), 73, 156, 178, 180, 226, 227
- estructuralismo, 26, 27, 29, 32, 33, 38, 68, 89, 200, 208, 224, 227 (*véase también* postestructuralismo)
- Evans, Richard J., 79, 91, 95
- experiencia, 23, 35, 38, 41, 42, 45, 54, 55, 61, 63, 71, 77, 98, 100, 112-115, 118, 122, 135-141, 143, 144, 149, 182, 185-187, 192, 196, 201, 211, 220-222, 224
- experiencia de clase, 42, 100, 196, 221, 222, 224
- experiencia de explotación, 23, 42, 112, 141, 220
- experiencia de la clase trabajadora, 23, 38, 45, 55, 114, 122, 135, 185
- experiencia de las mujeres, 137

- experiencia de trabajo, lugar de trabajo, 118, 135
- explotación, 23, 42, 54, 76, 112, 123, 141, 154, 155, 164, 220, 221
- Fantasia, Rick, 15
- feminismo, 19, 21, 67, 70, 73, 87, 100, 109, 137, 138, 142-144, 169, 170, 185, 202, 203, 207, 212, 227, 230
- crítica de la clase, 19-23
- francés, 142, 144
- feminismo socialista, 70
- historia e historiadoras feministas, 44, 134, 136-139, 141
- teoría feminista, 21, 66, 71, 184
- Fondo Monetario Internacional, 183
- Foucault, 22, 31, 32, 65, 66, 70-73, 86-88, 95, 113, 136, 144, 147, 148, 150, 151, 156, 161-163, 170-173, 175-184, 207, 211, 212, 214, 226, 230
- combinar Foucault con Gramsci, 172-177
- concepción del poder, 171, 175, 177-185
- encuentro de Joan Scott con, 88, 136-149, 211
- recepción, 65, 66, 72, 170, 207, 212
- Frere, S. S., 50
- Geertz, Clifford, 9, 64, 65, 98, 170
- género, 16, 19-22, 28, 36, 67, 68, 73-75, 77, 85, 89, 90, 96, 103, 107, 121, 128, 130, 132-135, 137, 142, 146, 152-154, 164, 169, 185, 189, 191, 196, 197, 200, 202, 207, 215, 221, 226-228
- género/análisis de género, 21, 189
- historia de género, 36
- Joan Scott sobre, 67, 74, 88, 128, 134, 136
- George, Dorothy, 39
- Gilroy, Paul, 17, 18, 74, 201
- Ginzburg, Carlo, 65
- globalización, 33, 85, 102, 141
- Gramsci, 10, 32, 71, 120, 171-175, 181-185, 187, 213, 214, 218, 230

- concepción de hegemonía, 172 (*véase también* hegemonía)
- en combinación con Foucault, 172-177
- influencia en los estudios culturales británicos, 99
- planteamiento gramsciano, 181 (*véase también* planteamiento no reduccionista)
- Gray, Robbie, 11, 12, 30, 44, 76, 77, 132-134, 165, 187, 191, 210
- Grupo de Historiadores del Partido Comunista, 44-52, 150
- crisis del comunismo británico, 48-51 (*véase también* anglo-marxismo, *Past and Present*)
- guerra fría, 45, 50, 68, 102
- Habbakuk, H. J., 40, 45
- Hall, Catherine, 57, 74, 201,
- Hall, Stuart, 16-18, 64-66, 69, 73, 159, 190, 192, 201, 204, 209, 213
- Hammond, Barbara, y John, 38, 39
- Haraway, Donna, 22
- Hartwell, Max, 40, 49
- hegemonía, 100, 120, 172, 174-176, 183-185, 187, 200, 210
- Hill, Christopher, 44, 46, 48, 50, 56
- Hilton, Rodney, 45, 46, 48, 50
- historia de las mujeres, 19, 36, 40, 56, 57, 67, 137, 148
- historia desde abajo (o «historia del pueblo»), 35, 51, 56
- historia política, 26, 35, 61, 126, 133, 135, 152, 167, 168, 185, 190, 191
- historia social, 9-11, 21, 24-32, 35-41, 43-47, 49, 51-53, 55-71, 73-77, 79-82, 90, 99, 101, 103, 104, 106, 111, 112, 114-119, 124, 126, 128, 129, 131, 133, 135, 136, 138, 145, 149, 151, 156-158, 164-170, 172, 182, 185, 186, 188-191, 194, 195, 200-205, 207, 209, 211, 212, 214-219, 222, 223, 226, 227, 230, 231
- alemana occidental, 37-40, 58, 186
- americana, 58, 60, 62, 63, 119, 202

- británica, 25, 35-58, 60-63, 215, 218 (véase también anglo-marxismo)
- francesa, 37, 38, 58, 62, 116 (véase también Annales)
- «nueva historia social», 56, 60, 62, 64, 70, 82, 104, 117, 124, 172
- History Workshop Journal*, 9, 24, 40, 43, 44, 46, 48, 49, 56, 62, 86, 98, 116, 131, 134, 149, 170, 209, 216, 221
- History Workshop movement (Movimiento del taller de historia), 39, 47, 57, 75, 209, 222
- Hobsbawm, Eric, 16, 37, 42-44, 46, 47, 49-52, 56, 58, 66, 71, 200, 212, 215, 230
- abanico de intereses intelectuales, 46-47
- concepto de una «historia de la sociedad», 52, 71, 230
- Hodgkin, Thomas, 39, 49
- identidad, 17, 21, 23-25, 74, 89, 104, 112, 128, 129, 136, 137, 156, 166, 168, 181, 188-191, 193, 196-198, 200, 202, 203, 205, 215, 219-223, 227, 229
- identidades de clase, 21
- identidad de la clase obrera, 135, 136, 196
- identidad femenina, 137
- identificación, 39, 56, 62, 112, 128, 130, 168
- política de la identidad, 100
- ideología, 69, 71, 90, 108, 118, 119, 157, 169, 181, 188, 192, 213
- Ilustración, 71, 82, 84, 87, 89, 107, 108, 131, 160, 161
- proyecto «moderno» o de la Ilustración, 71, 82
- sujeto moderno o de la Ilustración, 89, 101
- imperio, 17, 49, 74, 102, 201, 224
- instituciones, 32, 38, 42, 54, 60, 71, 72, 114, 118, 127, 133-135, 139, 143, 145, 162, 168-171, 172, 173, 175, 179, 182-188, 192, 193, 196, 198, 226
- institucionalización de la profesión histórica, 36, 37, 39, 48, 51, 64
- intereses, 25, 26, 42, 45, 46, 115, 135, 145, 152-154, 159, 168, 191, 194, 196, 200, 218, 223
- intereses sociales, 135
- los intereses de las mujeres, 139
- International Historical Congress, Social History Section, (Conferencia histórica internacional, Sección de historia social) (París, 1950), 51
- Jenkins, Keith, 90-92, 107-110
- Jones, Gareth Stedman, 24-26, 32, 55-56, 63, 66, 67, 75, 79, 112, 117, 122, 123-134, 136, 149-166, 182-183, 190-193, 209, 216, 230
- Languages of Class*, 67, 125-129, 131, 149, 150, 156, 190, 191, 193
- Outcast London*, 55, 66, 123-126
- planteamiento del análisis lingüístico, 149-154, 156-166
- sobre el cartismo, 25, 131-134, 162-165
- Jones, Hugo, 50
- Joyce, Patrick, 15-24, 27, 32, 75, 76, 79, 90, 91, 104, 105, 107, 108, 112, 117-125, 128-133, 134, 166, 191, 192, 204, 212, 215
- «historia de la identidad», 129
- trabajo sobre la cultura de fábrica de Lancashire, 75, 119-123, 125, 129
- Visions of the People*, 76, 90, 128, 129, 130, 215
- Judt, Tony, 62, 63, 64
- Katznelson, Ira, 10, 20, 21, 187-189, 203, 204
- Kellner, Hans, 90
- Kelly, Robin, 13
- Kiernan, Victor, 45-47, 49, 53
- Kotkin, Stephen, 21, 187, 191

- Labrousse, Ernst, 49
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, 189, 190
- Lefebvre, Georges, 49
- Levine, Rhonda, 15
- lo social, 10, 11, 17, 22, 26, 27, 32, 38, 66, 67, 72, 73, 104, 106, 112, 126-130, 133, 149, 151, 156, 157, 164, 167-171, 190, 192, 203, 209, 211, 216
- análisis social, 10, 11, 27, 28, 42, 72, 74, 125, 131, 151, 181, 182, 190, 220
- administración social, 36, 169
- cambio social, 12, 23, 26, 62, 102, 104, 113, 192, 227
- causa social, causalidad social, 35, 192
- ciencias sociales, 35, 37, 58-62, 64, 67, 70, 81, 117, 118, 148, 160, 207
- construcción social, 156, 227, 228
- contexto social, 26, 63, 71, 75, 83, 145, 188, 192
- control social, 185, 210
- desigualdad social, 121, 134, 145, 160, 164, 182, 190
- determinación social, 32, 35, 63, 72, 73, 113, 145, 151, 156, 164, 168 (véase también base y superestructura, determinación, materialismo, reducción)
- estructura(s) social(es), 60, 61, 65, 71, 73, 78, 104, 118, 122, 124, 158, 193, 195
- explicación social, 9, 26, 27, 32, 35, 72, 99, 126, 128, 129, 132, 190, 192
- formación(es) social(es), 72, 101, 108, 111, 120, 153, 154, 158, 176, 215, 224
- fuerza(s) social(es), 15, 32, 51, 73, 114
- hecho(s) social(es), 100, 126, 135, 195
- historia de la(s) ciencia(s) social(es), 59, 117, 118
- identidad social, 185, 189, 195
- imaginario social, 126, 156, 228
- intereses sociales, 135, 189
- justicia social, 161, 182, 198
- mundo social, 15, 28, 73, 141, 159, 170, 192, 194, 195
- orden social, 16, 71, 120, 168, 184
- política social, 19, 68
- práctica(s) social(es), 103, 170, 181, 226
- protesta social, 47, 49
- relaciones social(es), 23, 29, 36, 41, 69, 72, 77, 89, 100, 112, 120, 132, 133, 154, 169, 171, 184, 197, 199, 200, 223
- ser social, 77, 127, 136, 150, 216
- teoría social, 21, 22, 31, 41, 107, 196
- totalidad social, todo social, 35, 63, 106, 192
- vida social, 38, 47, 99, 118, 122, 129, 169, 190, 195
- Lyotard, Jean-Francois, 71, 72, 82-84, 87, 101, 102
- Macherey, Pierre, 69
- Maison des Sciences de l'Homme, 58
- Marwick, Arthur, 42
- Marx, Karl, 16, 22, 46, 54, 68, 105, 122, 147, 149, 152, 153, 159, 160, 174, 175, 199, 208, 211, 212-218, 220, 221, 223, 224
- Marxism Today*, 16, 25, 204
- marxismo, 9, 23, 29, 31, 33, 38, 44, 45, 51, 54, 55, 65, 68-70, 79, 81, 83, 85, 99, 101, 109, 112, 113, 136, 149-154, 156, 157, 159, 160, 167, 179, 181, 182, 192, 200, 208, 211-213, 215-218, 220
- historiadores marxistas británicos (anglo-marxismo), 24, 25, 31, 40, 44, 48, 53, 56, 60-62, 66, 69, 131, 133, 149-153, 157, 160-162, 190, 191, 212
- posmarxismo, 70, 155, 163, 189, 213, 217
- Mason, Tim, 55, 56
- material/es, vida/vidas, 27, 63, 65, 76, 99, 113, 133, 230

- materialismo, 9, 32, 35, 37, 43, 61, 63, 67, 71, 80, 106, 111-166, 201, 216
 concepción materialista de la historia, 51
 determinación materialista, 136, 145, 210, 217
 intereses materiales, 189
 lo material, 21, 127
 la base material, 188
 materialismo histórico, 80, 216
 mundo material, 164, 197, 217
 materialidad(es), 33, 100, 157, 229
 posmaterialidad, 29, 213
 sociología materialista, 9, 23, 25, 31
 Matthias, Peter, 40
 Max Planck Institute of History, Göttingen, 58
 McClintock, Ann, 74
 McNall, Scott, 15
 modernismo, 31, 81-110, 112, 215
 época moderna, 51, 59
 Europa moderna, 36, 52
 Modernidad, 82, 107, 160, 175
 modernistas, 50, 65
 modernización, 62, 204 (*véase también* posmodernismo)
 Morris, John, 45, 50
 Morton, A. L., 39, 45, 46
 movimientos sociales, 27, 29, 38, 50, 100, 137, 139, 140, 147, 164, 166, 185, 189, 192
 movimiento pacifista, 55
 movimientos a gran escala, 139, 140, 147
 movimientos campesinos, 50
 movimientos de las mujeres, 40
 movimientos obreros, 29, 36-39, 117, 124, 137, 185, 186, 188, 196
 movimientos políticos, 147, 154, 164, 189
 movimientos populares, 46
 movimientos socialistas, 139 (*véase también* socialismo)
 nuevos movimientos sociales, 100
 Munslow, Alun, 90-92, 96, 97, 108, 109
 Muro de Berlín, caída del, 151, 216
 Musson, A. E., 40
 nación, 17, 18, 22, 23, 26, 38, 48, 56, 78, 93, 102, 115, 116, 119, 124, 133, 140, 148, 164, 166, 170, 172, 186, 187, 193, 196, 197, 198, 204, 223, 228, 240
 campos nacionales de construcción nacional, 61
 investigación, 115, 116, 187
 diferencia nacional, 17, 223
 historia nacional, 26, 102, 187
 internacional, 46, 47, 49, 56, 58, 64, 69, 85, 223
 lo transnacional, 31, 58, 119, 166, 192, 220
 nacionalismo, 47, 51, 135
 política nacional, 26, 119, 124, 126, 127, 142, 148
 National Women's Liberation Conference (Ruskin College, 1970), 57
 Nolan, Mary, 10, 20, 116, 187
 Organización Mundial del Comercio, 183
 Palmer, Bryan, 19, 54, 70, 76, 80, 90, 104, 152, 191, 217
 Past and Present, 28, 50-52, 55-57, 67, 88, 91, 118, 132
 Pelling, Henry, 40, 188, 189
 Perkin, Harold, 40-42, 105
 Perrot, Michelle, 20
 Pinchbeck, Ivy, 39
 política de partido, partidos políticos, 37, 54, 93, 118, 124, 135, 147, 165, 168, 187, 192, 194, 195, 197, 198, 203
 Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB), 16, 45, 46, 49-51, 165, 188
 Partido Comunista, 39, 44, 48, 51, 55, 57, 68 (*véase también* comunismo)
 Partido Comunista Alemán (PCA), 37

- Partido Comunista Francés (PCF), 38, 148
 Partido Comunista Italiano (PCI), 38, 174
 Partido Laborista británico, 16, 25, 39, 102, 125, 128, 150, 160, 161, 188, 190, 204
 Partidos leninistas, 165
 Partido Socialdemócrata Alemán (PSDA), 37, 185, 186
 partidos socialistas, 194, 195, 197, 198
 política, «lo político», 9-12, 17, 23, 26, 28, 32, 33, 35, 56, 57, 60, 61, 69, 72, 75, 78, 79, 99-101, 103, 113, 118, 119, 122-124, 125-129, 133-139, 141, 142, 156, 158-159, 164-166, 167-205, 223, 224, 229
 acción política, 15, 50, 78, 100, 122, 153, 165, 170, 185, 193, 197-199, 211, 222, 223
 autonomía de, 10, 26, 32, 190 (*véase también* autonomía relativa)
 acción política colectiva, 153, 197, 199, 200 (*véase también* acción popular, acción política de clase, 193, 198)
 cambio político, 10, 25, 119, 123, 194
 conciencia política, 118, 225
 cultura política, 38, 78, 124, 186
 movilización política, 71 (*véase* movimientos sociales)
 partidos políticos (*véase* política de partido)
 pensamiento político, 16, 19, 149
 política cultural, 123, 182, 202
 política feminista, 21, 137, 142, 214
 proceso(s) político(s), 32, 35, 111, 119, 126, 148, 154, 159
 política de clase, 23, 25, 54, 76, 142, 154, 175, 193, 194, 198
 política del género, 207
 política del conocimiento, 187, 208, 212
 política de raza, 17, 202, 207
 política de reconocimiento, 17, 202 (contra política de redistribución)
 política de representación, 77
 política de la subjetividad, 166
 política progresista, 24, 100, 164, 165, 224
 política socialista, 15, 16, 25, 117, 193, 197
 relación entre política y sociedad, 26, 28, 32, 69, 76, 99, 100, 118, 119, 125-129, 139, 169, 185, 186, 190, 192
 sujetos políticos/subjetividades (*véase* subjetividad)
 posmodernismo, 17, 28, 31, 70, 79, 81-82, 84-87, 90, 94, 95, 100, 107, 178, 191, 194, 202, 220
 condición posmoderna, condición críticas posmodernistas: en general, 92-97, 99-103, 201
 de posmodernidad, 23, 82, 101, 108, 192
 de historiografía, 103, 107
 del conocimiento, 31
 del marxismo, 31
 epistemología posmoderna, 87
 historia posmoderna, historia posmodernista, 86-93, 96, 107, 109, 129, 215
 lo posmoderno, 81, 84, 208
 teoría posmoderna, 23, 91 (*véase también* postestructuralismo)
 postestructuralismo, 28-31, 67, 70-73, 75, 81, 86-88, 90, 91, 100, 104, 107, 129, 134, 136, 143, 144, 146, 155, 170, 176, 182, 183, 185, 191, 193, 200, 207-209, 211, 212, 215, 219, 222, 225, 227, 230
 crítica del conocimiento, 33
 críticas del postestructuralismo, 86, 87
 francés, 71, 86, 144
 Quinn, D. B., 50
 raza, 17, 73, 85, 89, 109, 137, 152, 154, 164, 196, 201, 202, 207

- reducción, 41, 61, 78, 126, 133, 151, 156-159, 161, 177-179, 181, 190, 196, 198, 200, 208, 214-218, 227, 230 (*véase también* determinismo, determinación)
- antirreduccionismo, 32, 54, 65, 70-72, 79, 157, 163, 171, 189
- marxismo reduccionista, 159, 200
- planteamientos no reduccionistas, 179, 181, 190
- reduccionismo, 158, 161, 173, 177, 192, 214-217, 227, 230
- relato, 23, 24, 26, 31, 54, 55, 60, 61, 70, 72, 77, 83, 89, 95-97, 102, 115, 118, 130, 134, 153, 193, 222, 223, 230
- contrarelato, 46, 54, 193
- metarelato, relato maestro, gran relato, 101, 102, 104, 193, 214-216, 221, 230 (*véase también* Lyotard, Jean-Francois)
- revolución, 21, 42, 119, 174, 180-182
- revolución española, 47
- Revolución francesa, 38, 47, 49, 52, 74, 82, 131, 149
- Revolución Industrial, 38, 41, 55, 57, 59, 72, 101, 210
- revolución inglesa, 46
- revoluciones burguesas, 51
- revoluciones de la Época Moderna, 51
- Riley, Denise, 22
- Romero Maura, Joaquín 55, 56
- Rose, Sonya, 13, 20, 22, 68, 76, 134, 170
- Rowbotham, Sheila, 57, 139, 205
- Rudé, George, 39, 43, 45-47, 49, 53, 200
- Samuel, Raphael, 45, 46, 48, 55, 56, 64, 190, 209, 221
- Saville, John, 45, 46, 48, 49, 66, 115
- School of Social Science (Escuela de ciencias sociales), Princeton, 64
- Scott, Joan, 19-22, 29, 32, 60, 62, 67, 68, 75, 84, 88, 89, 98, 112, 117, 128, 130-133, 136, 137, 153, 166, 182, 191, 193, 200, 211, 219, 220, 222, 225-227, 230
- Sewell, William, 13, 22, 32, 59-61, 63-65, 73-75, 77, 104, 117-119, 121, 122, 124, 125, 128, 130, 131, 213-216
- sexualidad, 19, 55, 66, 69, 85, 103, 137, 146, 154, 164, 169, 176, 184, 195, 207, 230
- Soboul, Albert, 47, 49
- Social History Group, Oxford, 55
- socialismo, 16, 25, 38, 71, 72, 102, 109, 117, 124, 131, 160, 163, 198, 199, 213
- caída del, en 1989, 25, 151, 199, 213
- postsocialismo, 161, 202 (*véase también* comunismo)
- socialismo democrático, 38, 119, 161, 164, 185, 186, 204
- Stoler, Ann, 74
- Stone, Lawrence, 28, 50, 63, 64, 81, 82, 88, 90, 92
- subjetividad(es), 25, 28, 33, 70, 90, 96, 100, 103, 136-142, 145, 146, 156, 166, 179, 182, 185, 192, 198, 203, 205, 208, 219, 222, 226
- femenina, 70, 137, 143, 145; (*véase también* Ilustración, moderno)
- formación del sujeto, producción del sujeto/subjetividades, 33, 90, 96, 136, 141, 146, 222, 226
- hipersubjetivismo,
- hipersubjetividad, 87, 92
- Ilustración o sujeto moderno, 89, 97, 100
- posición del sujeto,
- posicionamiento del sujeto, 136-139
- sujetos de clase obrera, 130, 139
- sujetos/subjetividades políticas, 33, 100, 143-146, 222
- teoría de Joan Scott sobre, 130-147
- Tawney, R. H., 38
- Taylor, A. J., 40
- Thompson, Dorothy, 45, 46, 115
- Thompson, E. P., 9, 22, 26, 39, 41-48, 53-59, 62, 64-66, 68, 76-79, 98, 100, 105, 106, 111-115, 117-119, 122, 125, 136-141, 143-145, 150, 153, 165, 170, 191, 205, 209-212, 215-217, 220-224
- concepto de experiencia, 136-145
- crítica de Joan Scott sobre, 136-145, 222
- Thompson, F. M. L., 40, 49
- Tilly, Charles, 58, 59, 62, 64, 118
- Tilly, Louise, 10, 59, 61, 62, 67, 116, 186
- trabajo, 18-21, 37, 41, 44, 54, 56, 59-61, 64, 65, 68, 74, 77, 92, 99-100, 113, 120, 121, 123-126, 129, 133-135, 146, 151, 153, 157, 158, 167, 169, 172, 174, 187, 189, 191-193, 195, 196, 200, 207, 210, 215, 218-221, 228
- aristocracia del, 44, 210
- división del, 4, 124, 228
- fuerza de, 41, 120, 124
- historia del trabajo, 12, 19, 20, 25, 37, 46, 48, 49, 55, 75, 103, 150, 188, 192, 193, 196, 204, 213, 214, 222
- lugar de trabajo, 23, 54, 114, 115, 117, 118, 120-122, 135, 168, 219
- mercados laborales, 17, 38, 117, 118, 121, 123, 126, 135, 153, 161, 195, 219
- movimiento del trabajo, 36-39, 117, 124, 185, 186, 188, 196
- poder del trabajo, 174
- proceso laboral, 63, 135, 219, 228
- trabajadores, 15-26, 36, 41, 43, 60, 65, 77, 101, 115, 117, 119, 120, 121, 123-126, 135, 196-198, 204, 215
- trabajadores pobres, 38, 124, 129
- trabajo manual, 219, 220
- vida cotidiana, 10, 93, 103, 120, 130, 166, 171, 179, 186, 195, 219
- la cotidianidad, 162, 185
- Vincent, John, 42
- violencia, 54, 145, 147, 156, 172, 175, 176, 181
- Webb, Beatrice y Sidney, 36, 38, 150
- White, Hayden, 88, 89, 97
- Williams, Raymond, 9, 39, 48, 65, 66, 69, 99, 114
- Wood, Ellen, 70, 80, 104, 152
- Worsley, Peter, 50
- Zelnik, Reginal, 116
- Zolberg, Aristide, 20, 21

La unificación de los conceptos resulta esencial a la hora de estudiar la historia. Proporciona a los estudiantes y académicos formas de organizar sus pensamientos, su investigación y sus escritos. No obstante, estos conceptos también son el centro de miles de conflictos en este campo. La historia social se ha visto implicada, desde sus inicios hace ya más de cuarenta años, en esos conflictos como algo más que un mero participante. En la actualidad, los campos de «lo social» y de la «cultura» han sido presentados a menudo como conceptos que se excluyen mutuamente e incluso como hostiles el uno con el otro. Una vez más, la innovación conceptual en la historia se ha proyectado como un final por el que lo nuevo expulsa lo viejo: en este caso, la historia cultural ha desplazado radicalmente a la historia social. *El futuro de la clase en la Historia* analiza el efecto que tuvo el conflicto tras el «cambio hacia la cultura» en el trabajo histórico al examinar el uso de la clase, y demuestra cómo los profesionales de múltiples campos pueden colaborar a la hora de producir una investigación académica de mayor calidad.

«Traza brillantemente los logros pasados de la historia social, los dilemas presentes y las promesas futuras en un trabajo que se distingue por su apertura intelectual y por su generosidad».

Sherry Ortner,
Universidad de California, Los Ángeles.

«Esta increíble actuación doble ha producido una vez más un texto que exige ser leído por todos aquellos que están cansados de la yuxtaposición de las historias social y cultural y que todavía siguen interesados en la problemática de la clase y en la política de su pasado y presente».

James Vernon,
Universidad de California, Berkeley.



*Plaza de Tiananmen
Beijing*

PUV

PUBLICACIONS

VNIVERSITAT
D' VALÈNCIA

